

La Sra. Hudson

y el misterio de los espíritus

Martin Davies



Lectulandia

En el Londres Victoriano, la señora Hudson, una mujer entrada en años, astuta y eficaz, busca casa donde ella misma y su joven ayudante Flottie puedan encontrar cobijo y trabajo.

El azar las llevará hasta Baker Street, donde dos solterones un tanto excéntricos buscan a alguien discreto que se haga cargo de su nuevo hogar.

Muy pronto el sentido común, la inteligencia y la sagacidad de ambas las convertirán en la mano derecha de Holmes y Watson, hasta el punto de que ellas mismas resolverán el caso que se traen entre manos, un misterio procedente de Sumatra y relacionado con unos negocios muy turbios que acaban con la muerte de un hombre.

Lectulandia

Martin Davies

**La Sra. Hudson y el misterio de los
espíritus**

Holmes & Hudson Mystery - 1

ePub r1.0

Karras 09-05-2018

Título original: *Mrs. Hudson and the Spirits' curse*
Martin Davies, 2004
Traducción: Ángeles Leyva Morales

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

No hay libro capaz de ofrecer leyes y reglas que puedan considerarse acertadas para todos los hogares; pero las normas del sentido común rigen toda casa, sea cual sea su condición social.

Libro del hogar y la cocina cotidiana

1. El reto de la sangre

Fue Scraggs, el mozo del tendero, quien compadeciéndose de mi lamentable estado y abatimiento de ánimo propició el encuentro que cambiaría mi vida. A raíz de aquel suceso acabaría participando en tantas aventuras que mi vida se vería tan cargada de emoción como saturada de niebla se veía la calle aquella noche.

En el orfanato me habían advertido que fuera una buena chica, de lo contrario sufriría las consecuencias. Sin embargo, no tardó en llegar el momento en que las consecuencias parecían menos terribles que el desesperado presente virtuoso; por esta razón, cuando Scraggs me vio por primera vez, me disponía a robar un repollo de su destartada carretilla. Para entonces mis ropas eran poco más que andrajos y no tenía dónde ocultar un objeto del tamaño de un repollo, aunque se tratara de una pieza tan pequeña y ennegrecida como aquella lastimosa hortaliza en la que tenía la mira puesta. Sabía que mi única posibilidad de éxito consistía en cogerla rauda y veloz y poner pies en polvorosa, con la esperanza de despistar a mi perseguidor entre la muchedumbre y la oscuridad del laberinto de calles de Londres.

Pero tres semanas expuesta al frío habían entorpecido mis reflejos. El repollo se me resistió, mi intento de fuga fue efímero, y el impacto del salto en plancha de Scraggs, espectacular y definitivo. Me dejó sin habla, me arrojó con tal fuerza contra el albañal que solo la pila de desechos y hortalizas podridas acumulados durante el día protegió mis costillas de una fractura instantánea. Y si el impacto físico fue espectacular, el impacto en mi ánimo fue aún mayor. Me quedé tendida con el rostro pegado a los hediondos desperdicios mientras el dolor retumbaba en mi interior, y en aquel momento me sentí totalmente aplastada. Aplastada no solo por el cuerpo de Scraggs, sino por la sucesión de infortunios que me habían llevado a aquella situación, por la implacable dureza del mundo que me rodeaba y por la falta de toda esperanza de que algo llegara a ser distinto de lo que era. En lugar de forcejear para librarme de las garras de Scraggs, recosté la cabeza en el suelo y rompí a llorar. De repente, todas las magulladuras y los golpes, todo el frío y el hambre, parecieron disolverse en lágrimas. Lloré tanto que aun después de que Scraggs hubiera restituido el repollo a la carretilla no traté de escapar del rincón al que me había lanzado al arremeter contra mí. Con cuidado, como si le repeliara tocar algo cubierto de roña, Scraggs me dio la vuelta con la punta de la bota y miró con desconfianza lo que tenía ante sus ojos.

—¡Caramba! —exclamó—. No me extraña que no se te dé bien robar. Tienes peor pinta que el chihuahua de un chino. De eso no hay duda.

Tras ese comentario hizo una breve pausa al tiempo que seguía mirándome de arriba abajo como si le diera vergüenza el siguiente paso que debía dar. Por mi parte, permanecí tumbada con la mejilla sobre el extremo podrido de un nabo putrefacto sin prestarle atención, llorando porque mi vida no merecía la pena.

—¡Caramba! —repitió Scraggs.

No recuerdo cuánto tiempo permanecimos de aquella guisa, pero recuerdo que Scraggs hizo que me incorporara y apoyó mi cuerpo, hecho un ovillo de sufrimiento defensivo, contra el enladrillado negro del callejón donde había tenido lugar mi intento fallido de hurto.

—¿Sabes qué? —dijo de improviso—. Tendrías que conocer a la señora Hudson.

Lo dijo con tal seguridad que sentí que debería saber de qué me hablaba, pero lo cierto es que no tenía la menor idea de quién o qué sería la señora Hudson. Si acaso, alcancé a deducir por el tono de respeto de su voz que de alguna manera debía de representar las fuerzas de la justicia y el castigo; que me esperaba un juez de rostro adusto a quien, por razones que mi aturdimiento me impedía plantearme, las personas que lo conocían se dirigían como señora Hudson. El hecho de que, cuando Scraggs me ordenó que aguardara allí, la idea de la huida se me antojara más remota que nunca decía mucho del estado en que me encontraba. Al regreso de Scraggs algo me ocurriría y me traía sin cuidado lo que fuera. Lo único que importaba era que otras personas lo decidirían por mí y yo ya no tendría que intentar salir por mi propio pie del frío y hediondo fango.

Scraggs regresó al cabo de unos minutos y agitando el pulgar me indicó que le siguiera. Me condujo por una serie de callejones y pasajes hasta que salimos a una calle amplia donde el hálito amarillo de las lámparas de gas inflaba la niebla y los coches de caballos se abrían camino entre el barro y los demás vehículos. Las fachadas de las casas descollaban por encima de la niebla y sus ocupantes me rebasaban en altura. Avanzando siempre detrás de Scraggs, descendí obedientemente hasta una zona oscura en los sótanos de una mansión, donde una luz amarilla que incidía de forma oblicua sobre un delantal blanco insinuaba una silueta corpulenta que me observaba mientras me aproximaba a ella.

Tenía ante mí a la señora Hudson, la mujer más imponente que había visto en mi vida. De dimensiones enormes, la anchura de sus hombros y las líneas rectas de sus costados denotaban una fortaleza descomunal. Con todo, parecía no sobrarle un gramo de carne, y sus brazos, que asomaban desnudos por el delantal para reposar cruzados sobre un pecho formidable, se veían grandes y musculosos. En su rostro redondo destacaba un mentón que apenas si resistía la tentación de convertirse en papada, si bien los ojos y la nariz, instalados bajo un ceño fruncido permanente, revelaban más bien una expresión afilada, y juntos daban una sensación de inquisitiva perspicacia. Tal era el semblante con que miró cuando, como se me indicó, pasé sin rechistar al interior tenebroso de una espaciosa y caldeada cocina sumida en la penumbra.

—Bueno, muchacha —dijo con voz resonante que dejaba entrever un acento escocés. Mientras me hablaba me sentó junto a una lumbre llameante y empezó a limpiarme el rostro con un paño húmedo—. Scraggs, que es un buen chico y suele decir la verdad, me ha dicho que te encuentras en un estado lamentable. Cuéntanos tu historia y veremos qué se puede hacer.

Puede que fuera el tono de autoridad, o quizá la veta de amabilidad que detecté en su voz pese a su fachada granítica, pero el caso es que me vi haciendo exactamente lo que me había pedido, es decir, contándole de cabo a rabo la historia de los años que había pasado en el orfanato, de lo que había hecho desde entonces y de las desgracias que había sufrido. Durante mi relato la señora Hudson apenas habló, salvo para lanzarme alguna que otra pregunta sin perder su sombrío entrecejo.

—¿Dónde fue eso exactamente?

—En casa de los Fitzgerald, en Berkeley Street, señora.

—Los Fitzgerald, ¿eh? Esa joven esposa no tiene idea de cómo controlar a sus criados. Deberían haberte prevenido contra esa casa. Vamos, continúa.

Cuando mi narración llegó a su fin, la señora Hudson permaneció un rato en silencio, mientras seguía doblando la ropa limpia con expresión meditabunda.

—¿Y ahora cuántos años tienes?

—Doce, señora.

—¿Y cómo te llamas?

—Flotsam, señora.

—¿Flotsam dices?

—Ese es el nombre que me pusieron en el orfanato, señora. Casi todos me llaman Flottie.

—Bueno, Flottie, es innegable que se trata de una triste historia. Tristísima, sin duda. Conozco muy bien al tal Fogarty del que has hablado, el mayordomo cuyas peculiares costumbres te llevaron a huir. Ya lo creo. —La señora Hudson intercambié una mirada elocuente con Scraggs—. Sabemos muchas cosas del señor Fogarty por aquí. A veces da la sensación de que en esta populosa ciudad no hay un acto de crueldad, corrupción o explotación contra criaturas inocentes en el que no esté implicado el señor Fogarty. Llegará un día en que el señor Fogarty y yo tendremos que vernos las caras, y cuando eso ocurra no pienso permitir que la maldad se imponga.

La señora Hudson hizo una breve pausa, con la vista clavada en un punto invisible en la oscuridad.

—Pero eso lo dejaremos para otro día, muchacha. Por ahora creo que lo mejor es que te quedes aquí conmigo.

—¿Con usted, señora?

—Pues claro. Necesito una sirvienta que friegue y me ayude con las tareas domésticas. Y tú necesitas un buen empleo y un baño caliente. Creo que nos llevaremos muy bien, pequeña Flottie. En cuanto Scraggs vuelva a su trabajo te quitaremos de encima esos harapos y te pondremos algo más parecido a una vestimenta.

Y así es como me vi convertida en criada de la señora Hudson, un ama de llaves cuya dureza y ecuanimidad eran legendarias entre los sirvientes de todas las casas situadas en aquel tramo de la calle. Bajo su atenta mirada aprendí a fregar, pulir y

encerar suelos. Aprendí a barrer, a hacer reverencias como una auténtica criada y a contestar «Sí, señor» y «No, señora» cuando me ordenaban ir al piso de arriba, en vez de ruborizarme, tartamudear y temblar como una hoja.

Mi educación no acabó ahí. Cuando demostré que había llegado a dominar mis quehaceres básicos, la señora Hudson se apresuró a exigirme que aprendiera los quehaceres de los demás. Para mi gran terror, me colocó de aprendiz de la señora Siskin, la cocinera —una mujer silenciosa y metodista—, con la orden de que observara los rudimentos de sus dotes culinarias. Y es que la propia señora Hudson había sido cocinera de joven, y dejó bien claro que, a su juicio, una chica como yo, sin familia ni educación, cuando menos debía saber distinguir una crema dulce de una gelatina.

Con igual firmeza de carácter, la señora Hudson decidió que debía aprender a leer. A raíz de aquella decisión se sucedió una serie de amargos encuentros en la despensa, donde Swordsmith, el bondadoso mayordomo, se esforzaba en vano por hacerme entender la diferencia entre vocales y verbos. Tras tres o cuatro semanas resultaba difícil decir quién de los dos estaba más desanimado, si Swordsmith o yo, pero frente a la voluntad de la señora Hudson no había nada que hacer.

—Si sabes leer y escribir, pequeña Flottie, nunca acabarás en el arroyo. Scraggs y los que son como él pueden pasar sin ello perfectamente. Son chicos y siempre habrá algo que puedan hacer para ganarse la vida. Pero las chicas no lo tienen tan fácil. No hay que dejar escapar ninguna oportunidad de aprender que se nos presente. Debemos aferrarnos a ella con garras y dientes si es necesario.

Así pues, Swordsmith y yo nos vimos obligados a perseverar y, para sorpresa de ambos, tras varios meses de desesperación descubrí de pronto que las extrañas manchas que cubrían la página formaban grupos descifrables. No tardé en dejar atrás al exhausto Swordsmith, y al cumplir los catorce no había libro publicado que se hubiera resistido a mi impulso de leerlo en voz alta. La *Odisea* me la aprendí casi de memoria y las enseñanzas de la perfecta hacendosa no entrañaban misterio alguno para mí.

Fue en torno a aquella época, justo en el momento en que empezaba a creer que me encontraba realmente a salvo de la rapiña de las calles, cuando todo cambió. El amo de la casa se quitó la vida cuando hubo de enfrentarse a la noticia de un tifón de gran magnitud cerca de la costa de Formosa. Aquello supuso la disgregación de la servidumbre de la casa, entre un mar de lágrimas y despedidas afrontadas con valor. La señora Siskin se trasladó a una residencia de Brighton, una ciudad que según le habían dicho estaba muy necesitada de metodistas. Swordsmith, tras cierta vacilación, se incorporó al servicio del joven lord Tregavin, quien poco después partiría por todo lo alto en una travesía a pie hacia Mongolia. Y la señora Hudson se quedó para supervisar el cierre de la casa, como si la idea del futuro nunca le hubiera infundido miedo alguno.

Corría una noche de noviembre y la señora Hudson y yo estábamos sentadas junto

a la lumbre de la cocina casi por última vez cuando el señor Rumbelow, el abogado de la familia, entró en la estancia y preguntó si podía hablar un momento con la señora Hudson.

—Por supuesto, señor, no faltaba más —contestó ella—. Le traeré una silla para que se siente junto al fuego, si disculpa la escasez de medios. Tal vez una última copita de oporto añejo entre bien a estas horas. ¿Serías tan amable, Flottie? No se preocupe por Flotsam, señor. Delante de ella puede hablar con la misma libertad con que hablaría delante de mí.

—Eh... ciertamente, señora Hudson. —El señor Rumbelow tosió—. Señora Hudson, tengo entendido que aún no ha encontrado un nuevo empleo y que su cometido en esta casa está a punto de llegar a su fin. Soy consciente de que a una mujer con sus dotes, porque nunca he visto a nadie llevar una casa como la lleva usted... Como decía, a una mujer con sus dotes no deben de faltarle las ofertas de... eh... empleo, pero ha llegado a mi conocimiento la existencia de un puesto vacante que tal vez sea de su interés.

—Prosiga, señor —le animó la señora Hudson—, aunque tengo una pequeña suma de dinero ahorrada y la intención de esperar a que me salga un empleo que me convenga.

—Ciertamente. Dice usted bien, señora Hudson. En efecto. El puesto que tengo en mente está relacionado con dos caballeros, médicos si se les puede llamar así, que se han hecho recientemente con un apartamento en Baker Street. He tenido la suerte de ocuparme del contrato de la... eh... transacción. Eso sí, señora Hudson, de entrada debo advertirle que su trabajo sería muy distinto del que está acostumbrada a desempeñar. No se trata más que de unas cuantas estancias ocupadas por un par de caballeros que precisan de un ama de llaves para mantener su pequeña residencia en orden. Los señores cenarán fuera la mayoría de las veces, pero no habría una cocinera que pudiera atender sus necesidades a la hora del desayuno o el almuerzo. Me temo que ese tipo de cuestiones recaerían sobre el ama de llaves o la persona que tuviera a su cargo.

»Huelga decir, señora Hudson, que soy plenamente consciente de que una colocación de semejante naturaleza dista mucho de los puestos a los que está acostumbrada. Muchísimo, ya lo creo. Pero, para serle sincero, los caballeros de los que le hablo se distinguen sobremanera de los caballeros convencionales para los que está acostumbrada a trabajar. Ciertas necesidades de su entorno doméstico se alejan mucho de la ortodoxia habitual. Muchísimo, ya lo creo. Uno de los caballeros mencionó que el ama de llaves que buscaba no debía tener aversión a la sangre.

Percibí que una ceja de la señora Hudson se elevaba muy levemente por encima de la horizontal, pero no dije nada.

—Lo que no quiere decir —se apresuró a añadir el abogado— que haya el menor rastro de morbosidad con respecto a los caballeros en cuestión. Ambos cuentan con unas referencias impecables. De hecho, uno de ellos se ha cubierto de gloria no hace

mucho en Afganistán. El caso es que estos caballeros se muestran reacios a mudarse a su nueva residencia sin contar antes con un ama de llaves, y encontrar una que satisfaga sus necesidades no está resultando nada fácil. Nada fácil, ciertamente. Para terminar, señora Hudson, le diré que al no conocer a nadie más que pudiera ajustarse a los requisitos indicados resolví centrar la oferta en usted... habiendo determinado primero, como puede suponer, que los caballeros están dispuestos a convenir las condiciones más ventajosas con la persona que consideren apropiada. Sumamente ventajosas, ya lo creo. Verá, señora Hudson —prosiguió el abogado bajando la voz—, usted es la única persona de su sexo a la que imagino capaz de ocupar dicho puesto por muy escaso que sea su servicio.

—¿Sangre ha dicho, señor?

—Eh... sangre, señora Hudson. Pero en frasquitos. Siempre en frasquitos, estoy completamente seguro.

—¿Y qué más, señor?

—Creo recordar que se mencionó algo de huesos. Y de varios órganos, pero se me garantizó que siempre se hallarían debidamente guardados en frascos. Y también de ciertos artilugios procedentes del extranjero que a ojos de nuestra sociedad actual podrían considerarse un tanto morbosos. Uno de los caballeros comentó que podrían recibir asimismo la visita de individuos de toda clase a horas intempestivas, por no hablar de los experimentos de naturaleza química que realizarían. Puede que también toquen el violín, creo recordar. Pero, ante todo, los caballeros hicieron especial hincapié en la necesidad de dar con una mente racional y perspicaz. Una petición de lo más inusual, a decir verdad —concluyó el abogado meneando la cabeza, con la mirada perdida en las llamas.

La ceja de la señora Hudson se movió por un brevísimo instante. Acto seguido, se puso en pie y empezó a doblar de nuevo la ropa limpia de un modo que parecía indicar una actitud meditabunda.

—Su propuesta me suscita un extraño interés, señor —dijo por fin—. Como usted dice, no es la clase de colocación que contemplaría por norma general. Pero ha mencionado usted que también necesitarían a una criada como nuestra joven Flotsam, ¿no es así?

El señor Rumbelow pareció desconcertado por un instante, pero luego asintió lentamente con la cabeza.

—Así es, señora Hudson. En efecto. Creo que Flottie encajaría a la perfección con las necesidades de los caballeros.

—Y, si no recuerdo mal, ha mencionado que sería en las mismas condiciones ventajosas, ¿verdad?

—Estoy convencido de que los caballeros se complacerían en apreciar la extraordinaria valía de Flotsam, señora Hudson.

La señora Hudson dobló la última prenda de ropa blanca con un gesto aparatoso.

—Muy bien, señor Rumbelow. Puede informar al señor Sherlock Holmes de que

tiene mi permiso para venir a verme.

De lo sucedido cuando el caballero en cuestión vino a ver a la señora Hudson, y de lo ocurrido entre ellos, no se me hizo partícipe en ningún momento. Pero al regresar a casa por la noche al día siguiente me crucé con un caballero que subía por las escaleras de servicio. Al detenerse el hombre un instante para mirarme, me quedé sumamente impresionada ante su semblante inquieto e inquisitivo. Sus rasgos no se definían por unas líneas fuera de lo común, aunque desde entonces he oído a muchos describirlos así. Sin embargo, el movimiento de sus ojos al pasar por delante de mí con una exigente mirada de escrutinio me transmitió una fuerte impresión de agitación, como si su dueño se viera expuesto a los vientos de múltiples estados de ánimo.

—Tú debes de ser Florence —concluyó, una vez finalizado su riguroso examen visual.

—Flotsam, si no le importa, señor.

—¡Exacto! —exclamó, y reanudó el ascenso por las escaleras con la agilidad de un animal—. ¡Nos llevaremos todos muy bien! —Fueron las últimas palabras que oí antes de que desapareciera en la niebla.

Y de ese modo daría comienzo una nueva existencia. A la mañana siguiente nos despedimos del que hasta entonces había sido nuestro sótano y pasamos a maravillarnos ante las pilas de cajas raras y maletas misteriosas que habían llegado a Baker Street. Confieso que mientras deambulaba entre ellas cual israelita entre las pirámides me invadió una curiosidad creciente acerca de los extraños caballeros que poseían tan exóticos efectos personales. Junto a una enorme caja de embalaje colocada en vertical, del tamaño de un armario, se hallaba un pequeño arcón rojo en el que ponía «Venenos». Y a su lado había una caja más pequeña aún en la que se leía «Cabello: del norte» y otra en la que ponía «Cabello: asiático». Junto a la chimenea había un viejo baúl con la inscripción «Varios: estrangulamiento, asfixia, hipnotización», baúl que cuando lo movieron dejó ver lo más emocionante de todo: un maletín plano del grosor de una Biblia en el que rezaba «Sangre: humana».

Poco hizo la señora Hudson por poner fin a mi insaciable curiosidad mientras se encargaba de desempaquetar los diversos útiles domésticos remitidos desde el bufete del señor Rumbelow, de acuerdo con la interminable lista que ella misma había elaborado la noche anterior.

—Jesús, Flottie, apenas conozco al señor Holmes y sé muy poco de él. Nuestra conversación se redujo a una somera exposición por mi parte sobre mi persona y sobre lo que podía esperar de mí. Me pareció de esa clase de hombres a los que no les vendría mal que les hablaran con un poco de franqueza. Al doctor Watson aún no lo conozco, claro está.

—Y el señor Holmes también es médico, ¿verdad?

—No puedo decir que lo sea, Flottie. De hecho, deduzco que sus intereses van

encaminados en otra dirección muy distinta.

—Ya, señora, lo digo porque el señor Rumbelow comentó que «ambos» eran médicos. Y, por lo que veo, muchos de los libros del señor Holmes son de medicina. Y tiene maletines de instrumentos como los que he visto a través de las ventanas del hospital. Y en muchas de sus maletas pone «Del Colegio de Cirujanos» y cosas así. Y el mozo del despacho del señor Rumbelow que ha venido a controlar la entrega me ha contado que tenía oído, de muy buena tinta, que el doctor Watson y el señor Holmes se habían conocido en un hospital.

La señora Hudson dejó de desempaquetar bultos y se agachó con cuidado sobre una caja en la que ponía «Atuendos: viejas brujas y oficiales de marina».

—Flotsam —dijo mientras me acercaba a ella—. Eres una chica lista y lo digo encantada. Más gente de la cuenta te diría que no eres quién para hacer conjeturas sobre cosas que no te incumben, pero yo no comparto esa opinión. ¿Dónde estaríamos ahora si a nadie se le hubiera ocurrido hacer cábalas sobre lo que le rodea? ¿Y cómo vamos a saber lo que nos incumbe o no si no investigamos primero un poco? Cuanto mayor me hago, más consciente soy de que hay muy poco de lo que ocurre en esta bulliciosa ciudad y más allá de sus fronteras que no nos incumba a todos de un modo u otro. Porque si la gente no piensa en los demás, ¿quién lo va a hacer, por el amor de Dios? Hazte esa pregunta, Flottie.

»Deja que te dé un consejo. A tu edad yo era como tú, lo veía y lo oía todo, y siempre andaba buscando los hechos que subyacían a las cosas para poder formar un todo que tuviera sentido. Pues bien, Flottie, con el tiempo he visto que en este mundo los hechos se utilizan en gran parte para que la gente como nosotros no se mueva de su lugar. Ahora no tengo nada en contra de eso. Estoy más que conforme con mi lugar y no pienso ocupar el de ninguna otra persona. Sin embargo, he acabado dándome cuenta de que si permites que los hechos te ofusquen pasarás la mayor parte de la vida cometiendo errores movida por buenas razones. No, Flottie, sigue mi consejo y aprende a hacer caso de esa vocecilla interior que te dice qué está bien aun cuando todos los hechos indican lo contrario.

La señora Hudson se alejó de la caja de embalaje.

—Y ahora basta de sermones, y no pienses que considero una conducta honesta el ir husmeando en los equipajes ajenos. Si me dejara llevar solo por los hechos ya te habría cogido de la oreja y puesto de patitas en la calle. Pero ahora mismo necesito que desempaquetes la ropa blanca. Los caballeros llegarán mañana por la noche y deben encontrarlo todo bien ordenado.

Pero los caballeros llegaron mucho antes de lo que esperábamos. Yo estaba haciendo las camas y me recreaba con la idea del chusco de pan y el pedazo de queso que habíamos traído para cenar, cuando oí a la señora Hudson exclamar:

—¡Jesús, señor Holmes, qué susto me ha dado! ¡No les esperábamos hasta mañana a estas horas!

Una voz que reconocí de la noche anterior repuso:

—Discúlpeme, señora Hudson. Me temo que Watson y yo hacemos de lo inesperado una ciencia. Tan ansiosos estamos por entregarnos al estudio en la paz de nuestro hogar que nada nos disuadiría de alterar nuestros planes y ponernos manos a la obra ahora mismo. Permítame que le presente al excelente doctor Watson. ¿Y dónde está la inestimable... eh... Flottie?

En respuesta a aquella pregunta se requirió mi presencia a fin de que hiciera una reverencia, para lucimiento de la señora Hudson. Pese a la aglomeración de cajas, la señora Hudson había logrado conferir una apariencia de orden a la estancia principal —a la que pronto nos referiríamos todos como el estudio—, donde los dos caballeros se encontraban en aquel preciso instante, y donde a lo largo de los años se atendería a tantas visitas y se vivirían tantos momentos señalados. No se trataba de una sala grande pero tenía un ventanal de dimensiones considerables, cubierto ya por unas suaves y oscuras cortinas, bajo el cual había una mesa de comedor maciza. Formando ángulo recto con una pared se hallaban los sillones dispuestos en torno a una acogedora chimenea; en la otra pared una puerta se abría a un pasillo estrecho, al final del cual se encontraban las escaleras que conducían a la puerta principal en el piso de abajo y a nuestra cocina; a los dormitorios de los caballeros se accedía por una puerta situada en la cuarta pared. La decoración de la sala principal era tan recargada que, si bien de día se veía espaciosa, de noche las paredes parecían estar más juntas, el techo más bajo y el espacio que contenían oscuro y confortable cual cueva en una noche de tormenta. A la luz de la lámpara, los rasgos del señor Holmes parecieron suavizarse ligeramente y adoptar una apariencia menos enjuta y angulosa que la noche anterior. El doctor Watson era un hombre de aspecto bondadoso, aunque quizá no se encontrara en su mejor estado de salud. Tras farfullar unas palabras, expresó su intención de acostarse un rato antes de la cena.

—¿Cena, señor? —Las cejas de la señora Hudson se arquearon y empezaron a temblar con un tic peligroso—. ¿No me digan los señores que esta noche no cenarán fuera? Me temo que no hay ni una pizca de comida en toda la casa, señor.

—No tema, señora Hudson —repuso el señor Holmes con una risita jovial—. En previsión de dicha eventualidad, el mismo día que nos hicimos con este apartamento tuve la precaución de encargarme que nos trajeran de inmediato una provisión de comestibles. Y esa, si no ando mal encaminado, debe de ser la caja en cuestión, la que hay en el rincón bajo la asombrosa colección de obras de arte orientales de Watson. No tardaré ni un periquete en llevarla a la cocina y ya verá cómo entonces la convenceremos de que nos prepare una cena frugal.

Hasta que estuvimos a solas en la cocina no me atreví a mirar a la señora Hudson a la cara, que, para mi sorpresa, en lugar de indignación, tenía cierta expresión de diversión resignada.

—Bueno, Flottie —dijo con un suspiro y un atisbo de sonrisa—. Aceptamos este empleo porque nos interesaba. Y veo que los caballeros no van a quedar defraudados.

La señora Hudson se vio interrumpida por un rápido golpe en la puerta de la

cocina, seguido al instante por la entrada del señor Holmes. Hasta entonces nunca se había tolerado la presencia de ningún amo en los dominios domésticos de la señora Hudson, pero el señor Holmes constituyó desde el principio la excepción. Para mí, la cocina de la señora Hudson era la mejor estancia de la casa, caldeada y segura, ya luciera radiante con el sol de la mañana o iluminada únicamente por el parpadeo del hogar. De hecho, en los años que habrían de venir, cuando el doctor Watson se ausentaba de casa, se retiraba a descansar o se encerraba en su habitación tras una de las discusiones que los médicos mantenían, resultaba frecuente encontrar al señor Holmes junto a la lumbre de la cocina con una botella o dos de cerveza negra, escuchando con avidez las historias de infancia de la señora Hudson. Era, creo yo, una faceta de él que el doctor Watson nunca supo ver; tal vez fuera una faceta para la cual la gente no estaba preparada.

Pero aquella vez se presentó en la cocina por cuestiones de mayor importancia.

—Bueno, señora Hudson, confío en que las pocas cosas que encargué le basten para preparar una cena sencilla.

—Señor Holmes, ¿sería tan amable de decirme cuándo aceptó quedarse con esta casa?

—Pasaban diez minutos de las once de la mañana del día veintidós —contestó.

—Es decir, hace dos semanas.

—Quince días, para ser exactos.

—¿Y es consciente de los efectos que puede producir el transcurso de quince días en una caja llena de carne y hortalizas? ¿Incluso en una caja que parece haber sido embalada por alguien en pleno estado de embriaguez?

—Ya lo creo que sí, señora Hudson. He tenido motivos para llevar a cabo un minucioso estudio sobre los distintos ritmos de descomposición de diversos alimentos en una amplia variedad de condiciones. Y en más de una ocasión los resultados han demostrado ser inapreciables.

—Pues en esta ocasión los resultados han demostrado ser un formidable desastre, señor Holmes. —La señora Hudson procedió a sacar de la caja un surtido de hortalizas, todas ellas con signos evidentes de descomposición. Un desagradable olor empezó a circular por la cocina.

El señor Holmes cogió los restos de una chirivía, aplastada y reducida en su mayor parte a pulpa.

—¡Fascinante! —exclamó observándola de cerca—. Partiendo de la forma a la que se ha visto reducida esta chirivía se podría llegar a suposiciones precisas sobre la forma de los comestibles que la rodeaban en el interior de la caja, así como a cálculos exactos en relación con sus respectivos tamaños y densidades. Aunque debo reconocer, señora Hudson, que estos productos resultan, todos ellos, igual de inapetecibles. Puede que no haya sabido aplicar mis conocimientos en esta materia al plano práctico de las artes domésticas. ¿Se puede hacer algo?

—No se preocupe, señor. —La señora Hudson se había enfrascado ya en la tarea

de eliminar las partes desechables de una insólita selección de comestibles sin relación aparente entre sí—. Siempre he dicho que, una vez desechado lo no comestible, lo que queda, por increíble que parezca, llega para una cena.

El señor Holmes se detuvo como si hubiera pisado algo afilado.

—¿Sabe una cosa, señora Hudson? Creo que hay mucho de cierto en eso que dice.

Nadie había osado nunca negar que la señora Hudson fuera una mujer capaz de estar a la altura de las circunstancias, y a las ocho un aire inconfundiblemente casero impregnaba ya nuestras nuevas dependencias. El doctor Watson y el señor Holmes, este último absorto de repente en sus pensamientos, se acomodaron entre las cajas de embalaje para disfrutar de una saludable cena a base de pan, queso, un ave estofada y una botella de borgoña. Un ambiente de orden muy superior reinaba en la cocina, donde, una vez finalizados los quehaceres del día, la señora Hudson y yo descansábamos en silencio junto al fuego, mientras observábamos la apacible agitación de las pequeñas llamas azules que lamían una nueva palada de carbón. La señora Hudson estaba tomando una copa del madeira añejo que al señor Rumbelow se le había ocurrido enviar.

—¿Sabes qué te digo, Flottie? Que esos dos caballeros son unos inocentes. Necesitan a un par como nosotras, versadas como estamos en los caminos de este mundo, a fin de que velemos para que no les pase nada. Y de paso veremos algo de acción, no te quepa la menor duda. Como siempre solía decirle al señor Hudson...

Pero lo que la señora Hudson solía decir al señor Hudson se vio interrumpido por una ráfaga de golpes secos en la puerta de la calle, un golpeteo insistente e imperioso que irrumpió en nuestro apacible estado de satisfacción cual locomotora en medio de la niebla. En respuesta a una señal de la señora Hudson me apresuré a ir a abrir. Mientras torpemente intentaba descorrer los cerrojos, reparé en el pernicioso frío que hacía fuera y que se colaba bajo la puerta con una amenaza glacial. Al abrir me encontré ante una visión mucho más escalofriante y estremecedora que cualquier noche helada. Frente a mí despuntaba una figura vestida de negro, envuelta en una capa tan oscura que sus bordes parecían fundirse con la noche. No un sombrero coronaba su cabeza sino una mullida capucha oscura que dejaba en sombra la mayor parte del rostro. Aunque no lo suficiente para ocultar a mi vista la fría cicatriz plateada que le atravesaba una mejilla desde debajo de una oreja hasta justo debajo del ojo. Y en el lugar que debía ocupar este, no había ojo alguno, sino únicamente una sombra profunda y misteriosa.

Antes de que pudiera calmarme lo suficiente para empezar a gritar, habían depositado algo en mi mano con brusquedad y el espectro había desaparecido en la noche expectante.

Con la tenue luz de las ventanas llegué a vislumbrar lo que sostenía en la mano: un sobre con el destinatario escrito en rojo escarlata y una fina daga de plata.

2. La maldición de los espíritus

Creo con firmeza que la señora Hudson, más que cualquier otra mujer de su generación, poseía un talento especial para conciliar el ejercicio eficaz de las labores domésticas con sucesos singulares y estrafalarios. De ser preciso un ejemplo de lo expuesto, no podría citar uno mejor que su reacción aquella noche cuando regresé, muda y medio paralizada por el miedo, a la cocina iluminada únicamente por la lumbre. Tras acercarme con destreza al hogar, no me hizo pregunta alguna, sino que se dispuso a buscar una bandeja apropiada en la que entregar al señor Holmes los extraños objetos que yo aún sostenía en la mano.

—Vamos, Flotsam —me animó—. Se trata de la primera persona que ha llamado a la puerta de nuestro nuevo alojamiento, así que deberíamos cerciorarnos de presentar la nota como es debido. Lo que no quiere decir —prosiguió después de hacer una pausa para preparar una segunda bandeja con *whisky* y soda— que, a juzgar por tu cara, no haya sido la clase de persona a la que solemos abrir la puerta. Pero esa es la clase de visitante que cabe esperar a partir de ahora, Flottie, y acabaremos acostumbrándonos. Supongo que el señor Holmes querrá preguntarte un par de cosas acerca de estos objetos, y carece de sentido que nos presentemos ante él hasta que hayas tenido tiempo de recobrar la compostura. Y supongo también que el doctor Watson tendrá mucho gusto en tomar un par de copas, y carece de sentido que nos presentemos ante él hasta que hayas ido a buscar un par de vasos de los pesados. Y si vas a tener que permanecer en presencia de los caballeros el tiempo que se estime oportuno, creo que deberíamos poder reposar las manos sobre un delantal que no ofrezca tantas pistas sobre lo que has cenado.

»Por lo que a esto se refiere —añadió con tono reflexivo, al tiempo que me separaba del arma de hoja estrecha para acercarla después a la luz—, será mejor que lo manipulemos con un poco de cuidado. Por mi experiencia, las personas que te remiten un puñal sin que se lo hayas pedido no albergan muy buenas intenciones y no está de más andarse con ojo.

Tal fue el efecto tranquilizante de la actitud de la señora Hudson que en cuestión de unos minutos, cuando me condujo una vez más ante el señor Holmes y el doctor Watson, su presencia a mi lado me permitió relatar la escena con una apariencia de sosiego que no dejaba traslucir el temblor que sentía por dentro.

El señor Holmes me escuchaba con la mayor concentración, y de pronto fijó sus ojos inquietos en un solo punto, con un destello apasionado que los iluminaba de vez en cuando cual llama chispeante. El caballero guardó silencio hasta que acabé de hablar, tras lo cual fue el doctor Watson quien tomó la palabra.

—Extraordinario asunto, no cabe duda. Ese individuo me parece un loco. No deberían permitir que ande suelto por la calle.

—Al contrario, Watson, de la admirable explicación de Flottie se deduce claramente que las acciones del mensajero de esta noche distan mucho del proceder

de un demente. Piense en cómo ha obrado. Ha previsto su llegada para la hora de la noche en la que es más probable que el ama de llaves esté enfrascada en sus tareas posprandiales y existen mayores posibilidades de que una jovencita impresionable abra la puerta. Ha logrado valerse de su singular apariencia con tan buenos resultados que ha desaparecido camuflado en la oscuridad. Y, por lo que veo, ha logrado entregar la carta de su superior a su destinatario la misma noche que esa persona se establecía en una nueva dirección. Esta última circunstancia, aunque a primera vista pueda parecer el mayor logro, resulta quizá la menos sorprendente, pues creo poder afirmar sin pecar de vanidoso que no hay pocos en esta urbe nuestra que conozcan en todo momento el paradero exacto de Sherlock Holmes.

Dicho esto, sacó un abrecartas de un cajón de embalaje que tenía a mano en el que ponía «Crímenes pasionales» y centró su atención en la misiva, cuidadosamente sellada, que habían dejado de manera tan espectacular entre nosotros. Antes de fijarse en la carta en sí, examinó con minuciosidad el sello de cera con la ayuda de una lupa que extrajo de entre los pliegues de su batín.

—Como sospechaba —observó—. Cera corriente y moliente de la que emplea todo hijo de vecino a diario infinidad de veces. Pero el sello en sí es otra cuestión. Una burda talla (de factura indígena, eso puedo garantizarlo) que representa lo que parece ser una especie de exótico marsupial.

Tendió la carta en dirección al doctor Watson. Al pasarla la señora Hudson hacia donde se encontraba sentado el doctor, vi que clavaba la mirada en el sello en cuestión.

—Válgame Dios —comentó Watson antes de devolver la carta—. Una extraña criatura, ciertamente. ¿No le parece, señora Hudson?

—Sí, señor. —La señora Hudson hizo una pausa, moviendo la ceja con un tic casi imperceptible—. Aunque recuerda bastante a una rata grande, ¿no cree, señor?

—¡Exacto! —exclamó el señor Holmes, tras escudriñar rápidamente el sello por segunda vez—. Veo que tendrá que esmerarse en demostrar su valía, Watson. Está claro que la señora Hudson tiene mejor ojo que usted en estas lides.

Acto seguido, se apresuró a abrir la carta y la inclinó hacia la lámpara. Por un instante, todos los presentes parecimos sumirnos en un estado de ansiosa concentración y el tiempo pendió inmóvil del filo de la lámpara. Entonces el señor Holmes prorrumpió en una breve exclamación y pasó el documento al doctor Watson con un brusco ademán.

—¿Tendría la bondad, Watson? Estoy convencido de que su lectura se beneficiará de la excelente sencillez que caracteriza su expresión oral.

La carta era una sola hoja de papel, doblada en cuatro, de forma irregular, como si la hubieran manipulado a toda prisa. No figuraba dirección alguna, pero sí la fecha de aquel día, garabateada con la misma tinta escarlata que aparecía en la parte superior. Debajo, escrito con una letra temblorosa y tan inclinada que rozaba la horizontalidad, había un mensaje que expresaba tanto pánico como el miedo puro y duro.

Señor me encuentro en una situación de peligro mortal y no hay día que no tema por mi vida le ruego me permita presentarme ante usted mañana a las ocho de la noche, osaré llamar a su puerta a dicha hora con la esperanza de que reciba favorablemente esta apremiante petición de

Nathaniel Moran

La estancia pareció sumirse en una quietud aún mayor cuando las palabras se vieron absorbidas por el silencio amortiguador de nuestra concentración. Un ligero estremecimiento de excitación me recorrió de arriba abajo y me produjo un hormigueo en los dedos de los pies.

—Desconcertante —murmuró Watson.

—¡Transparente! —afirmó Holmes—. Watson, dado que posee usted una ligera noción de mi método de trabajo, le ruego que aplique mis principios y me diga qué podemos deducir de esta epístola tan sumamente irregular.

—De ella no deduzco más que su autor teme a todas luces por su vida, Holmes. ¿Cómo si no se explicaría el tono de desesperación, la falta de esmero en la presentación y puntuación del mensaje o el descuido de no incluir dirección alguna a la que remitir una respuesta?

—¡Querido Watson! —exclamó Holmes con una risita—. Posee usted tal grado de candidez que le resulta difícil traspasar la imagen inicial que el mundo presenta ante sus ojos. Mientras la señora Hudson le sirve una copa bien merecida, permítame señalarle algunas de las conclusiones que a mi juicio pueden desprenderse con claridad de esta misiva.

»Cuando nuestro corresponsal se presente aquí en persona, tengo la firme sospecha de que nos encontraremos ante un individuo unos años más joven de lo que se describe como madurez. En los últimos diez días ha regresado a Londres tras un prolongado período de tiempo en el trópico, donde contrajo una enfermedad de la que aún se ve afectado. Últimamente atraviesa tiempos difíciles, pero confía en que se trate de una actuación transitoria. Y, si no voy mal encaminado, es además un naturalista aficionado que se ha hecho con una esmerada colección de fauna autóctona durante su estancia en el extranjero.

—¡Diantre, Holmes! —exclamó Watson—. No puede esperar que creamos que incluso una mente como la suya puede deducir toda esa información partiendo de unos cuantos renglones de prosa. ¡Eso es imposible! —Y en su turbación el doctor llevó la copa recién apurada hacia la bandeja de las bebidas con un gesto más instintivo que intencionado. Incluso la ceja de la señora Hudson tembló ligeramente mientras rellenaba la copa en silencio.

—Al contrario, Watson. Nada de lo que he expuesto exige más que un ejercicio de observación de lo más elemental. En primer lugar, por lo que respecta a su edad, su caligrafía presenta signos de precipitación y de intensa agitación. No es imposible que esté usted en lo cierto al suponer que es el miedo lo que le desestabiliza el pulso. Con todo, bajo ese sentimiento patente a primera vista, subyace una mano firme. Fíjese en la energía de los trazos y en la profunda marca que ha dejado su firma en el

papel. En ella no se observa ni un ápice de la vacilación que tan a menudo delata al septuagenario, ni el menor atisbo de la debilidad que se intuye en un hombre entrado en años. ¿Se tratará, pues, de un hombre de mediana edad? No obstante, la composición de la carta, la escasa observancia de las formas propias del estilo epistolar, indican sin duda una falta de dominio por parte del remitente en la contención de los sentimientos más inmediatos. Uno no esperaría encontrar tal entrega al estado de ánimo imperante en un hombre de edad madura. ¿Se tratará, pues, de un hombre joven? Sin embargo, una estancia en el trópico de unos años de duración, transcurridos la mayoría de ellos en los tiempos actuales, determina que el individuo que nos ocupa ya no pueda calificarse de joven. Por consiguiente, Watson, me veo obligado a concluir que nuestro corresponsal posee una edad intermedia. En definitiva, estoy convencido de que se trata de un hombre de treinta años.

—Pero, Holmes —replicó Watson, que lanzó una mirada de complicidad a la señora Hudson, como si no hubiera duda de que su amigo había tratado de exceder el límite de sus aptitudes—, ¿cómo puede deducir que el hombre en cuestión regresó del trópico hace tan poco, tras una estancia además de varios años?

—¿No ve que las razones se revelan por sí mismas, mi querido amigo? El sello empleado, con ese extraño y grotesco roedor, constituye un claro indicio de la permanencia en climas más cálidos durante un período de tiempo determinado. Su tosco acabado y sencillo trazado indican que es obra de una mano indígena. Asimismo, puede que haya reparado usted en la pequeña palmera a cuyo pie reposa el animal. Es evidente que el individuo que ha decidido adoptar dicha imagen como su sello siente un cariño por el motivo que hace pensar en un período de uso habitual, casi con toda seguridad durante una estancia de varios años en el extranjero.

»Y nos consta además que se trata de un hombre bastante joven aún, por lo que su regreso debe de haberse producido en un tiempo relativamente reciente, en especial si, como sospecho, su salud acusa aún la huella de sus viajes. Pues ahí donde usted solo ve miedo, yo detecto además una mano debilitada por la fiebre. Una mano vigorosa rendida a un extraño pulso tembloroso, una misteriosa concisión, como si el acto de escribir supusiera un esfuerzo supremo... En vista de lo que sabemos ya de nuestro amigo, la explicación más probable es que todo ello se deba a una fiebre tropical de la que todavía no se ha recuperado. Por su parte, la falta de remite, lejos de responder al descuido que usted imagina, mi querido Watson, deja entrever a mi entender un hombre vacilante en cuanto a la fijación de su paradero. Es evidente que aún está por encontrar una residencia permanente. No obstante, bastan diez días para que un hombre con recursos normales puede establecerse en la metrópoli; así pues, deduzco que la llegada de nuestro corresponsal se ha producido dentro de dicho intervalo de tiempo.

—¿Y qué me dice del resto, Holmes? ¿De sus mermados fondos y su interés por las especies autóctonas?

El señor Holmes se reclinó en el sillón y procedió a encender la pipa que con

sumo cuidado había estado llenando, con una expresión de sorpresa marcada por la aflicción.

—¿No me diga que el resto no resulta más fácil de ver? La cera barata y el aún más barato papel de carta indican que en estos momentos nuestro amigo no puede permitirse el lujo de alojarse en un hotel reputado. Dudo que empleara dichos artículos si tuviera a su disposición la sala de escritura del Claridge. Sospecho que se hospeda en una de esas pensiones anónimas de dudosa condición mientras se dedica a la búsqueda diaria de un alojamiento que se ajuste a su situación económica venida a menos. Los servicios de un criado, pues entiendo que así debe de describirse la aparición que has visto, joven Flottie, indican que no siempre habrá estado en una situación apurada. Y aún no he conocido a un hombre sumido en un estado de pobreza poco habitual que no albergue la esperanza de que en algún momento cambie su suerte y recupere toda su fortuna.

—¿Y por qué un naturalista, Holmes?

—¡Por la tinta, Watson! ¡La tinta! Nadie que no fuera aficionado a esas publicaciones sensacionalistas de baja estofa emplearía tinta escarlata. La única excepción que me consta corresponde a la costumbre de los coleccionistas de ciertos rincones remotos del Imperio de utilizar tinta roja para etiquetar las piezas que guardan en vitrinas. Por lo general, consideran que conserva mucho mejor su color que la tinta negra de elaboración local, la cual pierde intensidad de forma desastrosa cuando se ve expuesta durante largos períodos de tiempo a la implacable luz del sol. Y la elección del sello por parte de nuestro remitente, revelando como revela las preocupaciones del naturalista más que las del antropólogo, parece no dejar lugar a dudas a este respecto.

—¡Por Júpiter que es lo más fascinante que he oído en la vida! —exclamó el doctor Watson tras apurar la copa de un trago—. ¿Qué le parece, señora Hudson? ¡Apuesto a que nunca ha oído nada parecido en toda su vida!

Por certeras que fueran aquellas palabras en el caso de la señora Hudson, confieso que a mí, por lo pronto, me había maravillado la imagen que el señor Holmes había desvelado con tan elegantes pinceladas. Mientras se deleitaba complacido en medio de una atmósfera de admiración y humo de tabaco, yo me quedé literalmente sin palabras para expresar mi asombro, que había desterrado el recuerdo del miedo que había sentido minutos antes. Todo parecía tener sentido. Tal vez no hubiera nada que pudiera quedar sin explicación.

Un punto este en el que coincidía la señora Hudson, según comprobé después, aunque por razones muy distintas de las mías. Hasta que volvimos a encontrarnos al abrigo acogedor de la cocina no caí en la cuenta de que ella no compartía necesariamente las opiniones expuestas con tal brillantez por el insigne detective. Mientras me preparaba para acostarme vi que la señora Hudson no podía tranquilizarse, y para intentar calmar sus nervios había optado por doblar de nuevo la ropa limpia en lugar de tomarse una segunda copa del famoso oporto del señor

Rumbelow.

—Dime, Flottie —habló por fin, tras dejar la última sábana tan bien doblada que podría haber servido como objeto de estudio a un alumno de geometría—, ¿qué te parece la explicación del señor Holmes sobre esa carta?

—¡Oh, señora Hudson! ¡Es lo más sorprendente que he oído en mi vida! Pensaba que encontrarse a un desconocido al abrir la puerta era como para impresionarse, pero no tiene ni punto de comparación con el modo en que el señor Holmes nos ha mostrado cómo encajan todos los hechos. Antes de oírlo hablar, no había nada que no cupiera en mi imaginación pero, ahora que sé que quien envía la carta no es sino un señor normal y corriente, me doy cuenta de que no tenía motivos para asustarme. Me da la sensación de conocerlo casi.

La señora Hudson tenía una expresión más severa aún que de costumbre.

—¿Y no crees, Flotsam, que podría haber otras explicaciones para todas esas cosas que el señor Holmes ha señalado?

—¿Cómo dice, señora?

—Verás, lo cierto es que no hay nada de lo dicho por el señor Holmes que pueda calificar de erróneo, pero tampoco puedo decir que me haya parecido acertado. Lo noto aquí —dijo señalándose un punto indefinido del pecho—. Eso no quita que el señor Holmes sea una persona sumamente inteligente y culta, pero no puedo evitar ver las cosas de otro modo.

»Porque, vamos a ver, Flottie, ¿qué clase de caballero envía a su criado a llamar a puerta ajena a semejantes horas, cuando su sorprendente apariencia puede resultar de lo más siniestra? ¿No podría haber recurrido al correo normal como el resto de los mortales? Su carta habría llegado por la vía habitual mañana a primera hora, con tiempo de sobra para que el señor Holmes pudiera prepararse para recibir una visita por la noche. Y luego están esos garabatos escritos con una tinta que a nadie en su sano juicio se le habría ocurrido emplear. No sé cómo escribirán allá en las Indias, pero cuesta creer que en este país no haya podido encontrar un color más decente para su propósito. Por muy pobre que sea su alojamiento, no creo que no tuvieran un tintero de tinta negra a su disposición si lo hubiera necesitado. ¿No te parece — prosiguió la señora Hudson con voz suave— que la razón de su misiva podría haber sido otra muy distinta de la que alega? Si se hubiera propuesto deliberadamente provocarnos a todos el mayor desconcierto posible y crear en torno a sí un aura de misterio, no podría haber encontrado mejor manera de conseguirlo. No sé qué me da, joven Flottie, que el señor Moran tal vez no resulte ser la persona que el señor Holmes espera.

Sin embargo, la aparición del caballero en cuestión a las ocho en punto de la noche siguiente pareció confirmar todas las predicciones del señor Holmes. Fue un día ajetreado debido a las tareas propias del cambio de casa. La señora Hudson se levantó antes de que amaneciera y cuando me desperté Scraggs y una pequeña legión de

chicos de los recados, a quienes había mandado por todo Londres con distintos encargos relacionados con nuestro bienestar y aprovisionamiento, habían cumplido ya con su cometido. Me pasé la mañana ayudando entusiasmada al doctor Watson a desempaquetar sus múltiples cajas de embalaje hasta que la señora Hudson, pensando que el doctor Watson preferiría empezar a ordenar sus pertenencias sin mi asistencia, me envió a ver a Scraggs para que le comunicara que tenía más encargos para él.

Era uno de esos extraños días de noviembre en los que la luz rasgaba la niebla y bañaba las calles de Londres con una neblina dorada que suavizaba por unas horas las duras líneas de ladrillo y piedra. Scraggs estaba de muy buen humor y trató por todos los medios de convencerme de que tenía el deber de acompañarle a Smithfields, donde, según me prometió, me recomendaría a un amigo suyo en el negocio de la carnicería que podía suministrar a la señora Hudson las mejores salchichas de Tamworth de todo el reino. Sin embargo, consciente de los acontecimientos que me aguardaban en Baker Street, resolví que en aquella ocasión no demoraría mi regreso, siendo esto lo mejor si quería prepararme para ver a nuestro misterioso corresponsal. Comenzaba a oscurecer cuando emprendí el camino de vuelta a Baker Street y la tibieza del día se había evaporado en el frío de la niebla incipiente. Un temblor me recorrió el cuerpo al notar en la luz crepuscular la amenaza de la noche, y mis pasos se aceleraban a medida que las sombras cobraban intensidad mientras el encendido gradual de las lámparas aumentaba la oscuridad creciente.

Cabe imaginar los sentimientos de alivio y felicidad que me invadieron al encontrar a mi regreso los postigos cerrados con la caída de la noche, el fuego ardiendo ya en las chimeneas y el delicioso olor de un guiso envolviendo a la señora Hudson mientras esta contemplaba con satisfacción imperturbable la escena hogareña.

—¡Ay, señora! —exclamé tragando saliva, medio aterrada ante la evidencia de tanto trabajo desempeñado en mi ausencia.

—Llegas justo a tiempo, Flottie. Pensé que querrías vigilar de cerca a ese pillo de Scraggs para asegurarte de que todo estaba en orden, así que me encargué de encender las chimeneas y las lámparas. Pero ahora voy a descansar los pies un ratito con una copa de jerez que han tenido a bien enviarme esta mañana desde el despacho del señor Rumbelow. Dejaré que acabes de sacar brillo a los cubiertos y cuando termines subiremos al cuarto ropero y nos pondremos con el resto de la plata. Y me imagino que esta noche querrás abrir la puerta si el caballero de la insólita tinta se digna aparecer en persona.

Así pues, mientras la señora Hudson reposaba junto al fuego, pasando las páginas de un voluminoso libro que un mensajero especial le había traído aquella mañana, yo me dediqué con ahínco a pulir la cubertería hasta que a la luz de las lámparas quedó reluciente como la espada de un soldado de la Guardia Real. Arriba, en el estudio, el señor Holmes se encontraba absorto en pensamientos tan profundos como el sillón donde permanecía arrellanado, sirviendo la silueta de la pipa y las indolentes nubes

de humo como únicas muestras de la actividad de su portentosa mente bajo su apariencia inerte. Frente a él, el doctor Watson hojeaba con aire ocioso una de las publicaciones ilustradas que le enviaban bajo suscripción. Parecía faltar una eternidad para las ocho de la noche y una corriente de expectación no reconocida barría ambas estancias cual bocanada de aire desplazándose a ras del suelo.

Cuando por fin llamaron a la puerta, me sobresalté como un gorrión asustado por toda la tensión acumulada en la hora anterior al pensar en aquel instante. El golpe en la puerta sonó muy distinto del de la noche anterior, con toques bajos pero repetidos tres o cuatro veces con suma rapidez, como si el visitante se encontrara en un estado de agitación apenas contenida. Volví la mirada hacia la señora Hudson, que permaneció inmóvil junto al fuego, sin que su concentración se hubiera visto aparentemente interrumpida.

—¿Serías tan amable de abrir, Flottie? —me pidió sin levantar la vista, pero vi que había dejado la copa encima de la chimenea y que ya no miraba la página impresa como estaba haciendo un instante antes.

Cuando logré dominar mi nerviosismo lo suficiente para abrir la puerta, apareció ante mí el señor Nathaniel Moran, un caballero cetrino de unos treinta años de edad. De hecho, su apariencia se correspondía de tal manera con la imagen que me había hecho de él a partir de la descripción del señor Holmes que desterré al instante toda duda que pudiera albergar sobre la perspicacia del insigne detective. Bajo un bigote pelirrojo su rostro presentaba una palidez anormal, como si hubiera sufrido recientemente los estragos de una enfermedad. Era un hombre de constitución fuerte cuyos movimientos y apariencia dejaban ver una elegancia natural, si bien su porte y actitud acusaban una incertidumbre o nerviosismo que no casaban bien con sus marcadas facciones ni con la frialdad de sus ojos. Al tomar su abrigo reparé en que vestía un traje de corte anticuado y diseñado para climas más cálidos. Maravillada de la clarividencia del señor Holmes, procedí a anunciar la llegada del visitante a sus expectantes anfitriones.

El doctor Watson se apresuró a ponerse en pie de un brinco y dio la bienvenida al señor Moran, mientras que su colega se limitó a hacer un desganado esfuerzo por levantarse antes de arrellanarse de nuevo en el sillón, con los ojos entreabiertos y sin dejar de fumar. Antes de que tuviera tiempo de retirarme, el doctor Watson había acomodado ya a su invitado en una silla situada junto al fuego y me siguió cortésmente para aguantar la puerta abierta a mi paso. Nuestros ojos se cruzaron por un breve instante y temo que en dicho intercambio de miradas el bueno del doctor debió de captar mi curiosidad desenfrenada, pues, en vez de cerrar tras de mí, me dedicó un guiño y la puerta, oculta entre las sombras, permaneció entornada con un resquicio de unos dos dedos.

El cuarto ropero era poco más que un trastero situado enfrente del estudio. A nuestra llegada, la señora Hudson no había tardado en colonizar el espacio con fines domésticos y ahora, con aquel acto de caridad, el doctor Watson pretendía brindar

una estrecha línea de visión para que alguien apoyado en el quicio de la habitación pudiera ver, a través de la puerta entornada, el interior del estudio al otro lado del angosto pasillo que separaba ambas estancias. Con un aire de despreocupación que solo sirvió para dejar traslucir mis intenciones, entré en el cuartito y arrimé el montón de plata por pulir al lugar que mejor me permitía seguir los hechos que se desarrollaban en la otra sala. Al subir por las escaleras y encontrarme en dicha posición, la señora Hudson, para mi gran sorpresa, arqueó una ceja inquisitiva, pero no hizo amago alguno de impedir mi inexcusable falta de modales, de forma que cuando el señor Moran comenzó a hablar pudimos oír sus palabras desde nuestro nicho con tanta claridad como el señor Holmes desde su asiento junto a la chimenea.

—Caballeros —dijo Moran—, espero que me perdonen por molestarles a estas horas y por la concisión de la nota que les hice llegar anoche. Me doy perfecta cuenta de cuán atípica puede parecer mi conducta.

—Bobadas, señor. El doctor Watson y yo nunca nos regimos por las formalidades sociales. Además, veo que ha estado usted aquejado de fiebre.

Por un instante el señor Moran pareció realmente desconcertado y tardó un momento en poder hablar.

—Veo que tiene bien merecida su reputación, señor Holmes. Incluso en Sumatra, donde he pasado los últimos siete años de mi vida, ha corrido la voz de su talento.

—¿Sumatra, dice? —Holmes se volvió como si tal cosa, arqueando una ceja, hacia el doctor Watson—. Un lugar con una variada fauna autóctona, imagino.

El señor Moran se mostró de nuevo asombrado.

—En efecto, señor Holmes, doy fe de ello. Precisamente, ese aspecto del país explica en parte mi presencia aquí esta noche. Eso y otros detalles relacionados con ello que espero que un hombre de su talento sepa interpretar como es debido.

—Tal vez si empezara usted por el principio, señor Moran, y se ciñera a los hechos del caso... —Holmes se arrellanó aún más en el sillón y exhaló otra bocanada de humo de tabaco que se dispersó hacia el cuarto ropero, donde yo había empezado a sacar brillo al mismo candelero por tercera vez. La señora Hudson había cogido el pequeño candelabro y, vuelta de espaldas a mí, lo frotaba con movimientos secos y potentes.

—Señor Holmes, la historia que tengo que contar no es para contarla a la ligera. Al igual que usted, soy un apasionado creyente del saber científico. Sin embargo, ahora me veo acosado por un temor supersticioso que carece de todo rigor científico.

»Verá, señor, mi padre era un próspero comerciante que vio en sus negocios en Malaya el medio para ganar una suculenta fortuna. De haber querido, podría haber continuado con las empresas de mi padre tras su jubilación, pero nos peleamos y, con la impetuosidad de la juventud, juré que me forjaría una fortuna propia que superaría la suya y le demostraría en qué baja estima tenía mis verdaderas aptitudes. En el trópico había adquirido buenos conocimientos prácticos sobre comercio, y a través de un conocido me presentaron a otros cuatro jóvenes como yo, cuyo arrojo y

determinación prometían suplir la falta de capital que pudiera darse. Después de mucho discutirlo decidimos buscar fortuna en Sumatra. Hay un rosario de islas cerca de la costa oeste que se han mantenido incólumes a los grandes negocios comerciales. Fundamos la Comercial Exportadora de Sumatra y Nassau con base en Port Mary y juramos por nuestras vidas que trabajaríamos hombro con hombro hasta que lográramos hacer nuestra fortuna.

Bajo el fino haz de luz vi temblar a Moran.

—A nuestra llegada vimos que Port Mary era poco más que un conjunto desalentador de casuchas de hojalata ocupadas por un puñado de europeos de paso por el lugar y una pequeña población de chinos. Alrededor se alzaba cual montaña la jungla, sumida en un velo de niebla, ganando terreno a la ciudad a la menor ocasión, y de noche los gritos de extrañas criaturas invadían los sueños de uno. Era como si la isla tratara de expulsar todo rastro de civilización y reclamara nuestro reducto como suyo. Y los lugareños no eran mucho más acogedores. Por parte de los chinos no recibimos sino indiferencia, y más allá de los límites de Port Mary hubimos de enfrentarnos al recelo y la hostilidad de los nativos. Desde el día de nuestra llegada nos vimos sumidos en una terrible soledad.

»Sin embargo, aquello que llamábamos ciudad no tardó en convertirse, pese a todos sus defectos, en nuestro refugio. Y es que aquellas islas son un paraje agreste donde los haya, señor Holmes. Un lugar dominado por una naturaleza salvaje y oscuras y secretas supersticiones. La tribu pagi rinde culto al bosque y sus espíritus, a cual más cruel y vengativo a ojos de un occidental. Antes de cumplir nuestro tercer día en la isla, recibimos la visita del sumo sacerdote de los pagi. Según nos dijo, nuestra presencia en aquel lugar ofendía a los espíritus. Si permanecíamos allí, nuestra empresa fracasaría. Si no respetábamos a los espíritus de la isla, moriríamos.

El doctor Watson se revolvió ligeramente en su asiento y yo me di cuenta de que había dejado de sacar brillo. Moran soltó una tos nerviosa. Solo la señora Hudson y el señor Holmes permanecían impassibles.

—La jungla de la que esperábamos sacar nuestra fortuna es sombría y amenazadora. En ella habitan animales desconocidos para la ciencia europea: arañas del tamaño de aves, serpientes venenosas no mayores que un pulgar... todo un bestiario de lo más repulsivo y aterrador. Los salvajes veneran en especial a tres criaturas, todas ellas envueltas en un halo de misterio: el tigre de la isla, la cobra púrpura y la rata gigante. Aquí, en Inglaterra, esta última criatura parece que deba dar más risa que miedo, pero allí las cosas se ven muy distintas. Los pagi temen a las tres por igual: al tigre por su fuerza, a la cobra por su veneno y a la rata gigante por su gusto en devorar el alma de los muertos. Las leyendas sobre esta fiera ponen los pelos de punta. Dan sepultura a los difuntos a las pocas horas de su muerte por miedo a que sus restos sean descubiertos y sus almas devoradas antes de su entierro. Es más, se cuentan relatos de hombres enfermos que en medio de la oscuridad reciben la visita de una criatura que se les sienta en el pecho a esperar que fallezcan. Sienten su peso,

incluso su aliento, pero no ven nada en absoluto.

Siguió un silencio a todas luces de inquietud, interrumpido al final por un débil chasquido del doctor Watson.

—Vamos, señor —farfulló—. Ese cuento se pasa de rosca, ¿no le parece? Ratas de proporciones gigantescas acechando a incapacitados y qué sé yo. Es como para incomodar a cualquiera. ¿No querrá que creamos esas historias?

—Al contrario, doctor Watson, albergo la esperanza de que usted y el señor Holmes sepan demostrar que no son más que bobadas. Pero permítame proseguir con mi relato.

»Señor Holmes, pasaré por alto los primeros años de nuestra empresa. Baste con decir que llegué a entender por experiencia propia la razón por la que las riquezas de aquellas islas habían permanecido tantos años sin explotar. De los cinco que emprendimos aquella aventura con tan altas esperanzas, dos no encontrarían sino una tumba en aquella selva implacable; al primero, Whitfield, se lo llevó una fiebre cuando aún no había pasado ni un mes desde nuestra llegada. El resto, es decir, Postgate, Neale, Carruthers y un servidor decidimos perseverar en nuestra empresa. Nos mantuvimos a flote vendiendo un poco de opio a los chinos, pero los pagi seguían resistiéndose a nuestros avances y sin ellos la riqueza de la isla se hallaba fuera de nuestro alcance.

»Dicha obstinación acabó por irritarnos y empezamos a burlarnos de sus supersticiones poniendo en duda públicamente la existencia de las criaturas que veneraban y, según nos constaba, nadie había visto nunca, si bien en la isla eran comunes los pequeños gatos de la jungla y abundaban las serpientes y ratas normales y corrientes. En un momento de desenfado llegué incluso a encargarme un sello con la representación de una rata imaginaria y lo empleé en la correspondencia de la compañía. Lurantong, el sumo sacerdote, echaba chispas en silencio pero no hacía nada. No obstante, justo cuando una nueva línea de negocio propuesta por Neale parecía estar prosperando, esta se vio truncada por una sucesión de acontecimientos que comportaron la ruina de nuestras empresas y que, según creo yo, pudieron habernos costado la vida.

Se produjo otra pausa mientras Moran se secaba la frente. Watson se revolvió de nuevo con inquietud, y un leve estremecimiento me recorrió el cuerpo como si algo propio de la soledad de la húmeda jungla que Moran había descrito se hubiera colado en la habitación. La señora Hudson, de aspecto por lo general adusto, parecía más adusta que nunca, pero algo en su forma de asentir ligeramente con la cabeza, si es que estaba escuchando, expresaba una críptica satisfacción ante el relato del caballero.

Una vez repuesto, el visitante retomó la palabra.

—Fue un día de octubre, hace ya más de un año, cuando empezó a desentrañarse la cosa. Postgate había participado en una breve expedición al interior de la isla en busca de minerales. A Postgate le gustaban estas expediciones. La fría vigilancia a la

que nos veíamos sometidos en Port Mary empezaba a afectarle y se dio a la bebida. Se valía de estas expediciones para escapar de nuestra desaprobación y descargar una cantidad ingente de munición sobre cualquier blanco que brindara la jungla. Aquel día Postgate regresó gritando literalmente de euforia, con un animal muerto del tamaño de un perro de aguas colgado de la silla de montar. Un corro de gente le rodeó mientras desmontaba y delante de todo el mundo hizo girar aquella criatura alrededor de su cabeza, bramando mi nombre. «¡Moran!, —vociferó—. ¡He matado de un tiro esta preciosa rata! ¡Ven a verla!». Y realmente se trataba de un ejemplar excepcional, sin duda la mayor criatura de su especie que había visto en mi vida. Tenía el pelaje negro y la cola peluda como la de una ardilla, además de unas poderosas fauces y unas garras feroces. «¡Todo un devorador de almas, sí señor!», gritó. «¡Ya veremos qué dicen de esto!». Y antes de que pudiera detenerlo, ya había atado el cadáver a la cuerda del asta de nuestra bandera y lo izaba para que se viera en lo alto del recinto donde vivíamos.

»Aquella noche Postgate se emborrachó. Neale y Carruthers lo llevaron a la cama, y yo me quedé solo en la galería, observando la selva con desasosiego. El de Postgate había sido un gesto estúpido y pueril, pero me asustó. Puede que les parezca ridículo, pero en el trópico las sombras adoptan formas extrañas. Y al poco rato Lurantong, el sacerdote, surgió de la oscuridad y se plantó frente a mí. Llevaba el collar de huesos que formaba parte de su atuendo ceremonial y con su lanza apuntó hacia el asta de bandera de donde pendía el animal. “Habéis perturbado a los espíritus del bosque”, dijo, sin emoción alguna. “Habéis exhibido sus criaturas cual trofeos. Ahora los espíritus os lo harán pagar, a vosotros y a todos aquellos que tengan que ver con vosotros. Os arrebatarán la vista como castigo por lo que habéis visto. El dolor de su venganza os destruirá. Así será”.

En la seguridad del ropero, junto al montoncito de plata sin pulir, vi que Holmes y Watson se inclinaban un poco hacia delante. El señor Holmes hacía rato que había guardado la pipa y su mirada era ahora alerta y escrutadora, clavada en el señor Moran con una intensidad penetrante. El fuego estaba apagándose y las sombras parpadeantes danzaban sobre el rostro de los tres hombres. Imaginé la negra noche malévolamente envolviendo la morada de Moran en mitad de la selva y me estremecí.

Moran respiró hondo y reanudó su relato.

—A la mañana siguiente, vi que Postgate se había levantado temprano, había cogido la mula y se había marchado. Volvió al cabo de dos días. Un explotador de caucho llamado Cartwright surgió del interior de la jungla con su cadáver atado al lomo de la mula. Trajo el cuerpo a nuestras oficinas y nos contó que los gritos de un hombre le habían despertado en mitad de la noche. En las islas cercanas a Sumatra, un grito en mitad de la noche no tiene por qué ser motivo de investigación, pero algo hubo en aquellos alaridos que Cartwright no pudo pasar por alto. «Era como si el alma de un hombre estuviera en llamas», explicó, y Cartwright no es un hombre dado a la poesía. Al amanecer decidió ponerse en camino en dirección al ruido y en un

pequeño claro encontró a Postgate, doblado por el dolor pero frío al tacto. Alrededor se hallaban las cuatro cosas que se había llevado consigo: un arma sin disparar, algo de comida sin tocar y un par de botellas vacías de alcohol.

»En las inmediaciones, exceptuando el rastro de aves y animales, el mantillo no presentaba más huellas que las de Postgate y el propio Cartwright. Y cuando este dio la vuelta al cuerpo de Postgate, señor Holmes, vio que tenía los dedos y el rostro ensangrentados. Pero fueron sus ojos los que provocaron que un hombre curtido como Cartwright retrocediera horrorizado. Pues allí donde deberían haber estado sus ojos no había nada. Nada salvo una costra de sangre. Los espíritus le habían arrebatado la vista, señor Holmes, y Postgate había muerto sufriendo la agonía de su venganza.

3. La mancha reveladora

Decir que se hizo el silencio en la estancia sería quedarse corto. Durante cinco segundos enteros pareció reinar no ya un silencio sino una ausencia total de sonido, como si un vacío le hubiera quitado el habla a todo el mundo. Luego se rompió de repente el vacío e irrumpió de nuevo el sonido.

—¡Caramba! —exclamó Watson tirando la copa al hacer un gesto de sofoco.

—¡Asombroso! —bramó Holmes, que se levantó de repente del sillón y derribó una mesita auxiliar que tenía al lado.

—¡Caray! —grité yo desde el cuarto ropero, dejando caer el candelero y tirando una pila de piezas de plata con un estrépito atronador.

Por su parte, la señora Hudson, al tiempo que daba los últimos toques al pequeño candelabro, murmuró «¡Vaya, vaya!», con el aire de un científico cuyo experimento ha originado unos resultados satisfactorios a la par que un tanto inesperados.

El alboroto permitió al señor Moran arrellanarse en su asiento mientras el doctor Watson procedía a rellenar su copa de *brandy* para agacharse después a recoger la mesa del suelo. El señor Holmes se quedó de pie, dando fuertes toques con la pipa contra la repisa de la chimenea como sumido en un estado de agitación. Fuera del estudio, la señora Hudson me ayudaba mientras tanto a recoger la plata esparcida por el suelo.

El doctor Watson, con la ayuda de un trago reparador, fue el primero en recuperar cierto grado de coherencia.

—Mire, señor, no sé qué persigue usted tratando de asustarnos de esta manera. ¡Nunca había oído semejantes sandeces!

—Doctor Watson, mi intención es justamente la contraria. Dado que a cada paso debo enfrentarme con hechos que parecen escapar a toda explicación natural, me dirijo a ustedes con la esperanza de que encuentren razón y lógica allí donde yo no puedo sino detectar cada vez más la sombra de una mano sobrenatural.

—Centrémonos, como usted dice, en los hechos del caso —terció el señor Holmes, que observaba la pipa con el ceño fruncido.

Reparé en que la señora Hudson chasqueaba la lengua a mi lado.

—¿Había algún médico residente en Port Mary que pudiera examinar el cuerpo?

—Lamentablemente no, señor Holmes. Me vi obligado a examinar el cadáver yo mismo y, aunque no soy médico, resultaba evidente que al pobre hombre lo habían dejado ciego de un modo espantoso. Pero no me atrevería a apuntar cómo.

—Y a ese tal Cartwright, ¿lo conocía usted bien? ¿Se puede dar crédito a su historia?

—Lo conocía poco, de oídas más que nada. Era un personaje conocido en la zona desde hacía años. A los demás europeos de aquellas islas les caía bien y parecía un buen hombre.

—¿Y dónde está ahora?

—No sabría decirle, señor Holmes. Por la naturaleza de su trabajo se pasaba la mayor parte del tiempo en la jungla. Podría hallarse en cualquier rincón de Oriente.

—¿Y estaba él seguro de que junto al cuerpo no había más huellas que las de su propio rastro?

—Segurísimo. Llevaba años oyendo hablar de Cartwright aquí y allá y me constaba que era un tipo duro. Sin embargo, le juro que estaba asustado hasta la médula por lo que había encontrado. Nunca le había visto tan nervioso. Insistí en preguntarle sobre la existencia de huellas en las proximidades del lugar donde yacía el cuerpo, y se mantuvo firme en su convicción de no haber hallado ninguna.

—¿Y una enfermedad? ¿Podría haber una causa natural que explicara esta repentina desgracia?

—Desde lo sucedido he consultado con varios expertos en la materia y no pueden apuntar causa alguna en esta dirección.

—Muy bien. Eso ayuda, de momento. ¿Qué ocurrió después?

—A mis compañeros lo sucedido les afectó sobremanera. Si antes nos habíamos sentido aislados ahora nos sentíamos atemorizados. Se trataba de un miedo persistente e insidioso, un temor a lo desconocido, que confundía la visión de las cosas como si una sofocante niebla hubiera descendido sobre nosotros desde la selva. Y no tardó en hacerse patente que no sería un incidente aislado. Tres semanas después, rescataron otro cuerpo del bosque. Esta vez se trataba de un cazador pagi, uno con el que comerciábamos de vez en cuando. Las circunstancias eran idénticas, y sus heridas las mismas en todos los sentidos. Y no nos faltaron oportunidades de hacer comparaciones, pues al día siguiente otro cazador con el que habíamos tenido relaciones comerciales apareció muerto con las mismas cicatrices atroces. La cuarta víctima fue un hombre blanco, un excéntrico colono que se había hecho al modo de vida indígena años atrás y vivía en la selva. De vez en cuando aparecía por Port Mary con las pieles de animales que había capturado para cambiarlas por toda la ginebra que era capaz de llevar encima. A juzgar por el estado que presentaba su cuerpo, debía de llevar dos semanas muerto cuando lo encontraron.

»Para entonces mis compañeros y yo estábamos muy preocupados. Nadie deseaba tener tratos con nosotros, y nuestro negocio no tardó en quedarse estancado. La siguiente víctima fue un anciano que vivía solo en una cabaña destartalada cerca de Port Mary. Era un marginado de la tribu, que sobrevivía a base de sobras y limosnas. Postgate le daba alcohol a veces. La noche que murió, no hubo rincón de Port Mary donde no se oyeran sus gritos.

Fuera, el frío empezaba a batir contra los postigos cerrados de las ventanas. Dentro, en la cálida penumbra, la señora Hudson dejó de sacar brillo a la plata y posó una mano con suavidad sobre mi hombro, donde permaneció cuando el señor Moran prosiguió con su relato.

—Lo último fue cuando una tarde, justo antes de la puesta de sol, el sacerdote Lurantong convocó una reunión de los ancianos de la tribu con el fin de ratificar la

maldición que había anunciado. Se congregaron en un pequeño claro que había frente a nuestras oficinas. Para entonces vivíamos como en estado de sitio y mis compañeros estaban al borde de una crisis nerviosa. Creo que la situación aún podría haberse salvado con una demostración de valor y determinación, pero aquella noche, bajo la luz del ocaso y delante de todos nosotros, Lurantong llevó a cabo la ceremonia más poderosa de los pagi: la invocación de la maldición de los espíritus. Una ceremonia de la que puede que los europeos se burlen, pero yo estaba presente, señor Holmes, y mientras escuchaba su solemne cántico en un tono cada vez más elevado bajo nuestras ventanas percibí la gravedad y el peso de la sentencia de muerte que entrañaba. En su punto culminante, una daga se baña con la sangre de varios animales y se invoca a los espíritus para que habiten el puñal. Este se entrega entonces a la persona o personas malditas, y a partir de ese momento los espíritus no descansarán hasta corresponder al sacrificio con la muerte de su enemigo. Aquella noche depositaron la daga, que aún apestaba a sangre caliente, en nuestra puerta.

El señor Holmes siguió clavado en el sitio, con la repisa de la chimenea como apoyo, y el fuego proyectaba sombras sobre su cuerpo enjuto y anguloso. El doctor Watson se removió inquieto como si, al igual que yo, hubiera recordado de pronto la daga de plata de la noche anterior, que ahora despedía reflejos rojos a la luz del hogar desde una mesa que tenía junto a su copa de *brandy*. La mano de la señora Hudson me dio otro apretón en el hombro.

—Aquello fue demasiado para mis compañeros —prosiguió Moran—. A la mañana siguiente prepararon su partida. Yo traté por todos los medios de que cambiaran de opinión. Lo que quedaba de nuestra inversión se perdería irrevocablemente si abandonábamos la isla, y les rogué que no buscaran la ruina de nuestro negocio de ese modo. Pero habían perdido el valor y el miedo los atenazaba. Mis esfuerzos por disuadirles acabaron haciendo mella en mi salud y el día previsto para nuestra partida una fiebre atroz me dejó inconsciente. Viendo que yo no podría viajar y temiendo por sus propias vidas si se quedaban más tiempo en la isla, mis compañeros me dejaron en manos de Penge, mi fiel criado, y zarparon rumbo a Londres. En cuanto recobré el conocimiento, Penge lo dispuso todo para mi traslado a un pequeño velero, y antes de que pudiera enterarme con certeza del lugar en el que me hallaba nos habían sacado a escondidas de la funesta isla y viajábamos rumbo a Singapur.

»Mientras me recuperaba poco a poco de una fiebre que había amenazado con ser la última que sufriría, me di cuenta de que los sucesos de Sumatra habían supuesto mi ruina. Las escasas existencias con las que contaba la empresa fuera de la isla dieron de sí lo justo para saldar nuestras deudas, pero no logramos recuperar ni una ínfima parte del capital inicial. Las relaciones con mi padre se habían visto tan seriamente afectadas por mi aparente acto de rebeldía que no cabía esperar ayuda de su parte. Decidí regresar a Londres, donde Neale y Carruthers, mis antiguos socios, se habían retirado para intentar salvar sus respectivas fortunas. Sin embargo, la misma víspera

de mi partida me vi perturbado por la visita de un chino recién llegado a Singapur, un supuesto médico que iba de isla en isla recogiendo hierbas para vendérselas después a sus compatriotas. Había recalado en Port Mary durante mi estancia allí y estaba enterado de la maldición del chamán. Me informó de que Lurantong seguía buscándonos para que se consumara la venganza exigida por los espíritus. Según me contó, habían maldecido una segunda daga que aquel mismo mes, en fechas posteriores, pondrían a bordo del *Matilda Briggs*, un buque con rumbo a Londres. Un acólito de Lurantong sería el encargado de entregar la daga. Una vez que esta llegara a manos de su destinatario, advirtió el chino, nada podría impedir que los espíritus lograsen su propósito.

Los ojos del señor Moran buscaron los del insigne detective.

—Señor Holmes, cuando le escribí anoche, le envié un puñal. El martes pasado dormí en una pensión del puerto. Al despertar a la mañana siguiente, me encontré ese mismo puñal junto a mi cabecera. Dos días antes, cinco después de mi llegada, el *Matilda Briggs* había atracado en Gravesend.

A su relato siguió, en el transcurso de la noche, una larga serie de preguntas por parte tanto del señor Holmes como del doctor Watson. Rápidamente determinaron que la segunda daga era, a juicio de Moran, idéntica a la primera y que nadie en la pensión, y menos aún Moran o su atento Penge, podía explicar su misteriosa entrega. Aquel mismo día Moran había consultado con sus antiguos socios y los tres acordaron buscar la ayuda de Sherlock Holmes. Sus compañeros, Carruthers y Neale, habían tomado la precaución de cambiar de residencia, pero ambos tendrían mucho gusto en atender al señor Holmes a cualquier hora si lo consideraba necesario. El doctor Watson tomó nota de sus respectivas direcciones.

Para mi gran sorpresa, la señora Hudson apenas mostró interés por ninguna de aquellas preguntas y optó por volver a la cocina, con el propósito de preparar las cosas del desayuno para la mañana siguiente, al tiempo que me mandaba ocuparme de la ronda de tareas que debía realizar antes de acostarme. Ya era tarde cuando oí al señor Holmes poner fin a la entrevista con la promesa de hacer averiguaciones en nombre del señor Moran.

—Huelga decir que la solución de un misterio con sus raíces a tantos kilómetros de distancia no debe concebirse con ninguna garantía de éxito. Con todo, los pasos que el doctor Watson y yo podamos dar, tenga por seguro que los daremos.

Oí explicar al señor Moran que recogía sus mensajes en las oficinas de la naviera Rangoon & Occident Shipping Line, en caso de que el señor Holmes deseara comunicarse con él, y después sonó la campanilla y me llamaron para que acompañara al señor Moran hasta la puerta. No fue hasta que nuestro visitante pisó la calle cuando ocurrió algo sorprendente. Tras recorrer el pasillo con asombrosa presteza, la señora Hudson lo llamó para que volviera.

—Disculpe, caballero, el señor Holmes me ha pedido que le haga una pregunta que olvidó formularle antes. El señor Holmes desea saber... —En este punto, la

señora Hudson hizo una pausa, como si le faltara el aire, aunque puede que solo buscara colocarse mejor para ver el rostro del hombre a la luz de la lámpara—. El señor Holmes desea saber si tiene intención de seguir hospedado en New Buildings más días.

La pregunta tuvo un efecto extraordinario en el señor Moran, que se dispuso a contestar, vaciló, empezó a hablar de nuevo y se interrumpió una vez más. Incluso con la pálida luz de la calle llegué a distinguir el rubor que encendió de repente sus mejillas. Al final logró dominarse.

—Veo que el señor Holmes es un hombre más extraordinario aún de lo que me han llevado a creer. Sí, puede decirle que permaneceré en New Buildings hasta próximo aviso, por si desea localizarme allí. Sin duda, conocerá ya la dirección.

Dicho esto, giró sobre sus talones y se adentró en la noche. El sonido de sus botas en los adoquines marcó su avance mucho después de que la oscuridad lo envolviera.

La señora Hudson se rio entre dientes.

—Vamos, Flottie. Es hora de acostarse.

Me retiré en silencio, pensando en guardar mis preguntas para otro día. Pero tengo un oído fino y habría jurado sobre la Biblia que la campanilla no había sonado una segunda vez; que no habían requerido la presencia de la señora Hudson en el estudio; que al seguirmos hasta la puerta, la señora Hudson había venido casi con toda seguridad directamente de la cocina.

La lluvia que había caído a lo largo de la noche se prolongó a intervalos durante tres días más. Incluso las calles más amplias acabaron enfangándose poco a poco, y al llegar el jueves transeúntes, caballos, carruajes y hasta las palomas exhibían ya unos bajos cubiertos del mismo gris apagado que define el verdadero color y la textura de Londres. O como la señora Hudson comentó al doctor Watson mientras este observaba desde la ventana los vehículos embarrados que circulaban por la calle, después de tres días de lluvia Londres dejaba de tener aspecto de capital para parecer la cloaca del Imperio, como si el lodo y la mugre de hasta el último rincón habitado se vaciaran en nuestras calles.

La mañana que siguió a la visita del señor Moran fue otra de gran actividad. El señor Holmes hubo de personarse en un incidente ocurrido en Brixton y el doctor Watson lo acompañó, de modo que por unas horas al menos la reflexión sobre la difícil situación del señor Moran se dejó a un lado. La señora Hudson, no obstante, mostraba poseer la energía de un derviche del desierto, encargando recados, llamando a mozos de tenderos de toda Londres, enviando mensajes y transformando las estancias de Baker Street en un oasis de calurosa acogida en medio de aquel laberinto de calles. En un momento dado, cuando regresaba de la oficina de correos, adonde la señora Hudson me había mandado con una bolsa llena de cartas, la sorprendí en la cocina rodeada de un corro de muchachos desaliñados de entre ocho y catorce años, entre los cuales reconocí al instante a Scraggs y a siete u ocho más que abastecían

habitualmente de provisiones la residencia donde trabajaba antes la señora Hudson. Uno de ellos acababa de hablar en aquel instante y la señora Hudson estaba asintiendo con aire pensativo en su dirección.

—Gracias, Mills. Y recuerda, no digas nada a Wiggins. Parece que va a echarse a perder.

La señora Hudson alzó la vista al oírme entrar por la puerta.

—Ya está aquí Flottie —prosiguió con tono afectuoso—, así que será mejor que volváis todos a vuestros asuntos prontito y no la rondéis. Parece que algunos de vosotros creéis que la presencia de una muchacha bonita es una excusa para hacerse el remolón cuando hay trabajo por hacer.

Los chicos salieron en fila de la cocina entre codazos y risitas, mientras yo lanzaba a la señora Hudson una mirada tan llena de reproche como me permitía el atrevimiento. La señora Hudson observó cómo salía el último con una mirada severa solo en apariencia.

—Son buenos chicos, Flottie, todos ellos, y clama al cielo que en esta ciudad de almas caritativas no se haga nada por encarrillarlos hacia un oficio decente que les permita forjarse un buen porvenir. De todos modos, ven y oyen todo lo que ocurre en esta ciudad, pues no hay casa por grande que sea que no abra sus puertas al mozo del carnicero, al chico del tendero o al joven del velero. Son como una red de información, ya lo creo. Si te llevas bien con ellos, nunca tendrás que pagar un penique de más por nada de lo que necesites, ya sean lechugas o aceite para las lámparas. Y ahora, pongámonos manos a la obra y no tomes en serio mis bromas.

Con esto se reanudó la actividad febril, lo que me tuvo demasiado atareada para hacer preguntas sobre la reunión que había interrumpido o sobre la serie de mensajes entregados en mano a la señora Hudson en el curso de las últimas horas de la mañana.

Con el correo vespertino llegaron aún más cartas, una para el señor Holmes y dos para la señora Hudson, y entre leerlas, preparar la cena, doblar la ropa de la colada y mandarme a otra ronda de limpieza para quitar el polvo y sacar lustre, ni ella ni yo tuvimos un solo respiro hasta las cinco, una vez encendidas las chimeneas y cerrados los postigos para refugiarnos de la noche tempestuosa. Aquella era mi hora preferida del día y arrimamos las sillas al hogar con la sensación gratificante de ceder a un capricho. Como recompensa por el trabajo realizado, que creo sinceramente que en otra casa hubiera cundido para dos días, la señora Hudson me obsequió con un trozo de cáscara confitada sacada de una caja que el señor Rumbelow había enviado el día anterior junto con el jerez. Era indudable que se encontraba de un excelente humor bajo su apariencia adusta y acercó la copa a la luz con el aire de una mujer satisfecha.

—Una vez hecho el trabajo podemos pasar a las cuestiones importantes, ¿eh? Fíjate, Flottie. Este es uno de los mejores jereces que existen. No es el que más se vende en estos momentos, pero no deja de ser magnífico. Graba en tu memoria este color paja claro. Algún día, cuando te veas mejor acompañada que ahora, te será útil saber estas cosas.

Y con el eco de sus palabras mordisqueé la cáscara sumisa y sentí que me ruborizaba al saberme partícipe de unos conocimientos tan adultos y arcanos como aquel.

Tras un breve silencio de satisfacción, la señora Hudson abordó el asunto que me había rondado la cabeza todo el día, a pesar de la vorágine de actividad en la que me había visto sumida.

—Y bien, Flottie, ¿qué opinas del extraño relato del señor Moran?

—La verdad es que no sé qué pensar, señora. Esta mañana, con la lluvia goteándome por el cuello, me costaba creer que unos hombres se vieran obligados a regresar a Londres por culpa de una extraña maldición propia de tierras extrañas. Pero anoche, cuando lo contaba, sentí casi que la daga nos observaba a todos, esperando su momento. ¿Cree que podría estar envenenada?

—Tengo la sensación de que había aquí una presencia peligrosa anoche, Flottie, pero no creo que fuera ese puñal. Sin embargo, el doctor Watson podrá enseñarte la forma de averiguar si hay veneno o no en un objeto como ese. Debes aprender de estos dos caballeros, Flottie. Si vamos a quedarnos en esta casa, no conviene tener miedo de todas esas sustancias químicas y material de laboratorio. Además, el doctor necesita una ocupación. Ya ha pasado un año desde que volvió de Afganistán, y andar todo el día de acá para allá detrás del señor Holmes no es forma de vivir para un hombre.

Sin embargo, los planes de la señora Hudson con vistas a fomentar mi educación no me despertaban ni con mucho el mismo interés que el asunto que nos ocupaba.

—¿No le pareció sorprendente que el señor Holmes llegara a saber tanto de él a partir de su carta, señora?

—Sí y no, Flottie. Sin duda parece que el señor Holmes acertó en muchas cosas, pero me pregunto si... Por ejemplo, el señor Moran se tomó muchas molestias para mostrar lo asustado que estaba ante esa extraña amenaza que se cierne sobre él. Temía por su vida, dijo. Nuestros dos caballeros coincidieron en afirmar que la nota había sido escrita a todo correr con una mezcla de miedo y fiebre. Se supone que el autor de la carta tenía demasiada prisa para escribir una línea recta o dar con un tintero como Dios manda.

—Sí, señora. —Yo no podía sino estar de acuerdo con el señor Holmes y el doctor Watson. Todos los detalles, desde su caligrafía hasta su nerviosismo, parecían indicar un miedo próximo a la desesperación por parte del señor Moran.

—Vamos a echarle otro vistazo a la carta, Flottie. Me he tomado la libertad de guardarla al ver que el señor Holmes no le daría más utilidad. La encontrarás en el cajón del aparador, junto a las ratoneras.

Salí disparada en su búsqueda y, una vez en su poder, la señora Hudson la desplegó bajo la lámpara para que ambas pudiéramos verla.

—¿Hay algo en el papel en lo que no repararas antes, quizá porque estuviera demasiado oscuro para verlo?

Me fijé en la carta y en la tinta escarlata, tan familiar ya. La veía exactamente igual que como la recordaba.

—¿No ves nada en la parte inferior de la hoja, Flottie?

Mirando el papel con más detenimiento descubrí una pequeña mancha circular cerca del borde.

—Parece una mancha de grasa, señora.

—Eso es lo que pensé yo, Flottie. Pero ¿qué clase de grasa? Existen miles de posibilidades y estoy segura de que el señor Holmes podría citar una lista entera de ellas que nunca se me habrían ocurrido. Pero nadie se pasa más de cincuenta años trabajando entre pucheros sin aprender un par de cosas acerca de la grasa. Ven, Flottie, vamos a hacer un pequeño experimento. Ve a buscar una de esas velas de sebo baratas que encontramos bajo la cocina, una gota de aceite para freír y media libra de la mejor mantequilla que tengamos en la despensa.

Pese al ceño fruncido, su actitud reflejaba una seguridad en sí misma que me hizo estremecer de expectación y me apresuré a ir por los objetos que me había pedido con un saltito de emoción. Cuando los tuvo ante sí, se inclinó con la mirada fija en la hoja de papel, que descansaba cual paciente anestesiado bajo el arco de luz de la lámpara. En primer lugar, encendió la vela, un producto amarillo de los más baratos hecho de una sospechosa combinación de cuerpos de animales muertos no identificables, hervidos todos juntos. Arrugué la nariz ante el olor acre que desprendía e impregnaba las sombras de la radiante cocina.

—Atenta ahora —susurró, y procedió a inclinar poco a poco la vela hasta que cayó una gotita en el papel, a dos dedos de la mancha original—. Y ahora, mientras se seca, vamos a probar con esto.

Con pulso firme, bajó el pico de la jarrita del aceite hasta que una segunda gota cayó en el papel.

—Y ahora, Flottie, échales un vistazo y vamos a ver qué tenemos.

Agaché la cabeza hasta pegarla casi al papel. La grasa de la vela había dejado una mancha oscura entre amarilla y gris, el tono que la señora Hudson siempre describía como «color perla». El aceite había penetrado más en el papel y dejaba una marca de un tono de gris ligeramente más oscuro.

—No creo que sea ninguna de estas —resolví finalmente—. La mancha original es mucho más clara que cualquiera de estas dos; de hecho es incolora casi. Esta parece mucho más sucia, diría yo. Estoy segura de que si la mancha fuera de alguna de estas sustancias lo habríamos notado enseguida, incluso a la luz de la lámpara.

—Muy bien. Hagamos, pues, otra prueba.

Dicho esto, la señora Hudson, con el ceño aún ligeramente fruncido, procedió a tomar una tajada de mantequilla con el extremo de un cuchillo y la sostuvo sobre la llama de la vela. Cuando los bordes empezaron a licuarse, llevó el cuchillo al papel de carta y lo inclinó hasta que cayó una gota junto a las otras tres manchas.

Aguardé a que se secara antes de volver a hablar, pero cuando lo hice se advertía

ya un tono de sobrecogimiento en mi voz.

—¡Es igual! ¡Mire cómo ha dejado la misma mancha! Ambas son un poco más oscuras por el centro y casi invisibles por los bordes. ¡Lo que había en la nota del señor Moran era una mancha de mantequilla! —Hice una breve pausa y retomé la palabra, con una voz ya menos nerviosa—. Pero ¿qué nos dice eso?

—Fíjate bien en las dos manchas de mantequilla, Flottie. ¿No aprecias una ligera diferencia?

Era cierto. Solo me había concentrado en el color de la mancha original, de modo que no se me había pasado por alto la pequeña marca marrón que presentaba en el centro, aunque no la había mencionado. Ahora la analicé mucho más de cerca hasta que la señora Hudson, para mi enorme sorpresa, sacó una lupa de un bolsillo del delantal.

—Bueno, el señor Holmes las deja por todas partes. Seguro que no le molestará que tomemos prestada una de ellas durante unas horas. Anda, mírala con esto y dime qué opinas.

Lo que veía se transformó de inmediato y comprobé que la mancha marrón que había estado observando no era tal, sino un minúsculo objeto de bordes rugosos incrustado en la superficie del papel. Su aspecto me resultaba muy familiar.

—Es una miga de pan —aventuré, un tanto decepcionada ante el hecho de que mis primeros pinitos en el campo de la observación científica hubieran desembocado en un hallazgo tan prosaico.

—Una minúscula miga de pan tostado fue lo que pensé yo —confirmó la señora Hudson asintiendo con la cabeza en señal de aprobación—. ¿Y de dónde crees tú que habrá salido una mancha así?

—Supongo que caería encima sin más, señora. Si un trocito de pan tostado cayó sobre el papel y se apresuraron a sacudirlo de encima, pudo haber dejado un rastro como este. Si el autor de la carta estaba escribiendo a la luz de una lámpara o de una vela no repararía en ello. Y si una miga de pan tostado se quedó pegada a la grasa, probablemente se incrustaría en el papel cuando doblaron la hoja y la sellaron.

—Flottie, llegarás tan lejos como siempre he pensado. —La señora Hudson me echó el brazo por los hombros y me premió con un abrazo de aprobación—. Ahora, imaginémonos la escena como si la evocara el señor Holmes, como si viéramos al señor Moran.

»Es de noche. El señor Moran acaba de regresar a su humilde hospedaje. Le falta el aliento porque ha recorrido las calles a toda prisa, temeroso de lo que ha de encontrar en ellas. La daga le quema en el bolsillo del abrigo, donde la guardó tras mostrársela a sus amigos, dos caballeros tan perturbados por lo que él les cuenta que deciden abandonar su residencia esa misma noche, con las pocas pertenencias que pueden llevar encima, en busca de un escondite. Han encomendado a Moran la tarea de buscar ayuda, y a su regreso coge una hoja de papel de carta normal y corriente y el primer tintero que encuentra. Garabatea un mensaje a toda prisa, uniendo las frases

presa del miedo y la precipitación, haciendo caso omiso de su pulso inestable. La nota se entrega en aquel mismo instante a su fiel sirviente, que recibe orden de no descansar hasta haber dado con el famoso Sherlock Holmes...

»Bien, Flottie, ¿qué nos parece ahora esa escena teniendo en cuenta lo que sabemos? ¿Podemos imaginarnos al aterrorizado señor Moran escribiendo como un poseso en su escritorio con una mano mientras con la otra se sirve una sustanciosa merienda? ¿Acaso “un hombre que teme por su vida” come tostadas embadurnadas de mantequilla? Debo decir que la idea se me antoja totalmente inverosímil.

Me quedé mirándola boquiabierta, como una maleducada, pues cada palabra que pronunciaba parecía resonar con sensatez. Creía tan a pie juntillas en la desesperación que había detrás de la nota del señor Moran que me resultaba imposible conciliar la imagen que había formado en mi mente —una imagen que la señora Hudson había descrito con una minuciosidad asombrosa— con la imagen de Moran arrellanado tranquilamente en un sillón de piel, comiéndose una tostada mientras escribía la carta.

—Pero, señora Hudson, si el señor Moran solo fingía estar asustado al escribir la nota...

—Exacto, pequeña. Haremos bien en tomarnos cuanto nos diga el señor Moran con todas las reservas del mundo.

Y con un guiño a medias y un toque alegre con el codo volvió tranquilamente a la despensa para servirse otra copa de jerez.

Sin embargo, si las revelaciones de la señora Hudson me habían convencido de que no cabía confiar en el relato de Moran, los acontecimientos que tuvieron lugar a la mañana siguiente me sumieron de nuevo en un estado de incertidumbre. Poco después del desayuno sonó la campanilla y nos llamaron a la señora Hudson y a mí al estudio, donde encontramos al señor Holmes y al doctor Watson examinando una carta que había llegado con el correo de la mañana.

—¡Ah, señora Hudson! —exclamó el señor Holmes con un excelente humor—. Hemos recibido una comunicación que guarda cierta relación con lo ocurrido aquí la otra noche. Dado que usted y la joven Flottie han sido partícipes desde el principio, he pensado que podría interesarles ver cómo evoluciona el caso. La labor de las grandes mentes puede servir cuando menos de inspiración, aun en caso de que no siempre pueda entenderse... una sabia observación que el doctor Watson sin duda aprobará. ¿No es así, Watson?

—¿Cómo dice, Holmes? —preguntó Watson alzando la vista de la carta que estaba analizando con una determinación del todo apremiante.

—Nada, mi querido amigo —contestó Holmes con una sonrisa afectuosa antes de volverse hacia la señora Hudson y hacia mí.

»Watson me ha comentado que están ustedes al corriente de los puntos más destacados de la historia de Moran, y no les sorprenderá saber que hoy me he impuesto la tarea de verificar cuantos detalles sean posibles de tan extraño relato.

Señora Hudson, como mujer de extraordinario sentido común, entenderá usted que no pueda contemplar ni por un instante la teoría de que aquellos individuos murieran por causas sobrenaturales. Ha de existir una causa totalmente natural, y cuando la hayamos descubierto estaremos sin duda en mejor situación para tomar medidas a fin de garantizar la seguridad de Moran y sus socios. No dudo que en este caso hay un factor de maldad suprema, pero seguramente se tratará de una forma humana de maldad tan ansiosa por evitar el contacto con el garrote del doctor Watson como cualquier otro maleante.

»He encomendado al doctor Watson la labor de entrevistar a Neale y Carruthers mientras yo centro mis investigaciones en otros detalles de la historia de Moran. Pero, antes de partir, permítannos compartir con ustedes otro suceso. —Y en este punto, el señor Holmes arrebató de la mano al doctor Watson la nueva carta y se la ofreció a la señora Hudson con un gesto exagerado.

Se trataba de un texto breve y sucinto.

*Old Jewry, 46
19 de noviembre*

Asunto: Espíritus malignos

Muy señor mío:

Nuestro cliente, el señor Winterton, de la compañía naviera Winterton de Londres, propietario del Matilda Briggs entre otras naves, ha solicitado de nosotros cierta información acerca de espíritus malignos. Tras la reciente llegada del mencionado buque procedente de Borneo y Sumatra, el señor Winterton ha recibido la visita de un tal señor Norman, pasajero de la última travesía del citado navío. El señor Norman afirma que dicho barco está poseído por una presencia no natural que, según asegura, lo acosó repetidas veces, llegando en una ocasión a arrojar al mar una pequeña Biblia de piel. El señor Norman ha exhortado a nuestro cliente a tomar medidas antes de que el navío emprenda su próximo viaje. El señor Winterton, tras haber hablado con el capitán, un español, y la tripulación, en su mayoría indios orientales, ha descubierto que sus hombres respaldan esta historia. Dado que nuestra firma está especializada por completo en la evaluación de maquinaria, el asunto no se encuentra precisamente dentro de nuestro ámbito, por lo que hemos decidido dirigirnos a usted con la esperanza de que conozca a algún experto en la materia que podamos recomendar a nuestro cliente.

Le saludan atentamente,

Morrison, Morrison y Dodd

Cuando terminó de leer, la señora Hudson alzó la vista con aire pensativo.

—Un documento de sumo interés, diría yo.

—Así lo ve también el doctor Watson. Yo, por mi parte, reconozco que posee cierto interés sensacionalista, aunque personalmente no le concedo mucho valor. Estoy convencido de que comprobaremos que esta historia es fruto de las mentes influenciadas de unos individuos y las creencias supersticiosas de una tripulación que, antes de partir, oyeron unos rumores descabellados que circulaban sobre el cargamento que transportaban, para luego verse encerrados juntos durante una larga travesía por mar. A mi juicio, la cuestión reviste más interés desde el punto de vista psicológico que criminológico. Podemos desestimarla sin darle más importancia de la que merece una intrigante derivación del asunto primordial que nos ocupa.

Si esperaba ver a la señora Hudson torcer el gesto ante tan despreocupado rechazo

de su opinión, una vez más andaba equivocada. Cuando regresamos a la cocina tras la marcha de los caballeros, la señora Hudson lucía una expresión casi jocosa cuando empezó a cambiar su atuendo por una vestimenta de calle.

—Válgame Dios, menudo elemento está hecho el señor Holmes. Me hago cruces de cómo ha llegado hasta aquí sin nosotras, Flottie.

—Pero, dígame, señora Hudson, ¿acaso esa carta no indica que hay algo, al fin y al cabo, detrás de la historia del señor Moran?

—Por supuesto, Flottie. Estoy convencida de que haberlo, haylo. Las investigaciones que realizamos anoche nos fueron sin duda muy útiles, pero no debemos dejarnos confundir. Si tienes la sensación de no saber ya qué es qué, será mejor que eches un vistazo a un telegrama que hay en el cajón del aparador. Al fondo, bajo el depresor de lengua.

A estas alturas la señora Hudson ya estaba preparada para salir a la calle, pero aguardó a que yo encontrara el telegrama.

—Es de lord Ponsonby, del Ministerio de Asuntos Coloniales. En una ocasión tuve la oportunidad de ayudar a su señoría a solucionar un pequeño problema relacionado con el segundo cochero de su hija. Le envié una nota ayer por la mañana y él tuvo la amabilidad de investigar el asunto y contestarme ayer mismo por la tarde.

El telegrama parecía no dejar lugar a dudas.

CONFIRMADAS VEINTIDÓS MUERTES MISTERIOSAS EN PORT MARY COSTA DE SUMATRA MARZO Y ABRIL. STOP. DOS EUROPEOS UN CHINO RESTO INDÍGENAS. STOP. TODOS VARONES. STOP. INVESTIGACIONES A CARGO DE AGENTE HOLANDÉS JUNIO. STOP. MUERTES EN CIRCUNSTANCIAS HORRIBLES. STOP. CAUSA DESCONOCIDA. STOP. AGENTE DESCONCERTADO. STOP. MISTERIO TOTAL. STOP. SALUDO AFECTUOSO. STOP.

PONSONBY

—¿Ves, Flottie? Después de todo tenemos un misterio entre manos —comentó la señora Hudson, que arqueó una ceja a modo de despedida antes de salir a la calle en su tarde libre.

Horas más tarde descubriría que el problema planteado por el señor Moran no sería el único por el que debería preocuparme. Dedicué la tarde a trabajar en las dependencias de los señores, pensando con agrado que al hacerlo ayudaba con mi pequeño grano de arena a dos de los hombres más ilustres de nuestra época. El tiempo voló y, aunque no pasaban de las cuatro en punto, ya estaba oscureciendo cuando me encaminé de nuevo hacia la cocina. En cuanto entré, noté que algo no iba bien. Había algo extraño, algo gélido impropio del lugar. La lámpara no estaba encendida y percibí una presencia en el aire que me heló hasta las entrañas.

—¿Quién anda ahí? —pregunté con voz temblorosa.

—Hola, Flotsam —dijo una voz grabada en mi memoria de la época que trataba de olvidar—. Pasaba por aquí y se me ha ocurrido entrar un momento a verte.

—Señor Fogarty —musité, casi para mí.

—En efecto —dijo, y salió de las sombras para que pudiera ver su rostro y su

sonrisa burlona e impasible—. No puedo quedarme, Flotsam, pero me gustaría pedirte que vinieras a visitarme pronto. ¿Sabes una cosa? —añadió pasándose muy despacio la punta del dedo por el filo de la mandíbula—, creo que he encontrado a tu hermano.

4. El niño perdido

Si bien en aquel momento carecía de apellido y de una familia que pudiera considerar propia, sabía que no siempre había sido así. Tengo un recuerdo, borroso cual luna entre la niebla, de una época anterior al orfanato. Recuerdo a una mujer estrechándome entre sus brazos, tan fuerte que de noche aún sueño con su contacto. Era un abrazo cálido y mullido, y mi nariz se hundía en cabellos que olían a limpio. Recuerdo también a otra mujer, de rostro y forma indefinidos cual figura en un sueño, agachándose para acercar su cara olvidada a la mía y susurrarme: «Cuida de tu hermano». El tercer recuerdo que me quedó grabado, con mucha más claridad, cual sueño interrumpido por un súbito despertar, es el de las puertas del orfanato cerrándose a mis espaldas, un fardo diminuto de mantas blancas arrancado a la fuerza de mis brazos y pasillos en los que resonaban fuertes sollozos que eran los míos propios.

Perdí a mi hermano cuando era demasiado pequeña para recordarlo. Solo me quedó grabada la imagen de un rebujo de mantas y, al separarse él de mis brazos, un sentimiento de desolación en mi interior tan frío que pensé que nunca desaparecería. Para sobrevivir, aprendí a guardar el secreto de su existencia a buen recaudo dentro de mí. No podía mencionarlo en el orfanato. Obrar así habría sido una muestra de terquedad e ingratitud por mi parte. Tampoco pude referirme a ello cuando me enviaron a las cocinas del hospital, donde el mero acto de hablar quedaba expresamente prohibido. No se trataba de un tema que pudiera compartir con la sucesión de patrones reprobadores que durante un breve espacio de tiempo encontraban una ocupación temporal donde emplear a una niña lo bastante pequeña para no llegar a los cerrojos y poder escapar. La primera persona a quien confesé mi secreto fue la primera en preguntarme, el mayordomo que llevaba la mansión a la que me vi arrastrada a trabajar como criada a mi salida del orfanato.

El señor Fogarty era mayordomo de nombre pero en la práctica gobernaba la casa con mano de hierro. Nunca había conocido a nadie cuyo poder pareciera menos cuestionado y más absoluto. Su imperio se fundaba en el miedo y, aun así, fue capaz de granjearse la confianza de una muchacha con la misma despreocupación que mostraba al encender un cigarrillo egipcio. Cuando llegué allí, asustada y cohibida, me llamó a su habitación, y con palabras suaves fue sacando de mí temores y esperanzas y en mis lágrimas descubrió la historia de mi hermano perdido. Con frases tranquilizadoras a medio terminar me dio a entender que investigaría en mi nombre si yo demostraba ser una buena chica; que, si yo lo merecía, un hombre como él podría llegar a dar con el paradero de mi hermano.

—Me dijeron que había muerto, señor —le dije.

—Dicen eso para que mantengas la boca cerrada, Flotsam. No me cabe duda de que puedo encontrarlo.

Muchas fueron las crueldades que me infligieron en aquella casa, pero nada podía

compararse a aquello.

Los meses que permanecí allí me parecieron más largos que el resto de toda mi vida. Me hallaba en el último peldaño de una jerarquía basada en el sufrimiento. Desde los castigos cuidadosamente premeditados de la señora Flegg, la cocinera, hasta las torturas que con placer me infligía Smale, el limpiabotas, no parecía haber dolor que no tuvieran legitimidad para causarme. Únicamente me sostenía la idea de que algún día el señor Fogarty se enteraría de la crueldad de la que era víctima y me libraría de ella. Sin embargo, cuando el mayordomo me llamó de nuevo a su habitación, la huida que me ofreció no era la que yo imaginaba. La propuesta que me hizo no dejaba lugar a dudas ni siquiera para mis inocentes entendederas. Debía tomar una decisión en el plazo de una semana, intervalo de tiempo durante el cual la dureza que recibí por todas partes pareció intensificarse, hasta el punto que el presente se volvió tan horrible y degradante como el futuro que se me proponía. Y por encima de todo pesaba la idea de que trabajando para el señor Fogarty como él sugería podría retomar un vínculo de unión con el hermano al que había abandonado.

Fue la cocinera quien me salvó, la persona que más había hecho quizá en aquella casa por convertir mi vida en un tormento insoportable. La víspera del día en que el señor Fogarty debía regresar de uno de sus viajes al campo, fue su rencor hecho palabra bajo los efectos del alcohol lo que disipó las nubes de indecisión que me ofuscaban. «Ven aquí —gritó, retorciéndome la oreja hasta obligarme a tocar el suelo con la cabeza y quedarme tendida—. ¡No nos vengas con mansedades y buenos modales! No creas que te durarán mucho con lo que Fogarty te tiene reservado. Ya verás cómo cambias cuando te empapes de todo lo que las calles tienen que ofrecerte. Fogarty te arrojará a sus lobos y ellos te obligarán a hacer cosas que nunca has imaginado que puedan hacerse, y todo por un mocoso que la diñó en el arroyo hace siglos. ¿Crees que Fogarty va a ayudarte? ¿Acaso nos ha ayudado a alguno de nosotros? Mira lo que ha hecho por nosotros... ¡y piensa después lo mucho que puede empeorar la cosa para ti!».

Huí de allí aquella misma noche antes de que regresara el señor Fogarty, dejando atrás los pocos objetos que tenía por pertenencias. Me limité a adentrarme en la noche. No llevaba abrigo ni tenía la menor idea de dónde me hallaba, pero no me importaba. Siempre me habían dicho que mi hermano había muerto.

Sin embargo, eso no fue el final. Encontré mi salvación tras verme perseguida por robar un repollo podrido y, en los dos años que siguieron, la señora Hudson, Scraggs, Swordsmith e incluso la señora Siskin, la metodista, habían conseguido entre todos reavivar las partes de mi persona que parecían haberse helado con el gélido frío que imperaba en los sótanos de Fogarty. Al verme de pronto rodeada de amigos, incluso el pesar por aquel bulto blanco desaparecido perdió su preeminencia en mis pensamientos. Por lo visto, fallecían tantos niños que debía de estar muerto. A mi modo, lloré su pérdida y traté de pasar página. Pero las palabras que acababa de oír por boca de Fogarty, en una cocina convertida de repente en un espacio gris carente

de vida, me removieron emociones que creía haber dejado de sentir. ¿Podía ser verdad? Aun cuando el miedo y el asco ocuparon mis primeros pensamientos, una pequeña llama de esperanza alumbraba recovecos perdidos en mi interior.

—Naturalmente, serías recibida con el respeto que merece un invitado, Flotsam. Ya veo que has prosperado desde la última vez que nos vimos y debo disculparme por haber subestimado tanto tu potencial. Pero te convendría venir a verme. Di con tu hermano casi por casualidad, pero se encuentra en un estado lamentable y necesita que alguien le ayude.

Fogarty sonrió bajo la luz granulada y mortecina.

—No creas que no me he asegurado. A la salida del orfanato tu hermano siguió un camino recto y fácil de comprobar. No correrás peligro, y puede que algún día me lo agradezcas. Esta noche, Flotsam. Después será demasiado tarde. Estaré esperándote.

Y, dicho esto, se fue. Lo observé desde la ventana mientras se alejaba con aire resuelto en el turbio anochecer hasta perderse de vista entre la muchedumbre. Por su vestimenta podrían haberlo tomado por un criado de rango superior, pero su porte era propio de alguien acostumbrado a mandar. Y entre aquellos a los que solía mandar me encontraba yo.

A su regreso, la señora Hudson me encontró taciturna y se ocupó de mí de la forma más alentadora posible.

—Ha sido un día estupendo, Flottie, y he dado un paseo de lo más gratificante por Oxford Street con un caballero que posee una naviera. Sus observaciones han sido de lo más esclarecedoras en todos los aspectos. ¿Qué dices a eso, eh?

Sin embargo, por una vez mi mente no estaba pendiente de sus palabras. Me había decidido. Si pretendía desalojar la sombra de la presencia de Fogarty de aquel lugar que había invadido, no me quedaba más remedio. Debía visitarlo como él había ordenado y averiguar dónde residía la verdad.

Una vez decidida, no pude encontrar sosiego. Pasé una noche apática, incapaz de concentrarme en ninguno de los libros que me había traído la señora Hudson. Tras nuestra llegada a Baker Street, la señora Hudson había resuelto que estaba preparada para encaminar mi educación hacia las ciencias físicas, una vez dominado el arte de la lectura, la escritura, la aritmética y el horneado, y después de haber adquirido nociones de latín con el afilador irlandés como profesor, a quien la señora Hudson pagaba en pastelitos mientras el hombre se sentaba a hablar de Ovidio con su suave acento de Cork. Para mi sorpresa, las ciencias me suscitaron un vivo interés. Los microscopios de los señores y las hileras de portaobjetos correspondientes me habían picado la curiosidad. Me parecía que la mancha de mantequilla del señor Moran era tan solo una de las cosas que podían verse si se observaban con la atención necesaria. Los soportes de tubos de ensayo y los frascos de sustancias químicas cuidadosamente etiquetados apelaban asimismo a mi sentido del orden. Era como si entrañaran otro alfabeto ignoto aún para mí, un alfabeto que podría resultar ser la clave para un nuevo

mundo de comprensión.

Pero en aquella ocasión mi atención errante no se detendría ante la página impresa. Mi vista se perdió en el movimiento del fuego y mis pensamientos vagaron a sus anchas por un peligroso paisaje. Esta noche, había dicho Fogarty. Ha de ser esta noche. Podría salir con sigilo cuando la señora Hudson estuviera durmiendo. A mi salida la puerta principal tendría que quedarse con el cerrojo descorrido. Y traspasado aquel umbral me aguardarían Fogarty y la noche. Mis ojos parpadearon ante la figura reconfortante de la señora Hudson pero debí de transmitirle mi inquietud, pues aquella noche no hubo oportuno junto al fuego ni libro abierto. Se quedó apostada junto a la mesa detrás de mí, doblando sábanas con precisión militar, con una profunda arruga en la frente y las cejas dispuestas en una línea fina. En aquel momento sentí deseos de confiarme a ella, de que me rodeara con el brazo y me dijera qué debía hacer. Pero yo sabía qué opinaba ella de Fogarty y cuál sería su consejo, y no me atreví a preguntar. En lugar de ello permanecí sentada en silencio y traté de no pensar.

Mi dormitorio era un habitáculo contiguo al de la señora Hudson, y la separación entre ambos tan fina que oía su respiración cuando me despertaba en mitad de la noche. Normalmente, no tenía problemas para conciliar el sueño, pero aquella noche me resultó fácil mantenerme despierta. Conté las campanadas del reloj de Chiltern Street hasta que tocó la medianoche y me escurrí bajo las mantas. En aquella época me movía con tal ligereza que apenas rozaba el suelo, y no me supuso mucho esfuerzo sortear la cama de la señora y llegar hasta la cocina sin que se alterara el ritmo constante de su respiración. De ahí en adelante me moví con rapidez, procediendo a vestirme y ponerme el pesado abrigo para bajar después por las escaleras enmoquetadas sin hacer ruido, hasta que por segunda vez en mi vida me vi saliendo a hurtadillas de la única casa que había tenido para adentrarme en la oscuridad anónima.

La lluvia caída hacía peligrar el tránsito por las calles y la niebla era más densa que nunca. La luz de las lámparas de gas arremolinaba la niebla en círculos amarillos y las aceras quedaban sumidas en la oscuridad. Las calles no se hallaban aún del todo desiertas, pero los pocos coches de caballos que circulaban se veían oscuros y encorvados, y los peatones que se distinguían en la bruma cobraban un aspecto más siniestro por ir solos. Por un momento vacilé, pero si regresaba la sombra de Fogarty me perseguiría por siempre jamás y se cerniría sobre mí cada atardecer. Si continuaba, podría ir a su encuentro y conocer la verdad, aun cuando la verdad no fuera más que otro engaño.

Por la noche las calles parecían encerrar una amenaza velada. Criaturas invisibles se escabullían por callejones, se alimentaban de desechos y se cebaban en las fértiles sombras de mi imaginación. Y al final de aquel trayecto no me esperaba una cálida lumbre, únicamente la enorme mansión de fachada lisa donde trabajaba Fogarty. La puerta principal se abría a la más grande de las plazas; la entrada trasera quedaba oculta en una callejuela de ladrillo negro cubierta de basura e iluminada tan solo por

la tenue luz azul de un farol colgado sobre los peldaños. La niebla del callejón rebosaba de silencio.

Me ceñí el abrigo al cuerpo y avancé hacia la luz azul.

El brazo que me agarró bruscamente surgió de la oscuridad con tal rapidez que no tuve tiempo de gritar. En un abrir y cerrar de ojos tenía una mano fuerte sobre la cara y otra alrededor del talle, sujetándome los brazos a los costados. Sentí que tiraban de mí hacia atrás, arrastrándome hacia la penumbra, y me apretaban después contra un cuerpo de hombre, la hebilla de cuyo cinturón me raspaba la columna. La mano que me cubría el rostro me echó la cabeza hacia atrás con una sacudida, y el dolor me nubló la mente de pánico hasta que una voz masculina me escupió mi nombre al oído con un desprecio sibilante.

—¡Flotsam! Así que has vuelto a nosotros, ¿eh? Si en el fondo sabes dónde está tu futuro, ¿verdad?

Era Smale. Lo reconocí por el veneno de su voz y el olor de su aliento en mi rostro. Smale, el limpiabotas, mi principal torturador en casa de Fogarty; un Smale crecido en tamaño, fuerza y capacidad dañina.

—No has hecho bien en rondar por esta calle. —Tiró una vez más de mi cabeza hacia atrás y se mofó de mi grito ahogado de dolor—. Por aquí no tenemos piedad de las putas fugitivas. Ya no soy el limpiabotas, que lo sepas. Ahora el señor Fogarty me paga para tener a las chicas controladas. Y eso es lo que hago. Tenerlas controladas.

Y con un resoplido desdeñoso me estrechó aún más contra su cuerpo y me levantó del suelo con el brazo que me rodeaba la cintura, mientras separaba el otro de mi rostro con brusquedad para acceder a la parte delantera de mi vestido por debajo del abrigo. Tras proferir una aguda exclamación, pataleé con el talón hacia atrás tan fuerte como pude. Al mismo tiempo percibí un movimiento en la oscuridad y un fuerte golpe junto a mi oído, y acto seguido Smale se desplomó sin fuerza, arrastrándome de lado con su peso hacia la alcantarilla. Ante nosotros se alzaba una silueta oscura que se frotaba con cuidado los nudillos.

—Flotsam es mi invitada, Smale. Esta noche está aquí por invitación mía. Si en tu afán por satisfacer tus sucios y tediosos deseos te hubieras parado lo suficiente para fijarte en ella, habrías visto que Flotsam ha traspasado todo círculo en el que tú puedas llegar a moverte en tu vida. Limita tus instintos animales a la clase de mujeres que te ofrezco. Si no estuvieras tan sucio, te ordenaría que ayudaras a Flotsam a ponerse en pie, pero me temo que solo serviría para exponerla aún más a la contaminación de tu contacto. Permíteme...

Fogarty se prestó a levantarme deshaciéndose en impecables disculpas y me acompañó hasta las estrechas escaleras que conducían a la casa. Al llegar a ellas, me detuve y volví la vista hacia el lugar donde yacía Smale. La oscuridad lo ocultaba por completo, pero notaba su mirada como un picor que me ardía en la piel. Fogarty posó entonces la mano sobre mi rabadilla para guiarme escaleras abajo y recordé que el peligro se presenta de mil formas distintas.

Pero parecía que de momento Fogarty se abstenía de sacar las garras. Me hizo pasar a una estancia amueblada como un pequeño estudio. Había una sola luz encendida en el escritorio, el cual se encontraba abierto, dejando al descubierto montones de papeles apilados de forma desordenada. Fogarty llevó la silla situada delante del escritorio al borde de la luz y tomó asiento. Yo me quedé de pie frente a él, como siempre hacía.

—No hace mucho que se me presentó la oportunidad de hacer una buena acción contigo, Flotsam. Resulta que un hombre que me debía dinero mencionó algo que me hizo recordar el lamentable relato que me contaste una vez. En aquel momento prometí ayudarte, pero en este mundo las promesas tienen su precio. Consideré justo buscar el modo por medio del cual pudieras pagarme los servicios prestados. Pero, para mi sorpresa y decepción, optaste por declinar mi oferta. Y es evidente que te va bien como resultado de aquella decisión. Me temo que no puede decirse lo mismo de tu hermano.

Permanecí de pie ante él, muerta de frío y magullada, pero no vencida. Me había preparado para aquella situación.

—El hombre que me debía dinero me dio el nombre de otro hombre, un tipo que en tiempos había trabajado en tu orfanato. Su labor consistía en poner a los recién nacidos en manos de familias que pagaban por ellos. Me aseguró que cada operación se registraba con sumo esmero, así que investigué y comprobé que así era. Tienes toda la documentación encima del escritorio por si deseas revisarla. Con ella en la mano, encontrar a tu hermano fue una tarea fácil. Salvarlo resultará más difícil.

—¿Salvarlo?

—A tu hermano no le fue muy bien con su nueva familia. Se vio sustituido primero por uno y luego por dos hijos naturales. Sus padres provisionales lo devolvieron a las calles, donde tras varias desventuras ha desarrollado unos hábitos que muy probablemente acabarán con él. Sígueme.

Tras recorrer un pasillo y bajar por unas escaleras me condujo a un sótano frío y húmedo. A la mortecina luz amarilla de la vela vi que la estancia contenía únicamente una cama, donde un niño menudo y frágil de nueve o diez años yacía tumbado junto a una mujer de rostro impasible. Jamás había sido testigo de tanto sufrimiento. El pequeño apenas estaba consciente y parecía retorcerse movido por una agonía interna de dimensiones inimaginables, ajeno a todo salvo al dolor que lo martirizaba por dentro. Y cada movimiento que hacía en su padecer quedó grabado en mi mente.

—Y ahora mira esto —murmuró Fogarty, e hizo un gesto a la mujer con la cabeza.

De algún lugar que quedaba fuera de la vista la mujer sacó una aguja y con manos expertas encontró un hueco en el brazo del chico. El efecto fue inmediato. Una expresión de dichosa liberación transformó el rostro del crío, tal como había visto que el amanecer alteraba la apariencia del Támesis, cuya superficie corrupta iluminaba fugazmente con una belleza imposible.

Fogarty me observaba mientras yo presenciaba la escena.

—Como por arte de magia, Flotsam. Pero la magia no sale barata. Mientras le financie la adicción seguramente sobrevivirá un tiempo. Aunque un buen médico tal vez pudiera salvarlo. Duraría poco si yo dejara de pagar... —Sus ojos aguardaron a que yo le mirara—. Sería una muerte muy larga y dolorosa, Flotsam. Gracias a Dios nunca sabría que ese era el sino que su hermana había elegido para él.

Contemplé la pequeña figura destrozada que había caído ya en un sueño plácido. Las ideas se me agolpaban en la cabeza para mantenerme a la altura de las intenciones de Fogarty.

—¿Qué quiere de mí?

—Puedo asegurarte que el método de pago resulta infinitamente menos exigente que antes. No encontraría ningún placer en ver a alguien con tu aspecto en manos de un ser tan repulsivo como Smale. No, Flotsam, reconozco que has cambiado. De hecho, estaría tentado de servirte en bandeja a esa patética criatura si no fuera por el hecho de que estás en situación de hacerme un simple favor.

Temblando ligeramente a la tenue luz de la vela, no acertaba a ver adónde nos dirigíamos. Y eso, más que nada, era lo que quería saber en aquellos momentos.

—¿Un favor, señor?

—Trabajas en casa del señor Sherlock Holmes. Hace dos noches recibió la visita de un caballero que ha regresado recientemente de Oriente. Estoy muy interesado por esa visita, Flotsam. Mucho. Y muy interesado también por lo que el señor Holmes hace respecto a su caso. Seguro que podrías encontrar la manera de enterarte de lo que ocurre. De ser así, hay un médico en Shadwell que por cinco libras se comprometería a liberar a tu hermano de su lamentable adicción. Cuando me pongas al corriente de las conclusiones del señor Holmes, entregaré a tu hermano a dicho doctor con esa suma de dinero en el bolsillo.

Por un momento la sorpresa que me produjo su petición amenazó con hacerme perder la compostura. Traté de agarrarme a las primeras palabras que me pasaron por la mente.

—¿Y cómo sé yo que usted...?

—Ciertamente. Bien puedes creer que no soy persona de fiar.

Pero piensa en ello desde mi punto de vista. Cinco libras no significan nada para mí. No es un precio muy alto por evitar el inconveniente de una turbia muerte en esta casa. ¿Y qué gano yo engañándote? Muy poco. Quién sabe, quizá cuando te hayas reencontrado felizmente con un hermano en recuperación podamos trabajar juntos de nuevo en un futuro. La buena voluntad siempre tiene su valor, Flotsam.

No parecía haber mucho que decir. Por un momento pensé horrorizada que Fogarty me ofrecería una mano que yo no tendría ánimo suficiente para estrechar, pese a lo razonable de sus argumentos. Pero el momento pasó con un gesto desdeñoso de Fogarty con la cabeza antes de que me acompañara hasta la puerta. De momento,

estaba todo hablado.

Fuera, la niebla parecía cernerse en una quietud total. Oí cómo corrían los cerrojos de la puerta a mis espaldas y temblé al girar sobre mis talones para enfrentarme al frío de la noche. Subí por el tramo de escaleras que llevaban a la calle absorta en mis pensamientos y hasta que llegué arriba no reparé en algo que detuvo mis pasos. Habían apagado la luz del farol.

Por la experiencia de haber servido en aquella casa sabía que tenían costumbre de dejar un farol azul encendido fuera toda la noche. Sin él, la estrecha callejuela se veía sumida en una oscuridad absoluta. Permanecí inmóvil, aguzando el oído. El ruido de cascos de caballo, amortiguado por la niebla, se oía a dos calles o quizá a veinte metros de allí. Mucho más cerca, un canalón goteó vacilante sobre el empedrado. Busqué con la mirada cualquier cosa que diera forma a aquella oscuridad rebosante de niebla. A mi derecha vislumbré un debilísimo punto de luz procedente de la calle alumbrada donde se hallaba mi camino. Una vez allí, me bastaría girar a la derecha y dar una treintena de pasos presurosos para llegar a calles más anchas donde sería menos probable que me tendieran una emboscada. Si daba la espalda a la luz y echaba a andar hacia el extremo opuesto del estrecho callejón, me vería sumida en un laberinto de pasajes desconocidos.

Di un paso vacilante hacia la luz y me detuve. El canalón dejó también de sonar, en un instante de expectación, para reiniciar luego su goteo, sin hacer ruido casi, como un latido defectuoso. Di un segundo paso. Nada. Acto seguido, un tercero... y en una confusión de ruidos y formas sucedieron tres cosas al mismo tiempo. Se oyó una pisada clara y decidida al otro lado del callejón, cerca de la luz; un movimiento repentino que llegué a captar con el rabillo del ojo me llevó a agacharme rápidamente; y por encima de mi cabeza oí jurar a Smale mientras tropezaba y caía sobre mí en medio de la oscuridad y la niebla, para acabar ambos de bruces en el empedrado.

Su caída fue más dura que la mía, por lo que en un abrir y cerrar de ojos pude ponerme en pie y salir volando en dirección contraria a la luz, al otro extremo del callejón, hacia la oscuridad. Son dos, pensé a modo de breve apunte mental antes de tocar con los nudillos una pared de ladrillo que apenas se veía. Sirviéndome de ella como guía, avancé en la penumbra, tropezando con obstáculos invisibles sin que por ello aminorara el paso. Me pareció oír otro estrépito a mis espaldas, como si alguien golpeará el empedrado con fuerza y precipitación, y a partir de aquel instante solo se oyó una serie de pisadas tras de mí.

Procedí a avanzar con más rapidez de la que permitía la niebla. No veía casi nada y tropezaba más de lo que corría. Seguí con la mano derecha pegada a la pared, torciendo por cada callejón que no veía pero intuía por la punta de mis dedos, y llegando en un momento dado a pisar un charco que me salpicó hasta la cadera, para trepar después por un montículo de fango y limo. Las pisadas que me perseguían parecían implacables y, pese a detenerse en unas cuantas ocasiones como para aguzar

el oído, elegían inexorablemente el camino que habían tomado mis pasos. Pensé en la mano de Smale tapándome la cara y en la terrible impotencia que sentí cuando estrechó su cuerpo contra el mío. Esta vez Smale obraría sin piedad. Sabía lo que le había llevado a esperarme en la niebla. Esta vez no habría ningún Fogarty cerca y Smale nunca se demoraba mucho en saldar las cuentas pendientes. Seguí avanzando a duras penas con toda la energía que el miedo podía generar, con la esperanza de ganar la distancia suficiente para encontrar un lugar donde esconderme. Entonces, al doblar una esquina, di de bruces contra un poste y caí al suelo. Con una rodilla entumecida y la otra sangrando, reanudé la marcha a trompicones, con los ojos empañados de lágrimas. La desesperación empezaba a minarme las fuerzas. Un dolor punzante me quemaba en el costado. Las pisadas, a mis espaldas se oían regulares y denotaban menos terror que las mías. Cada vez se acercaban más, y pronto me darían caza.

Doblé otra esquina y eché a correr hacia un callejón sin salida. Una fina luz procedente de un almacén solitario me permitió distinguir tres de las paredes, cuya parte superior se perdía en la niebla. Traté de volver sobre mis pasos, pero las pisadas se oían cada vez más cerca. Corrí jadeando hasta el rincón más oscuro y, agazapada, tanteé en busca de algo que me sirviera de escondite. Mis dedos se cerraron sobre un trozo de arpillera de lo que habría sido un saco, cuyo contenido —espeso y fétido en su día— estaba ya putrefacto. Me enfundé en él sin vacilar.

Mis jadeos no me impidieron oír los pasos de mi perseguidor en la entrada del callejón, donde se detuvo, desconcertado quizá por el silencio súbito de la presa. A continuación, empezó a avanzar hacia mí, con suma cautela, sin correr riesgos. Oí una respiración tan fuerte como la mía, seguida de tres pasos finales que se detuvieron justo a mi lado. Incluso bajo la tela de saco, percibí la altura de la silueta que me miraba. Con una serenidad repentina, reparé en que tenía los ojos llenos de silenciosas lágrimas. En algún rincón, en medio de la oscuridad, había un niño pequeño durmiendo. Una diminuta figura envuelta en una manta me había sido arrebatada de los brazos para dejarla a la intemperie. Y ahora hacía frío, mucho frío.

La figura invisible que se alzaba ante mí respiró hondo antes de que una voz llenara la oscuridad.

—Jovencita —dijo con tono grave—, si no estás de vuelta en la cama dentro de veinte minutos le pediré al doctor Watson que te haga probar su bastón. Y eso —prosiguió la voz, de mal humor— que no creo que semejante amenaza infunda mucho temor a nadie.

Una ráfaga de calor pareció invadirme y rebosar en un nuevo llanto.

—¡Oh, señora Hudson! —exclamé entre sollozos, y tras apartar la arpillera me levanté de un salto con los brazos abiertos—. ¡Señora Hudson, no era mi hermano!

5. La viuda del marinero

El fuego brillaba llameante en el hogar de la cocina y, pese a todas las amenazas de la señora Hudson, el lejano reloj de la iglesia había tocado las cuatro antes de que estuviera metida de nuevo en la cama. Antes de eso, cuando tomamos el camino de vuelta a casa, me había visto sometida a una reprimenda difícil de superar en términos de elocuencia. Aferrada a la mano de la señora Hudson mientras las calles volvían a parecerme familiares, me sentía más que contenta de no tener que hacer nada más que agarrarme a ella con fuerza y consolarme con su magistral invectiva y la seguridad instintiva con la que se orientaba por las calles sumidas en la niebla. Para mi asombro, tras caminar tan solo unos minutos aparecimos de nuevo en Baker Street.

—No es tan difícil —gruñó la señora Hudson al advertir mi sorpresa—. Cuando estaba casada con el señor Hudson, me conocía todas estas calles mejor de lo que tú te conoces el camino al tarro de las galletas. Por eso no me ha costado mucho seguirte el rastro mientras tú corrías en círculos como un poni en el circo. Cuando pensaba que iba a perderte, tú me lo ponías de perlas al volver corriendo directa hacia mí.

—Pero ¿cómo...?

—¿Cómo es que estaba allí? Pues has tenido suerte de que estuviera, jovencita. Esta noche llevabas la congoja escrita en la cara, Flottie, y podrías haber despertado al mismísimo Nelson en lo alto de su monumento con el ruido que has armado en tu intento por salir de casa a hurtadillas. Y como no ibas a contarme lo que te había ocurrido esta tarde, he pensado que podría averiguarlo por mí misma ofreciéndote un poco de compañía. —Dejó escapar una risita—. Y eso que una de las compañías que tenías amanecerá mañana con un dolor de cabeza más feo que su cara. Perseguir a muchachas en medio de la niebla es peligroso. Tendría que haber ido con más cuidado —concluyó frotándose el codo con cierto entusiasmo.

Solo cuando encendió la chimenea y me vi arropada entre cálidas mantas, con una insólita copa de *brandy* caliente en las manos, me vi obligada a explicar mi aventura desesperada. Para mi sorpresa, la señora Hudson escuchó mi relato sobre la aparición de Fogarty sin alterar su rostro adusto, y ni siquiera mi primer encuentro con Smale provocó en ella más que un arqueado de ceja y una leve tensión de los nudillos. Sin embargo, advertí la curiosidad en su ceño fruncido cuando narré mi visita al muchacho postrado en la cama. Mientras yo hablaba, empezó a moverse por la cocina, ordenando objetos con suma concentración.

—El chico estaba sufriendo, señora —le expliqué—. Y por lo que me había contado Fogarty de él, la situación me parecía tan dura que casi lloré de alivio cuando le pusieron la inyección.

—¿No es posible que fuera tu hermano? ¿Cómo puedes estar tan segura de que no es quien Fogarty afirma que es?

—Si está vivo, lo reconoceré en cuanto lo vea. No me cabe duda. Recuerdo lo que

sentí cuando me lo arrebataron. Aún lo recuerdo, señora, como si fuera ahora. Si algo me caló tan hondo, tendré que sentir algo cuando lo vea. Por fuerza.

La señora Hudson dejó de trajinar y me miró con atención.

—Cuando supe que no era él, tuve miedo de no sentir nada. Pero no fue así. Sentí un horrible dolor por él, porque podría haber sido mi hermano aunque no lo fuera.

—No me gusta la idea de dejarlo en esa casa, Flottie, sea quien sea. Sobre todo si Fogarty piensa que no has picado el anzuelo.

—Oh, no, señora. Yo sabía que no debía permitir que pensara eso. Además, quería averiguar lo que quería de mí.

—¿Y qué era? —inquirió cautelosa la señora Hudson.

Observé cómo crecía su sorpresa mientras le hablaba del interés de Fogarty por el señor Moran y su historia. Con las cejas alzadas hasta la mitad de la frente, se puso en pie y empezó de nuevo a ordenarlo todo.

—¿Conque el señor Moran, eh? Vaya, vaya. Más misterio aún. Me pregunto qué interés tendrá por él Fogarty. Me consta que no hay acto delictivo que no sea de la incumbencia de Fogarty, pero jamás hubiera imaginado que le interesara un asunto tan nimio.

—¿Podría hablarme del señor Fogarty? Usted parece saber mucho más que yo sobre él.

El ama de llaves se acercó a mí y se arrodilló a mi lado junto al fuego. Había dispuesto una pila de mantas cerca del hogar y cogió una para envolvernos a ambas, de tal modo que la lana me quedó rozando la barbilla.

—Maurice Orlando Fogarty es el Maquiavelo del delito. Su placer reside más en la concepción de la trama, en el éxito del engaño, que en los beneficios en sí. Su ingenio y su falta de escrúpulos lo han hecho rico, pero lo que le gratifica de verdad es la sensación de poder que siente sobre los demás al saber que puede manipularlos, engañarlos y doblegarlos a su antojo. Fogarty parece experimentar el mismo sentimiento de poder ante un lord de la realeza que ante una de esas pobres chicas que planta en la calle. Su padre era irlandés, su madre italiana, pero no puede decirse que Fogarty tenga una nacionalidad concreta. Podría pasar por un caballero de un montón de países distintos.

—Pero si es un mayordomo...

—Oh, no te dejes engañar por eso. Fogarty ha elegido ser muchas cosas. Pero nació en el seno de la servidumbre y a veces opta por ocultarse en los sótanos de grandes casas donde la alta sociedad no pueda advertir su presencia.

La señora Hudson cogió la copa de *brandy* de mis manos, bebió un sorbo para recuperar fuerzas y retomó la palabra.

—La primera vez que oí hablar de él era un joven que estaba forjándose un nombre en las cocinas de Londres. Ignoro dónde aprendió a cocinar, pero era un genio con la comida. Su nombre no tardó en sonar por doquier, aunque naturalmente se cuidó muy mucho de que el nombre por el que era tan conocido no fuera el suyo

propio. Por aquel entonces se hacía llamar Maturin, y fue en un banquete en el que cocinó para el marqués de Bute donde selló su reputación. Después de aquello le abrieron las puertas en todas partes. En la casa de *monsieur* Bertillon de París presentó una serie de cenas triunfales para la flor y nata de la sociedad francesa. Por la residencia de *monsieur* Bertillon pasaban todos, desde miembros de la realeza hasta generales, embajadores y hombres de Estado. Y todos consumían cantidades ingentes de la mejor comida que habían probado en su vida. Transcurrieron tres meses antes de que estallara el escándalo. Se descubrió que *monsieur* Maturin había estado estafándoles con los ingredientes que empleaba. Cuanto más éxito tenía, más irresistible le resultaba la tentación de engañarlos a todos. Mientras *monsieur* Bertillon pagaba por lo mejor, Fogarty se dedicaba a comprar en las carnicerías de peor estofa de toda Francia. Carne de caballo, carne confiscada... no importaba de qué clase. Tal era su talento que podía hacer que supiera como la mejor. Y durante tres meses se salió con la suya, y logró embolsarse cientos de miles de francos.

Traté de conciliar aquella imagen de Fogarty, la de un humilde empleado doméstico que ponía en ridículo a quienes lo contrataban, con la del hombre frío y peligroso que conocía. Sí, lo veía disfrutando del ardid, pero no con regocijo, sino solo con desdén y desprecio hacia aquellos a quienes engañaba.

—Cuando se conoció la noticia, Fogarty ya había desaparecido. El viejo *monsieur* Bertillon se pegó un tiro en el Bois de Boulogne y el talentoso *monsieur* Maturin se esfumó para siempre. Nada de esto era de mi incumbencia, por supuesto, pero cuando el señor Fogarty volvió a salir a la luz sin duda lo fue. Me imagino que habrás oído hablar del asunto del diamante de los Plinlimmon. En su día gran parte de las sospechas recayeron en la servidumbre de lord Plinlimmon y solo unos pocos pudieron demostrar su inocencia. Por aquel entonces, yo era todavía un ama de llaves joven y pude dar fe de mi paradero. El ayuda de cámara de su señoría fue otro que pudo responder por sí mismo. Mucho antes de que lo relacionara con el chef francés desaparecido, en mi fuero interno había llegado a la certeza de que el responsable del delito era él. Por supuesto, los hechos acabaron demostrando que yo tenía razón, pero no antes de que tanto el diamante como el ayuda de cámara desaparecieran sin dejar rastro.

»Desde aquel episodio me he ocupado de mantenerme al tanto de las andanzas de Fogarty. Cuando los periódicos informan de que han desbaratado una red delictiva, espero encontrar la figura de Fogarty en el centro de la trama. Cuando leo la noticia de un robo famoso, miro a ver si localizo al callado ayuda de cámara junto al caballero de turno o al inocente mayordomo que ha desaparecido.

—¿Y ahora está aquí?

—Lleva los últimos cinco años agazapado en Londres. Y en su afán por pasar inadvertido, se ha visto involucrado en delitos de baja estofa de los que entiende tu amigo Smale. Los Fotheringay viajan tan a menudo al extranjero que su mayordomo tiene pocas obligaciones y sobradas oportunidades para ensuciarse las manos en el

sórdido mundo del hampa de Londres. Es como si quisiera desaparecer por completo de los grandes escenarios.

—¿Y él la conoce a usted?

—Nuestros caminos se han cruzado en más de una ocasión. Sé que me culpa por impedir el suicidio del heredero de Lawrence, un hecho que podría haberle reportado una suma de treinta mil guineas. Y como solía decirle yo al señor Hudson...

En aquel momento el reloj dio la hora, la señora Hudson notó que contenía un bostezo y me mandó rápidamente a la cama. En la oscuridad, arropada por la noche al arrullo de la respiración de la señora Hudson, vencida ya por el sueño, pensé en el niño que no era mi hermano y en lo diferentes que eran nuestras vidas. Luego la oscuridad se desdibujó poco a poco y caí dormida.

A la mañana siguiente, justo antes de la hora del desayuno, Sherlock Holmes nos sorprendió en la cocina. Radiante con un batín de seda carmesí, se presentó con un brillo en la mirada y una carta recién entregada en la mano.

—¡Ah, señora Hudson! —exclamó con tono afectuoso—. Me disponía a preguntarle si ha dormido usted bien, pero viendo que es así la pregunta no procede.

—¿Y cómo es eso, señor? —inquirió apaciblemente la señora Hudson, que continuó con su tarea de disponer la loza en el aparador sin volverse.

—No resulta difícil de colegir. A juzgar por el estado de la llama del hogar, deduzco que acaba de encenderse, lo que indica que ha iniciado usted su jornada más tarde de lo acostumbrado. A estas horas suele arder ya con fuerza. Los descomunales bostezos de Flottie hacen pensar en una jovencita recién levantada. Además, me consta que Watson ha estado aquí a primera hora de la mañana, buscando algo para desayunar. Y digamos que Watson no es un hombre silencioso, ni acostumbrado a moverse por una cocina. Si el ruido que ha causado no les ha despertado, y él me asegura que no ha sido así, considero razonable concluir que tanto usted como Flottie han disfrutado de una noche de reposo inusualmente larga.

Dicho esto, el señor Holmes agitó la carta bajo su mentón con una sonrisa de satisfacción. La señora Hudson terminó de colocar la loza en su sitio, sacó una silla para él y con un gesto de la cabeza le invitó a tomar asiento.

—Como bien dice, señor, esta mañana Flotsam y yo nos hemos levantado un poco más tarde de lo habitual. Aun así, he tenido tiempo de observar que el doctor Watson ha partido ya para pasar un día en el campo.

El señor Holmes alzó la vista al instante y por un momento dejó de agitar la carta bajo su mentón.

—Señora Hudson, esa es una observación increíblemente perspicaz. ¿Puedo preguntarle cómo...?

—Verá, señor, pueden deducirse muchas cosas del estado de una despensa, en especial tras el paso de un caballero por ella. Abastecer una cocina es una ciencia exacta, ¿sabe usted? Los señores parecen pensar que una despensa contiene un sinfín

de comestibles elegidos al azar cuya sustracción pasará inadvertida. En esta ocasión, no ha sido precisa mucha reflexión para darse cuenta de que el doctor Watson no habría empleado tanto esfuerzo en prepararse unos emparedados de jamón tan sustanciosos si hubiera tenido la intención de pasar el día en la ciudad, o incluso en un paraje rural con un hostel cerca. Un día en el monte, pues, ¿no es así, señor?

—Ciertamente, señora Hudson. Veo que mi presencia le inspira. Su razonamiento carece aún de sutileza, pero en esta ocasión ha dado con algo muy próximo a la verdad. He enviado a Watson, disfrazado de excursionista, a ver si puede sonsacar alguna información al padre de Moran. A un remoto lugar en los Downs.

La señora Hudson asintió con un gesto de aprobación.

—¿Y estaría fuera de lugar preguntarle qué averiguó ayer el doctor Watson en su visita a los socios del señor Moran?

—En absoluto, señora Hudson. En este caso considero tanto a Flottie como a usted de inestimable ayuda; son los vástagos de metal común que contribuyen a producir la iluminación. No obstante, en esta cuestión no estoy mucho mejor informado que ustedes. Watson regresó tarde anoche e hizo gala de un apremio ciertamente indecoroso por retirarse cuando le comuniqué que, a la mañana siguiente, debía salir temprano para realizar su cometido. Pero esta noche lo oiremos todo y me sentiría muy honrado si usted y Flottie se sumaran a nosotros. Con ustedes delante Watson se mostrará sin duda menos preciso que nunca, pero imagino que podré extraer los puntos más destacados.

—¿Y esa carta concierne al caso que nos ocupa, señor?

El señor Holmes seguía moviendo la nota bajo su mentón y al oír la pregunta la miró un tanto perplejo. Luego se le iluminó el rostro y se reclinó en su asiento.

—En efecto, señora Hudson. Encontrándose ausente el doctor Watson he pensado que podría compartirla con usted. Cuando me hayan proporcionado una de esas excelentes cervezas negras que tienen ustedes por aquí en lugar del desayuno, les ruego que procedan a leerla y me digan si logran captar su significado.

Una vez suministrada la cerveza, la señora Hudson y yo dejamos que el señor Holmes se entretuviera en descorcharla mientras nosotras centrábamos nuestra atención en la carta. La leímos con cierto nerviosismo, para leerla después por segunda vez. Luego nos miramos mutuamente ante la poca impresión que nos había causado su lectura.

Asunto: Comercial Exportadora
de Sumatra y Nassau

Muy señor mío:

En respuesta a la consulta que nos dirigió el pasado día 19, podemos confirmar que la compañía arriba citada cesó su actividad comercial de acuerdo con la información que obra en su poder. No nos corresponde a nosotros comentar los rumores relativos a tal circunstancia. Confío en que esta información le sea de utilidad.

Sus fieles servidores,

Marsden y Trocklewood,
Corredores de Bolsa

—¿Y bien, señora Hudson? —preguntó el señor Holmes, tras secarse la espuma del labio superior con la punta del cordón del batín.

—La carta parecería confirmar la quiebra de la compañía del señor Moran en los términos que expuso, señor.

—¡Exacto! A usted le parecerá la confirmación de un insignificante detalle, pero para mí constituye una parte esencial del todo. Mediante el ejercicio de concretar los detalles, la mente disciplinada se libera para poder centrarse en horizontes más amplios. Lamentablemente, al confirmar el relato de Moran, esta carta ha hecho que el viaje del doctor Watson resulte un tanto innecesario. De todos modos, estoy convencido de que el aire fresco le vendrá bien a su salud.

Tan feliz idea se vio acompañada de otro trago.

—Sin embargo, no puedo decir lo mismo de mí. En mi caso preveo una agradable tarde frente a la chimenea con una buena pipa y una concienzuda meditación sobre la cuestión que tenemos entre manos.

El insigne detective se levantó con intención de marcharse, pero en el umbral de la puerta se detuvo como si de repente le asaltara una preocupación.

—Señora Hudson, ¿realmente ha sido usted capaz de deducir cómo pasaría el día Watson con un mero vistazo a la despensa?

—Por supuesto, señor.

El caballero asintió para sí, con gesto de no saber muy bien qué pensar al respecto.

—¡Extraordinario! —concluyó.

—Muy sencillo, señor Holmes —repuso la señora Hudson con calma—. No hay que pasar por alto el factor alimenticio. —Y, dicho esto, se volvió rápidamente hacia el aparador como si le urgiera una gran concentración a fin de ocultar los movimientos de júbilo de sus cejas.

No fue hasta que el señor Holmes se hubo arrellanado cómodamente junto a su chimenea cuando la señora Hudson reveló un sorprendente plan para aquella jornada.

—Flottie —dijo—, estoy pensando en ir hoy a Limehouse a visitar a la señora Trent y quiero que me acompañes. ¿Qué dices?

—¿Hoy, señora? Pero ¿no deberíamos...?

—No creo que hoy debamos preocuparnos demasiado por las cuestiones

domésticas. El doctor Watson pasará el día fuera y el señor Holmes no tiene previsto ver a nadie. La pobre señora Trent ha tenido una vida desdichada que gusta de compartir con aquellos que la visitan, y por una vez tengo deseos de oír su historia. Ayer llegó a mis oídos algo que hace urgente que hable con ella cuanto antes. —Se quedó pensativa un instante—. No suelo creer en las coincidencias, Flottie, pero a veces parece existir un brazo que llega a todas partes. Se impone, pues, una visita. Además, hace siglos que tú y yo no vamos de excursión. Puedo aprovechar para explicarte la historia del señor Hudson y las anguilas en gelatina. Y ahora, a espabilar, que nos queda un largo camino por delante y no tenemos tiempo que perder.

Tan entusiasmada estaba la señora Hudson que me vi saliendo a todo correr a la inesperada luz del sol con un pedazo de pan en la mano. Mientras trataba de entender la multitud de bufandas y pañuelos con que me había cubierto la señora Hudson en las escaleras, un carruaje se detuvo en nuestra puerta. Tan concentrada estaba en intentar atarme el pañuelo mientras sostenía a la vez mitones, sombrero y desayuno que no le presté mucha atención. Se me acababa de ocurrir la idea de comerme de un bocado lo que me quedaba de pan cuando un joven con bigote se apeó del carruaje y saludó a la señora Hudson con jovial familiaridad.

Era un joven sumamente apuesto de mirada clara y sonrisa más radiante aún que su chaleco. Incluso para mi ojo inexperto, era evidente que iba vestido a la última moda, aunque por la forma en que chapoteaba alegre en el barro al acercarse a nosotras se deducía que no le importaban demasiado los asuntos del vestir. Dio un afectuoso apretón de manos a la señora Hudson y antes de que me diera cuenta de lo que estaba a punto de suceder se volvió hacia mí en espera de una presentación.

—Esta es Flotsam, señor. Flotsam, el honorable Rupert Spencer.

—¿Cómo está usted, señorita Flotsam? —Buscó mi mirada con un par de ojos marrones que sonrieron con el rabillo al tiempo que extendía la mano.

No fue una situación agradable. Rara vez había sentido mayor deseo de desenvolverme con dignidad, pero me vi incapaz de hablar por el hecho de haberme llenado la boca instantes antes con el desayuno entero. Tenía los dos carrillos a punto de reventar. Dudando entre intentar tragar o no, le tendí la mano sin pensar y reparé en que aún sostenía con ella un par de mitones y un extremo de la bufanda. Fascinados ambos, procedimos a seguir con la mirada la bufanda en toda su longitud hasta el otro extremo, que yacía lánguido en un charco.

—¡Permítame! —se ofreció, galante, al tiempo que se agachaba para recogerla, dándome tiempo así a lograr la proeza de tragar lo que un gorrión londinense se hubiera sentido orgulloso de igualar. Cuando el joven alzó la vista, mi rostro enrojecido y las ondulaciones nerviosas que sacudían mi garganta eran los únicos indicios que aún podían delatarme.

—El señor Spencer es el sobrino del conde de Brabham —explicó la señora Hudson—. El conde Irascible, como se le conoce popularmente. En tiempos tuve el honor de servir a las órdenes de su señoría.

—Todo lo contrario, señora Hudson, el honor fue nuestro. —El joven se volvió de nuevo hacia mí—. Nuestra lúgubre casa en la ciudad era el lugar más deprimente para un niño como yo. La señora Hudson era la única razón por la cual accedía a venir. ¿Sabe que cuando tenía siete años me enseñó a disecar una ardilla?

Desde luego no era la clase de actividad que imaginaba acometiendo a la señora Hudson, y solo el miedo a tener aún la boca llena de migas impidió que se me descolgara la mandíbula.

—No le des mayor importancia, Flotsam. A lo largo de mi vida he aprendido un sinfín de cosas inútiles.

El señor Spencer nos sonrió a ambas. Parecía muy complacido de encontrarse en plena calle con nosotras.

—Me alegra haber llegado a tiempo, señora Hudson. En su mensaje decía que tenía pensado viajar a Limehouse y pensé que podría llevarles durante parte del trayecto. Tengo una conferencia a las once, de lo contrario podría acompañarles hasta su destino. ¿Saben?, no creo que haya estado nunca en Limehouse.

—Supongo que no —repuso la señora Hudson—, pero le estaríamos enormemente agradecidas si nos lleva, señor. Así tendremos la oportunidad de ponernos al día.

Si yo pensaba que el proceso de ponerse al día implicaba un educado intercambio de noticias, iba del todo errada. Mientras me acomodaba con timidez en un rincón del carruaje, preocupada todavía por el aspecto que tendría con la bufanda, la señora Hudson me dio un toque con el codo y me susurró:

—El señor Rupert es químico. Y, por lo visto, muy prometedor. Creo que podría sernos útil.

El carruaje se puso entonces en marcha con una leve sacudida y antes de que dejáramos atrás Baker Street el señor Spencer ya se había sentado enfrente de nosotras, sin perder tiempo en cumplidos.

—Anoche recibí el informe del viejo Ponsonby —comentó—. En él se exponen con claridad diáfana las conclusiones del agente acerca de ese asunto de Sumatra. La gente de Ponsonby que trabaja en el Ministerio de Asuntos Coloniales da fe de la competencia del agente. El problema es que aquellas islas pertenecen técnicamente a las Indias Orientales holandesas, y cuando alguien se decidió a informar a Singapur del asunto el rastro ya se había enfriado. Lo único que pudieron hacer fue pedir a los holandeses que investigaran el caso. Sin embargo, el informe recoge los pormenores relacionados con las muertes. La cuestión es que no sé qué pensar al respecto.

—Nos preguntábamos si podrían haber muerto envenenados, señor.

—Muy razonable. La causa más lógica radicaría en algún tipo de potente veneno. He llegado a barajar la idea de cerbatanas y dardos envenenados pero, por decepcionante que resulte, el informe parece descartar dicha posibilidad. En ningún caso se han observado señales de pinchazos. Así pues, he buscado alguna sustancia que, administrada por medio de la comida o la bebida, provoque, en primer lugar, un

dolor ocular tan agudo que llegue a incitar a la víctima a automutilarse y, en segundo lugar, la muerte. El problema es que tampoco he conseguido dar con nada ni remotamente parecido a semejante clase de sustancia. He repasado de principio a fin las listas de venenos conocidos (me pasé toda la noche en vela) y resulta sorprendente la infinidad de venenos naturales que han sido catalogados. Parece haber gente que no hace nada más en toda su vida. Pero me temo que no han dado con nada que reúna las condiciones esperadas. Siento mucho desilusionarla, señora Hudson.

Dejó de hablar un momento, apesadumbrado, para retomar acto seguido la palabra con alegría renovada.

—Claro que no tiene por qué salir de una planta. Podría tratarse de algún animal que hubieran cazado. Con los animales nunca se sabe. El otro día leí que comer osos polares resulta sumamente perjudicial para la salud de los humanos.

—Gracias, señor. —La señora Hudson asintió con aire de gravedad como si aquella última información le suscitara el mayor interés—. Cambiando de tercio, señor, tenemos un puñal que Flotsam querría analizar en busca de rastros de veneno. ¿Cree que podría ayudarnos?

El joven se volvió hacia mí con su sonrisa de ojos marrones.

—Por supuesto, la ayudaría encantado. ¿Sabe mucho de química, señorita Flotsam?

—Muy poco, señor —murmuré bajo la bufanda. Ante su agradable sonrisa resultaba difícil mostrarse tímida y más duro aún se me hacía lanzar a la señora Hudson la mirada de indignación que pretendía.

—Es un campo que Flottie tiene intención de estudiar, señor.

—Me alegra saberlo. Siempre es un placer conocer a un colega científico, señorita Flotsam. Si alguna vez puedo serle de ayuda en sus estudios...

Y llegado este punto la señora Hudson desvió la conversación hacia la familia Spencer, tema que no se abandonó hasta el momento de la despedida.

No fue hasta que el señor Spencer se disponía a subir de nuevo al carruaje, tras ayudarnos a bajar para despedirse luego con gesto cortés, cuando la señora Hudson se detuvo como si de repente le asaltara un pensamiento.

—¿Qué ocurre, señora Hudson? ¿Podemos ayudarla?

—Una cosa nada más, señor. ¿Cuántas veces suele dictaminar un médico que un paciente está muerto?

—Por lo general, con una basta, señora Hudson.

—Justo lo que yo pensaba, señor. A fin de cuentas, no podemos morir más que una sola vez, ¿no es así?

El señor Spencer tuvo tiempo de lanzarme una mirada de complicidad llena de desconcierto antes de que el carruaje se pusiera en marcha con estruendo, dejándonos atrás para que prosiguiéramos nuestro viaje con un ánimo más serio en un abarrotado ómnibus londinense.

La señora Trent, cuando por fin llegamos a su casa, resultó ser una mujer de

cuerpo menudo y medio encogido que parecía ir cediendo bajo el peso natural de los años. Había trabajado un tiempo con la señora Hudson siendo ambas jóvenes, pero cuando se casó con un marinero sus vidas tomaron rumbos distintos. Hacía menos de un año que se habían reencontrado por casualidad. Por entonces, la señora Trent ya era una viuda que había perdido a su marido y a un hijo en el mar. Desde luego, viendo a ambas mujeres juntas costaba creer que hubieran tenido alguna vez la misma edad o que en algún momento hubieran compartido la misma condición social. Donde la señora Trent se veía débil, la señora Hudson se mostraba fuerte, y donde la primera se dejaba acobardar, la segunda imponía su voluntad. La señora Trent vivía humildemente en un sótano cerca del puerto, donde se apresuró a dejar libre la única silla en condiciones para cedérsela a la señora Hudson, ofreciéndome a mí un taburete y una galleta.

—Qué grata visita, querida señora Hudson —exclamó con un gorgorito, como si se sintiera complacida a la par que desconcertada—. Recorrer tan largo camino en un día de invierno.

—Me alegra ver que estás bien, Betty —se tomó la libertad de decir la señora Hudson, a lo que siguieron unos minutos de conversación sobre los achaques pasados y presentes de la señora Trent. Mientras charlaban, reparé en las paredes manchadas de humedad y me maravillé por lo extraño de una vida que parecía entrañar tantos contrastes opuestos. Solo unas horas después de que Smale me hubiera atacado en una callejuela, me veía ayudada a bajar de un carruaje privado por un caballero con guantes blancos y ojos marrones. Miré a la señora Hudson y me sorprendí sonriendo para mis adentros—. Y dime, Betty, ¿qué es de tu hijo?

—Arthur está aún en el mar, señora Hudson. Rezo por él todas las noches y, si Dios quiere, lo tendré de vuelta en marzo. Desde que Jeb desapareció, temo lo indecible por Arthur.

—Ay, sí, pobre Jeb. ¿Cuánto hace ya de eso, Betty? No recuerdo muy bien las circunstancias.

—En febrero hará un año. En cuanto a las circunstancias, ojalá pudiera yo dejar de recordarlas. —Se volvió hacia mí—. Lo he dicho muchas veces, Jeb era un muchacho alocado pero no merecía lo que le ocurrió. Llevaba en el mar desde niño y, por lo que dicen todos, las había visto de todos los colores. Cuando venía a casa me asustaba con su afición a la bebida, a las peleas y a ese tipo de cosas. Yo solía pensar que sería la ginebra lo que acabaría con él. En cierto modo lamento que no fuera así.

Se secó sus ojos agotados con un pañuelo raído. Había dejado de dirigirse a mí al hablar.

—La carta que remitió su capitán me llegó la primavera pasada. Había habido algún problema en tierra y Jeb estuvo unas horas encerrado en la bodega mientras las cosas se calmaban. El capitán me contaba en la carta que Jeb debió de ver algo horrible en tierra, porque cuando lo soltaron se había vuelto medio loco, deliraba y aseguraba a voz en grito que veía animales invisibles trepando por cubierta.

¡Imagínese! ¡Mi pobre Jeb! El barco realizaba en aquel momento una travesía regular por las Indias y el capitán decidió continuar hasta Java. Pero de nada le sirvió eso a Jeb. Les sorprendió una tormenta cuando Jeb daba tumbos por la cubierta. La cabezada del barco lo arrojó al agua mientras la tripulación andaba enfrascada con las escotas y nunca más lo volvieron a ver, que Dios lo tenga en Su gloria.

La señora Hudson la escuchaba inclinada hacia ella, con entusiasmo, como si de repente acabara de recordar algo.

—¿Y todo eso lo has sacado de la carta del capitán, Betty?

—Ya lo creo, señora Hudson. Fue un buen hombre al escribir a una pobre viuda como yo. Después me enteré de que murió antes de que me llegara la carta, aquejado de una fiebre que acabó con su vida en el estrecho.

—¿Y el nombre del barco? Estoy segura de que alguna vez me lo mencionaste. ¿Aún lo recuerdas?

—Cómo no. ¿El barco donde mi Jeb acabó sus días? Olvidarlo sería tanto como olvidar a mi propio hijo.

—¿Y entonces? —preguntó la señora Hudson tratando de contener su entusiasmo—. ¿Cómo se llamaba el barco, Betty?

—Pobre Jeb. Funesto nombre para él. No soporto imaginármelo gritando y delirando de esa forma. ¿El nombre del barco me pregunta, señora Hudson? Ay, sí. El barco se llamaba *Matilda Briggs*.

6. La dama de la guadaña

El largo trayecto de vuelta a casa transcurrió en silencio. La luz del sol había dado paso a un cielo invernal y el frío parecía manar lentamente de la tierra para hacerse con la tarde opaca. Por lo visto, el relato de la señora Trent había brindado a la señora Hudson un motivo de reflexión, y por primera vez desde nuestra llegada a Baker Street parecía un tanto perpleja. Se dedicó a mirar por la ventanilla desde su asiento mientras el ómnibus se alejaba traqueteando del puerto para dirigirse muy despacio hacia el oeste. Tenía el ceño fruncido como nunca y no dejaba de acariciarse lentamente el labio superior con un dedo. Hasta que nos vimos recorriendo a pie Baker Street de camino a casa en la oscuridad de la tarde no dejó escapar una risa grave.

—Bueno, Flottie, los hechos pueden engañarnos a todos y al menos ahora ya sabes por qué tenía tantas ganas de visitar a la señora Trent. ¿Qué crees que hemos averiguado con su historia?

Esa era precisamente la pregunta a la que había estado dándole vueltas durante todo el trayecto de regreso, pero al llegar a la puerta principal de casa no me encontraba más cerca de una respuesta de lo que estaba al despedirnos de la señora Trent entre las sombras de los almacenes.

—Parece una extraña coincidencia, señora. Ayer mismo nos enteramos de que, según cuentan, el barco está habitado por espíritus malignos, y ahora vuelve a salir el tema. Puede que el señor Holmes hiciera mal en rechazar la carta tan de plano.

—Una respuesta muy acertada, Flotsam. Estoy convencida de que el señor Holmes cometió un gravísimo error al no prestar atención a la carta sobre el *Matilda Briggs*. Y tienes razón al decir que se trata de una extraña coincidencia.

Para entonces habíamos llegado ya al pasillo y la señora Hudson se asomó al estudio al pasar por delante.

—¡Estupendo! El doctor Watson no ha vuelto todavía y el señor Holmes está profundamente dormido en el sillón, lo que significa que aún nos da tiempo a arreglar la casa para la noche antes de que llegue el doctor.

—Entonces ¿cree usted que la historia de la señora Trent es importante?

—Desde luego. A mi entender, nos ha permitido conocer algo de gran relevancia. De hecho, ahora que he tenido tiempo de atar cabos, creo que empiezo a comprender mucho más de lo que ocurrió en Sumatra.

—¡Caray! —exclamé.

—Las señoritas no dicen «caray», Flotsam.

—¿Quiere decir que sabe cómo murieron todos esos hombres, señora?

—Sí, creo que eso se ve ahora muy claro, aunque hay un par de detalles que convendría comprobar. Lo que hay que entender, Flottie, es que esas desdichadas muertes representan el menor de los misterios a los que nos enfrentamos. Debemos plantearnos cuestiones de mayor calado. Sin embargo, considero que hoy hemos

aprendido dos lecciones. La primera, que no debemos apresurarnos a pasar por alto una coincidencia. Y la segunda, que deberíamos recordar que dar con la respuesta correcta no siempre resulta tan importante como plantear la pregunta acertada.

Y, dicho esto, se desembarazó del abrigo y se agachó para encender la lumbre de la cocina mientras me esforzaba por parecer alerta y avispada.

—No, nos enfrentamos a misterios mucho más preocupantes, Flottie. Como, por ejemplo, ¿por qué utiliza el señor Moran papel de carta barato? ¿A qué se debe el repentino interés de Fogarty por la criada del señor Holmes? ¿Y por qué —añadió lentamente—, por qué diablos no sabemos más sobre Penge?

El doctor Watson no regresó a casa hasta ya avanzada la noche, tras una excursión por los páramos que resultó ser tan húmeda como desalentadora.

—Me gusta una buena caminata tanto como al que más —comentó mientras la señora Hudson le ayudaba a quitarse el abrigo empapado—, pero recorrer más de quince kilómetros a través de una ciénaga para que después me envíen a paseo como a un vulgar vagabundo... Bueno, ¡es como para que a uno le hierva la sangre!

Y como para demostrar lo dicho, el doctor comenzó a humear ligeramente en el calor del pasillo.

—¿Debo intuir pues que el señor Moran padre no se mostró muy dispuesto a hablar sobre las actividades de su hijo? —preguntó Holmes con una sonrisa de diversión.

—¡Ya lo creo que no, Holmes! El muy necio casi me echa los perros encima. Salió a mi encuentro en el monte antes de que me diera tiempo a llegar a su casa. Me preguntó qué quería, y cuando le dije que conocía a su hijo se puso como si le hubiera dicho que pensaba robarle la plata. A partir de ese momento no quiso oír una palabra. Me soltó que su hijo había elegido su camino y que podía pudrirse en el infierno. No tuve más remedio que volver sobre mis pasos hasta la estación y esperar la llegada del último tren, calado hasta los huesos. ¡Un estado lamentable, ya se lo digo yo!

—Venga, Watson. Vamos a intentar poner remedio a su viaje en balde. Mientras se cambia de ropa, la señora Hudson le servirá algo de cenar y yo mismo le prepararé una copa. No, no, señor, sé cómo le gustan. Con mucha agua. Soy todo un entendido.

Holmes sonrió orgulloso y retomó la palabra antes de que Watson pudiera hablar.

—Nos reuniremos en el estudio dentro de treinta minutos. He prometido a la señora Hudson y a Flottie que podrían estar presentes durante la narración de su historia, pues están cogiendo gusto a las sensaciones fuertes, y si alguna vez se decide a cumplir su promesa y pone alguna de nuestras aventuras por escrito, ellas serían sus lectoras más leales.

El doctor Watson asintió con la cabeza en nuestra dirección.

—¡Estupendo! Será un placer, señora Hudson. Sin duda, observará usted en su ámbito de trabajo multitud de aspectos de la naturaleza humana.

—Vamos, Watson, no pierda tiempo en cumplidos inútiles o tendrá que ahorrarse

las abluciones. Le esperamos en treinta minutos.

Y, dicho esto, el señor Holmes regresó majestuoso al estudio, tras envolver en un persistente aroma a tabaco y cerveza la ardua tarea de separar al doctor Watson de sus botas llenas de agua.

Si un observador hubiera entrado en el estudio de Baker Street treinta minutos más tarde, habría encontrado ante sí una escena de lo más insólita. A cada lado del hogar se hallaban sentados en sus respectivos sillones Holmes y Watson, y a sus espaldas, cual lechuza en la penumbra, se alzaba la señora Hudson. Tras examinar con discreción el oporto que le había sido ofrecido, rechazó toda invitación por parte del doctor Watson a tomar un refrigerio, y ahora aguardaba junto a la bandeja de las bebidas, confundida tan bien con el fondo que el observador en cuestión no habría advertido su presencia a primera vista. En un plano menos prominente aún y más alejado se hallaba una servidora, sentada, ante la insistencia del doctor Watson, en un escabel de terciopelo, donde permanecía tan sumida en las sombras que habría pasado inadvertida a cualquier mirada.

El doctor Watson, ya entrado en calor y más sonrosado, observaba con recelo el contenido de su copa cuando Holmes interrumpió sus cavilaciones.

—Bien, Watson, estamos aquí reunidos para conocer la información que extrajo de su interrogatorio a Neale y Carruthers. No me cabe la menor duda de que ha desempeñado su labor de forma admirable. Pero, antes que nada, para las personas aquí presentes menos familiarizadas con los principios del pensamiento científico, podría resultar útil que resumiera usted la situación tal y como la veía al salir esta mañana de casa.

—No faltaría más, Holmes. Espero que vea usted correspondida su confianza. —Y, volviéndose hacia la señora Hudson y hacia mí, prosiguió su discurso—: La tarea más importante de los últimos días ha consistido en examinar los pormenores de la historia de Moran. Tan extravagante relato debe someterse sin duda a un análisis riguroso, si bien, como Holmes señaló en su momento, verificar la versión de unos hechos sucedidos en un lugar tan remoto implica necesariamente un proceso largo y pesado. Me alegré de poder dejar los aspectos técnicos en manos de los expertos y dedicarme a interrogar a los testigos.

Llegado este punto, Holmes asintió con un leve gesto de reconocimiento.

—Ciertamente, Watson. Una admirable exposición de nuestro enfoque.

Watson se sonrojó un poco más y apuró la copa con un trago decidido.

—En primer lugar interrogué a Neale. Se aloja en el hotel Brown de Mayfair en un intento de eludir a un posible perseguidor que pudiera haber obtenido su dirección en Cavendish Street. Debo decir que me pareció un sujeto extraño. Yo esperaba que estuviera impaciente por recibir a un emisario suyo, pero en todo momento se mostró más bien alterado, como si su mente no prestara atención a las respuestas que me daba.

»La primera impresión que me transmitió fue de debilidad. Es un hombre de

constitución imponente, pero había algo en su porte que hacía pensar en un individuo acostumbrado a seguir la iniciativa de otros. Para empezar, no sabía contenerse y esquivó en todo momento mi mirada.

—¡Por favor, Watson! —le interrumpió Holmes—. Estamos aquí reunidos para descubrir los hechos del caso. ¡Los hechos! —Se volvió hacia la señora Hudson—. Perdone usted al doctor Watson. Me temo que su formación castrense le ha dejado con una desconfianza innata hacia todo aquel que carece de porte militar.

—No hago más que ofrecer un retrato, Holmes —farfulló Watson, casi para sí—. El caso es que, en respuesta a mis preguntas, Neale confirmó punto por punto lo que Moran nos había contado. Las horribles muertes en circunstancias misteriosas, su terror a quedarse en Sumatra, su huida precipitada. Incluso corroboró la fiebre de Moran, aunque de algún modo quitó importancia a ese detalle de la historia. El hombre debió de darse cuenta de que su persona no salía muy bien parada que digamos.

—¿Y qué hay de sus actividades posteriores?

—Por lo que me contó, él y Carruthers confían en reunir el capital suficiente para crear otra empresa más cerca de casa.

—¿Qué más, Watson?

—Nada más, Holmes.

—¿Eso es todo? La verdad, Watson, es que no esperaba que le planteara todas las preguntas que se me hubieran ocurrido a mí, pero desde luego esperaba un poco más que eso. ¿Qué hay de la historia del hombre, todas esas pequeñas claves que nos sirven para dilucidar qué clase de individuo es en el fondo?

—A mí me pareció un tipo de lo más sencillo, Holmes.

Ante aquellas palabras el rostro del señor Holmes se suavizó con una afectuosa sonrisa.

—Pero lo bastante exótico para haber atraído una maldición tropical, amigo mío. Sin embargo, de momento debemos estar contentos con los resultados obtenidos. ¿Tiene alguna observación que hacer, señora Hudson?

La señora Hudson reflexionó un instante, con el rostro impasible. Yo esperaba impaciente que revelara al señor Holmes algunas de sus impresionantes deducciones. La señora Hudson meditó detenidamente.

—El hotel Brown tiene fama de ser un establecimiento excelente, señor.

—¿De veras, señora Hudson? Tomaré nota, pues, de su recomendación. Y ahora pasemos a Carruthers. ¿Qué tiene que decirnos sobre él, Watson?

—Lo encontré en el viejo hotel St. James de Knightsbridge. Un individuo de aspecto mezquino, todo bigotes y cejas. No me cuesta imaginarlo abandonando a un amigo en peligro para asegurarse su propia huida. Además, no le resultaría difícil persuadir a alguien como Neale. En cualquier caso, parecía absolutamente firme con respecto a la historia de Sumatra. Según sus palabras, fue la peor época de su vida.

—¿Algún detalle nuevo?

—Lo siento, Holmes. —Watson miró apesadumbrado su copa vacía.

—No se preocupe, amigo mío. Ha logrado cumplir con nuestro objetivo primordial, que era confirmar la historia de Moran. Si queremos saber más, podemos visitar de nuevo al señor Carruthers. Y la señora Hudson y Flottie han aprendido que todo el trabajo que llevamos a cabo no es tan sensacional como podrían esperar. —El señor Holmes se removió en su asiento—. Y ahora, tras los esfuerzos realizados hoy, creo que aprovecharé para retirarme temprano. Si usted y la señora Hudson me disculpan...

—¿Puedo hacer una pregunta al doctor Watson, señor? —El rostro de la señora Hudson seguía imperturbable, pero sobre la nariz destacaba el ceño ligeramente fruncido.

—Por supuesto, señora Hudson.

—Bien, señor. No pretendo ser muy científica, doctor Watson, pero desde el punto de vista humano, por así decirlo, tendría mucho interés en saber qué pensó de los dos caballeros al hablar con ellos. Me refiero, señor, a qué impresión general se formó de ellos.

—Puedo darle una respuesta muy sencilla, señora Hudson, pues en ambos casos me llamó mucho la atención. Nunca en mi vida había visto a dos hombres más aterrorizados. Dejando a un lado el lenguaje de la observación rigurosa, diría que ambos estaban muertos de miedo.

—Crece el misterio, ¿eh, Flottie? —dijo la señora Hudson con una risita cuando volvíamos a la cocina para sentarnos junto al fuego.

—¿En serio, señora? Pensaba que la historia del doctor Watson sería un poco más emocionante. ¿Acaso no indica al fin y al cabo que el señor Moran contaba la verdad? ¿O, al menos —añadí pensativa—, que todos cuentan la misma mentira?

—Muy bien, Flottie. Una de esas afirmaciones tiene que ser cierta. Y hay cosas que ha dicho el doctor Watson sobre las que debo meditar. El miedo de esos hombres, por ejemplo. No me esperaba eso del todo.

—Pero ¿la maldición...?

—No puedes seguir creyendo en ese tipo de cosas, Flottie. Creo que es una señal de que después de todas tus andanzas nocturnas la cama te llama. Ve preparándote, que quiero escribir una nota rápida.

Sin embargo, mientras la veía escribir me noté muy despierta, por extraño que pudiera parecer. Me dolían los brazos y las piernas del inusitado ejercicio de la noche anterior, y todas las magulladuras y cortes que empezaban a hacerse sentir de nuevo parecían amplificar la llamada de una cama caliente. Pero mi mente se negaba a rendirse al cansancio. Mientras me ponía el camisón delante de la chimenea, tenía la sensación de que, dada la veloz sucesión de acontecimientos que parecían haber ocurrido en las últimas horas, en cualquier momento un visitante inesperado aporrearía la puerta requiriendo nuestra atención.

La señora Hudson selló la nota y me la pasó. Iba dirigida con su pulcra caligrafía

al señor A. J. Raffles, hospedado en el Albany.

—Mañana por la mañana, Flottie, tú y yo tendremos que trabajar de firme. Incluso el señor Holmes y el doctor Watson esperan unos mínimos. Pero cuando hayas cumplido con tu lista de quehaceres, me harás el favor de entregar esta carta por mí. Por mi parte, desearía tener otra charla con el joven señor Spencer cuando surja la ocasión.

La señora Hudson me lanzó una mirada burlona al verme plantada delante de ella, totalmente desvelada.

—Ven aquí, Flottie, que si esa cabeza tuya sigue dando vueltas bien podemos encontrarle un buen uso. ¿Recuerdas el juego de las palabras que utilizaba Swordsmith para entretenerte? Se me ocurre que podríamos jugar un par de partidas. Si andar correteando por los bajos fondos toda la noche no basta para agotarte, tal vez un poco de ejercicio mental funcione.

Corrí a buscar lápices y papel con un entusiasmo pueril. Resultaba extraño que la señora Hudson propusiera un juego, si bien en su día ella y Swordsmith se habían devanado los sesos para idear formas de entretenerme cuando no podía dormir.

—Elegiré la primera palabra. ¿Qué te parece «hortaliza»? —Y, acto seguido, hizo girar el reloj de arena de un minuto con un movimiento de la muñeca.

Antes de que cayera la primera docena de granos tenía la mente completamente absorta en el juego, tratando de hallar palabras más cortas dentro de la que había elegido la señora Hudson. El juego consistía en encontrar más palabras, pero el verdadero honor radicaba en dar con la más larga. Tras un minuto haciendo garabatos, coincidimos en que mi «atizar» tenía el mismo valor que el «zahorí» de la señora Hudson. Se sucedieron cuatro o cinco partidas más antes de que la señora Hudson se arrellanara en su asiento y sonriera ante mi entusiasmo.

—Y ahora a la cama, Flottie, y no te quedes despierta. Te daré una más en la que pensar por si no puedes dormir. Te resultará más fácil que resolver misterios y mejor que contar ovejitas. A ver, una sencilla. Prueba con «Norman». Con las letras que tiene ya irá bien.

Mientras me acurrucaba bajo las mantas en la oscuridad aterciopelada, mi mente trataba de jugar con la palabra que me había propuesto la señora Hudson.

—Norman —pensé—. Está norma... Roma... amor... mora... ramo... mano...

Pero el sueño se fue apoderando de mí desde la punta de los pies y, antes de concluir toda la serie, esta se había desvanecido en la noche.

Aquella misma noche, en otra parte, ni siquiera la lluvia torrencial que había llegado con la oscuridad podía vaciar las calles de Londres. Los braseros ardían en patios anónimos. Los barcos se soltaban de las amarras y se alejaban poco a poco de los muelles de la ciudad en medio de la densa bruma. En su escritorio, el señor Fogarty levantaba la vista de las cuentas, sin prestar atención al cigarrillo egipcio que ardía entre la yema de sus dedos mientras estudiaba la noche con una fina sonrisa. En

alguna otra parte, Smale sonreía también, agazapado en un portal, con el cuello subido para protegerse de la lluvia y la vista levantada hacia una ventana donde acababa de apagarse la última luz. Y un niño corría casi sin aliento, acercándose cada vez más a nuestra puerta.

El golpeteo que yo medio había esperado nos sobresaltó con la violencia de un trueno. La señora Hudson y yo nos despertamos al mismo tiempo y nos vestimos a trompicones con lo primero que encontramos. Pese a la rapidez con la que reaccionamos, cuando la señora Hudson llegó al pasillo envuelta en un viejo abrigo de caballero, el señor Holmes ya estaba allí, atusándose con la mano el cabello despeinado. El doctor Watson y yo nos unimos a ellos instantes después; el doctor, ataviado con lo que parecía un batín militar, no dejaba de bostezar con aire aturdido.

La señora Hudson se dirigió hacia la puerta mientras los demás tratábamos aún de componernos el atuendo con incomodidad. Oímos abrirse la puerta de la calle y un intercambio de murmullos, seguidos de los pasos de la señora Hudson de vuelta. Llevaba en la mano una nota que entregó al señor Holmes con un leve movimiento de la cabeza.

—De parte del inspector Gregory, señor.

Holmes cogió la nota y la abrió con impaciencia. Tras echar un breve vistazo a su contenido, retrocedió para pasársela al doctor Watson.

—Parece que después de todo no podremos entrevistar a Carruthers una segunda vez. Está muerto, Watson. Lo han asesinado.

Nos agolpamos los tres en torno a la carta, pero no había mucho más que leer.

—Como ve en la posdata, Watson, Gregory halló su tarjeta en el bolsillo del hombre. Así que por una vez nos ha mandado llamar con encomiable celeridad.

—El chico aguarda, señor.

—Cómo no, señora Hudson. Dígale que lo acompañaré inmediatamente. El doctor Watson nos seguirá a la mayor brevedad posible. Watson, esta podría ser una ocasión ideal para probar el equipo de Niermeister que tanto suscitaba su interés. Podemos poner a prueba la teoría de *herr* Niermeister sobre las irregularidades electrostáticas. ¿Sería tan amable de preparar el equipo y venir después?

—¡Oiga, Holmes, eso ya pasa de castaño oscuro! Son las tantas de la noche, llueve a cántaros y acabo de secarme del todo de mi último remojón. Además, esos artilugios alemanes pesan como un muerto para andar cargando con ellos de aquí para allá.

—Por supuesto, mi querido amigo. Qué egoísta por mi parte. Insisto en que Flottie le acompañe con un paraguas.

Por un momento pensé que la señora Hudson iba a decir algo, pero me vio y pareció entender la súplica que transmitía mi mirada.

—Verá, señor —empezó a decir, pero para entonces yo ya lucía la más enternecedora de las expresiones que podía mostrar, lo que al parecer le hizo cambiar

de opinión—. No faltaría más, señor, si Flottie puede ser de ayuda... No me cabe la menor duda de que el doctor Watson velará por su integridad; además, puede que la juventud no necesite dormir tanto como el resto de nosotros. —Y agachándose como para sacarme el cabello del camisón, añadió en voz baja—: Mantén la mente y los ojos bien abiertos, Flottie. Sé que no podría tener mejor ayudante.

Con aquellas palabras de elogio resonando aún en mi interior me vi, diez minutos más tarde, sentada junto al doctor Watson en un cabriolé que enfiló quejumbroso en dirección al sur con destino a Knightsbridge.

7. El testigo desaparecido

En el hotel St. James había un policía uniformado apostado en la entrada, otro en el mostrador principal y un tercero que recorría el espacio existente entre sus compañeros con paso imponente y grave. Custodiaban un lugar que era el más opulento con creces de los que había pisado en mi vida. Olía a piel y cera para muebles, y tuve la sensación de hundirme en la moqueta como si caminara sobre un manto de terciopelo. Las cortinas púrpuras y los tapices absorbían el sonido de tal modo que incluso el ajetreo subsiguiente a un asesinato se veía reducido a un suave murmullo. Un hombre de ampulosos bigotes apostado detrás de la recepción se dirigía en voz baja y con acento francés al agente que tenía más cerca; al parecer le reprendía por la osadía de las fuerzas policiales al perturbar aquel lujo de tan esmerada factura.

Pero la muerte no sabe de estética, como no tardaría en comprobar. Mientras atravesábamos el vestíbulo, el francés me siguió con la mirada y yo me alegré de que la señora Hudson hubiera puesto tanto cuidado en mi apariencia. No sin destreza me recogió el cabello, me colocó un bonito y sencillo sombrero que llevaba prendido con un alfiler y me enfundó en un vestido negro ceñido que sacó de no sé dónde y que me metió por la cabeza, mientras me apuntaba entre susurros cuatro nociones básicas sobre etiqueta. Para mi sorpresa, en cinco minutos vi transformada mi imagen en la más elegante y arreglada que había lucido en mi vida, desde el cabello recogido hasta los zapatos negros, los mejores que había calzado nunca. No me asemejaba en nada a la Flotsam que conocía, y el tomar conciencia de ello me hizo parecer más alta y erguida, de modo que cuando la mirada del francés se cruzó con la mía me dedicó una reverencia respetuosa con la cabeza. ¿Me reconocería entonces Smale?, me pregunté. ¿Era la misma que había saludado al honorable Rupert Spencer con la boca llena de pan y la bufanda en un charco? El policía que nos mostraba el camino había aliviado del pesado arcón de madera al doctor Watson, que, libre ya de carga, entrelazó mi brazo con el suyo y me condujo hacia los dorados ascensores con un aire de galantería protectora.

La escena que nos esperaba en el piso de arriba retornó con firmeza a mi mente el sombrío propósito de nuestra visita. El señor Carruthers había tenido a todas luces el más atroz de los finales. Su cuerpo yacía boca abajo cerca de la chimenea, como si las extremidades le hubieran fallado mientras trataba de llegar a duras penas al hogar. Tenía el rostro girado, apoyado sobre una mejilla, con lo cual todo aquel que entraba en la estancia podía ver claramente su expresión. ¡Y qué expresión! Tenía las facciones contraídas en una mueca horrible, con la boca abierta, de donde colgaba la lengua, hinchada. Un hilito de sangre le corría por la comisura hasta la alfombra, donde había formado una mancha oscura y espesa. Y, lo peor de todo, el hombre había muerto con los ojos abiertos, de modo que cuando entrabas en la sala parecía observarte con un alarido de dolor. Alrededor las piezas del ornamentado mobiliario

estaban patas arriba, como si la habitación se hubiera estremecido de horror.

El señor Holmes alzó la vista al entrar nosotros. Su actitud era distante, propia de un hombre absorto en un paisaje interior, pero sus movimientos eran breves y entrecortados, como si respondieran al dictado de una energía apenas contenida. Sin embargo, al ver al doctor Watson se le iluminó el rostro y le hizo señas para que se acercara al lugar donde un hombre joven y pulcro con un traje de *tweed* se hallaba arrodillado junto al cuerpo. La señora Hudson me había dicho que debía aprender lo máximo posible haciéndome notar lo mínimo, pero incluso desde mi posición de retaguardia junto a la puerta pude percibir que la voz del señor Holmes rebosaba de entusiasmo.

—El inspector Gregory, aquí presente, ha realizado un trabajo excelente, Watson. No se ha movido nada de sitio, ni un solo objeto se ha tocado. Así es exactamente como yacía el cadáver.

Volví a echar un vistazo a las habitaciones que había ocupado por tan poco tiempo el señor Carruthers. Más allá de la sala de estar, a través de una puerta doble de roble, alcancé a ver un dormitorio con prendas de vestir esparcidas sin orden encima de una cama que parecía llenar la estancia entera. Ambas piezas, de techos altos y profusas en púrpuras y dorados, estaban iluminadas con potentes luces eléctricas ocultas en arañas de cristal tallado. El crimen había causado estragos en torno al cadáver. Un diván de felpa había caído al suelo y yacía junto a una silla volcada. Un escabel de terciopelo reposaba patas arriba en un rincón. A su lado, una caja de madera, medio envuelta aún en papel de estraza, había salido disparada de una mesa cercana y se hallaba entre jirones desordenados de su envoltorio. Cerca de la puerta habían estrellado una licorera de *whisky* contra el suelo, donde reposaba hecha añicos cerca del tapón de cristal. El líquido derramado se había extendido por el suelo hasta llegar a los pies del cadáver. El aire olía a *whisky* y sangre.

Junto a la chimenea, el señor Holmes y el doctor Watson seguían examinando el cuerpo en compañía del hombre al que se habían referido como el inspector Gregory. Yo no tenía muchas ganas de unirme a ellos, pues aunque la muerte no era poco frecuente en las calles de Londres no sentía una gran curiosidad por observarla de cerca. Además, el consejo que me había dado la señora Hudson mientras me señalaba el coche de caballos que aguardaba ya en la puerta no dejaba lugar a dudas: «Tú deja que el señor Holmes se fije en lo extraño. Lo que debemos hacer gente como tú y como yo, Flottie, es no perder de vista lo común». Así pues, mientras el retorcido cadáver se erigía en el foco de atención por excelencia, yo me dediqué a observar el escenario y traté por todos los medios de fijarme en los aspectos corrientes. Pero la mente me daba vueltas como un organillo ante lo poco de común que veía en aquel lugar. Desde las alfombras de seda hasta los techos de ornamentado enlucido, todo me resultaba abrumador por su suntuosidad y exuberancia. Aun así hice todo lo posible. Tomé debida nota del diseño de la caja medio envuelta, de la posición de la licorera hecha añicos en el suelo, del color de las cortinas, del nombre del fabricante

del reloj y hasta del número de animales con astas retratados en la enorme escena de las Tierras Altas que colgaba sobre la chimenea.

Al final pensé que no me quedaba más remedio que dirigir mi atención hacia el lugar donde yacía el cadáver. La sensación de movimiento que transmitía resultaba desconcertante, como si en cualquier momento fuera a retomar el último esfuerzo desesperado por arrastrarse hasta el tirador de la campanilla que pendía junto al hogar. Pero su rostro disipaba toda duda. La piel presentaba una palidez extrema y los labios se veían retraídos en un gruñido o una mueca que le deformaba las facciones. La voz del señor Holmes, en tono grave, apremiante y alterado, llamó mi atención.

—Veneno, sin duda, caballeros... y potente, a juzgar por su efecto. Fíjense en la hinchazón de la lengua. Propongo, Gregory, que ante la falta de alternativa supongamos que el veneno fue administrado en la licorera. El *whisky* ocultaría el sabor...

Dicho esto, bajó el tono de voz, y los tres asintieron con la cabeza al tiempo que formaban un corro más cerrado en torno a la víctima.

El muerto había llegado casi al tirador de la campanilla, pensé. Su cabeza se hallaba a no más de un palmo del marco de mármol de la chimenea. Un impulso más con las rodillas y lo habría alcanzado. ¿Y eso habría servido de algo? Para entonces el veneno ya estaba extendiéndose por todo su cuerpo. Aun mientras se arrastraba por el suelo debía de saber que era demasiado tarde. En el hogar, el fuego se había extinguido casi por completo, pero las ascuas seguían brillando con intensidad. Automáticamente reparé en que había que avivarlas y luego, casi de forma simultánea, me percaté de algo extraño entre lo normal. Junto al hogar, tan reluciente y pulido que me pregunté si no serviría solo de adorno, se hallaba un juego de chimenea de latón compuesto de cepillo, pala y atizador. Salvo que este último no estaba. Uno de los ganchos estaba vacío. El cepillo y la pala se encontraban en su sitio pero faltaba el atizador. Miré alrededor de la chimenea pero no vi rastro de él. En un lugar como aquel era imposible que el juego pudiera hallarse incompleto. Debían de haber sacado el atizador de su sitio.

Procedí a realizar otro sigiloso reconocimiento de las estancias pero no logré encontrar nada. En el dormitorio se veía todo en orden salvo algunos cajones abiertos y un montón de ropa encima de la cama, como si Carruthers hubiera contemplado la posibilidad de una partida precipitada. Sabía poco del hombre, pero sentí compasión por él: parecía que en los últimos meses había pasado la mayor parte del tiempo huyendo, de Sumatra, de su Londres natal y ahora de aquel hotel. Cerciorándome de que nadie me observaba, eché un rápido vistazo a las prendas esparcidas y luego bajo la cama. Ni rastro del atizador. Traté de buscar una explicación. La desaparición de un atizador sería de prever si hubieran golpeado a Carruthers, pero ¿qué razón habría para moverlo de su sitio si había muerto envenenado? Regresé a la sala de estar para intentarlo de nuevo. ¿Habría llegado rodando a alguna parte? Volví a mirar con detenimiento bajo los muebles, pero en una estancia tan iluminada incluso un atizador

decorativo debería haberse visto a la primera. Acto seguido, me aproximé al escabel volcado en el que había reparado durante el reconocimiento inicial. Se hallaba a un lado de la sala, cerca de la mesita bajo la cual yacía el paquete abierto. Al observarlo esta vez, me di cuenta de que no reposaba alineado con el suelo, como si hubiera algo debajo. Lo incliné hacia arriba con mucho cuidado y miré debajo.

—Doctor Watson —dije, esmerando el cuidado para colocarlo en la misma posición en que lo había encontrado. El doctor Watson, ya incorporado, seguía con la atención puesta en la pareja agachada junto al cadáver—. Señor, creo que alguien debería venir a ver esto.

—Un momento, Flotsam —repuso, sin desviar la atención del suelo, donde el señor Holmes se dirigía al inspector Gregory con una vivacidad musitada.

—No hubo lucha alguna, Gregory. Este desorden refleja el frenético avance a trompicones de un moribundo, un hombre que se siente agonizar y tropieza repetidas veces en un vano intento por pedir ayuda. Y, naturalmente, queda otra cuestión de importancia que cabe destacar...

Para entonces yo ya había recurrido a tirar de la manga del doctor Watson, que accedió de mala gana a dejar a los dos caballeros en plena conversación.

—Bueno, Flottie, ¿qué ocurre?

Le señalé el escabel vuelto del revés y Watson avanzó hacia él con cierta impaciencia. Lo levantó por un lado con aire despreocupado para dejarlo caer acto seguido con un grito agudo, tras lo cual retrocedió de un brinco y me protegió del reposapiés con una mano extendida.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó.

—No se preocupe, señor —comenté por debajo de su brazo—. Me he cerciorado de que estaba muerta del todo antes de llamarle.

Su grito había atraído la atención del señor Holmes y el inspector, y Watson avanzó con cautela y procedió a apartar el escabel. Debajo se hallaba el atizador desaparecido y, bajo este, con la cabeza aplastada de un golpe certero, una serpiente azul y delgada de la longitud de un antebrazo.

El inspector Gregory dejó escapar un grave silbido de sorpresa. Holmes se aproximó para observar más de cerca el singular cuadro.

—Parece ser, Watson, que se ha precipitado usted al concluir que el veneno fue administrado a través del *whisky*. Sin embargo, ha conseguido reparar su error con creces con el descubrimiento de algo que los hombres de Gregory, en su afán por no alterar las pruebas, parecen haber pasado por alto, por increíble que resulte.

Los dos hombres empezaron a protestar al unísono, pero Holmes los hizo callar alzando una mano.

—Caballeros, planteémonos de qué forma modifica este hallazgo nuestra línea de pensamiento.

A continuación pasó con destreza sobre el diván volcado para avanzar hasta el punto donde yacía el cadáver. Los demás nos reunimos alrededor del señor Holmes,

que procedió a levantar un brazo de la víctima y luego el otro. Tras un minucioso examen del segundo, profirió una leve exclamación de satisfacción.

—¡Ajá, justo lo que imaginaba! —Con un gesto afectado sacó una lupa y se la ofreció a Gregory—. Fíjense en las diminutas marcas de pinchazo. Creo que tenemos el arma homicida.

Mientras Gregory y Watson se turnaban para examinar la herida, el señor Holmes regresó al lugar donde se hallaba el atizador, pero esta vez su atención se centró en la caja que había bajo la mesa.

—Ahora se ve todo claro. ¡Qué diabólico dispositivo! Nos enfrentamos a una mente criminal tan despiadada como astuta.

—¿Lo dice por el paquete, Holmes? —murmuró Watson mientras él y Gregory se unían al detective para examinar el objeto—. Ruin ardid donde los haya. El sujeto abre la tapa, aparta las capas de papel y ¡zas! Una picadura, y antes de que se dé cuenta ya se ha quedado en el sitio.

—Exacto, Watson. En los primeros segundos, antes de que el veneno empezara a surtir efecto, Carruthers tuvo tiempo de acercarse a la chimenea, agarrar el atizador y asegurarse de que su verdugo no causaría más daño. Entonces cae en la cuenta del peligro que corre. Puede que se le ocurriera valerse del licor de la botella para cauterizar la herida, pero para entonces el veneno ya había empezado a hacerse notar. Carruthers trata de apoyarse en los muebles, pero sus desesperados intentos por alcanzar la campanilla solo sirven para sembrar el desorden que presenciamos en estos momentos. ¿Cómo descubrieron el cadáver?

—Por el huésped del piso de abajo, señor. Un caballero belga. Le despertó el estrépito reiterado de la habitación de arriba. Llamó al portero de noche para quejarse. Cuando este procedió a investigar lo que ocurría, encontró la puerta cerrada con llave por dentro y las luces encendidas. Tras no obtener respuesta alguna a su llamada, aplicó la oreja a la puerta y, según afirma, oyó un gemido. Entonces fue a buscar al gerente, quien llegó al cabo de un rato y embistió la puerta con el hombro. Encontraron a Carruthers muerto y la estancia patas arriba. La llave se hallaba en la cerradura de dentro. —A pesar de la hora, Gregory parecía muy despierto—. Naturalmente, procederemos de inmediato a llevar a cabo las pesquisas pertinentes sobre la entrega de esta caja. Es probable que alguien del hotel recuerde su llegada.

Watson estaba examinando la caja, un pequeño objeto cuadrado de madera pulida taraceada con intrincados motivos. En la tapa se habían practicado dos orificios diminutos.

—Algún tipo de madera tropical, Holmes. Por lo visto, la maldición...

—¡Bobadas, Watson! Si bien estos hechos justifican los temores de Moran, fue una mano de carne y hueso la autora de esos orificios y una mano humana la que hizo llegar la caja a Carruthers.

El señor Holmes se volvió hacia Gregory, con una mirada llena de energía.

—Como habrá supuesto, inspector, el doctor Watson y yo estamos al corriente de

algunos hechos relativos a este caso, los cuales procederé a exponer con sumo agrado ante usted. Pero antes hay dos hombres a los que hay que poner sobre aviso acerca de los sucesos de esta noche a la mayor brevedad. La menor dilación puede costarles la vida. Desgraciadamente, de uno de ellos solo dispongo de un apartado de correos. ¿Sería tan amable de enviar de inmediato a uno de sus hombres a las oficinas de la naviera Rangoon & Occident Shipping Line? Allí reciben la correspondencia dirigida a un tal Nathaniel Moran. Es imprescindible que averigüen su paradero y se le informe cuanto antes de lo ocurrido aquí esta noche.

—¡Disculpe, señor! —Pese a mi timidez, consideré importante intervenir en la conversación.

—Ahora no, Flottie. Watson, ¿puedo pedirle que haga llegar de inmediato la noticia al señor Neale, alojado en el hotel Brown? Debe darse prisa. Está en juego la vida de un hombre.

—Por supuesto, Holmes. Iré al punto. —El doctor Watson señaló el pesado arcón de madera que había traído consigo—. ¿Podría...?

—Haré que uno de los hombres de Gregory se encargue de llevarlo de vuelta a Baker Street. Su entusiasmo resulta admirable, Watson, pero no creo que este sea el momento más apropiado para llevar a cabo sus experimentos.

—¡Disculpe, señor! —insistí.

—Sí, así es —añadió Holmes, con una sonrisa benevolente—. Tú debes ir con Watson, querida. Y ahora, si todos me disculpan, prefiero como siempre analizar los datos cuando aún son recientes. Regresaré a Baker Street a pie y aprovecharé para considerar estas cuestiones con detenimiento.

Los veinte minutos siguientes transcurrieron en una sucesión de imágenes borrosas; una última mirada fugaz al escenario del crimen antes de que procedieran al levantamiento del cadáver, una carrera por los mullidos pasillos que conducían al vestíbulo del hotel, un apresurado intercambio de palabras final con Gregory y una irritante espera mientras se buscaba un coche de caballos. Hasta que el doctor Watson y yo nos vimos en marcha, aturdidos por la velocidad a la que nos llevaba el cochero en mitad de la noche, no tuve otra ocasión de expresar mis inquietudes.

—Doctor Watson, la señora Hudson dice que el señor Moran vive en New Buildings, en Portman Street. Si urge localizarlo...

Al encontrarnos ya en camino con tranquilidad y pudiendo disfrutar de unos minutos de reposo, me di cuenta de que el doctor había empezado a cabecear y cada vez tenía una respiración más profunda.

—¿Doctor Watson?

—Eh... ¿cómo? —Pareció un tanto alarmado—. Oh, sí. La señora Hudson. Cómo no. —Tomó mi mano y le dio unas palmaditas con gesto cariñoso—. La señora Hudson es una mujer magnífica, Flottie. Debe de tratarse de un malentendido. El propio Moran me dijo que no tenía dirección.

Y, dicho esto, reclinó la cabeza y cerró los ojos. Acto seguido, me dio otra

palmadita en la mano que aún me tenía cogida.

—Una vez conocí a una joven que me recuerda a ti, Flotsam. En la India. Hace mucho tiempo. Dieciocho años tenía. Llevaba el cabello recogido como tú esta noche. La hija del párroco. Una hermosura cuando reía. Murió de una fiebre en Peshawar en el año ochenta y dos. Aún pienso en ella. Una pena. Una verdadera pena...

El doctor cabeceó de nuevo y, pese al peligro que corría el señor Moran, no me pareció bien traerlo de vuelta al vertiginoso y turbulento presente.

A nuestra llegada encontramos el hotel Brown en un estado de refinado reposo. Aunque aún había luces encendidas, en la planta baja la única señal de vida aparente era el ir y venir del portero, como la respiración de alguien que duerme plácidamente. Su deambular se vio interrumpido por nuestra precipitada llegada y, en cuanto el coche de caballos se detuvo, se apresuró a atendernos, prestándose a mantener la puerta abierta con un elegante saludo mientras el doctor Watson me ayudaba a bajar. Una vez dentro, la profusión de rojos y dorados recordaba curiosamente al hotel que acabábamos de abandonar, pero en este caso no se observaba indicio alguno de la inusitada actividad que habíamos encontrado en Knightsbridge. Sin embargo, el doctor Watson hizo sonar la campanilla con semejante apremio que al cabo de unos minutos el propio gerente se había levantado y, acompañado por un nutrido grupo de empleados, estaba saludándonos con una respetuosa reverencia.

—He oído hablar sin duda de su labor con el señor Sherlock Holmes, señor. Si el hotel Brown puede ofrecerles su ayuda...

—Es preciso que hable con el señor Neale de inmediato. Le ruego que me acompañe a su habitación. Se trata de un asunto policial de máxima urgencia. Asimismo, le quedaría muy agradecido si se asegurara de no dejar pasar del vestíbulo a ninguna otra persona que pregunte por el señor Neale hasta que el inspector Gregory de Scotland Yard la haya interrogado.

—Por supuesto, señor. Si me permite un instante... —Y con otra pequeña reverencia el gerente se retiró a la recepción, donde se hallaba el enorme libro de registro forrado en piel del hotel.

Watson se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—Quiera el cielo que hayamos llegado a tiempo, Flotsam. Y pensar que ayer mismo me hablaba Carruthers de la amenaza que se cernía sobre él. Hacía bien en tener miedo, Flottie. El mal obra esta noche.

En el mostrador de recepción, el gerente conversaba acaloradamente en voz baja con un joven uniformado, mostrando un rostro de preocupación y haciendo gestos nerviosos con las manos.

—Doctor Watson —dijo, tras anunciar su presencia con una tos nerviosa—. Parece haber un error. El señor Neale pagó la factura y se marchó hace una hora, poco después de recibir el mensaje del señor Holmes.

—¿El mensaje del señor Holmes? —Tras un primer momento de perplejidad,

Watson mudó de semblante y perdió el color de la cara—. ¡Cielo santo! ¡El señor Holmes no ha enviado ningún mensaje! Yo mismo he pasado con él la última hora o más. ¡Cuénteme qué ha ocurrido!

El joven uniformado avanzó arrastrando los pies con aire sumiso y se sonrojó al notar que todas las miradas se centraban en él.

—Si me permite, señor, alguien llegó con un mensaje para el señor Neale de parte del señor Sherlock Holmes. La mujer insistió mucho en que le fuera entregado de inmediato, a pesar de ser tan tarde. De lo contrario, dijo, le costaría media corona, y no accedió a irse hasta que el señor Neale lo hubo recibido. Menudo jaleo armó. Quiero decir que hizo mucho ruido, señor.

—¿Una mujer, dice usted?

—Sí, señor. Una florista. Llevaba unas cuantas flores en la cesta y uno de esos sombreros blandos sin forma. Dijo que un caballero le había ofrecido media corona por entregar una nota urgente al señor Neale y le prometió otra, que le sería entregada en Baker Street mañana si la nota llegaba a su destinatario antes del amanecer.

—¡Por todos los cielos! ¿Y qué aspecto tenía esa mujer? ¿La reconocería si volviera a verla?

El joven puso cara de preocupación.

—No sabría decirle, señor. Era bastante normal. Entrada en años, un poco desaliñada, sin formas, ya sabe, señor. De ese tipo de mujeres que se cruza uno por la calle todos los días. En circunstancias normales la habría despachado rápido, pero tratándose de un mensaje del señor Holmes...

—¿Eso le dijo ella?

—No, señor. Venía escrito en la nota: «Del Sr. Sherlock Holmes. Urgente».

—¿Qué hizo usted?

—Mandé subir la carta, señor, y luego traté de hacer salir del hotel a la mujer. Pero antes de que se marchara, el señor Neale bajó corriendo fuera de sí. Sin resuello iba, y con los ojos como platos. «¿Dónde está esa mujer?», gritó. La alcanzó en la puerta e intercambiaron unas palabras. Y eso fue todo, señor. Volvió derecho a recepción, pagó su factura y al cabo de media hora ya se había ido. Fue todo tan repentino que olvidé comentarle lo del paquete.

—¿El paquete?

El doctor Watson y yo cruzamos una mirada de sobresalto.

—Sí, señor. Un muchacho llegó con un paquete para el señor Neale a eso de las nueve. Un joven con pinta de duro. Preguntó si podía subir el paquete, pero el señor Neale había dejado instrucciones de que no se le molestara, así que le dije que tendría que esperar a mañana. Entonces se puso muy grosero, vaya si lo hizo. Empezó a jurar y maldecir, pero no quiso dejar el paquete. Dijo que había que entregarlo personalmente al señor Neale y que me fuera despidiendo de mi trabajo.

—¡Dios mío! —El doctor Watson estaba alteradísimo—. ¡Flotsam, hemos llegado demasiado tarde! Les falló el primer plan y han arremetido con otro. ¡Esa nota era la

sentencia de muerte de Neale! —Y con un sentido gemido de angustia, se arrellanó, hundiendo la cabeza entre las manos, en una silla exquisitamente tapizada en piel canela.

La vuelta a casa fue un pesado trayecto bajo el amargo abrigo de la noche. La ciudad se había tornado de un gris indeterminado, y cuando llegamos a Baker Street la lluvia había dado paso a una esporádica agua nieve cubierta de hollín que habría manchado todo cuanto tocaba de no haber hecho lo propio el agua ya caída. Ni siquiera las reconfortantes luces que se veían encendidas aún en nuestras ventanas sirvieron de mucho para aliviar nuestro pesar. Mientras subíamos por las escaleras en un silencio solemne, me noté el cuerpo dolorido y anhelé la cama. Pero Sherlock Holmes nos aguardaba en lo alto, con unos ojos chispeantes llenos de impaciencia.

—¿Y bien? —inquirió con dureza cuando llegamos al descansillo—. ¿Qué noticias traen? No esperaba que tardaran tanto.

—Le he fallado, Holmes —masculló Watson—. Neale ha desaparecido, lo engañaron haciendo valer su nombre para que dejara el hotel y se esfumó en mitad de la noche.

Con cuatro frases lacónicas y cansinas Watson le resumió lo que habíamos averiguado, mientras yo permanecía a su lado sumida en un ligero vaivén, con demasiado frío para prestar atención y demasiado sueño para desesperar. Holmes escuchaba inmóvil, perdiendo cada vez más vitalidad a medida que avanzaba el relato de Watson.

—Poco más pudieron decirnos, Holmes. Una mujer de aspecto normal y un joven con pinta de duro. No daremos con ninguno de los dos. Seguro que Neale está muerto.

Antes de que Holmes pudiera decir algo, una voz rasgó la oscuridad desde la puerta de la cocina.

—¡Hay que ver qué poco piensan los señores! Ahí tienen a una muchacha que no se aguanta derecha de sueño y ustedes dos retorciéndose las manos por cosas que no tienen más vuelta de hoja. Vergüenza debería darles.

La señora Hudson avanzó hacia nosotros desde la penumbra con impetuosa energía y la misma combinación de camisón y abrigo tan formidable que había lucido horas antes. En las manos sostenía un pequeño sobre y una manta grande, y hasta que hubo apartado a un lado al señor Holmes con un leve codazo para echarme la manta por los hombros arropándome bien con ella no se dignó entregarle el sobre.

—Esto ha llegado esta noche, señor, después de que todos ustedes se marcharan. Pensé que podría esperar hasta mañana, pero en vista de que estamos todos levantados... Y ahora, Flottie, fuera de aquí y a la cocina. Piensen lo que piensen estos señores, hay más gente que muere de frío que de una maldición oriental.

Y, dicho esto, acabé una vez más en la cocina, donde la cálida luz naranja del hogar desafiaba el amanecer que se avecinaba y el aroma a clavo invadía la estancia

desde un prometedor puchero que cocía en el hogar.

Pero mi noche no tocaría aún a su fin. Mientras la señora Hudson me metía en la cama, una parte de mi mente trataba de luchar contra la creciente ola de sueño.

—Encontré una serpiente —le dije medio adormilada—. Estaba bajo un escabel. Una banqueta de madera oscura y seda rosa.

—Ya me lo contarás mañana, Flotsam.

—Pero no hemos avisado al señor Moran, señora. Lo intenté pero el doctor Watson se quedó dormido. Estaba soñando con una chica que tenía el pelo como yo.

—No hay por qué preocuparse, Flottie.

—Pero es que engañaron al señor Neale. A estas alturas estará muerto.

—No seas tonta, Flotsam. El señor Neale está sano y salvo en una pensión de St. Pancras. Y ahora a dormir, que tienes que descansar. Y si quieres algo en que pensar, piensa en esto: he concertado tu primera clase de química para mañana.

8. El vigía de guardia

Tal vez no resulte natural que una criatura duerma tranquila a las pocas horas de haber estado en el escenario de una muerte violenta, pero ya habían tocado las ocho de la mañana cuando me desperté al día siguiente. Ni siquiera entonces fue un recuerdo terrible de la noche anterior lo que me embargó, sino una sensación de pánico al tomar conciencia de que, en casa de la señora Hudson, dormir hasta más tarde de las seis varios días seguidos constituía no tanto un pecado como una aceptación de la perdición inevitable. No obstante, cuando me levanté me encontré a la señora Hudson fregando los cacharros del desayuno de los señores con toda tranquilidad, y al verme me saludó moviendo la cabeza con un gesto casi de aprobación.

—Para una muchacha no muy amiga que digamos de la oscuridad, le estás cogiendo gusto a eso de andar por ahí a altas horas de la noche, jovencita. —Hizo una pausa para arremeter contra una olla ennegrecida con un repentino arranque de energía—. Sin embargo, hoy vamos a volver a la normalidad. Esta mañana tenemos trabajo para diez, por la tarde nos esperan un montón de recados y mañana tú y yo saldremos a hacer vida social, así que a ninguna de las dos le vendría mal hoy acostarse temprano. Entretanto, sírvete algo de desayuno y mientras comes quiero oír con pelos y señales todo lo sucedido anoche.

Así pues, se lo conté todo, desde el color de las vacas del lienzo hasta las manchas de color azul claro y oscuro de la serpiente muerta. Me congratulé por mi diligencia, pues el examen resultó ser de lo más perspicaz.

—¿Y dónde estaba exactamente la caja de madera, querida?

—Bajo una mesita que había cerca del escabel volcado, señora.

—¿Cerca de la puerta?

—No, señora, al otro lado de la habitación. Cerca del dormitorio.

—Descríbemela.

—Era de madera oscura con incrustaciones en blanco que formaban un dibujo similar al que hay en la fachada del hotel Mecklengberg, todo lleno de garabatos.

—¿Y qué dijeron los señores al respecto?

—El doctor Watson me dijo que creía que era de Java. Estaban todos muy convencidos de que la caja procedía de aquellas tierras.

—Hum... Dices que estaba solo a medio desenvolver. ¿Y el papel que la envolvía estaba colocado de forma que el motivo de la caja pudiera quedar oculto a la vista de la persona que la abría?

—No, señora. El motivo se veía con toda claridad.

—¿Y cuándo dices que la entregaron?

—Alrededor de las ocho y media, señora. Eso fue lo que nos dijo el inspector Gregory cuando nos íbamos. Dice que el chico recuerda haberla subido.

—¿No te parece todo un poco extraño, Flottie?

Me quedé pensativa un momento.

—Un poco no, señora, muy extraño. Pero ¿quiere decir que le resulta extraño que no hubieran desenvuelto la caja?

—Lo que me resulta extraño es que estuviera abierta, Flottie. Debemos suponer que el señor Carruthers vivía consumido por el miedo a una venganza procedente del extranjero. Nos consta por el doctor Watson que el hombre estaba muy asustado, tanto que saltaba a la vista hasta para un desconocido. Con todo, al recibir una caja que era a todas luces de origen oriental, no vaciló en abrirla sin tomar precaución alguna contra su posible contenido. ¿Es eso probable?

Imaginé el curso de los acontecimientos tal y como la señora Hudson los había descrito, es decir, primero la llegada de la caja, luego a Carruthers procediendo a retirar el envoltorio y, al ver el diseño de la caja, retrocediendo presa del miedo.

—Quizá se atreviera a abrirla porque no se hallaba solo, señora. O quizá hubiera una nota bajo el papel que lo tranquilizó.

—Pero ¿y la puerta?

—Cerrada por dentro con llave, señora. Así que debía de estar solo. Y no encontramos ninguna nota. —Lo repasé todo mentalmente, recreando el escenario del crimen una y otra vez—. ¿No podría haber ocurrido que él se sintiera arrastrado sin más, señora? Es decir, que fuera consciente del peligro y aun así abriera la caja porque no pudiera contenerse.

La señora Hudson asintió lentamente.

—Eres muy lista, Flottie. Pudo ocurrir como tú dices. O podría ser —prosiguió tras propinar otro enérgico restregón a una de las cacerolas de hierro pesado—, podría ser que tuviera miedo de algo más.

Acabó de fregar la cacerola con un movimiento aparatoso y se volvió hacia mí.

—Hiciste un trabajo excelente ante semejante escena de terror, Flottie. Cuéntame qué pasó cuando os marchasteis del hotel.

Le relaté nuestro viaje a Mayfair y le expliqué la historia del joven que había atendido a las personas que preguntaban por el señor Neale. Mientras hablaba, recordé lo último que me había dicho ella la noche anterior.

—Ahora que caigo, señora, anoche me dijo usted dónde estaba...

Mi voz se fue apagando, al advertir de repente un leve temblor en la comisura de sus labios.

—¡Una mujer normalísima, ya lo creo! —exclamó con satisfacción, y mi mirada se desplazó hacia un gran ramo de claveles que había encima del alféizar. Las comisuras de los labios de la señora Hudson pasaron de temblar a esbozar una leve sonrisa—. Bueno, Flottie, no había que ser un maestro detective para ver que el señor Neale se hallaba en peligro, así que cuando salisteis todos de casa tomé la precaución de sacarlo del Brown para llevarlo a un lugar más discreto. Puede que fuera menos arreglada de lo debido, pero no se gana nada con llamar la atención y, a fin de cuentas, es poco probable que el señor Holmes piense que me dedico a entrometerme

en sus asuntos.

—¿Y la nota?

—Ah, es algo que se me ocurrió sobre la marcha. Tenía que asegurarme de que el señor Neale querría verme y, por lo visto, todo cuanto lleva el nombre del señor Holmes ejerce un sorprendente poder de persuasión. En cuanto le expliqué el peligro que corría, se mostró dispuesto a acompañarme con sumo agrado. Una prima lejana mía regenta una casa de huéspedes cerca de St. Pancras, así que allí lo dejé. Aunque accedió a evitar toda mención de mí, me temo que insistió en escribir al señor Holmes.

—¿Qué hay de malo en eso, señora?

—Haría mejor en desaparecer por completo, Flottie. Tal y como están las cosas, me temo que ocuparnos de él nos va a dar mucho trabajo.

—Todo lo contrario, señora Hudson, se ocupa usted de mí de maravilla — interrumpió una voz desde la entrada de la cocina. La puerta había quedado entornada y por el resquicio asomaba ahora la cabeza del señor Holmes, cuyas angulosas facciones contrastaban con la curva de la pipa que blandía cerca del mentón—. De hecho, el otro día le comentaba a Watson la suerte que hemos tenido de hacernos con sus servicios. Y su proceder de anoche demuestra con creces sus admirables cualidades.

—¿Señor? —La señora Hudson, que se disponía a empezar a bruñir la plata, se detuvo en seco y dio media vuelta de golpe, con la boca un tanto fruncida.

—Me refiero, naturalmente, a su agilidad de pensamiento al mantener las chimeneas encendidas hasta nuestro regreso. Pocas mujeres habrían llevado el alboroto de anoche con tanta ecuanimidad, señora Hudson. Nuestra anterior ama de llaves se ponía histérica cada vez que se anunciaba un asesinato.

El señor Holmes entró en la cocina y se sentó en el borde de la mesa.

—En reconocimiento a su magnífica fortaleza, es de justicia que comparta con usted el contenido de la nota que recogió anoche. Le tranquilizará saber que la envía el señor Neale, quien anoche tuvo la clarividencia de eludir a sus perseguidores. Al parecer, el insólito personaje de la florista tal y como se la describieron anoche a Watson debió de ser fruto de una imaginación exaltada, pues Neale deja bien claro que fue una vaga sensación de mal augurio lo que suscitó su repentina marcha. En estos momentos se encuentra en un modesto hospedaje de St. Pancras.

La señora Hudson, con las mangas recogidas hasta los codos, estaba a punto de acometer la tarea diaria de sacar brillo al enorme candelabro de plata. Pero se quedó parada sosteniéndolo sobre el fregadero mientras en su frente asomaban los primeros atisbos de un ceño fruncido.

—¿Le manda su dirección, señor?

—En efecto, señora Hudson. Una precaución de lo más razonable.

La señora Hudson lo miró directamente a los ojos.

—Señor, no dudo que hará todo lo posible para garantizar que se haga un uso

prudente de esa información.

El señor Holmes, abstraído en su empeño por encender la pipa, pareció hacer caso omiso del tono grave de aquel comentario.

—Ciertamente, señora Hudson. Me complace que aprecie la necesidad de proteger la información con esmero. No debemos compartirla con nadie. En eso mismo he insistido esta mañana cuando he ido a visitar al señor Moran.

Un estrépito atroz se produjo en el fregadero al dejar caer la señora Hudson el candelabro.

—¿Que ha hecho qué, señor?

—Entiendo su sorpresa, señora Hudson. Cuando se retiraron anoche a la cama, yo seguía sin tener conocimiento del paradero del señor Moran. Sin embargo, dado que mi preocupación por su seguridad me movía a actuar, decidí salir de casa de inmediato y pasar la noche con dos agentes uniformados junto a la puerta de las oficinas de la compañía naviera que recibe su correspondencia. Poco después de que amaneciera, cuando llegó el conserje, llevamos a cabo un registro y encontramos una nota de Moran. Resulta que ha cambiado de alojamiento y lo encontré hospedado en Portman Street. Pero tenga por seguro, señora Hudson, que aparte de Watson, Gregory y usted misma, Moran es la única persona que conoce la dirección de Neale.

La señora Hudson había dejado el candelabro en el fregadero y de detrás de la puerta había cogido mi bufanda, que empezó a doblar y desdoblar mientras avanzaba poco a poco hacia donde yo me encontraba, sin prestar atención a mi desayuno.

—El señor Neale se halla en grave peligro, señor —dijo por fin.

El señor Holmes, con la pipa ya encendida, la observaba un tanto divertido.

—Pierda cuidado, señora Hudson. Entre nosotros, Watson y yo lo cuidaremos bien. Hoy se ha fijado una guardia y han apostado a un hombre a su puerta. Esta noche, tengo pensado tender una pequeña trampa. Los hombres se retirarán al anoecer y Watson y yo montaremos guardia en su lugar, con la mayor discreción posible. A ojos de los demás parecerá que Neale se encuentra sin vigilancia, pero si nuestros maleantes tratan de dar con él estaremos preparados. Si consiguen seguir la pista de Neale hasta su nuevo alojamiento, me parece que esta noche veremos el espectacular desenlace de nuestro pequeño misterio.

La señora Hudson asintió mientras me envolvía el cuello con la bufanda.

—Por lo que dice usted, señor, imagino que le espera una noche entretenida. Y ahora, si nos disculpa, señor, Flottie y yo tenemos mucho trabajo por hacer antes de que anochezca.

En cuanto se fue el señor Holmes, la señora Hudson se convirtió en un auténtico torbellino de energía, sin parar de moverse de aquí para allá mientras me azuzaba para que me vistiera de calle, daba órdenes, rescataba el candelabro y se ponía ella también el abrigo, todo ello en lo que pareció un mismo movimiento con múltiples manos.

—Flottie, querida, olvídate de las tareas domésticas. Necesito que vayas a buscar

a Scraggs y lo envíes aquí lo antes posible. Dile que me espere si no estoy cuando él llegue. Luego entrega la nota para el señor Raffles que te di anoche y la carta para el señor Rumbelow que encontrarás en el cajón del aparador. Después ve a la tienda de Whitley, en Grape Alley, y dile que te he enviado a por harapos, de tu talla, de los más sucios que tenga, y cuantos más, mejor. Cuando hayas hecho todo esto, te vienes derecha a casa para echarte una siesta. Nos espera una larga noche, Flottie, y te quiero comida, descansada y más despierta que un mochuelo.

Entre tantas prisas, tuve la sensación de que el tiempo se me escurría como el agua entre los dedos. La señora Hudson me había dicho que estuviera de vuelta a las dos de la tarde pero, aunque me abrí paso empujando a ancianas y corriendo bajo los cascos de los caballos, tardé dos horas en seguir la pista de Scraggs hasta un puesto de verduras de Exeter Market. Lo encontré tratando de conquistar a una joven del puesto de pescado vecino, pero en cuanto me vio aparecer la abandonó de malas maneras. Los ojos se le abrieron de par en par cuando le comuniqué el mensaje de la señora Hudson.

—¡Caray, Flottie! La cosa tiene que estar mal para que la señora Hudson se movilice de esta manera. Danos cinco minutos para conseguir a alguien que vigile el puesto y voy para allá. —Y, dicho esto, se volvió para recoger sus cosas sin un intento siquiera de coqueteo.

Los otros recados no me llevaron tanto tiempo, pero cuando regresé a Baker Street con el fardo del señor Whitley bajo el brazo eran ya las dos y media pasadas. Al ver que la señora Hudson no estaba, seguí obedientemente sus órdenes y fui a acostarme a mi cama. Incluso llegué a quedarme dormida un rato, y cuando la señora Hudson me despertó con un trozo de pan y queso ya eran las cinco en punto y fuera había oscurecido.

Para mi sorpresa, nos preparamos entre susurros.

—El señor Holmes ya ha salido y el doctor Watson no tardará en seguirle —me explicó la señora Hudson—, pero por ahora cree que hemos ido a hacer una visita urgente a mi cuñada en Whitechapel, y eso es lo que quiero que siga creyendo.

—¿Qué vamos a hacer, señora?

—Tengo un mal presagio con respecto a esta noche, Flottie. La vida de un hombre corre peligro y, aunque no me corresponde a mí decirlo, creo que estará mejor atendido si nosotras lo vigilamos por nuestra cuenta. Pero en vista de que nuestros señores puede que no compartan dicha opinión, lo mejor es que la reservemos para nosotras. Y para asegurarnos de que no lo averigüen, vamos a ponernos elegantes. —Y, dicho esto, me plantó el montón de harapos delante, encima de la mesa.

Media hora después la señora Hudson se volvió hacia mí con una mueca de satisfacción.

—No creo que los señores nos reconozcan así, ¿eh, Flottie?

Frente a mí tenía a un espantajo de mujer chepuda y horrenda donde las hubiere,

con el rostro deforme por un horrible sarpullido, la nariz como un bulbo y una botella de ginebra medio vacía asomando de un abrigo mugriento y apestoso. El licor que faltaba en la botella lo había vestido generosamente sobre su persona, de tal modo que el olor que desprendía con el abrigo puesto acabó mezclándose de forma alarmante con el hedor del alcohol barato. Yo, por mi parte, me había transformado en un personaje de aspecto más triste y lastimoso del que Fogarty había llegado nunca a conferirme. Pese a la cantidad de capas de ropa interior de lana que me impedían casi moverme, me veía tan cubierta de jirones andrajosos de tela que daba la impresión de estar cruelmente expuesta a los elementos. Con una visita furtiva a la calle me había embadurnado con tal capa de mugre la cara y las manos que parecía la suciedad personificada.

La señora Hudson se inclinó para olerme y retrocedió al instante con una risotada de loca.

—Flottie —dijo casi sin aliento con un horrible jadeo bronquial—, qué mal hueles. Y ahora a St. Pancras, ¡y que Dios se apiade del que se acerque a nosotras!

Las calles aún se veían concurridas, aunque desgraciadamente pasamos inadvertidas entre la gente, renqueantes, jorobadas y repulsivas al tacto. De las alcantarillas empezaba a surgir una fina niebla que fue sumiéndolo todo en una atmósfera granulada y difusa. La señora Hudson miró alrededor y olfateó.

—Temía que la niebla nos acompañaría esta noche, Flottie. No augura nada bueno para el señor Neale. Si empeora, ya podemos apostar a una legión de guardias a su puerta, que hasta un niño podría burlar la vigilancia. Pero debemos hacer lo que esté en nuestra mano. Cuando lleguemos, vigilarémos la calle desde distintos puntos. Toma esto por si la niebla empeora.

Me pasó algo frío con disimulo y al abrir la palma de la mano descubrí un pequeño silbato de lata.

—Si ves algo extraño, lanza un ligero silbido con esto. Y mantén los oídos bien abiertos. Scraggs y yo haremos lo propio. Un silbido bajo es señal de que estás en guardia. Dos significa que debemos reunirnos. De esa forma nos encontraremos por mucha niebla que haya.

—¿Scraggs, señora?

—Le he mandado vigilar la casa del señor Moran, pero si ve algo raro acudirá a nuestro encuentro.

—¿Acaso piensa que el señor Moran también corre peligro, señora?

En aquel momento se aproximó un policía que nos miró con suspicacia, y a la señora Hudson le entró de repente un acceso de tos repugnante y ruidosa. Cuando el agente pasó de largo, yo ya tenía otra pregunta en la punta de la lengua.

—¿Y en qué debo fijarme, señora?

—En cualquier cosa extraña, cualquier cosa que no te cuadre. Cualquier persona que lleve un paquete o intente entregar una caja.

—¿Se refiere a nativos de Sumatra, señora?

La pregunta recibió por respuesta otro ataque de tos más ruidosa si cabe y un alarmante gesto de exasperación que pareció marcar el final de la conversación.

La calle donde se hallaba la casa de huéspedes se veía oscura y dejada, más ancha que algunas de las colindantes, pero aun así sucia y deprimente. Discurría más o menos de norte a sur; un extremo partía de la estación y el otro acababa en un sórdido laberinto de calles hostiles de aspecto similar. En cada punta había una lámpara de gas para facilitar el tránsito, pero cuando llegamos la niebla ya era tan espesa que desdibujaba los contornos y confundía la vista. Un lado de la calle se componía en gran medida de paredes mondas y lirondas, correspondientes a la parte trasera de los almacenes; el otro, iluminado por un par de rastros de luz que surgían de ventanas cerradas con postigos, estaba formado por una hilera de viviendas de fachada lisa. Me constaba que tras alguno de aquellos portales se ocultaban pensiones venidas a menos, pero la niebla trataba de atrapar la escasa luz y no dejaba ver sus letreros. La que buscábamos estaba situada en la parte más oscura, la más alejada de las lámparas. Aunque poco iluminada y silenciosa, la calle se hallaba lo bastante cerca de la estación para garantizar un lento goteo de transeúntes y, al abrigo de la noche cada vez más cerrada, un par de mendigos lo tenían facilísimo para adentrarse en el lugar y desaparecer sin ser advertidos.

Nos apostamos en nuestros respectivos puntos de vigilancia. Yo me agazapé en la sombra donde la pared se juntaba con la acera y extendí la palma de la mano, gesto que utilicé como excusa para estudiar los rostros envueltos en bufandas que pasaban por delante. Cada vez estaba más oscuro. Con el paso del tiempo y de los viandantes, borrosos por igual, el frío se convirtió en la única constante. Un reloj tocó las nueve. Poco después un caballero mayor tropezó al pasar por delante de mí y depositó una moneda en mi mano. Cuando el reloj marcó las diez, aquella seguía siendo la única limosna que había recibido, hasta al cabo de media hora, cuando una mujer se detuvo ante mí y me entregó un trozo de papel. Me explicó que en él figuraba la dirección de un sitio donde me darían de comer y rezarían por mí. Pero estaba demasiado oscuro para leer la letra menuda. De vez en cuando oía la horrible tos de la señora Hudson o divisaba su silueta caminando con paso pesado al otro lado de la calle, hablando para sí.

Justo antes de las once, percibí un silbido bajo y suave a mi izquierda. Al girarme hacia él vislumbré una figura alta que avanzaba hacia mí con los hombros caídos. Me oculté en la sombra y con la poca luz que había me bastó para distinguir a un hombre vestido de marinero, con el uniforme medio desabrochado y la gorra calada sobre el rostro. Iba dando tumbos y canturreando para sí en un tono tan bajo que me resultaba imposible entender lo que decía. Sin dejar de tararear, dio un viraje brusco y pasó por delante de mí antes de desaparecer en la niebla.

—¿Qué te parece? —preguntó una voz ronca cerca de mí, y al volverme descubrí la silueta torcida de la señora Hudson, que me miraba con los ojos entrecerrados en mitad de la niebla.

—¡Ah, señora Hudson! Qué susto me ha dado. ¿Esa es la persona que buscamos?
—inquirí señalando en dirección al marinero que se alejaba.

—No creo, Flottie. —Parecía divertida—. El señor Holmes es muchas cosas, pero no creo que sea el asesino que buscamos.

—¿El señor Holmes? —Traté de recordar los detalles de la figura que había visto pasar.

—Así es, Flotsam. Ya se ha cruzado conmigo tres o cuatro veces, y pese a haberme estudiado con detenimiento no creo que sospeche nada. Así que puede que este hedor no sea tan malo, después de todo. Mira ahí arriba, Flottie.

Señaló hacia una ventana iluminada de la casa que vigilábamos. Se trataba de una ventana del primer piso, sin postigos, situada a unos dos metros y medio o tres por encima de la calle, y su tenue luz destacaba muy débilmente en mitad de la niebla.

—Esa debe de ser la habitación del señor Neale. Cada vez que el señor Holmes pasa por delante mira hacia ella. Mientras no ocurra nada que haya que lamentar, no la pierdas de vista, Flot. Y toca el silbato con todas tus fuerzas si crees que sucede algo.

Asentí con la cabeza y traté de no tiritar. Se presentaba una noche gélida. Durante la siguiente hora no se produjo cambio alguno. Un grupo de caballeros vestidos de frac, ligeramente ebrios, pasó por mitad de la calle. El marinero borracho se dejó ver de vez en cuando antes de desaparecer justo después de medianoche, para ser sustituido por un cura tocado con una enorme capucha de aspecto siniestro. Hasta que pasó muy cerca de mí, estando yo agazapada junto a la alcantarilla, no logré distinguir unos pantalones de marinero bajo el dobladillo de su atuendo, lo que sirvió para disipar mis sospechas.

La niebla empezó a hacerse más espesa en un abrir y cerrar de ojos. La casa que estábamos vigilando pareció apagarse entre parpadeos. El pavimento desapareció, seguido de la calle en sí y, finalmente, la acera sobre la que estaba sentada. La ventana de Neale se convirtió en un cuadrado casi imperceptible de un gris amarillento que dejaba de verse cuando uno la miraba, pero que quedaba en el borde de la visión cuando uno volvía la cara. El resto de los sentidos se me agudizaron por instinto. El oído se aguzó ante el menor indicio de movimiento y, de repente, parecieron producirse multitud de ellos, como si el anonimato que brindaba la niebla hubiera infundido un hálito de vida a la calle mortecina. Un par de botas pesadas se aproximaron con paso firme desde el extremo sur de la calle y un policía uniformado pasó a dos palmos de mi escondite. Dos minutos más tarde volvió a pasar en dirección contraria. El inspector Gregory quiere cerciorarse, pensé.

Las siguientes pisadas en acercarse, poco menos de un minuto después de la aparición del policía, respondían a un paso vacilante y difícil de seguir, como si alguien avanzara unos metros para luego detenerse, reconsiderar el trayecto, retroceder unos pasos y continuar de nuevo hacia delante. Me refugié en un portal, temiendo que los pies que se aproximaban tropezaran conmigo, y por un instante

alcancé a ver las facciones del doctor Watson entre los remolinos de niebla; con el cuello subido para protegerse del frío, miraba con desesperación alrededor como si el desconcierto le impidiera dar con su amigo. Al alejarse lentamente, volvió a imperar el silencio. La niebla cubría el tiempo con un manto húmedo y resultaba difícil adivinar la hora. El goteo de transeúntes se secó. El policía, Watson y el señor Holmes disfrazado se las ingenieron de algún modo para evitarse entre sí como si de una compleja danza macabra se tratara.

Justo cuando pensaba que los tres coincidirían por casualidad en un mismo punto de un momento a otro, el pesado silencio de la niebla se vio rasgado por dos pitidos apremiantes. El efecto fue espectacular, como si todos los presentes en la calle se hubieran quedado paralizados, conteniendo la respiración. Cuando caí en la cuenta de que debía acercarme al lugar de donde procedía la señal, otro silbato sonó dos veces a no más de dos metros a mi derecha. Me detuve, perpleja, y una silueta surgió de la niebla y me tocó el brazo.

—¡Flottie! —susurró—. ¡Por aquí, rápido!

La señora Hudson me cogió del brazo y tiró de mí con urgencia hacia el otro lado de la calle, hasta un portal que pensé sería la pensión del señor Neale. No tardé en comprender su razonamiento. La segunda señal había producido el efecto opuesto al de la primera. Tras una breve pausa, pasos procedentes de tres puntos distintos empezaron a converger en el lugar que había ocupado yo hasta entonces. Únicamente la confusión de la niebla impidió el choque, pues, una vez que el sonido dejó de percibirse, resultó cada vez más difícil determinar con exactitud su procedencia. Las pisadas de las botas pesadas pasaron ante nosotras en dirección sur a toda velocidad. Los pasos de un segundo, más ligeros y silenciosos, salieron tras ellas. Las pisadas de un tercero, aún vacilantes, se encaminaron en dirección opuesta.

—¿Holmes? —preguntó una voz en un susurro—. ¿Holmes? ¿Es usted?

No bien pasó el doctor capté la presencia de otras pisadas que se acercaban lentamente hacia nosotras siguiendo la pared. La señora Hudson me metió de nuevo a toda prisa en el portal. Nuestras caras se encontraban ahora a menos de cinco centímetros de distancia y vi cómo la señora Hudson se ponía tensa mientras aguzaba el oído. Bajo el sonido de sus pasos, la silueta que se aproximaba tarareaba por lo bajo, y advertí que el rostro de la señora Hudson se relajaba.

—Es amigo, no enemigo —me susurró.

El arrastrar de pies se detuvo un instante para reiniciar la marcha con paso decidido. Cuando las pisadas llegaron a la parte de la acera contigua a nuestro escondite, la señora Hudson sacó una mano rápidamente y tiró de la pálida figura de Scraggs.

—Uf, señora Hudson —murmuró—, la niebla es más espesa que el chocolate. Si tuviera que desfilarse por aquí una banda de música, se perderían antes de llegar a mitad de camino.

Se acercó a nosotras con dificultad hasta que nuestros rostros casi se rozaron.

—¿Qué ocurre, Scraggs?

—Moran se ha ido, señora. Salió justo después de la medianoche. Para entonces no quedaban luces encendidas, y pensaba que ya no pasaría nada cuando, de repente, alcancé a verlo salir con sigilo por la puerta principal. Lo seguí hasta Marylebone pero entonces apareció la niebla y él desapareció en ella, así que vine corriendo hacia aquí. Pero la niebla es tan espesa que he pasado de largo esta calle dos o tres veces sin verla, por eso he tardado tanto.

Oí la inspiración lenta y prolongada de la señora Hudson.

—Así que Moran ha salido con esta niebla, ¿eh? Y la trampa del señor Holmes saldrá mal porque no hay quien vea ni su propia mano delante de sus narices. Esta noche se cometerá un asesinato si no vamos con cuidado.

A continuación arañó con suavidad la puerta contra la que estábamos apoyadas y, para mi sorpresa, esta se abrió ligeramente. La señora Hudson se enderezó entonces y, tras susurrar algo en la oscuridad, la puerta se abrió un poco más, lo justo para que la señora Hudson hiciera pasar a Scraggs por el resquicio. Luego se cerró en silencio a sus espaldas y nos quedamos solas. Habían empezado a castañetearme los dientes cuando oí pasar las pesadas botas del policía, que avanzaba en dirección norte, hacia la estación. Le seguían de cerca las pisadas más ligeras y suaves. Poco después pasó de largo Watson con su andar vacilante en dirección sur. Me apoyé en la señora Hudson y ella me echó un brazo por encima.

—Ánimo, Flottie —susurró—. En momentos como este el señor Hudson siempre solía decir...

Antes de que pudiera terminar la frase, se vio interrumpida por el sonido escalofriante de un alarido humano, que rasgó la noche con la afilada congaja del terror. Mientras pendía aún sobre nuestras cabezas, nos levantamos y echamos a correr entre la niebla hacia el extremo de la calle que daba a la estación. Apenas se había apagado el grito cuando le siguió un estrépito de cristales rotos, que se repitió una y dos veces más. Apretamos el paso pero, al no percibir ningún sonido, no sabíamos qué dirección tomar y a los pocos metros tuvimos que detenernos para aguzar el oído. En aquel momento, a unos metros a nuestra derecha, captamos el sonido de dos hombres en plena pelea. El ruido sordo y fuerte de un puñetazo, seguido de un grito y el roce de dos cuerpos pesados enzarzados en la lucha. De repente, un montón de basura salió despedida, tras lo cual se oyó una voz desesperada gritar desde el centro de la refriega: «¡Suélteme! ¡Se acaba de cometer un crimen!», mientras otra voz jadeante exclamaba: «¡Deténgase! ¡Policía!».

Milagrosamente, como controlada por un designio superior, la niebla eligió aquel preciso instante para levantarse un poco y, de repente, nos encontramos frente al señor Holmes, quien trataba desesperadamente de zafarse de un fornido agente de policía que, mientras nosotras contemplábamos la escena, logró abrir de un tirón el manto sacerdotal para dejar al descubierto el disfraz de marinero que ocultaba debajo.

—¡Usted no es ningún clérigo! —gruñó al tiempo que el señor Holmes, presa de

la frustración, le propinaba un izquierdazo en plena mandíbula. Con un juramento el policía salió disparado hacia atrás y los dos hombres rodaron en mitad de la oscuridad hasta el arco de un portal. Yo noté que la señora Hudson me apretaba cada vez más el brazo mientras empezaba a volverse.

—¡Es una trampa, Flottie! ¡Con ese grito nos ha atraído a todos hasta aquí!

La señora Hudson me soltó el brazo y echó a correr a toda velocidad hacia el lugar de donde habíamos venido. Salí tras ella, y a los diez metros se produjo el estrépito atroz de otros dos cuerpos robustos en plena colisión. La niebla seguía levantándose y, a pesar de la oscuridad, logré distinguir a dos figuras que me eran familiares entrelazadas en un abrazo.

—¡Doctor Watson! —exclamó la persona corpulenta ataviada con un abrigo hediondo.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Cómo? —dijo Watson, que miró fijamente el rostro avejentado y verrugoso que tenía delante, antes de que se le descolgara la mandíbula de asombro y una expresión de reconocimiento apareciera en sus ojos—. ¡Dios bendito! —exclamó—. ¿De veras es usted, Holmes? ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡No lo habría adivinado jamás!

La señora Hudson tomó la iniciativa con encomiable aplomo.

—Rápido, Watson —le apremió, bajando el tono de voz un par de octavas y señalando a sus espaldas, hacia donde los sonidos de la pelea seguían oyéndose entre un coro de silbatos policiales—. ¡Hay un policía que necesita su ayuda! ¡Dese prisa!

Y, dicho esto, la señora Hudson reanudó la carrera hacia la pensión, conmigo a la zaga, mientras Watson avanzaba en dirección opuesta con el bastón en alto y el bigote erizado en previsión de la escena que le esperaba.

Corrimos hasta la casa de huéspedes, pero al llegar nos detuvo otro ruido, esta vez de cristales rotos, seguido de un grito de terror sobre nuestras cabezas. Al alzar la vista entre la niebla apenas tuvimos tiempo de ver un cuerpo oscuro que descendía hacia la calle como salido de la nada. Proferí un grito y la silueta vaciló, tratando de situar la dirección de mi voz. Luego desapareció, deslizándose cual espíritu siniestro a lo largo de la pared hasta adentrarse en la noche.

—¡Allí, señora Hudson! ¡Mí! —exclamé, agitando los brazos hacia la silueta que escapaba, pero ella ya avanzaba a tientas junto a la pared sumida en la niebla. Sobre nuestras cabezas, un cuadrado de luz señalaba la posición de la ventana de Neale. La mano de la señora Hudson tropezó con algo.

—¡Una cañería, Flottie!

Acto seguido, miró hacia arriba y gritó el nombre de Scraggs con voz retumbante.

Instantes antes, semejante grito habría provocado el caos, pero en aquel momento a nuestras espaldas, al otro lado de la calle, el caos ya se había desatado. Una nueva oleada de pitidos y una algarabía de chillidos y quejidos indicaban que la llegada del doctor Watson se había hecho notar.

—¡Scraggs! —vociferó de nuevo la señora Hudson antes de dar un brusco giro a

la derecha y empezar a aporrear la puerta, que pareció abrirse ante su contacto y detrás de la cual asomó el rostro pálido de una mujer—. ¡Arriba! —exclamó gesticulando con desesperación—. ¡Un crimen!

Y eso es lo que parecía. Mientras subíamos a toda prisa por las angostas escaleras, percibimos sollozos apagados de miedo procedentes del piso de arriba, seguidos de un golpe estrepitoso y el sonido de madera astillada. Se produjo otro golpe antes de que irrumpiéramos en la habitación, primero la señora Hudson, con la botella de ginebra en alto en posición de ataque, conmigo a su espalda, jadeante, preparada para abalanzarme a ciegas sobre lo que fuera preciso.

Al entrar nos encontramos ante una extraña imagen. A la luz de una vela grasienta vimos a un hombre agazapado en un rincón, con la mejilla pegada a la pared y los ojos cerrados, gimoteando para sí. En medio de la habitación, blandiendo una pala de chimenea, se hallaba Scraggs, pálido pero con aire triunfal. Mientras lo observábamos, alzó la pala sobre su cabeza y tras avanzar hacia la ventana la estampó contra una cómoda baja.

—¡La tengo, señora Hudson! —exclamó retrocediendo.

Al acercarme a su hombro y seguir su mirada vi la imagen espectral y deformada a la luz de la vela de los restos de una horrenda araña gigante, cuyas patas peludas se movían aún sobre la madera rota.

9. La arena del tiempo

Aquella noche parecía no tener amanecer. La niebla fue pasando lentamente del negro al gris sin perder presencia y los transeúntes caminaban con dificultad, apenas iluminados por una media luz opaca. Yo dormía junto a la lumbre de la cocina cuando la señora Hudson regresó por fin a casa. Tranquilizar al señor Neale había requerido su tiempo, pero con la ayuda de Scraggs logramos sacarlo de la pensión a la fuerza antes de que a los hombres de Gregory se les ocurriera desmarcarse de la reyerta que tenía lugar en la calle. Tras vagar unos minutos entre la niebla, Scraggs dio con un coche de caballos como por arte de magia y, mientras el señor Neale dormía, nos envolvimos todos en un silencio vacío, de vuelta a Baker Street. Una vez allí Scraggs se despidió de nosotras y, después de dejarme junto al fuego, la señora Hudson desapareció en la noche con el señor Neale, que seguía dormido.

A su regreso me desperté y, adormilada aún, hice un esfuerzo por ayudarla a despojarse de su atuendo. Ya no llevaba el abrigo hediondo, que había sido reemplazado por un gabán de cachemir de caballero.

—Es del señor Rumbelow —explicó—, no se me ocurrió ningún otro sitio donde pudiera estar a salvo. No hay fortaleza más inexpugnable que la respetabilidad de un abogado inglés. Si existe un lugar en todo el Imperio donde uno pueda estar seguro de que no le ocurrirá nada malo, es la casa de Rumbelow. Aunque en la nota que le envié esta tarde le advertía que podría ser preciso tomar semejante medida, se mostró un tanto alterado por la hora de nuestra llegada. Con todo, de momento al menos, el señor Neale se encuentra en un lugar más seguro que el Banco de Inglaterra. —Sacó una nota sellada de un bolsillo del gabán y la dejó encima de la mesa—. Entre los dos lo convencimos de que escribiera esto. Es una nota para el señor Holmes de parte del señor Neale, en la que le garantiza que goza de seguridad y le comunica que quiere desaparecer por un tiempo.

—No logro encajar las piezas, señora Hudson. La verdad es que no entiendo lo que vimos anoche. Alguien consiguió eludirnos a todos y llegar a la ventana del señor Neale, pero ¿por qué se detuvo allí? Tiene que haber formas más certeras de matar a alguien que lanzar una araña a una habitación.

—¿Y qué te dice el instinto, Flottie?

—Aquí pasa algo muy raro. ¿Por qué no intentar asegurarse de que Neale moría en el acto?

—Bueno, Flottie, a veces se juzga mejor a la gente por lo que deja de hacer. De la identidad del asesino de Carruthers no me cabe la menor duda, pero por mucho que quisiera no podría probarlo. Así que, de momento, vamos a dormir. Mañana iniciaremos la búsqueda de las pruebas necesarias. Sin olvidar que su excelencia el señor Rupert Spencer te espera para la clase de química.

Así pues, dejamos que se extinguieran las lumbres y me fui a dormir. Solo me desvelé una vez, cuando un escarmentado Gregory trajo a casa al doctor Watson y el señor Holmes, antes de que la mañana cubierta de gris diera paso a un mediodía indefinido y la señora Hudson me despertara.

—Venga, Flottie, vamos a vestirte.

Como en mitad de un sueño, sumida aún en un estado de sopor, permanecí de pie mientras la señora Hudson daba vida de nuevo a la joven atildada que había acompañado al doctor Watson a Knightsbridge. Me recogió el cabello con esmero y me puso otro vestido negro sin adornos. De nuevo me sentí más alta y erguida, como si fuera otra persona. ¿Quién seré yo en el fondo?, me pregunté. ¿La que soy ahora o la chica andrajosa que aceptaba limosna de los desconocidos? La cocina se notaba caldeada y la mortecina luz que se filtraba a través de la niebla le confería un aspecto irreal. La señora Hudson se detuvo un momento y tras ponerme una mano en el hombro me observó de arriba abajo.

—Ya estás lista, Flottie.

Y, dicho esto, me pasó una bolsa primorosa en la que había metido los dos objetos que debían ser sometidos a examen científico y salimos de casa.

Fuera, la niebla parecía estar tornándose hielo y el frío comenzó a disipar mi sopor. A medida que volvía a la vida, me invadía una pequeña oleada de emoción. En aquel momento, rodeada de peligros inefables en medio de aquella atmósfera amarilla y asfixiante, la vida se me antojó increíblemente maravillosa. Podía andar erguida con la cabeza bien alta. Me dirigía a una gran mansión llevando conmigo pruebas cruciales para su análisis. Iba a observar y aprender. Y con ello íbamos a resolver el misterio que el señor Moran nos había planteado. Con aquella vestimenta podía pasar por una joven institutriz, pensé; pero la verdad resultaba mucho más excitante. ¿Qué dirían los transeúntes encorvados si les revelara que la bolsita tan sencilla que llevaba contenía un puñal de plata y una araña muerta más grande que mi mano?

Atravesamos Bloomsbury Square, tosiendo en la niebla, y cuando me encaminé hacia la parte trasera de las grandes mansiones la señora Hudson me detuvo.

—Esta vez por la puerta principal, Flottie —dijo con firmeza, y tras una breve espera nos abrió la puerta un mayordomo de un atildamiento que rayaba en lo inimaginable—. La señorita Flotsam viene a ver a la señorita Peters —anunció con altivez la señora Hudson y, acto seguido, nos hicieron pasar a un salón mayor que todas las estancias juntas de Baker Street—. Yo no me quedo, Reynolds —le informó—. Solo he venido a acompañar a la señorita Flotsam.

—Muy bien, señora Hudson —dijo el mayordomo moviendo la cabeza en una adusta reverencia patricia, antes de bajar el tono de voz para añadir—: Si llama a la puerta de servicio dentro de un par de minutos, señora Hudson, podrá degustar un excelente vino de Tokay que creo suscitará su interés. —Y con un asentimiento mutuo partieron ambos y yo me quedé sola en el salón revestido de espejos.

La joven que apareció de improviso un minuto después era con mucho la más bella que había visto en mi vida. Apenas tendría diecinueve años, pensé, pero su esbelta figura vestida de encaje ofrecía una imagen tan llena de vida y energía que caí en una incerteza absurda.

—Soy la señorita Peters —anunció—, pero puedes llamarme Hetty. Todo el mundo me llama así. Yo te llamaré Flottie, pues así es como dice la señora Hudson que te llama todo el mundo. —La joven extendió una mano muy pequeña—. La señora Hudson ha dispuesto que yo sea tu acompañante mientras estudias con Rupert. Naturalmente, en mi limitada inteligencia siempre he considerado las actividades de Rupert en el laboratorio terriblemente aburridas. Pero cuando la señora Hudson dijo que había que encontrar a alguien para que te acompañara, vi que eso significaría simplemente pasar «horas» con Rupert y, por supuesto, decidí aprovechar la oportunidad. La señora Hudson dice que eres inteligentísima, así que no debes preocuparte por mí. Me contentaré con estar allí sentada y observar a Rupert mientras vosotros hacéis experimentos y esas cosas. Naturalmente, sé que él no me hará caso, porque así es como se comporta siempre, pero me gusta pensar que al final se dará por vencido y se casará conmigo para que desaparezca de su vista. Y ahora, si me acompañas, te mostraré su laboratorio. Un sitio horrible que huele fatal, aunque por supuesto sé que debo fingir que me interesa muchísimo...

Y envuelta en aquel torbellino de palabras me dejé guiar hasta mi primera clase de ciencias y hasta un nuevo mundo de conocimientos que en su momento cambiarían mi vida. Con todo, resultaba difícil conciliar la idea del estudio con la presencia de la señorita Peters revoloteando espléndida a mi alrededor y un sonriente señor Spencer iniciándome en el manejo del microscopio. Él observaba con sus ojos marrones entrecerrados mis primeros intentos de colocar una muestra en el portaobjetos y, si bien siempre se distinguía por su trato cordial, su voz cobraba un tono de seriedad al hablar de ciencia, y cuando llegó la hora de mirar a través del instrumento por primera vez procedí movida por un deseo ferviente de aprender.

Ya en los primeros minutos de aquella nueva aventura supe que ninguna de las expectativas indefinidas que albergaba se vería defraudada. En verdad existía un mundo que había percibido sin llegar a ver, un continente entero de saber que nunca me había sido mostrado. Vi el ala de un insecto transformada en una telaraña sembrada de sierras, el tejido de una hoja convertido en un paisaje montañoso y una gota de mi propia sangre hecha una misteriosa aglomeración de formas montadas unas sobre otras. Mientras yo observaba a través del microscopio, el señor Spencer examinaba los objetos que le había traído. La señorita Peters profirió un grito al ver la daga y amenazó con desmayarse cuando se extrajo del bolso el cuerpo de la araña, el cual exhibía una apariencia espantosa tras el violento golpe que Scraggs le había propinado con la pala. El señor Spencer, sin prestarle la menor atención, miró la araña y luego a mí.

—Recuérdeme cómo encaja esto en su historia de misterio, señorita Flotsam.

Le relaté en pocas palabras lo de la noche de vigilancia en la pensión de Neale, la silueta de la cañería, la ventana hecha añicos y la introducción de la araña en una habitación apenas iluminada.

—¿Y ese tal Neale es uno de los supuestos destinatarios de la maldición de Sumatra?

—Sí, señor Spencer.

—¿Y usted y la señora Hudson tienen idea de la relevancia de esta criatura?

—¡A mí simplemente me parece horrenda! —intervino la señorita Peters—. Naturalmente, adoro a la señora Hudson desde que era una niña con coletas, pero creo que hace mal en involucrarte en este tipo de actividades truculentas, Flottie.

Me pregunté por un instante qué habría opinado la señorita Peters si me hubiera visto con la indumentaria que llevaba la noche anterior, pero aparté aquella idea de mi mente y me concentré en la pregunta.

—Se trata de una insólita arma mortífera —contesté.

—Creo que puede revestir más importancia que eso. Mañana haré algunas averiguaciones. Gregory ha accedido a entregarme los restos de la serpiente que mató a Carruthers; para su próxima visita, espero poder compartir con usted más datos interesantes. Y ahora, fíjese bien. He preparado dos portaobjetos, uno de la superficie de la daga que ha traído y otro de mi abrecartas de plata. El primero corresponde al abrecartas.

Miré por el microscopio y vi una combinación de formas distintas, unas oscuras y angulares, otras redondas y translúcidas.

—La solución contiene todo lo que he podido extraer de la superficie del utensilio. Las formas redondeadas pertenecen al rastro de un suave veneno con el que he empapado el abrecartas previamente. Ahora, observe la muestra similar de la daga de Moran.

La segunda muestra no parecía contener nada.

—¿Lo ve? La daga de Moran no solo no está envenenada, sino que su superficie se ve extraordinariamente limpia, casi como si no la hubieran utilizado nunca.

—Según el señor Moran, cuando realizan la maldición el puñal en cuestión se empapa de sangre de animal, señor.

—Tampoco se observa rastro alguno de sangre. Por supuesto, cabe la posibilidad de que la hayan limpiado a conciencia desde entonces, pero la cuestión es que uno esperaría ver rastros de algo. Esta daga bien podría estar sin estrenar.

Para entonces empezaba ya a dolerme la cabeza ante el bombardeo de nuevas ideas, y el señor Spencer fue lo bastante perspicaz para percatarse de mi estado y poner fin a la clase. La señorita Peters dejó escapar un sonoro suspiro mientras me acompañaba hasta la puerta principal.

—¡Dos horas, Flottie! No imaginaba que el tema pudiera dar tanto de sí. La verdad es que Rupert se pone tan guapo cuando está concentrado que no logro comprender cómo no se me habrá ocurrido hacer esto antes. Debes volver pronto para

otra clase, Flottie, a Rupert le sienta bien reunirse con alguien que comparte sus intereses. Cuando está con sus amigos del club, finge no tener interés más que por las carreras de caballos y las cartas. Estoy convencida de que se aburre soberanamente. Por eso será un marido estupendo; resultará muy sencillo convencerle de que no salga. Me aseguraré de verme siempre rodeada de bichos asquerosos para atraer su interés. —Siguió cotorreando vivaracha hasta que llegamos al vestíbulo—. Avisaré a Reynolds para que salga a buscarte un coche.

—Oh, no, señorita Peters, preferiría caminar. Siempre voy a pie a todas partes.

—Hetty, Flottie. Llámame Hetty. —Se asomó por la ventana y observó la niebla con recelo—. Bueno, si de veras lo prefieres...

Le aseguré que así era y con numerosas promesas de un pronto regreso salí de nuevo a la ceñuda niebla.

Comenzaba a oscurecer y por segunda noche consecutiva la ciudad se veía sumida en una parálisis brumosa. Las calles se encontraban casi desiertas y, de repente, Baker Street pareció quedar muy lejos, en tanto que la seguridad de la casa del señor Spencer se hallaba tentadoramente cerca. Pero la señora Hudson esperaba mi regreso, así que me adentré en la penumbra y atravesé a buen paso la plaza. Con la prisa, dudé de qué calle debía tomar y, tras decidirme por la primera, empecé a preguntarme si no debería haber elegido la segunda. Aflojé un poco el paso y me fijé en los edificios junto a los que pasaba. ¿Me resultaban familiares? Si me había equivocado de calle, la correcta debía de ser paralela a aquella. Si torcía por la esquina indicada, daría con ella. Doblé la siguiente esquina que apareció a mi derecha y seguí avanzando; la calle que buscaba debía de estar a menos de treinta metros... Pero después de dar sesenta o setenta pasos la vía parecía estrecharse hasta desembocar en una callejuela. No se veía ni se oía nada que indicara que de allí se llegaba a otra calle y empecé a sospechar que mi elección inicial era la correcta. Volví sobre mis pasos con cautela, pero a los pocos metros la niebla invasora reveló una bifurcación en la calle que tenía delante: dos vías que divergían del punto donde me encontraba. ¿Por cuál de las dos habría venido? No lo sabía con seguridad. La niebla imponía una calma fantasmagórica. Oscurecía por momentos.

Decidí tomar el desvío de la derecha, movida más por el temor a la quietud que por una intuición certera de la dirección que debía elegir. En todo caso, parecía estar zigzagueando; giraba a la izquierda y luego a la derecha según se me presentaba la oportunidad. Con una determinación repentina, me obligué a detenerme. «Tranquila», susurré, y la confianza nacida de mis nuevos conocimientos pareció inspirarme. Pensé en el lugar de donde venía, en los dedos seguros del señor Spencer sobre el microscopio, en el aire de confianza en sí mismo que transmitía. De pronto me pareció una tontería perderse en la niebla. Acababa de salir de un apacible mundo de ciencia y no lo deshonraría. Mantendría la calma, me concentraría en el camino que debía seguir y por nada del mundo me dejaría llevar por el pánico.

Reanudé la marcha con más atención y milagrosamente pareció funcionar. Llegué

a una esquina cuya placa metálica con el nombre de la calle no estaba recubierta de hollín y la reconocí como una silenciosa calleja situada no muy lejos de Baker Street y de casa. Me detuve un instante y traté de orientarme. Acababa de calcular que tendría que girar a la izquierda cuando oí unas pisadas. Tal vez parte de mi mente las hubiera advertido antes, resonando a mi espalda. Pero al reanudar la marcha y oírlas de nuevo me di cuenta de que se habían detenido a la par que las mías. Di tres pasos más y me paré. Se oyeron tres pisadas secas en mitad de la niebla y nada más.

—¿Quién anda ahí? —pregunté volviéndome hacia lo invisible, pero mi voz sonó un tanto temblorosa en el aire pesado y no obtuvo respuesta alguna.

Eché a andar hacia atrás muy despacio, sin hacer ruido casi. La niebla no era tan espesa como la noche anterior y, pese a la oscuridad, vi que no había nadie en cinco, seis o siete metros delante de mí. Tal vez fuera el momento de volverse y echar a correr...

—¡Ni se te ocurra, jovencita! —gruñó una voz a mi espalda al tiempo que una oscura silueta surgía de entre las sombras. Una mano me asió de la muñeca y me atrajo con fuerza hacia sus brazos—. Me alegro de volver a verte, Flotsam —espetó la voz de Smale, cargada de desprecio.

Me retorció el brazo por detrás de la espalda y me tiró de la muñeca hasta colocarla entre los omóplatos mientras me rodeaba el cuello con el otro brazo. Apretándome la garganta con el pliegue del codo, me forzó a pegar mi mejilla a la suya. Atrapada en aquella posición, sujeta a él cual pájaro pegado con liga a una rama, oí que los pasos que me habían seguido avanzaban lentamente y a continuación vi emerger de la oscuridad a Fogarty, con un atuendo de etiqueta, en el que destacaban los zapatos y el sombrero de copa, relucientes en la tenue luz que se filtraba a través de la niebla.

—Flotsam —ronroneó Fogarty, y se acercó unos centímetros de tal modo que su rostro quedara justo frente al mío, echado hacia atrás al tirar Smale de él—. Esperaba recibir noticias tuyas. Tu falta de información constituye una grave negligencia.

Fogarty sacó una pitillera de plata del interior de su gabán y encendió un cigarrillo con parsimonia. La punta encendida brillaba con intensidad mientras fumaba y ardía tan cerca de mi rostro que yo sentía el calor del tabaco en combustión en la mejilla.

—Quizá esa ropa tan elegante que llevas te haya hecho olvidar a tu hermano. Debo felicitar a la señora Hudson por la transformación que ha obrado en tu persona. Tal vez ahora que está allanándote el camino hacia la aristocracia quieras olvidar tus lazos de sangre.

Había algo en su tono de voz que, de repente, acalló mi miedo y provocó en su lugar un sentimiento de ira, una ira intensa contra él y contra su intrusión en un mundo que merecía algo mejor que él. La sangre me subió de golpe a la cabeza y empezó a latir con fuerza allí por donde Smale me tenía agarrada.

—¡Ese no es mi hermano, embustero! ¡Nunca he creído que lo fuera! Ya lo he

comprobado por mi cuenta. ¡Mi hermano está muerto!

Se produjo un horrible instante de quietud. La magnitud de la mentira que acababa de contar se cernía sobre mí en mitad de la niebla, y mis esfuerzos por desasirme cesaron en cuanto caí en la cuenta de las consecuencias de mis palabras. Presa de la ira, había dicho a Fogarty lo último que debía oír y, con ello, había condenado al chico que tenía encerrado a un destino desconocido. Hasta entonces, fuera cual fuera la verdad, aquel muchacho poseía un valor para Fogarty. Ahora ya no valía nada. Pero mucho peor que eso resultó ser el miedo que me asaltó de improviso y me dejó helada, pues ahora, al ver que no tendría nada que ganar, Fogarty podría decirme la verdad.

El hombre me observaba de cerca, con la mirada fija en mi rostro, sopesando las ventajas de decir la verdad frente a las expectativas de mantener la falsedad. Al final, tras dar otra calada al cigarrillo, asintió con la cabeza.

—No veo razón para engañarte, Flotsam, así que seamos sinceros el uno con el otro. Tienes razón en lo que dices. Sin embargo, no soy un embustero rematado. De hecho, revisé los archivos tal como te dije. Sabía que un hermano de verdad resultaría mucho más valioso a tus ojos que un impostor. Imagina mi frustración cuando descubrí que los archivos daban fe de que el niño con el que te habías presentado a las puertas del orfanato hacía tantos años llegó ya muerto en tus brazos. Por suerte para mí, tú parecías ignorar este hecho, lo que me permitió revivirlo para otra corta actuación, que me temo no durará mucho.

Fogarty hizo una pausa para dar otra calada al cigarrillo, sin dejar de clavar sus ojos en los míos. Pero yo ya no lo miraba. Una quietud me había invadido hasta lo más hondo y no veía más que la noche. Así era, pues. Aquello era lo que se sentía. Toda mi vida había temido oírlo, más de lo que pudiera temer a la noche o a la niebla. Temía lo que sentiría cuando la verdad resultara inevitable. Comprendí entonces el vacío que siempre me embargaba al pensar en él y la distancia que sentía pese a la compasión que me inspiraba el dolor del doble al servicio de Fogarty. Y este, que en su día había prometido encontrarlo, merecía tan poco crédito como su palabra.

Al notar el cambio que se había obrado en mí, Smale me soltó y por un instante estuve a punto de caerme. Sin embargo, conseguí guardar el equilibrio balanceándome entre ambos en mitad de la oscuridad, con la cabeza gacha, esperando que me dejaran sola.

—Vaya, veo que en el fondo no te lo esperabas. Qué estupidez por mi parte descartar una carta tan útil antes de tener oportunidad de jugarla.

De repente, la voz de Fogarty adquirió un tono áspero y, alargando la mano, me levantó la cabeza para que lo mirara a la cara.

—¿Qué está haciendo Sherlock Holmes respecto al caso de Moran? —inquirió—. ¿Qué planes tiene?

—No lo sé —respondí con tono alicaído.

Me levantó la barbilla con brusquedad.

—Esa respuesta no me sirve, Flotsam. Hay golfillos rondando la casa de Moran día y noche. ¿Qué hacen allí?

—No lo sé. No sabía que estuvieran allí.

Otro tirón de la barbilla mientras con la otra mano me apretaba la nuca.

—¿Están allí para protegerlo? ¿O para vigilarlo? ¿Qué piensa Holmes? ¿Cuándo va a actuar?

—¡No sé lo que piensa! Ha perdido al señor Neale, quiso tender una trampa que salió mal y puede que no sepa nada, ¡eso es lo único que sé!

Fogarty me apretó aún más el cuello.

—¡No me insultes, Flotsam! No debe de andar muy lejos de la verdad. Pero, como era de esperar, parece estar jugando a un misterioso juego. —A continuación añadió, más para sí que dirigiéndose a mí—: Muy bien, si él no actúa, lo haré yo. Esta incertidumbre no entraba en mis planes.

Pareció disponerse a dar media vuelta y marcharse, pero en lugar de eso se detuvo y me agarró la barbilla entre el pulgar y el resto de los dedos. Fogarty se había quitado el guante y noté sus dedos fríos en mi rostro.

—Un último detalle. El hermano que inventé para ti ya no vale nada para mí. Pero tú eres una chica sensible y, aun sin lazos de sangre por medio, no querrás que su agonía pese sobre tu conciencia. Dentro de una semana estará muerto, Flotsam. Sin cuidados será difícil que dure mucho más. Si antes de que eso ocurra me traes información clara sobre los planes de Holmes, tal vez puedas llevártelo contigo. Quizá un médico de bien pudiera salvarle. Si no vienes en el plazo de una semana, más vale que vayas olvidándote de él para siempre... si puedes. —Me soltó la cara de golpe—. Vamos, Smale, dejémosla aquí para que se lo piense.

No alcé la vista cuando Fogarty dio media vuelta y se alejó por donde había venido, pero advertí que Smale no lo seguía. Al levantar la cabeza lo vi apoyado entre las sombras de las que había emergido en un principio. Cuando se percató de mi mirada se acercó a mí hasta ocupar la posición que Fogarty acababa de abandonar.

—Que sepas que me trae sin cuidado que desoigas sus palabras. —De repente, extendió una mano por detrás de mi cabeza y me agarró un mechón de cabello—. Si le fallas, serás mía, Flotsam —dijo entre dientes—. Fogarty te ha dejado en mis manos. —Su aliento apestaba en mi rostro. Entonces apartó la mano con un movimiento seco, deshaciéndome el recogido que la señora Hudson me había hecho horas antes—. Piénsalo, jovencita. Porque yo disfruto con la idea. No dejo de pensar en ello. ¡Y no creas que será esta la última vez que sepas de mí!

Y, torciendo el gesto, se volvió y fue tras su amo entre la niebla.

Smale probablemente se habría desilusionado de haber sabido lo poco que llegaron a afectarme sus palabras, pues para entonces ya tenía los sentimientos demasiado removidos para temer sus amenazas, y al verme sola en la calle di salida a la debilidad que me había embargado al declarar Fogarty que mi hermano estaba muerto. Me hincé de rodillas y, presa de un cansancio demasiado grande para

preocuparme por la ropa y de un vacío demasiado hondo para llorar siquiera, dejé que me cubriera un manto de niebla. El tiempo y el espacio parecían haberse desvanecido cuando oí unos pasos que se aproximaban. Me puse en pie, vacilante, y una voz masculina pronunció muy bajito mi nombre.

La noche debió de embotarme la cabeza. Por un instante, mi mente retornó a la casa de donde venía.

—¿Señor Spencer? —musité.

La voz volvió a pronunciar mi nombre, y a continuación advertí la silueta y el rostro de alguien de una familiaridad desgarradora, la silueta y el rostro de Scraggs.

—¡Caramba, Flot! Te he perdido en la niebla. —Scraggs hizo una pausa, preocupado, en un intento de descifrar el daño patente en mi rostro surcado de lágrimas—. ¿Qué te han hecho esos canallas?

—¡Scraggs! —susurré, y por segunda vez en una semana me vi rescatada en mitad de una calle en plena noche, cercada por la niebla y envuelta en un tierno abrazo.

10. El ladrón nocturno

Si, llegado este punto de la historia, mis interminables relatos sobre la niebla comienzan a hacerse tediosos y se impone el deseo de vislumbrar un poco de claridad y la imagen, siquiera fugaz, de un firmamento estrellado, tal tedio y deseo no pueden ser mayores de los que siente esa masa informe llamada londinenses cuando amanece otro día falto de vida, envuelto en una mortaja de penumbra sobrenatural. La reunión que tuvo lugar en Baker Street tras el desayuno podría haberse considerado tanto nocturna como matutina, en vista del aire gris oscuro que se agolpaba contra las ventanas en el exterior y de la intensidad con la que lucían las lámparas y ardían los hogares en el interior de la casa.

El señor Holmes y el doctor Watson habían pasado el día anterior fuera haciendo averiguaciones, y aquella mañana la casa irradiaba una sensación de optimismo y animada camaradería. Tocadas las ocho, Holmes se había aposentado junto al hogar de la cocina y no se había movido de allí en toda la mañana, ataviado con su elegante batín y provisto de tabaco en abundancia, como si las respuestas que buscaba pudieran desentrañarse partiendo de un minucioso estudio de las brasas de nuestra chimenea. Pese a su perfil adusto, reinaba un silencio agradable, que parecía acoger con agrado las corrientes domésticas que se arremolinaban alrededor. Cuando el reloj marcó las diez, incluso la actividad de la cocina había dado paso a una extraña paz. Frente al señor Holmes, al otro lado del hogar, yo estaba enfrascada en una labor de aguja e hilo mientras a nuestras espaldas la señora Hudson doblaba la ropa limpia en un estado de máxima concentración. Así fue como nos encontró el doctor Watson, una vez finalizadas sus abluciones, con el afable propósito de buscar compañía.

—¿Molesto, señora Hudson? —preguntó desde la puerta.

—En absoluto, doctor Watson. Siéntese junto al fuego y póngase cómodo.

—Cómo no, Watson —añadió Holmes—. Por cierto, ya que se dispone a volver al estudio para recoger algo de la repisa de la chimenea, ¿le importaría traer también el telegrama que he dejado detrás del reloj?

—¡No faltaría más, Holmes! Pero ¿cómo...?

—Muy sencillo, querido Watson. Por los rastros de tabaco adheridos aún a su chaleco veo que hace muy poco que ha rellenado su pipa, la cual no ha traído consigo. Deduzco, por tanto, que todavía no la ha encendido, pues no es usted la clase de hombre que abandona una buena pipa una vez encendida. Siendo ese el caso, la anterior observación me lleva a suponer que la ha dejado usted, ya cargada, junto al reloj de la chimenea. Como, de hecho, hace casi todas las mañanas.

—¡Excelente, Holmes! —repuso Watson con sinceridad, y tras cumplir el recado de Holmes acercó el taburete de la cocina a la lumbre y se sentó entre nosotros.

—Ya que estamos todos aquí —dijo Holmes—, quizá sería un buen momento para hacer un resumen de la situación a la que hemos llegado. Debo reconocer, mal que me pese, que he cometido errores en los últimos días. He errado el camino

dejándome llevar por mis propias suposiciones. Sin embargo, creo que ahora estoy haciendo progresos evidentes. —Asintió en señal de aprobación—. Desgraciadamente, me temo que al compartir mis pensamientos con Gregory he provocado uno de esos raros destellos de imaginación que resultan tan peligrosos cuando provienen de Scotland Yard. Gregory se ha aventurado incluso a ofrecer una descripción del asesino.

—¡No me diga, Holmes! —Watson se rebulló en su asiento dando muestras del interés y yo dejé de coser. Cuando Fogarty me interrogó, habría jurado que no existían indicios claros de que el señor Holmes hubiera realizado progreso alguno en el caso. Sin embargo, su actitud indicaba que había avanzado y, en vista de ello, lancé una mirada a la señora Hudson para ver el efecto que causaba en ella el anuncio del detective. Pero la señora Hudson, tras alzar la vista un instante, siguió doblando ropa tranquilamente.

—Así es —confirmó Holmes. Se había arrellanado en el asiento y sostenía la pipa frente a él con aire meditabundo—. Mi primer error fue el deseo de creer en mis observaciones preliminares sobre Moran. Basándome tan solo en su nota hice ante ustedes una serie de afirmaciones sobre su edad y situación, todas ellas acertadas salvo una. Por desgracia, la observación del sujeto en sí pareció servir únicamente para corroborar mi análisis inicial. Los indicios de fiebre, el reciente regreso del trópico, el interés por la fauna... Todas esas predicciones resultaron correctas. Pero no consideré el engaño intencionado por su parte.

Una vez más me aventuré a mirar a la señora Hudson para ver si revelaba alguna señal de triunfo al quedar confirmado lo acertado de sus sospechas. Su rostro, sin embargo, se mantenía impasible, y de no haber sido porque el montón de ropa doblada no parecía aumentar de tamaño habría pensado que permanecía ajena a lo que se decía.

—Fue la señora Hudson quien sin darse cuenta me encauzó por el buen camino —prosiguió Holmes, que le dedicó un gesto de reconocimiento con la cabeza—. Cuando se disponía usted a dirigirse al hotel Brown para visitar a Neale, Watson, la señora Hudson comentó que se trataba de uno de los cuatro hoteles más selectos de la ciudad. Una observación insignificante en sí, pero con implicaciones que en aquel momento nos escaparon a todos nosotros. Y es que, según el relato de Moran, respaldado por sus dos compañeros, los tres huyeron rumbo a Inglaterra sin un penique. Neale le contó a usted que él y Carruthers confiaban en poder reanudar su actividad comercial en un momento indeterminado del futuro. Aun así, Neale y Carruthers podían permitirse el lujo de alojarse en los mejores hoteles de Londres. Al igual que Moran, como pude comprobar cuando le seguí la pista hasta su hospedaje actual, el cual debe de estar costándole una importante suma de dinero a juzgar por el reputadísimo establecimiento donde se halla. —Holmes meneó la cabeza—. Este hecho pudimos haberlo visto desde el principio, pero me centré en la idea de la baja calidad del papel de carta empleado por Moran y me aferré sin pensar a mi teoría

inicial.

La señora Hudson chasqueó la lengua para sí. Watson frunció el ceño, preocupado como siempre porque nadie fuera acusado injustamente de nada desagradable.

—Lo cierto, Holmes, es que Moran nunca llegó a afirmar que estuviera en apuros económicos.

—En efecto, Watson, pero para una mente como la mía ese papel de carta constituye una falsedad tan deliberada como si Moran nos hubiera contado que venía de la Luna. El hecho de no decirlo la reviste de mayor sutileza si cabe. El caso es que por un tiempo me indujo a engaño.

—Pero, Holmes, ¿por qué querría Moran hacer algo así?

—Eso es justamente lo que yo me pregunto. Por fuentes independientes hemos comprobado la veracidad de los hechos principales de la historia de Moran (las muertes misteriosas, el precipitado abandono de sus empresas), y basándonos en nuestra propia observación no nos cabe la menor duda del temor que dominaba a sus socios. Aun así, ¿habrían llegado realmente sin un penique, como aparentaban? Por el contrario, a su regreso esos hombres parecen haberse hecho con una fortuna considerable en un plazo de tiempo relativamente corto. ¿Qué razón tendría Moran para querer ocultar este hecho?

—¡Dios mío, Holmes! —Watson pareció haber visto la luz de repente—. ¿No estarían evadiendo el pago de impuestos?

El señor Holmes se permitió una sonrisa.

—Dudo mucho que esa fuera la mayor preocupación de esos hombres, Watson. No, me veo obligado a concluir que su huida repentina y la ocultación de su riqueza guardan alguna relación.

—Eso es adentrarse en terreno pantanoso, Holmes. Confieso que no veo...

—¡Piense, Watson! ¿Qué ocurrió en Sumatra justo antes de que nuestros clientes huyeran de allí?

—Una serie de muertes misteriosas, Holmes.

—¡Ajá! Ya se va acercando, Watson. La empresa que poseían llevaba años tratando de mantenerse a flote. De repente, se produce una serie de muertes inexplicables y al poco Moran y sus amigos cuentan con los medios para vivir más que holgadamente en Londres.

Watson se mostraba muy agitado e incluso la señora Hudson parecía apoyar la exposición del señor Holmes con una mirada de aprobación.

—Pero, Holmes —dijo Watson, cavilando a todas luces en voz alta—, las víctimas eran en su mayoría nativos y gente así. Ninguno era rico.

—Usted es un hombre de mundo, Watson. ¿Cuál es la manera más antigua de sacar provecho de un delito cometido por otro?

—¡El chantaje!

—Exacto, Watson.

La señora Hudson bajó la vista y se apresuró a reanudar la tarea de doblar la ropa.

—Pero ¿quién, Holmes? ¿Quién fue el responsable de las muertes y por qué?

Holmes meneó la cabeza con calma.

—Aún es demasiado pronto para decirlo con seguridad, pero hay un posible sospechoso a quien Gregory ha procedido a detener y parece decidido a declarar culpable.

—¿Quién, por Dios?

—El razonamiento de Gregory resulta complejo. ¿Qué otro colectivo de personas se hallaba presente en Sumatra en aquel momento? Un colectivo que Moran encontró a su llegada; un colectivo famoso en Oriente por la organización implacable de sus bandas criminales; un colectivo que tal vez llevara tiempo albergando la intención de extender su influencia entre los desventurados habitantes de aquellas islas.

—¡No me diga, Holmes! ¿No se referirá a los chinos?

—Se trata de una tesis exótica, Watson, pero, pese a su alto grado de improbabilidad, cuesta negar que el razonamiento tiene su ingenio.

Watson se recostó en su asiento con una expresión de perplejidad absoluta. La señora Hudson, cuyas cejas temblaban con desesperación, dio una palmadita al montón de ropa doblada.

—Verá, Watson, está claro que detrás de todo esto se esconde una mano humana, una mano capaz de seguir el rastro de Neale hasta una recóndita casa de huéspedes a las pocas horas de su llegada. Cuesta imaginar que los emisarios de los sacerdotes de Sumatra sean capaces de alcanzar tales dotes de perspicacia o de obrar con semejante discreción. En cambio, no podemos negar que los chinos gozan de una presencia extraordinaria en esta ciudad. ¿Recuerda las actividades de la banda del Dragón Rojo en California? ¿O la Sociedad del Farol y los estragos que causaron en Shanghai en los años veinte?

»Gregory lo ve de la siguiente manera. Los chinos dan con una desconocida fuente de riqueza en las islas donde Moran se afincó, tal vez una codiciada droga oriental. ¿Y si los nativos se convertían en un obstáculo? Puede que fuera necesario eliminar a algunos en señal de advertencia para el resto. Moran y sus socios se hallan en posición de presenciar lo que ocurre. Al ver la oportunidad que se les presenta de sacar algo de provecho de tantos años infructuosos, amenazan con desenmascarar a los culpables ante las autoridades británicas u holandesas. Al principio, los chinos tratan de sobornarlos y Moran y compañía aceptan con agrado el dinero. Puede que con el tiempo se volvieran demasiado codiciosos o repararan en el carácter despiadado de aquellos con quienes trataban. En cualquier caso, al final deciden coger el dinero y logran huir.

»Pero la huida resultaría ser más dura de lo que pensaban. No tardaría en verse que ni siquiera en Londres están a salvo de aquellos a quienes han contrariado. En tales circunstancias, se sienten amenazados y, presas del miedo, deciden acudir a nosotros.

Watson seguía la exposición de Holmes con atención. La señora Hudson

ordenaba la ropa doblada por colores.

—No podían decirnos la verdad, ¿no es así, Holmes? Eso los habría presentado a nuestros ojos como chantajecedores cuando menos.

—Ciertamente, amigo mío. Ahí reside la belleza de la teoría de Gregory. Moran y sus amigos necesitan ayuda, pero no pueden explicar su historia sin suscitar preguntas embarazosas sobre su propio comportamiento. Así pues, se valen de la superstición existente en torno a la rata gigante de Sumatra para camuflar la verdadera amenaza.

Holmes se apartó la pipa de los labios y estiró los brazos sobre su cabeza.

—El resultado de esta teoría es que Gregory ha apostado a varios de sus hombres a la salida del hotel de Moran, con órdenes de prestar especial atención a todo chino que vean pasar por delante del edificio. Dado que no creo que ese sea el proceder más apropiado, he prometido a Moran que iría usted a visitarlo de vez en cuando para comprobar que todo está en orden. Y bien, amigo mío, ¿qué le parece a usted la repentina incursión de Gregory en el mundo de la teorización abstracta?

—De lo más sorprendente, Holmes. Con todo, tal como la describe usted, su teoría resulta de lo más convincente. ¿Qué opina usted, señora Hudson? ¿Excepcional, verdad?

—Ciertamente excepcional, señor. Nunca se me habría ocurrido nada semejante. Y ahora, si nos disculpan, caballeros, viendo que están ustedes tan a gusto aquí dentro, Flottie y yo aprovecharemos para limpiar el polvo del estudio. —Y con un brío impresionante, se las ingenió para enfilear el pasillo conmigo y una pila enorme de trapos.

—Dígame, señora Hudson —le pregunté en cuanto la puerta de la cocina se cerró a nuestra espalda—. ¿Puede ser cierto todo eso? No veo al señor Ling de la lavandería involucrado en algo así.

—Por supuesto que no, Flottie, aunque puede que el señor Holmes plantee las preguntas correctas. Toda esa riqueza repentina, Flottie. ¿Qué explicación podríamos darle? ¿Y qué razón hay para que nos cuenten historias tan inverosímiles?

Sin darme tiempo para contestar, la señora Hudson abrió la puerta del estudio y, para nuestro asombro, apareció ante nosotras un caballero alto y delgado que reposaba con toda naturalidad junto al fuego. Al vernos entrar se puso en pie con grácil languidez y disimuló una sonrisa de diversión.

—¡Ah, señora Hudson! —exclamó—. Me desilusiona un poco que se trate de usted, aunque naturalmente es a usted a quien vengo a ver. ¿Se encuentra el viejo Holmes en casa?

El caballero en cuestión era un hombre apuesto y moreno, que debía de rondar los treinta años y vestía ropas de confección acorde con la última moda, bajo las cuales se movía con la soltura despreocupada de un atleta.

—El señor Holmes está en la cocina, señor Raffles. Veo que ha entrado usted por su cuenta.

—¿En la cocina, dice? No lo tenía por un hombre hogareño. Aunque quizá esté

buscando pistas en las hojas de té o algo así.

—Aquí no nos dedicamos a eso, señor Raffles. Me consta que usted y el señor Holmes no han coincidido nunca en nada.

—Bueno, eso no es del todo cierto, señora Hudson. —El caballero sacó un puro del bolsillo de su chaleco y lo golpeó suavemente contra la repisa de la chimenea con estudiada atención—. Sé que Sherlock me considera un frívolo tarambana, pero la verdad es que hubo un tiempo en que nos llevamos bastante bien, hasta que le vencí en el campo de Lord's un verano en un partido contra los Caballeros de Kent. Lo hice para ganar una apuesta, naturalmente, pero Sherlock no le supo ver la gracia. Perdió los estribos por completo, presentó su renuncia al club de críquet Marglebone y nunca más volvió a jugar al críquet. Ahora asegura que no tiene tiempo para entretenimientos deportivos. Una verdadera lástima, ya lo creo. Bateaba mejor incluso que Ranji.

—El señor Holmes es sin duda un hombre de muchos talentos, señor. —La señora Hudson se alisó el delantal y se permitió un atisbo de sonrisa bajo el ceño fruncido—. Me alegro de volver a verle, señor Raffles. Ha pasado casi un año. Por lo que respecta a los dos señores, estaban bastante a gusto cuando los hemos dejado en la cocina; así pues, ¿qué le parece si nos sentamos aquí un rato mientras nos cuenta qué ha averiguado? Por el momento no creo que reclamen nuestra atención.

—Por supuesto, señora Hudson. Como ya imaginará, me he agenciado un puro. No muy bueno, me temo, pero es lo mejor que he podido encontrar. —Antes de sentarse, se inclinó hacia mí con la mano tendida—. Señora Hudson, aún no me ha presentado a su encantadora ayudante.

La señora Hudson se volvió hacia mí con otro esbozo de sonrisa.

—Esta es Flotsam. Flotsam, el señor Raffles. Dado que, como el señor Holmes, no lees la prensa deportiva, puede que ignores que el señor Raffles ha cobrado cierta fama como jugador de críquet.

—Oh, ese es el menor de mis talentos —anunció el señor Raffles con calma—. A fin de cuentas, puedo alardear de que el señor Holmes y yo somos parientes por afinidad. —Su apretón de manos, pese a su firmeza, me resultó extrañamente delicado, como si estuviera sopesando mi mano al estrecharla. Al mismo tiempo, me miró a los ojos y me dedicó una sonrisa—. Me temo que nuestra relación es otra cosa que siempre le ha molestado de mí. Holmes se empeña en mantenerla en secreto.

—Vayamos al grano, señor Raffles. —La señora Hudson me indicó por señas que me sentara en un sillón que solía ocupar el doctor Watson, y ella se acomodó en el que había enfrente.

El señor Raffles se quedó de pie, apoyado en la repisa de la chimenea, fumando el puro que había hurtado con una serie de largas y lacónicas caladas.

—Recibí su nota anteayer —explicó— y, en vista de que el negocio está un poco tranquilo en estos momentos, decidí ponerme manos a la obra sin más dilación. Siempre me complace poder devolverle alguno de los muchos favores que ha tenido

usted conmigo en el pasado.

La señora Hudson le dedicó un leve asentimiento de la cabeza y el señor Raffles prosiguió.

—Por supuesto, no tuve problema alguno para acceder al alojamiento de Moran en Portman Street, si bien por la distribución del lugar no quedaba más remedio que entrar por la puerta principal. Moran y su maldito criado no parecían bajar la guardia ni por un instante. Al final, tuve que esperar a que se acostaran para colarme sin que me vieran.

La señora Hudson lo miró arqueando una ceja.

—Oh, fue bastante fácil, señora Hudson, no tema. Sin embargo, dadas las circunstancias, me vi obligado a registrar el lugar a oscuras, lo cual tuvo consecuencias casi desastrosas.

Yo escuchaba el relato del señor Raffles boquiabierto. Se me ocurría todo tipo de formas por medio de las cuales podría habernos ayudado el señor Raffles, pero el robo no se contaba entre ellas.

—Si se me permite el comentario, señora Hudson, no había recibido instrucciones muy precisas al respecto. Como usted sabe, estoy acostumbrado a tener un objetivo muy claro en esta clase de operaciones. Pero con la lista de cosas que me dio para que buscara hice lo que pude.

El señor Raffles dio otra lenta calada al puro mientras la señora Hudson sacaba brillo como quien no quiere la cosa al brazo de su silla con un trapo del polvo.

—Con el primer punto de la lista no tuve problemas. Con solo echar un vistazo quedaba claro que allí no había nada que pudiera tomarse por material científico. No sé qué esperaba usted que encontrara, pero aquello parecía infructuoso. Después se trataba de buscar documentos, y de eso había por doquier. Sin embargo, no me costó demasiado dar con los que Moran quería esconder. Hallé papeles ocultos en los rincones habituales: encima de la chimenea, bajo la rejilla del hogar... La gente hace que estas cosas resulten en su mayor parte de una sencillez tediosa.

Se metió la mano en la chaqueta y sacó unos documentos cuidadosamente doblados que entregó a la señora Hudson, quien, tras hacerme señas para que me acercara, empezó a extenderlos encima del suelo frente al fuego.

—Solo había tres que consideré que podrían suscitar su interés. Ese grande, como ve, es precisamente el que me dijo que buscara. Incluso lleva el sello con el nombre de la empresa en una esquina, y parece mostrar los planos para un mecanismo de destilación a gran escala, con alambiques, tubos y qué sé yo qué más. Confieso que me impresionó la exactitud de su predicción.

—Es lo que se llama una apuesta arriesgada, señor Raffles. Pero me parecía probable que pudieran existir unos planos por el estilo en alguna parte.

Procedí a estudiarlos con atención, tratando de captar su trascendencia. ¿Alambiques? ¿Significaba eso *whisky*?

—El segundo documento puede leerlo cuando le venga bien. Se trata de una carta

dirigida a Moran por alguien llamado Carruthers. Una carta muy conciliadora. Pensé que le parecería de especial interés el pasaje que he marcado.

Ambas volvimos la atención hacia la carta en cuestión, una cuartilla escrita con letra apretada en tinta azul. El señor Raffles había hecho una marca en el margen, junto a uno de los últimos párrafos.

«El traslado del negocio a Londres ha resultado increíblemente bien —decía el texto—, siendo esta una ciudad donde los ignorantes y los desesperados se cuentan en mucho mayor número incluso que en el trópico. Confieso que estamos haciendo dinero y que nuestro garante está encantado».

—Interesante... —comentó la señora Hudson con aire pensativo, la frente levemente arrugada y las cejas unidas en una sola línea.

—El último de los documentos resulta intrigante —prosiguió el señor Raffles—. Mi primera reacción fue descartarlo, pero luego me dio la impresión de que podía revestir importancia.

Se trataba de un telegrama dirigido a Moran, con fecha del 10 de noviembre. El mensaje se caracterizaba por su extrema brevedad.

MISIÓN CUMPLIDA STOP PENGE

—La noche que murió Carruthers —murmuró la señora Hudson.

—Me lo imaginaba.

—¿Por qué? ¿Acaso había más indicios?

—Solo una cosa. Un inquietante incidente al final de mi visita. —El señor Raffles examinó la punta encendida del puro con un interés desmesurado—. Debo confesar que supuso toda una lección para mí, una lección bien merecida. En el futuro obraré con mucha más perspicacia. Me dirigía ya a la puerta, con una sensación de satisfacción por lo bien que había ido la misión, cuando me llamó la atención un intrigante joyero de madera que había encima de una mesa situada junto a la puerta. Me consta que la operación tenía un fin puramente altruista, pero en un momento de debilidad me dejé llevar por la curiosidad. —Hizo una pausa para dar otra calada al puro—. En una ocasión visité a una solterona venida a menos de Dorking y, registrando sus cosas en un arrebató de curiosidad, me encontré ante el collar de ámbar más bello que había contemplado en mi vida. Aquel episodio me causó una gran impresión y anoche no pude resistir la tentación de echar una miradita al interior del joyero. La tapa se abrió con facilidad, y me disponía ya a introducir la mano en su interior cuando un cosquilleo en la nuca me hizo vacilar. En lugar de ello, alumbré el joyero con la luz que llevaba y lo que vi me dio un susto de muerte. A punto estuve de gritar... y eso que yo nunca grito. Pero que me aspen si lo que había allí dentro no era un maldito escorpión. Por lo visto, el señor Moran tiene cierta predilección por los animales exóticos.

El señor Raffles nos dejó a los pocos minutos. Tras agradecerle con seriedad sus esfuerzos por ayudarla, la señora Hudson se mostraba ansiosa por quedarse sola para poder meditar.

—Vaya, cualquiera diría que se avergüenza usted de mí —bromeó él.

—Vamos, señor Raffles, sabe que no debería recibir visitas en el estudio del señor Holmes. Así que vuelva por donde ha venido y márchese.

—Muy bien, señora Hudson. Es cierto que no debería prolongar mucho más mi visita. Tengo una cita para ver un apartamento situado encima de una joyería de Bond Street. Y un pesado con el que fui al colegio anda dándome la lata para que hablemos. No sé qué querrá. Ni siquiera le debo dinero.

Tras recuperar el sombrero y el abrigo de una mesa situada junto a la puerta, se despidió con una elegante reverencia.

—Mis mejores deseos para ambas, y mucha suerte con el hombre que colecciona escorpiones. Cuanto antes encierren a los tipos como él, más seguro será el mundo para los buenos ciudadanos como aquí un servidor.

—Bueno, Flottie —dijo la señora Hudson tras la misteriosa salida del señor Raffles por el dormitorio del doctor Watson—. ¿Qué te parece, eh?

La cabeza aún me daba vueltas en mi intento por dotar de cierto orden a la información recibida durante aquella visita. Las posibilidades se arremolinaban en mi mente como la multitud en Piccadilly Circus, y por encima de todo destacaba el señor Raffles, con su elegancia y desenvoltura.

—¿El señor Raffles es... bueno, es un ladrón, señora?

Parecía casi una falta de respeto aplicar semejante calificativo a un caballero tan gallardo, pese al testimonio de los últimos diez minutos.

—Un golfo de alto copete, quizá. En muchos sentidos es sin duda un desvergonzado rematado, pero no se puede negar que tiene su encanto. Y al librar a la aristocracia de su exceso de joyas genera mucho trabajo para policías, serenos y otras personas por el estilo, al tiempo que impide un gran número de atentados horribles contra el buen gusto.

—Pero ¿no está mal eso, señora?

La señora Hudson sonrió y me echó un brazo por encima del hombro.

—Tienes razón, Flottie. Está mal. Pero en este mundo se dan todo tipo de males y, pese a todos nuestros esfuerzos, tú y yo no podremos erradicarlos todos. Así que, mientras sujetos como Fogarty anden sueltos por ahí, parecería conveniente concentrar nuestros esfuerzos en ellos más que en el señor Raffles y su desdeñosa visión de la redistribución de la riqueza.

El planteamiento parecía razonable, pero a su vez suscitaba otras dudas. Negando con la cabeza, decidí reservarlas para otro momento en el que hubiera menos enigmas con los que lidiar.

—¿Y qué me dice de esos documentos, señora? ¿Sabía que se encontraban allí?

—Apenas me atrevía a confiar en ello, Flottie. El señor Moran va a tener que dar algunas explicaciones más pronto que tarde, pero ni siquiera esos documentos prueban nada. Solo sirven para confirmar lo que yo sospechaba.

—¿Y qué me dice del escorpión, señora?

—Ah, el escorpión. La idea de colmar ese hecho de significado es tentadora, pero en el fondo aporta muy poca información, por extraño que parezca. Presiento que no pasará mucho antes de que miremos con otros ojos el tema del escorpión.

—Pero, señora, sin duda demuestra que...

Antes de que acabara de exponer mi opinión, se abrió la puerta y apareció el señor Holmes blandiendo el telegrama que había mencionado un rato antes. A su espalda, en la entrada, el doctor Watson se apresuraba a ponerse el abrigo. Al vernos de pie junto al fuego, armadas aún con una pila de trapos del polvo, el señor Holmes recorrió la pieza con una mirada de aprobación.

—Muy acogedor —comentó—. Cuánto han avanzado ustedes mientras el doctor Watson y yo holgazaneábamos en la cocina. Me temo que no las merecemos. De hecho, nos encontrábamos tan a gusto que hasta hace un momento no se me ocurrió abrir el telegrama que llegó antes. Por suerte, dicho retraso no tendrá graves consecuencias, si bien el contenido del comunicado reviste suma importancia. Es del señor Moran, alojado actualmente en Portman Street. Nos cuenta que ayer por la noche recibió un paquete similar al que enviaron a Carruthers. Por fortuna, le habíamos puesto sobre aviso y obró con la cautela debida. Resulta que el paquete contenía un escorpión. ¿Qué le parece, señora Hudson?

—Señor Holmes, he de decirle con toda sinceridad que la evolución del caso del señor Moran hace tiempo que ha dejado de sorprenderme. Sin embargo, veo que esta noticia ha dejado a Flottie sin saber muy bien qué pensar.

El señor Holmes me honró con un asentimiento de la cabeza tranquilizador.

—Era de esperar. Me consta que el sexo débil suele horrorizarse ante este tipo de criaturas. Sin embargo, no podemos entretenernos. Debemos ir a asegurarnos de que Moran se encuentra sano y salvo. Su casa se halla vigilada día y noche. Ni un alma puede salir o entrar en su residencia sin que nosotros lo sepamos.

Mientras veíamos partir a los señores, la señora Hudson me dio un leve apretón en el hombro.

—Como ves, Flottie, resultaría difícil demostrar si el escorpión que tanto inquietó al señor Raffles había llegado o iba a salir de la residencia de Moran. De momento, debemos posponer todo juicio. Al menos hasta que hayamos conversado largo y tendido con el señor Neale. Hay ciertas cosas que me gustaría preguntarle acerca de su amigo Moran. —Se encaminó de nuevo hacia la cocina—. Me tiento hacerlo hoy mismo, pero el señor Neale tendrá que esperar hasta mañana. Tanto él como Moran parecen estar a salvo de momento. Creo que hoy podríamos ocuparnos de atar algunos cabos sueltos. ¿Serías tan amable de volver esta tarde a casa del señor Spencer? Tengo interés por saber qué puede decirnos sobre los dos animales muertos

que le enviamos. Esta vez en coche, pienso yo. Así estarás de vuelta antes.

—Sí, señora —contesté disimulando mi entusiasmo—. ¿Y qué hará usted?

—Creo que se acerca la hora de hacer una visita al señor Moran en su guarida. Antes de eso me gustaría tantear un poco el terreno para que no nos encontremos con ninguna sorpresa. De modo que esta tarde realizaré una discreta ronda de reconocimiento. Podemos quedar aquí sobre las cinco, Flottie. Así te evitarás la descortesía de tener que salir corriendo cuando insistan en invitarte a tomar el té.

Las palabras de la señora Hudson resultaron de un valor inestimable para precaverme de lo que me esperaba, de modo que cuando se produjo la invitación por parte de la radiante señorita Peters me vi capaz de aceptar sin el tartamudeo incoherente con que, me temo, habría respondido de forma instintiva. En lugar de eso logré aceptar con dos o tres movimientos mudos de la cabeza, con lo cual, a los cinco minutos de mi llegada, me encontré sentada nerviosamente a una mesa con un mantel de encaje.

—Rupert no ha vuelto aún —explicó la señorita Peters con entusiasmo—, pero dejó órdenes estrictas de que te retuviera si venías. Dijo que tenía «algo que comunicar de suma importancia». —La señorita Peters pronunció las últimas palabras imitando a la perfección la voz del señor Spencer antes de prorrumpir en una elegante carcajada—. ¿Te das cuenta de lo privilegiada que eres? Lo conozco desde que éramos tan pequeños que no nos teníamos en pie y a mí nunca ha tratado de comunicarme nada que revista la menor importancia. Dime, ¿quieres leche? ¿Limón? Vaya, yo también tomo leche siempre. No soporto a los pesados que insisten en que la leche echa a perder una buena infusión. El hecho de que no haya estado en la India ni haya tenido la oportunidad de prepararme un té al alba a orillas del Yangtsé Jiang no quiere decir que no sepa qué está bueno y qué no lo está.

La señorita Peters ponía las cosas muy fáciles y mi nerviosismo fue aplacándose poco a poco bajo el peso de las palabras que vertía sobre mí. Las tardes que había pasado en la cocina con Swordsmith tratando de convencerle de que me enseñara a tomar té como una dama se revelaban tremendamente importantes, pero daba la impresión de que a ojos de la señorita Peters podría haberme tomado el té haciendo el pino sin que mi actitud le pareciera más que ligeramente excéntrica.

De hecho, llegué a encontrarme tan a gusto que casi me había olvidado del señor Spencer cuando por fin regresó. El joven pareció encantado de vernos a ambas y se unió a nosotras sentándose a la mesa con una sonrisa callada.

—¿Ya está Hetty inflándole la cabeza con sus cosas, señorita Flotsam? —inquirió con una seriedad artificiosa.

—Claro que no, Rupert. Flottie y yo estamos charlando de la moda en cuestión de sombreros. Pensamos que las mujeres mayores de cuarenta que vayan con esas nuevas creaciones francesas pondrán en grave peligro su dignidad personal.

—A Hetty le sobran los fundamentos de juicio —me confió el señor Spencer—, tratándose de alguien que jamás ha vacilado lo más mínimo en sacrificar por

completo su dignidad personal si eso significaba lucir una prenda francesa y de moda.

La señorita Peters dejó escapar un gritito y pareció propinarle una patada por debajo de la mesa. Pasando por alto su reacción con la naturalidad que da la práctica, el señor Spencer se volvió de nuevo hacia mí.

—Dado que hoy se nos ha hecho ya muy tarde para dar una clase, señorita Flotsam, permítame que en lugar de ello le haga partícipe de mis conclusiones. — Tras su actitud jovial percibí una agitación considerable.

—Rupert se ha pasado todo el día paseando esa repugnante araña aplastada por las casas de extraños hombrecillos —comentó la señorita Peters—. A veces pienso que hace lo indecible para apartarme de su lado.

—Hetty se equivoca, señorita Flotsam —aseguró el señor Spencer—. La identificación de la araña no revistió complicación alguna. La serpiente ya fue otro asunto. Verá, hay infinidad de serpientes en todo el mundo y muchas guardan una estrecha semejanza entre sí. Sin embargo, hay un individuo llamado Michaels en el Museo Británico que siente pasión por ellas. Le puse al corriente del caso y no le hizo falta mucho tiempo para decirme que la encantadora criatura que había matado a Carruthers se conocía con el nombre de serpiente de coral azul. Por lo visto, se trataba tan solo de una cría. Los especímenes adultos miden entre un metro veinte y un metro y medio, merodean por las zonas limítrofes de la jungla y resultan un verdadero incordio. A Michaels no le extrañó que Carruthers estuviera muerto. Al parecer, se trata de un ofidio sumamente venenoso para cuya mordedura no se conoce antídoto. El hombre parecía muy satisfecho consigo mismo hasta que le pregunté por la procedencia de la criatura. Entonces me salió con vaguedades. El caso es que el animalillo podría haber provenido de multitud de lugares, entre ellos Sumatra, Borneo e incluso Siam. Me vi tentado de dejarlo en aquel punto, pero Michaels apuntó un par de nombres más y al final me recomendó que visitara a un anciano llamado Mathers, que había pasado treinta y cinco años trabajando como topógrafo para el Servicio Colonial. Por lo visto, se trata de un herpetólogo obsesivo, que dedica todo su tiempo libre a estudiar serpientes y demás. Sabe más sobre las serpientes de las Indias Orientales de lo que nadie necesita saber.

—Rupert, te lo ruego, dime que no me harás ir a visitarlo —interrumpió la señorita Peters torciendo el gesto—. ¿Ese hombre con aquella barba tan horrenda y aquella colección de escarabajos?

—Hetty, ese era el conde de Cleveland.

El señor Spencer le lanzó una mirada de amenaza desmesurada y retomó la palabra.

—Al mostrarle la serpiente que mató a Carruthers, el tal Mathers tardó dos segundos en decirme qué clase de ofidio era. Dado su interés por todo el asunto, le conté cómo había llegado a mis manos, y cuando le relaté la parte de la maldición de Sumatra me interrumpió de inmediato. «Señor Spencer», me dijo como si saltara a la vista, «esta serpiente no es de Sumatra. Este ejemplar presenta un tono de piel azul

oscuro característico. En los especímenes de Sumatra el color de piel se acerca mucho más al negro. Y la raya no se ve tan pálida». «¿Y dónde podría encontrar un ejemplar parecido a esta serpiente?», pregunté. «Singapur sería el lugar indicado», me contestó. «En Singapur abundan las serpientes como esta». Así que ya ve, señorita Flotsam, esta serpiente no proviene de Sumatra.

—¡Singapur! ¡A donde fue el señor Moran al marcharse de Sumatra! Pudo haberla conseguido allí.

El señor Spencer asintió con gesto alegre.

—Supongo que es posible que los sacerdotes pudieran hacerse en Singapur con una versión de su serpiente autóctona para enviarla a Londres, pero no veo qué razón tendrían para ello.

—¿Y la araña también provenía del mismo lugar?

—Ah, eso es lo más curioso del caso, señorita Flotsam. Con respecto a la araña hubo un acuerdo unánime. Todos descartaron que procediera de Asia. Se trata de una tarántula originaria de Sudamérica, México o algún sitio por el estilo. He indagado un poco y me he enterado de que no resulta muy difícil comprar uno de estos especímenes en el puerto. Los marineros las traen de sus lugares de origen y las venden como curiosidades. Hacen subir el precio de venta asegurando que se trata de criaturas sumamente venenosas, devoradoras de hombres casi, y por lo visto alguien se dejó engañar. Pues quienquiera que fuera el que se tomó tantas molestias para hacer llegar una de esas arañas al señor Neale no reparó en que, pese a su apariencia repulsiva, dichas criaturas no son especialmente venenosas.

—¿De modo que ninguno de los animales empleados en esos extraños ataques procedía de Sumatra?

El señor Spencer negó con la cabeza.

—Aunque alguien parece querer que pensemos eso.

—¡Moran! —musité—. Alguien que quería hacernos creer en la maldición de Sumatra... Les ruego que me disculpen —añadí de pronto, y al alzar la vista me encontré con dos rostros que me miraban fijamente llenos de interés—. Debo volver con la señora Hudson cuanto antes.

11. La sabiduría de Salomón

La señora Hudson llegó a casa antes que yo. Cuando por fin dejé atrás la pertinaz niebla, el apartamento de Baker Street brillaba ya al calor de los hogares y un delicioso olor a comida prometía una buena cena. La extraña calma de aquella mañana había persistido hasta el anochecer: el doctor Watson se encontraba en su dormitorio revisando su colección de obras de arte, y en el estudio el señor Holmes tocaba el violín. La música, suave y sorprendentemente nostálgica, llenaba el aire con una sensación de reflexivo sopor. La señora Hudson estaba en la cocina, cosiendo. El fuego ardía lentamente y junto a su silla había una copa de oloroso añejo que había llegado el día anterior con los saludos del señor Rumbelow. Mientras me cambiaba de ropa, la señora Hudson escuchó atentamente mi exposición sin resuello de las conclusiones del señor Spencer, asintiendo de vez en cuando ante la labor de aguja, al tiempo que hacía alguna que otra pausa para tomar un sorbo de jerez o contemplar el fuego con el ceño fruncido. Cuando acabé de hablar, dejó la costura y me hizo señas para que me sentara a su lado.

—Ven a sentarte junto al hogar, Flotsam. Has hecho bien en apresurarte a venir a contármelo y me parece que no te equivocas acerca de su trascendencia. Como todo está en orden, creo que podemos permitirnos el lujo de sentarnos a meditar un rato. Moran se halla bajo estricta vigilancia, Neale se encuentra a salvo en casa de Rumbelow y nuestros dos caballeros se han puesto cómodos para la noche. Sírvete un vaso de leche y ve a por tu costura, que descansaremos un rato.

En el piso de arriba el murmullo del violín creció hasta un pico momentáneo y, acto seguido, dejó de sonar para retomar luego su lento cavilar.

—Los señores han pasado el día con el señor Moran. No me han contado lo sucedido, pero algo en el rostro del señor Holmes me dice que está atribulado. Lleva tocando el violín desde que volvió.

—¿Y qué me dice de la información del señor Spencer, señora?

—Nos da pie a preguntarle algo más al señor Moran. Pero primero iremos a ver al señor Neale. Creo que esta vez se encontrará en disposición de hablar con nosotras. Nuestra entrevista con Moran podrá esperar hasta después.

Alargó el brazo hacia atrás para coger una lista de la compra que había encima de la mesa de la cocina. Le dio la vuelta y me la pasó. En el reverso había esbozado con cuatro trazos el plano de un edificio que no supe reconocer.

—He tenido una tarde fascinante, Flottie. Tenía curiosidad por echar un vistazo al edificio en el que vive el señor Moran. Si las cosas se desarrollan como preveo, puede que necesitemos saber cómo entrar o salir de allí a toda prisa. Aunque averiguarlo me ha costado mucho más de lo que esperaba. Entre los individuos que custodian la casa y todos los policías de más que patrullan las inmediaciones, aquello es como la Esquina del Orador de Hyde Park el Primero de Mayo. Al hombre de Gregory lo reconocí al instante. Estaba demasiado ocupado en tratar de pasar inadvertido para ser

otra persona. Luego localicé al chico del señor Holmes, agazapado bajo el arco de entrada en actitud encomiable. Y cuando pensaba que aquellos serían los dos únicos sujetos que debía sortear, me percaté de un tercero, un muchacho desaliñado de unos nueve o diez años. No hacía más que pasear arriba y abajo cual pillastre al acecho de un transeúnte desprevenido, pero pasara lo que pasara no se alejaba más de unos metros de la casa de Moran. Yo daba por supuesto que habría dos personas vigilando, pero la presencia de un tercero me sorprendió. ¿Quién más puede estar interesado en vigilar a Moran, Flottie?

Negué con la cabeza, vacilante.

—Exacto. Y eso me complicaba un poco más las cosas porque por nada del mundo quería que advirtieran mi presencia. Sin embargo, tras dar con el conserje y mantener una discreta charla con él, logré averiguar casi todo cuanto deseaba saber. Verás, Flottie, te lo mostraré.

La señora Hudson me quitó la lista de la compra de la mano y la colocó en el suelo frente a nosotras para que ambas pudiéramos verla al inclinarnos sobre ella. Su dedo empezó a seguir los trazos hechos a lápiz.

—New Buildings es una de esas antiguas manzanas de mansiones. Ignoro cuándo se construyó, pero seguro que hace más de un siglo. Y ahora presta atención, Flottie. Hay tres entradas, con sus respectivas escaleras. A la residencia de Moran se accede desde la escalera de la derecha. Esa es la única que nos interesa. El apartamento que ocupa es el más alto de los tres y (aquí es donde viene lo interesante, Flottie) los dos de abajo se encuentran sin alquilar y completamente vacíos. Los hombres de Gregory los han registrado y, como medida de seguridad, han cerrado con candado ambas puertas para que nadie pueda entrar o salir.

»A continuación inspeccioné la parte trasera del edificio. Los apartamentos dan a un callejón vacío. Las ventanas del alojamiento de Moran se encuentran a una altura considerable y solo se puede llegar hasta ellas trepando por una cañería desvencijada. Puede que un hombre atlético con agallas fuera capaz de deslizarse por ella desde el piso de Moran, pero desde luego no podría acceder allí trepando por la tubería. Lo que significa... —añadió la señora Hudson, que me miró con un destello de entusiasmo en los ojos—, lo que significa que la posición de Moran es prácticamente inexpugnable. Su puerta está sometida a una vigilancia permanente y solo existe una vía de entrada. Así que deberíamos saber dónde están exactamente Moran y ese criado suyo en todo momento.

Asentí en silencio, resuelta a asimilar todos los detalles que me había mostrado en su bosquejo hecho a lápiz. Una semana antes habría puesto en duda la importancia de semejante gráfico, pero en los últimos días había tenido la oportunidad de comprobar que el instinto de la señora Hudson merecía la mayor de las atenciones. Y me vi recordando la desesperada y precipitada subida por las escaleras a oscuras hacia la habitación de Neale cuando parecía que la seguridad de Scraggs pendía de un hilo. Confiaba en que si debía pasar por ello otra vez supiera al menos adónde iba y cómo

podía llegar hasta allí.

—¿Y Moran se encuentra allí en estos momentos, señora?

—Philpotts, el conserje, dice que apenas ha salido de casa en los dos últimos días. Debe de estar preguntándose quién tendrá los documentos que el señor Raffles le birló delante de sus narices.

—Me pregunto si el señor Neale se habrá mantenido en contacto con él.

La señora Hudson levantó la copa a la altura de su nariz a modo de brindis. Sus ojos brillaban tras el líquido oscuro.

—Eso podemos preguntárselo mañana a Neale, Flottie. Aunque me sorprendería que no pensara que una de las mejores cosas de encontrarse en casa de Rumbelow es el hecho de verse fuera del alcance del señor Nathaniel Moran.

A la mañana siguiente nos pusimos en camino poco después del desayuno, en cuanto los señores salieron de casa. El señor Holmes había estado tocando el violín hasta bien entrada la noche y aquella mañana, mientras desayunaba, seguía absorto en sus pensamientos. Antes de partir con el doctor Watson, asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Llevaba la pipa apagada; aun así, la sujetaba con ansiedad en la mano y de vez en cuando la mordisqueaba.

—Señora Hudson, tras toda una noche de cavilaciones, me preocupa que existan todavía aspectos de este caso que plantean serias dudas.

—¿Se refiere usted a los caballeros chinos, señor?

—No se deje distraer por ellos, señora Hudson. Es posible que queden aspectos de este caso que aún no nos hayan sido revelados. Tal vez empiece usted a percatarse de que la razón pura, por muy hábilmente que se emplee, tiene sus límites. La mente realmente grande es consciente de dichos límites y capaz de identificar con certeza la información adicional necesaria para respaldar su tesis. En este caso, concluyo que debo encontrar al señor Neale.

Con el ceño aún fruncido, Holmes dio otra chupada a la pipa apagada.

—Nunca he subestimado al sexo débil y se me ocurre que tal vez algún miembro del servicio doméstico presente en la residencia donde se hospedaba el señor Neale hasta hace poco posea, sin saberlo, información que pueda resultar de valor para una mente superior. Señora Hudson, me consta que sus conocimientos sobre las cuestiones relacionadas con la servidumbre abarcan un poco más que los míos. Si llegara usted a hablar con alguno de ellos...

La señora Hudson procedió a limpiar la mesa con movimientos despaciosos y acompasados de la mano al tiempo que asentía lentamente con la cabeza.

—Señor Holmes, si me permite retomar el hilo de ciertas indagaciones, le garantizo que dentro de unas horas toda información que me sea referida con relación al señor Neale pasará a su conocimiento de forma inmediata.

Sus miradas se cruzaron por un instante y el señor Holmes se puso derecho.

—Muy bien, señora Hudson. No crea que no he reparado en que es usted una

mujer con un sentido común inusitado. Si no fuera por la excepción que confirma la regla, casi podría usted incitar a uno a reconsiderar su visión de las cosas.

—Ahí tienes, Flottie —dijo la señora Hudson con firmeza al cerrarse la puerta tras él—. Un grito de socorro como el que no habrás oído jamás. El señor no me defrauda. —Golpeó la mesa con el trapo dos o tres veces con brío antes de enderezarse—. Y ahora, Flotsam, haz acopio de ingenio y de ropa de abrigo. Vamos a visitar al señor Neale.

Resultó que el señor Rumbelow residía en Kensington, y cuando logramos apearnos de un ómnibus y encaminarnos hacia su puerta pintada de un azul vivo ya eran las once. Nos abrió una nerviosa criada que nos comunicó que el señor Rumbelow no se encontraba en casa.

—Hemos venido a ver al señor Neale —repuso la señora Hudson—. ¿Serías tan amable de decirle que está aquí la señora Hudson?

—¿La señora Hudson? No faltaría más, señora. Por favor, pase usted, se lo ruego.

La criada nos condujo hasta una sala de aspecto pulcro amueblada con lo que habría calificado de un discreto buen gusto. Al cabo de unos instantes se nos sumó el caballero en cuestión, un hombre alto de aspecto nervioso, aunque librado ya de los temblores de angustia que recordaba de la noche que habíamos pasado cerca de St. Pancras. Se veía que un par de días en casa de Rumbelow le habían venido bien, pues un leve tono sonrosado había sustituido la palidez mortal de sus mejillas, aunque al hablar la voz temblorosa revelaba su verdadero estado de ánimo.

—¡Señora Hudson! No puedo expresarle con palabras lo encantado... Aún no le he agradecido lo suficiente...

—Señor Neale, me temo que estamos aquí para hacerle una serie de preguntas muy directas. Le ruego que guarde usted su agradecimiento para otra ocasión. —Neale tragó saliva, tanto por el tono perentorio de la señora Hudson como por las palabras en sí—. Flotsam, aquí presente, fue esencial para que pudiéramos rescatarle la otra noche. Puede confiar usted en su discreción tanto como en la mía.

El señor Neale me dedicó un leve asentimiento de la cabeza y me hizo señas para que tomara asiento.

—No, gracias, señor —repuso la señora Hudson ante su gesto—. Permaneceremos de pie, si no le importa.

—Por supuesto.

Se notaba que tenía la garganta seca, y había bajado el tono de voz hasta emitir poco más que un susurro. La corpulencia a la que se había referido el doctor Watson pareció encogerse ligeramente.

—Señor Neale, el señor Holmes solicita una declaración completa por su parte. Una declaración completa, señor, en la que exponga usted la historia entera de este escabroso asunto. Entenderá usted que es un hombre ocupado. No tiene tiempo para quienes han tratado de engañarle.

Por un momento pensé que Neale se daría por vencido sin más dilación, pero de

alguna parte sacó fuerzas para salir con una evasiva.

—De veras, señora —empezó—, no entiendo...

—El señor Carruthers está muerto, señor. ¿Acaso debe cobrarse más vidas este asunto? No tiene escapatoria. Los planos para la destilería que construyó usted en Sumatra reposan en estos instantes sobre una mesa en Baker Street. —La señora Hudson mostraba un rostro pétreo—. Se acabó, señor Neale.

Aquellas palabras tuvieron un efecto devastador. El hombre se tambaleó un poco y, acto seguido, pareció arrugarse. Se desplomó en la silla que tenía a su espalda y se cubrió el rostro con las manos. Reparé con sorpresa en que estaba llorando.

La señora Hudson, que se había acercado a él para lanzar su invectiva, retrocedió unos pasos. Yo hice ademán de avanzar hacia el hombre afligido, pero la señora Hudson me vio y, con un gesto tan falto de crueldad como de compasión, me indicó que volviera a mi sitio.

—¿Señor Neale? —inquirió.

—No fui yo —aseguró sollozando detrás de las manos—. Señora Hudson, le juro que no fui yo. —Bajó las manos y alzó la vista, desesperado—. Por favor, señora Hudson, ¿si se lo explico intercederá por mí ante el señor Holmes? Se lo ruego. Sé que él le escuchará.

—Será mejor que empiece por el principio, señor. Tenemos que oírlo todo. Lo que puso en la ginebra, por ejemplo; cómo llegó usted a ser culpable de esas horribles muertes; en qué ha estado metido desde que llegó a Londres.

Neale asintió rápidamente y se enjugó el rostro con un pañuelo azul lavanda en un intento por dominar las lágrimas.

—Fue Carruthers quien comenzó —anunció mientras se sonaba la nariz—. No, miento. La idea de vender ginebra a los nativos fue mía. Había visto en otros lugares que el alcohol afectaba de tal forma a los salvajes que se volvían indefensos y fáciles de controlar. Mi idea consistía en emplear el alcohol para ganarnoslos y abrir el mercado. Pero Moran vio un potencial mayor. Se dio cuenta de que podíamos elaborar nuestra propia ginebra y venderla en toda la región. Postgate sabía lo suficiente para construir una destilería, así que nos pusimos manos a la obra. La verdad es que no sabíamos lo que hacíamos, pero los nativos sabían aún menos y todo salió a pedir de boca. De repente se pegaban por comerciar con nosotros.

Neale meneó la cabeza como si recordara aquellos días en la húmeda jungla de otras tierras.

—El problema es que tuvimos demasiado éxito. Postgate, uno de nuestros socios iniciales, llevaba la destilería. Mezclábamos el brebaje con un sinfín de hierbas locales y demás sustancias para disimular su horrendo sabor. Lo crea o no, al principio me preocupaba de veras por el sabor. Quería obtener una licencia... me imaginaba patentando una marca que llegara a beberse en todo el trópico. Pero a Moran y Carruthers no les importaba nada de eso. Querían beneficios rápidos, y cuando no pudimos hacer frente a la demanda empezaron a correr riesgos. En

aquellas tierras no hay ley (la plaza holandesa más cercana se encuentra a más de un centenar de kilómetros de allí y está bajo las órdenes de un malayo corrupto), así que éramos libres de obrar a nuestro antojo. Carruthers decidió que las hierbas que comprábamos a los chinos suponían unos costes excesivos y empezó a probar con otras cosas... sabe Dios lo que pondría al licor. Parecía traerle sin cuidado, con tal de que disfrazara el sabor lo suficiente para que pudiéramos venderlo a las tribus.

Me vi imaginando la escena, cómo el aislamiento de la tórrida isla hacía mella poco a poco en el reducido grupo de británicos hasta despojarlos del barniz de civilización con el que habían llegado a aquellas tierras, el mismo del que se valían para justificar su desprecio hacia quienes les rodeaban. Los veía metiéndose en sus húmedas camas de noche, con todos sus sueños reducidos a aquel sórdido acto de especulación y el sonido de la lluvia sobre tejados de hierro medio oxidados.

Neale miraba ahora fijamente la ventana guarnecida con encajes mientras hablaba.

—Sabía que aquella situación no podía durar y así fue. Hubo un lote que no salió bien. No sé qué hicimos mal. Debió de ser algo que añadió Carruthers. Para entonces estaba ya muy descontrolado. La gente empezó a sufrir aquellos ataques que la mataban. El primero fue Postgate, que nunca tuvo escrúpulos para beber su propio veneno. Luego le siguieron los nativos. Tratamos de convencernos los unos a los otros de que la causa no residía en nosotros pero, en el fondo, todos sabíamos la verdad. La supimos cuando vimos morir a Postgate.

Neale temblaba al evocar aquellos hechos.

—Fue horrible. Pareció volverse loco. Empezó a retorcerse en el suelo, gritando de miedo ante visiones que solo él veía. Antes de que fuéramos capaces de detenerlo estaba arañándose los ojos, lanzando alaridos como un alma enloquecida. Al día siguiente estaba muerto.

Miró a la señora Hudson a los ojos.

—No sé a qué pudo deberse. He oído que el ajeno mezclado con alcohol puede afectar a la mente... debió de tratarse de algo así. Pero peor, muchísimo peor. Supliqué a Moran y Carruthers que interrumpiéramos la venta, pero para entonces teníamos un almacén lleno de ginebra y no había forma de saber qué botellas se hallaban en buenas condiciones y cuáles no. Seguimos con el negocio mucho más de lo que podía imaginar, vendiendo la mercancía por todas partes. Creo que todos nos habíamos vuelto un poco locos. Se la vendimos a los nativos, a los marineros que llegaban a puerto, incluso a algún que otro chino. Y no nos pillaron. A nadie se le ocurrió culparnos. Carruthers empezó a jurar que la ginebra no era la causante de nada y Penge confió en su palabra. Una noche lo encontramos retorciéndose de dolor en el porche. Era de esperar que muriera (todos los demás habían sucumbido), pero logramos salvarle un ojo atándole y su extraordinaria constitución hizo el resto. Pero su mente quedó muy afectada. ¿Lo han visto alguna vez? ¿Se han fijado en que nunca habla, sino que se queda mirándote con ese único ojo hasta que piensas que vas a

enloquecer?

Neale trataba de dominar su histeria. Alrededor reinaba un clima de calma absoluta. Tan solo se oía el apagado tictac de un pequeño reloj de sobremesa situado encima de la repisa de la chimenea.

—No lo dudo, señor Neale. Me preguntaba por qué no nos habrían hablado de Penge. Ya decía yo que la pérdida de su ojo no cuadraba con la historia que Moran quería hacernos creer. El misterio sobrenatural menguaría sin duda de tener cerca a un superviviente al que se pudiera interrogar sobre lo ocurrido. Prosiga, por favor.

Neale retomó la palabra, un tanto sosegado ante la calma tranquilizadora de la señora Hudson.

—Penge había sido el criado de Moran desde su infancia. Creo que eso marcó el comienzo de la separación entre él y Carruthers, aunque Dios sabe que se habían embarcado juntos en aquella empresa hasta lo más hondo. En fin, después de dos docenas de muertes en la isla se acabó el juego. Los nativos vinieron a por nosotros y salimos de allí como pudimos. A Moran le dio la fiebre y no podía moverse. Yo quería llevarlo con nosotros pero Carruthers no estaba dispuesto a esperar. Zarpamos rumbo a Londres y lo abandonamos a su suerte.

Se hizo el silencio. Neale volvió a cubrirse el rostro pero, después de haberse sincerado, parecía tener más control sobre sí, como si la confesión le hubiera prestado determinación.

—¿Y una vez en Londres, señor Neale?

El hombre se puso de pie y, moviéndose a su izquierda, se apoyó con gesto inseguro en la repisa de la chimenea.

—Cuando llegamos no poseíamos más que unas cajas de ginebra y un gráfico para la destilería. Carruthers intentó vender la ginebra en el puerto, pero una de las bandas que controla ese tema lo pilló, lo cual resultó ser una bendición. Tuvieron lugar las presentaciones de rigor y Carruthers, que podía ser muy convincente cuando era necesario, hizo mil y una promesas sobre el dinero que podía ganarse con aquella mercancía.

Neale se veía sin duda más calmado e hizo una pausa para mirar su reloj de bolsillo.

—Siga, señor Neale —ordenó la señora Hudson sin alterar su rostro impávido, pero en su voz había una clara nota de entusiasmo, como si estuviera a punto de dilucidar algo—. ¿Reanudaron sus operaciones en Londres?

—Así es. Hasta que Moran nos encontró. Trató de fingir que pesaba sobre nosotros la amenaza de una maldición. No podíamos negar que tuviéramos miedo, pero no de una maldición, sino de Moran. Lo conocíamos lo bastante bien para temerle.

—¿Y qué ocurrió con sus operaciones en Londres? —El rostro de la señora Hudson seguía sin delatar la menor emoción, pero había un tono de apremio en su voz.

Neale negó con la cabeza.

—Señora Hudson, debe usted perdonarme. No me ha resultado fácil contarle todo esto, y mañana tendré que repetirlo ante el señor Holmes y aceptar mi destino. Prometo que entonces responderé a todo lo que se me pregunte, pero mientras tanto me gustaría descansar. —Respiró hondo y su agotamiento se hizo casi palpable—. Escribiré esta tarde al señor Holmes para concertar una cita con él. Hasta entonces, le ruego que me disculpe.

Por un momento pensé que la señora Hudson insistiría, pero en lugar de eso retrocedió y agachó la cabeza ligeramente.

—Flotsam —murmuró—, es justo que el señor Holmes escuche esto por sí mismo. —A continuación empezó a recoger sus cosas—. Hasta mañana pues, señor Neale —añadió inclinando la cabeza con frialdad, antes de guiarme hasta la puerta.

Pero ni siquiera una vez en la calle llegarían a su fin las emociones que nos deparaba el día. No nos habíamos alejado ni diez metros de la puerta del señor Rumbelow cuando una victoria se detuvo a nuestro lado y de ella salió la figura corpulenta del mismísimo señor Rumbelow. Sin embargo, no lucía el aspecto de atildado abogado al que nos tenía acostumbradas. Bastaba echarle un vistazo para ver que su indumentaria, por lo general impecable, presentaba un desaliño lamentable, que su cabello engominado con esmero reposaba ladeado de forma deplorable sobre su calva y que llevaba las rodillas de los pantalones sucias con lo que parecían manchas de barro.

—¿Señor Rumbelow? —preguntamos la señora Hudson y yo al unísono, ambas con tono de incredulidad.

—¡Señora Hudson...! —balbuceó el abogado, que se sonrojó al ver su dignidad ultrajada. Parecía no encontrar las palabras, a pesar de lo cual siguió abriendo y cerrando la boca mudamente, como para expresar una indignación que traspasaba con creces los límites del lenguaje.

La señora Hudson fue la primera en reaccionar. Agarrándome del brazo, cambió el sentido de nuestra marcha para retroceder hasta donde se hallaba el abogado, presa del desconcierto.

—Venga aquí, señor —exclamó con brío—. No podemos dejarle en este estado en mitad de la calle. Entremos en su casa y a ver si Flotsam y yo podemos ayudarle en algo.

La criada respondió a nuestra llamada y lanzó un grito nervioso al ver a su señor. Ante la ausencia de Neale, la señora Hudson nos metió a empujones en el salón, donde no tardó en localizar una vitrina en la que guardaban *brandy*. Tras acomodar al turbado señor Rumbelow en la silla que había dejado libre su invitado, procedió a llenar una copa para él y, tras olería con gesto de aprobación, otra para sí misma.

—Señor Rumbelow, siempre he dicho que el triunfo de la ley supuso una grave pérdida para el comercio de licores.

Y, dicho esto, tomó un trago con verdadero fervor. El *brandy*, junto con las

palabras de la señora Hudson, pareció tener un efecto reanimador en el señor Rumbelow.

—No es más que un pasatiempo, señora Hudson —repuso recobrando la facultad del habla—. Nada más que un mero pasatiempo. Aunque me gusta pensar que mi pequeña bodega contiene productos que no estarían del todo fuera de lugar en establecimientos de mayor categoría que el mío. —Después de que la señora Hudson se hubiera ocupado de administrarle el reconstituyente indicado, yo me serví de mi pañuelo para restañar un pequeño rasguño que vi en su mano, gesto ante el cual el señor Rumbelow me sonrió con afecto—. Gracias, Flotsam. Eres muy amable por atenderme.

Tras unos instantes de silencio envuelto en los efluvios del *brandy*, el abogado pareció tomar conciencia de las circunstancias.

—Señoras, me temo que debo disculparme por mi melodramática entrada. Un atentado imperdonable contra los buenos modales. La verdad es que esta mañana he vivido una experiencia totalmente atípica. Atípica donde las haya, ya lo creo. Por lo general, no soy un hombre que se exponga a acciones de naturaleza física. Sin duda, podría decirse que mi profesión no requiere, por norma general, de ningún... eh... esfuerzo físico. —Yo veía que, a pesar del *brandy*, trataba aún de dominar su indignación—. Les aseguro que he sido víctima de un trato ciertamente deplorable —espetó al final—. ¡Es un ultraje!

La señora Hudson bebió otro traguito, gesto que pareció desviar por un instante la atención del abogado. Tras unos sorbos más en silencio, sus hombros parecieron relajarse con un leve estremecimiento.

—Válgame Dios, señor —dijo la señora Hudson con tono tranquilizador—. ¿Qué motivo hay para que haya ocurrido algo así?

El señor Rumbelow hizo una pausa y por primera vez pareció un tanto avergonzado.

—Bueno, señora Hudson, debo confesar que estaba siguiendo una línea de reflexión planteada a partir del problema que me había expuesto usted. En efecto, así es. Usted me pidió que me interesara por el caso de un muchacho que se encontraba actualmente con un tal señor Fogarty, mayordomo de los Fotheringay, en su residencia de Londres.

El señor Rumbelow sacó un pañuelo y empezó a secarse la amplia frente.

—Un caso delicado donde los haya, señora Hudson. El testimonio de Flotsam da fe de que el muchacho en cuestión permanece retenido poco más que en calidad de rehén. Sin embargo, el niño no ha expresado queja alguna ni posee familia que pueda quejarse por él. Es muy posible, dado que el menor no se halla en condiciones de cuidar de sí mismo y que el señor Fogarty le ha facilitado asistencia médica, que un tribunal considerara que sus necesidades están bien atendidas por el *statu quo*. Incluso puede que el señor Fogarty fuera elogiado por su caridad.

—¡Pero si está dejándole morir! —exclamé.

—Ciertamente, Flotsam. Yo te creo sin reservas pero, sin un pariente de sangre que formule una queja, resulta difícil dilucidar por qué razón tendríamos nosotros más derecho a reclamar la custodia del niño que el señor Fogarty.

La señora Hudson lo observaba con un leve destello de diversión que asomaba bajo su ceño fruncido.

—¿No estará diciéndonos que ha cometido usted la imprudencia de ir a ver a Fogarty en persona?

El bochorno del señor Rumbelow llegó a su punto culminante.

—Soy plenamente consciente de sus advertencias al respecto, señora Hudson. Desoírlas ha sido toda una imprudencia por mi parte. Una gravísima imprudencia, ciertamente. Confieso que albergaba la esperanza de que... eh... el sujeto en cuestión, viéndose ante un respetable miembro de la abogacía, accediera a entregar al menor sin necesidad de litigio.

—Señor. —La señora Hudson frunció aún más el ceño hasta mostrar una expresión de severo reproche, pero su voz adoptó un tono ligeramente tierno—. El sujeto en cuestión es uno de los maleantes más curtidos de toda Europa.

—Ciertamente, señora Hudson. Ciertamente. Como usted me advirtió, lo reconozco. He cometido el error de presentarme en la entrada de servicio, con el deseo de que mi visita no se considerara de ningún modo oficial. En el transcurso de una breve conversación el... eh... sujeto en cuestión se ha mostrado desdeñoso a la par que ofensivo. —Llegado este punto, el señor Rumbelow se sonrojó sobremanera—. Ha hecho... eh... ciertas insinuaciones con respecto a la relación existente entre Flotsam y yo que me han parecido del todo inaceptables. Y así se lo he hecho saber. Le he dejado bien claro que tras hablar con él procedería de inmediato a informar a los Fotheringay de su abominable conducta, ante lo cual ha prorrumpido en una desagradable carcajada. Me ha dado a entender que semejante acción tendría consecuencias desastrosas para la salud del muchacho, amenaza que ha acompañado de un apelativo sumamente gráfico dentro del marco de los insultos personales. Lamento decir que llegado este punto tal vez yo haya traspasado la línea que separa el proceder profesional de la satisfacción personal.

—¡Señor Rumbelow! ¡No!

—Me temo que sí, señora Hudson. —Sus ojos no dejaban de realizar complicadas maniobras para esquivar los nuestros—. Traté de golpearle en su propia despensa. Un desliz de lo más lamentable y, aunque me pese decirlo, totalmente inútil. El individuo sorteó el golpe con cierta facilidad y procedió a echarme a la calle. En el sentido más literal de la expresión. Una operación en la que contó con la habilidosa ayuda de dos sujetos corpulentos y nada atractivos vestidos de lacayos.

Confieso que por un momento me debatí entre la risa y el aplauso. En lugar de ello, atendiendo al ceño fruncido de advertencia que me mostró la señora Hudson con un asentimiento de la cabeza en mi dirección, bajé la vista con recato y traté por todos los medios de recobrar la compostura.

—Señor Rumbelow, tal vez le sirva de consuelo el hecho de que no hay nadie que merezca más ese golpe que iba a propinarle usted que Fogarty. Y el hecho de que no pensamos darnos por vencidos con él y ese niño. Espero que, más pronto que tarde, pueda usted considerarse vengado. Pero, antes de nada, ¿está usted seguro de que no existe trámite legal que pueda servir a nuestros propósitos?

—Me temo que toda tentativa en dicha dirección no conseguirá sino poner en peligro a la persona que se trata de proteger, señora Hudson.

—Sí, creo que está usted en lo cierto. Muy bien. En ese caso tendremos que jugar la baza que nos queda.

—¿Y qué baza es esa, señora Hudson?

—Sorpresa, señor. Una sorpresa que, si es preciso, deberá contar con el apoyo de una buena dosis de fuerza física.

El señor Rumbelow y yo intercambiamos una mirada de alarma.

—Ya lo creo —agregó la señora Hudson riendo entre dientes—. La deducción y la lógica están muy bien, pero a la hora de la verdad ni siquiera Salomón, con toda su sabiduría, se resistió a descargar su fuerza contra los hititas.

12. El servidor del azar

No tardaría en hacerse patente que la señora Hudson tenía ganas de acción en otros ámbitos. Se pasó gran parte del trayecto de vuelta hablando entre dientes en tono misterioso de sacar brillo, y a nuestra llegada se enfrascó, y a mí con ella, en una frenética campaña de quehaceres domésticos, desde fregar los suelos hasta limpiar el polvo de la parte superior de los armarios. Mientras yo iba y venía de un lado a otro, la señora Hudson descollaba en su cometido cual Horacio en el puente, ocupada en todo momento en no menos de dos tareas a la vez, con la mirada puesta ya allí donde se escondía una tercera. Su rostro mantenía una expresión de concentración perturbadora, y uno habría creído que todo su ser se aplicaba a la realización de las labores del hogar de no haber sido por las palabras que, de tanto en tanto, farfullaba entre dientes cuando su esfuerzo físico alcanzaba su mayor intensidad.

—Conque tuvieron lugar las presentaciones de rigor, ¿eh? —recordó para sí mientras fregaba a cuatro patas las baldosas que bordeaban el hogar—. No me cabe la menor duda. Quien juega con fuego... —Y continuó fregando con unas manos fuertes manchadas de hollín.

A mí me faltaba el aliento para hacer preguntas, pero tampoco dejaba de darle vueltas a la cabeza. El relato de Neale, y lo que revelaba acerca de la falta de piedad de los individuos a los que tratábamos de proteger, me tenía preocupada. ¿Qué le ocurriría ahora a Neale? Según su propia confesión, era culpable de crímenes que habían condenado a numerosas personas inocentes a una muerte espantosa. Pensé en la señora Trent, sola en Limehouse, llorando la pérdida de su hijo. Y como ella habría más padres, incluso entre los iletrados nativos de Sumatra, que de tanto en tanto recordarían con la mirada extraviada los últimos y terribles momentos de un hijo desaparecido. De algún modo la escena se desdibujó en mi mente hasta convertirse en un recuerdo del niño rubio al que había visto retorcerse en la húmeda desnudez del sótano de Fogarty. Interrumpí mi tarea. La señora Hudson estaba sacando brillo a las patas de la silla del doctor Watson con ira controlada. Más tarde se encenderían las chimeneas y los señores regresarían con las noticias del día, el doctor Watson parpadearía a la luz de una lámpara de gas y Holmes escucharía sus exclamaciones con actitud jovial. Pero hasta entonces había un suelo que limpiar, y me entregué a la labor encomendada con la pasión de la señora Hudson, congratulándome de repente del lugar donde me hallaba y de las personas que tenía a mi lado.

—Bien, Flottie —dijo finalmente la señora Hudson cuando nos retiramos a la cocina con las rodillas y el cuello doloridos—. La casa brilla como los chorros del oro y hemos llegado casi al final del caso. Creo que esta noche podremos dormir a pierna suelta. No debería haber más sorpresas desagradables.

—¿Podrá explicármelo todo pasado mañana, señora? Aún hay unas cuantas cosas que no acabo de entender.

—Por supuesto, Flotsam. Compartiría mis ideas contigo ahora mismo, pero

espero que el grueso del asunto quede explicado mañana, cuando el señor Neale concluya su relato. Esperemos que al menos en esto podamos confiar en él.

Pero el señor Neale hizo honor a su palabra. El señor Holmes y el doctor Watson llegaron a casa poco después de anochecer, y tras cambiarse de ropa y ponerse el batín se acomodaron en sus asientos con el correo de la tarde. Al poco rato llamaron con determinación a la puerta de la cocina y el señor Holmes entró con una carta en la mano y un brillo burlón en los ojos.

—Veo que hoy ha estado usted ocupada, señora Hudson.

—Dios santo, señor, no esperaba que se diera cuenta. No hemos hecho más que limpiar por encima y sacar un poco de brillo.

—No me entiende usted, señora. —Se llevó la carta al mentón—. Esta es otra nota del señor Neale. Ha salido a la luz y dice que desea vernos mañana. Añade lo siguiente... —El señor Holmes abrió la carta y empezó a leer—: «Por medio de su estimable ama de llaves, la señora Hudson, he llegado al convencimiento de que el único camino que tengo es ponerme en sus manos».

La señora Hudson se ruborizó ligeramente y se volvió hacia la olla que borboteaba en el fogón.

—Como ve, señora Hudson, su secreto ha sido desvelado y yo estoy en deuda con usted. ¿Me equivoco al suponer que sus contactos entre la servidumbre londinense le han permitido localizar a algún fiel miembro del servicio doméstico del señor Neale que sabía cómo ponerse en contacto con él? Ya veo que no me equivoco, señora Hudson... su rostro la delata. Sin duda, han hecho llegar su mensaje al señor Neale con suma persuasión. Y todo esto sin la ayuda de Watson ni la mía propia. Ya veo que es usted una caja llena de sorpresas, señora Hudson. Watson y yo no podemos dormirnos en los laureles.

La señora Hudson siguió removiendo la olla, con el rostro inclinado con firmeza sobre el fogón.

—Es cierto que en esta ocasión he tenido la suerte de averiguar algo útil. Ya sabe usted cómo son los criados, señor.

—Ciertamente. Y es evidente que el señor Neale encuentra la intervención de una mujer en cierto sentido tranquilizadora. Incluso la invita a asistir al encuentro de mañana, en agradecimiento, dice, de la deuda que tiene con usted. Este gesto, en mi opinión, excede un tanto los límites de lo estrictamente necesario, pero me complace que el señor Neale reconozca su contribución.

—Señor, yo no soy quién para acompañarles al doctor Watson y a usted a tan delicada visita. —Le brillaron los ojos mientras removía la olla—. Estaría totalmente fuera de lugar, señor. ¿Qué diría la gente?

Su comentario no pudo ser más apropiado, pues el señor Holmes lo recibió con el ceño fruncido.

—¡Bobadas, señora Hudson! El doctor Watson y yo nunca nos andamos con ceremonias. Nos veríamos sumamente limitados en nuestras investigaciones si lo

hiciéramos. Si el señor Neale desea que esté usted presente, por poco convencional que resulte, no puedo sino instarle a que acepte la invitación. De hecho, insisto en que nos acompañe.

—Muy bien, señor —concedió la señora Hudson con gran ceremonia—. Si nos facilita usted la dirección, Flotsam y yo agradeceremos el paseo.

—¿Flotsam? —inquirió el señor—. ¿Por qué no? No veo inconveniente alguno en que... eh... Flotsam asista también a la cita. En absoluto. Estoy convencido de que el señor Neale coincidirá conmigo en este punto.

—Estoy segura de que así será, señor.

La señora Hudson se volvió de espaldas a la olla e inclinó la cabeza a modo de reverencia. Acto seguido, se limpió las manos con brío en un trapo y empezó a trocear zanahorias.

—Queda decidido pues, señora Hudson. Nos reuniremos a la una en punto en el número ochenta y cuatro de Cavendish Street. El señor Neale va a volver a la casa donde vivía antes de que el regreso de Moran de Sumatra lo convirtiera en una especie de fugitivo. Espero la llegada de mañana con suma expectación. Ah, señora Hudson... —Holmes hizo una pausa justo cuando se disponía a salir de la cocina—. Y no espere que en el futuro subestime sus cualidades ni un ápice.

—Así que el señor Neale tiene pensado abandonar la casa de Rumbelow, ¿eh? —rezongó la señora Hudson cuando nos quedamos solas—. Querrá poner sus cosas en orden antes de una ausencia forzosa.

Yo le había tomado el relevo en la tarea de remover la olla y la observé mientras ella introducía una cuchara para probar el guiso.

—Por extraño que parezca, y aunque creo que el peligro está controlado, sigue sin gustarme ver a nuestro faisán al descubierto. Me aseguraré de que Scraggs monte guardia en la puerta de Moran desde el amanecer. Si Moran sale de casa, quiero saberlo en cuestión de minutos. Y si se queda, seguro que Neale estará a salvo.

Rozó la cuchara con suma delicadeza con el labio superior antes de fruncir la boca con aire meditabundo.

—Mañana habrá que ponerse elegante, Flottie. Y una pizca más de sal.

La casa de Neale en Cavendish Street resultó ser una residencia elegante y espaciosa donde el mármol constituía un elemento ornamental preeminente. Una criada de rasgos angulosos nos condujo a través de un vestíbulo hasta una sala muy amplia, al fondo de la cual había otra puerta a la que procedió a llamar para anunciar nuestra llegada. Al abrirse la puerta, vi al señor Holmes y al doctor Watson frente a nosotras. La estancia a la que nos hicieron pasar parecía una especie de reservado, si bien en temperatura y dimensiones superaba con creces a cualquiera de aquellos saloncitos típicos de los bares. Estaba amueblada en atención a la comodidad, con sillas de piel, un escritorio y estanterías que presentaban un aspecto demasiado ordenado para transmitir el efecto deseado. Habían acercado tres sillones al centro de la sala. Los

que ocupaban Holmes y Watson que daban orientados hacia el interior de la habitación, con los respaldos mirando a la puerta, y el destinado a Neale estaba de cara a nosotras, con lo que tenía una vista completa de la estancia, incluso del banco bajo situado detrás de la puerta donde la señora Hudson y yo nos habíamos instalado no sin torpeza. El señor Neale nos saludó con la cabeza pero no dio más muestras de reconocernos, y aguardó a que nos sentáramos para empezar a hablar.

—Me gustaría expresarles a todos ustedes mi agradecimiento por haber venido — empezó. Su voz sonaba mucho más fuerte que el día anterior y su actitud parecía más resuelta, como si en aquellas últimas horas hubiera cobrado una dignidad que en el pasado, cuando permanecía aún la opción de la huida, le había sido en todo momento esquiva—. No soy hombre de confesiones, pero considero que cuando uno está dispuesto a sincerarse encuentra cierta satisfacción en tener un público que le oiga. Ha comentado usted, señor Holmes, que el inspector Gregory de Scotland Yard honraría con su presencia nuestro pequeño encuentro, ¿no es así?

—Gregory acudirá cuando pueda —repuso Holmes—. Mientras tanto, le propongo que empiece.

—Deseaba contar asimismo con la presencia de mi abogado, pero he recibido un mensaje en el que se me comunica que el caballero que se ocupaba de mis asuntos en el pasado se encuentra fuera de la ciudad. Entiendo que piensan enviar a alguien en su lugar pero, a decir verdad, considero su ausencia una bendición. Tal vez se viera tentado de contenerme en el transcurso de mi narración y no me apetece medir mis palabras.

El silencio se instaló entre los presentes al iniciar Neale su relato. Contó desde el principio la historia de su fatídica empresa en Sumatra. A medida que hablaba me parecía ver con más claridad aún que antes el azote de la estación de lluvias sobre el mísero grupo de chozas que se tomaba por pueblo, el crecimiento implacable de la vegetación tropical, que daba al traste con todo intento de abrir algún claro, con lo que en todo momento se veían rodeados por la selva. Una vez situada la escena, procedió a describir su idea de aprovecharse de la debilidad de los nativos frente al alcohol, el desprecio creciente entre sus compañeros hacia quienes les rodeaban y la caída en el caos y la muerte. Holmes y Watson le escuchaban sin interrumpirle; el rostro de Holmes permanecía impassible, mientras que el de Watson revelaba un sentimiento creciente de horror y repugnancia. Cuando Neale refirió la decisión de seguir vendiendo a toda costa tras la muerte violenta de Postgate, el doctor no aguantó más.

—¡Por todos los cielos, señor! ¡Esto resulta totalmente inverosímil! ¡Nunca he oído hablar de semejante conducta entre ingleses!

Neale sonrió para sí.

—Doctor Watson, me temo que su experiencia con relación a nuestros compatriotas en el extranjero dista mucho de la mía. Su espíritu castrense bien puede haber sobrevivido a las campañas afganas, pero en los confines del Imperio no hay

cabida para el juego limpio. En aquellas tierras remotas no tardas en darte cuenta de que el Imperio no te protegerá de las fiebres ni las moscas. Nadie acudirá en tu ayuda cuando se te acabe el dinero en tu afán por ganar una fortuna limpiamente. Y mire alrededor. De vuelta en Londres nadie te pregunta cómo has alcanzado el éxito. Durante los siete años que pasé en la selva soñé con una sala como esta. Y ahora, por medios ilícitos, tengo una. ¿Le trató el ejército tan bien, doctor?

El doctor Watson pareció dispuesto a responder. Sus manos se aferraron a los brazos del sillón y la mirada se le encendió con el desprecio indignado del hombre honrado de cuya honradez se mofaban. Sin embargo, antes de que pudiera hablar intervino el señor Holmes.

—Tranquilo, Watson. Estamos aquí en calidad de oyentes, amigo mío. Escuchemos todo cuanto haya que escuchar antes de hacer comentarios.

—Está bien, Holmes —masculló Watson arrellanándose en el sillón. Sin embargo su mirada, por lo general plácida, se veía llena de una ira casi incontenible.

Neale retomó la palabra para narrar sus últimos y desesperados días en Sumatra. Me maravillé de la calma con que se expresaba. Aunque gesticulaba con las manos al hablar y se notaba la tensión en su cuerpo, miraba directamente a los caballeros y su voz delataba apenas un atisbo del nerviosismo que un día antes había estado a punto de dominarle.

No había hecho más que empezar a relatar su regreso a Londres con Carruthers cuando se oyó un golpe en la puerta, seguido de un amago de entrada por parte de la criada. En una mano llevaba una bandeja de plata con una tarjeta de visita.

—El caballero del bufete de abogados, señor.

Neale rechazó con un gesto la tarjeta.

—Pida al caballero que aguarde en la sala contigua, Gladys. De momento no necesito su presencia.

Una vez más me sorprendió el tono decidido de su voz, como si los días en que temía a los demás hubieran quedado atrás. La aparición de la criada había interrumpido su narración y el señor Holmes aprovechó la ocasión para formular una pregunta.

—Decía usted, señor, que pudieron reanudar sus actividades ilegales en Londres. ¿Cómo fue eso posible? Seguro que no faltan delincuentes habituales más versados en esas lides que ustedes.

—Tiene usted razón, señor Holmes. En Londres cambió nuestra suerte. Carruthers había podido enviar por barco una pequeña remesa de ginebra antes de nuestra llegada. Ignoro cómo se las ingenió para eludir las aduanas portuarias, pero lo consiguió. Era nuestra única baza. Sin embargo, al tratar de venderla, un individuo llamado Melmoth nos pilló con las manos en la masa. Tenía aspecto de caballero, pero no cabía duda de que era el cerebro que se escondía detrás de una infinidad de actividades delictivas. Nos constaba que no gastaba modales muy finos con los que intentaban hacerle la competencia, y Carruthers y yo pensamos que acabaríamos en el

fondo del Támesis aquella misma noche. Carruthers se apresuró a hablar y dijo que poseía contactos en Londres de los que esperaba servirse. El tal Melmoth pareció impresionado cuando se enteró de que teníamos las manos manchadas de sangre, y más impresionado pareció cuando oyó quiénes eran los contactos de Carruthers. Y es que, pese a permanecer casi toda su vida enfrentado a su familia, Carruthers siempre había estado muy bien relacionado. Llegó a mencionar a lores, miembros del Parlamento e incluso a un obispo.

»Cuando Melmoth hubo determinado que ninguno de aquellos contactos tenía la más mínima idea de la situación actual de Carruthers, pareció tomar una decisión. De repente, se convirtió en nuestro mayor defensor. Nos proveyó de fondos y establecimientos con licencia para la venta de alcohol, se encargó de la distribución y nos pagó bien cuando el dinero empezó a circular. Pronto no tuvimos más que hacer que sentarnos a disfrutar de las ganancias, pero en el fondo sabíamos que para Melmoth no éramos más que una tapadera. Si aparecían los de aduanas, era a nosotros a quienes incriminaban. Ni siquiera sabíamos el nombre verdadero de Melmoth y solo lo veíamos cuando se dignaba venir a visitarnos. Hacíamos exactamente lo que nos pedía, no corríamos riesgos, pagábamos a las autoridades y empleábamos a quien él dijera. Melmoth conocía nuestro vergonzoso secreto y no habría dudado ni un instante en enviarnos a la horca si le hubiera convenido. Pero Carruthers se encargó de que nos hiciéramos indispensables reforzando sus contactos entre la alta sociedad hasta conseguir que quedáramos por encima de toda sospecha.

Hizo una breve pausa para tomar un sorbo del vaso de agua que tenía junto al sillón. Holmes siguió observándolo con una intensidad imparcial. Desde mi posición su perfil anguloso le confería la apariencia de un ave de presa, que analizaba paciente los movimientos de su víctima. Watson tenía la cabeza gacha, como con aire de indignación. La señora Hudson, que había seguido gran parte de la exposición de Neale sin moverse un ápice, se había inclinado para escucharle con atención cuando empezó a referir sus asuntos en Londres, posición en la que permanecía inmóvil, a la espera de algo, cuando Neale prosiguió con su relato.

—No espero su compasión, caballeros, pero por primera vez desde mi marcha del trópico sentía que tenía la fortuna de mi parte. Y entonces todo cambió. Me enteré de que Moran se hallaba en Londres. —Se removió inquieto en su asiento—. Yo lo daba por muerto. O esperaba que hubiera muerto, para ser sincero, pues en el fondo siempre supe que, en caso de que hubiera sobrevivido, el ajuste de cuentas estaría servido. Empezaba a parecer imposible que volviera a aparecer por Londres... pero así fue. No perdió tiempo en buscarnos. Nos contó que nos hallábamos en grave peligro ante la sed de venganza de aquellos a quienes habíamos explotado, que habían emprendido una *vendetta* contra nosotros. Nos contó que tenía intención de pedirles ayuda a ustedes para localizar a nuestros perseguidores. Nos contó que pensaba viajar a América si accedíamos a prestarle dinero. Y de todo ello no creímos una sola palabra, salvo que nos hallábamos en grave peligro. El miedo me consumía.

¡Moran es implacable, señor! ¡Tiene el corazón frío como una piedra y un odio despiadado!

Algo extraño le ocurría a Neale. Su voz empezaba por primera vez a elevarse y a mostrarse temblorosa. Se puso en pie y se acercó a la repisa de la chimenea. Vi que su cuerpo se estremecía y que el miedo del que hablaba parecía invadir la estancia como si un ángel negro se hubiera apostado ante la puerta. Vi que Watson miraba alrededor incómodo y que las manos de la señora Hudson se tensaban sobre sus rodillas.

—¿Esa es su historia, Neale? —inquirió Holmes con tono inexpresivo e implacable, aunque con una nota de apremio que dejaba ver que él también había advertido el cambio de atmósfera—. ¿Insinúa usted que Moran es responsable de la muerte de Carruthers? ¿Y de los intentos de asesinato sobre su persona?

—¡Estoy seguro, señor! Me jugaría la vida a que él es el único a quien debo temer.

—Cálmese. Moran se encuentra en su casa. La policía vigila su puerta y tengo a mi propio observador apostado allí. Si intenta salir de casa, lo sabremos en cuestión de minutos. Y ahora, permítame hacerle una pregunta de importancia capital. ¿Qué puede contarnos de ese tal Melmoth, que parece ser el centro de una perversa trama delictiva?

—¿De Melmoth, señor Holmes? Sí, cómo no. Se lo contaré todo. Ya no tengo nada que perder. Verá, descubrí por casualidad su verdadero nombre.

—Solo puede salir ganando si comparte dicha información con nosotros. Su ayuda en este sentido será tenida en consideración por un tribunal.

En aquel momento llamaron de nuevo a la puerta y la criada avanzó un par de pasos dentro de la sala.

—El caballero del bufete de abogados, señor. Está impaciente por hablar con usted.

Por un instante, todas las miradas se concentraron en Neale. Desde mi asiento vi cómo Holmes y Watson volvían el rostro hacia él, que permanecía apoyado contra la repisa de la chimenea, mirando en dirección a la puerta abierta.

Mientras le observaba empezó a mudar de expresión. Su irritación ante una nueva interrupción se tornó en perplejidad, y acto seguido compuso una repentina mueca de incredulidad y asombro. Justo cuando empezaba a despegar los labios con la supuesta intención de dirigirse a la criada, estalló en nuestros oídos el estruendo de un disparo y el cuerpo de Neale se balanceó y se desplomó hacia atrás con un limpio orificio de bala en el centro de la frente.

Casi antes de que cayera al suelo todo el mundo pareció haberse puesto en pie. Watson y Holmes se habían levantado de los sillones y miraban hacia la puerta. La señora Hudson y yo también nos alzamos y avanzamos unos pasos, quedando escondidas a la vista del asesino por la puerta abierta. Solo la criada siguió mirando a Neale, y fue su grito creciente lo que ocultó el sonido del segundo disparo.

Esta vez fue el señor Holmes quien se desplomó, girando sobre sí como si le

hubiera embestido la rueda de un carruaje a toda velocidad. Se oyeron dos nuevos gritos y Watson y la señora Hudson se abalanzaron sobre él. La criada chillaba de forma incontrolable y la señora Hudson tuvo que apartarla a un lado de un empujón para llegar hasta el detective. Watson lo logró primero; tras sortear el cuerpo inerte de Neale con una gran zancada se acercó a Holmes y le agarró por el cuello de la chaqueta. Detrás de mí se oyeron unos pasos que atravesaban la sala contigua en plena huida. Tuve tiempo de ver ondear el faldón de un abrigo antes de que se perdiera de vista en el vestíbulo del fondo.

—¡Moran! —exclamó Watson, que alzó la vista a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta del vestíbulo de un portazo.

Un fino hilo de voz devolvió nuestra atención a cuestiones más urgentes.

—¡Neale, Watson! ¡Ocúpese de Neale! —El señor Holmes seguía consciente y hacía gestos con la mano izquierda.

—¡Está muerto, Holmes! —exclamó Watson, que arrancaba los botones de la camisa de Holmes—. Ha caído muerto.

Al oírle la criada dejó de gritar y pareció desmayarse, cayendo con un suave ruido sordo a mis pies. Así pues, mientras mis compañeros trataban por todos los medios de quitar la chaqueta a su paciente, yo me afané en abanicar a la criada desfallecida con mi pañuelo. Mientras lo hacía, agazapada junto a la puerta, advertí la presencia de otro individuo que venía hacia nosotros atravesando la sala contigua. Enseguida reconocí la silueta enfundada en *tweed* del inspector Gregory.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Qué ha ocurrido? ¡El hombre con el que me he cruzado en el vestíbulo me ha dicho que han matado a Holmes!

El doctor Watson levantó la vista, con los ojos como platos.

—¿El hombre con el que se ha cruzado en el vestíbulo? ¡Pardiez, señor! ¿Y por qué diantre no lo ha detenido?

—Iba a buscar a un médico, doctor Watson. Yo...

La comprensión del ardid le sacudió como un mazazo y su rostro sincero se vio cubierto por un velo de desesperación. Su primera reacción fue volverse para lanzarse a la persecución, pero la señora Hudson lo detuvo.

—Demasiado tarde, señor. Quédese aquí y ayúdenos. Hay que levantar al señor Holmes y llevarlo hasta ese sillón.

En cuestión de minutos se logró conferir cierta apariencia de orden al escenario del crimen. Un lacayo y una cocinera con respiración jadeante no tardaron en presentarse en la sala y se llevaron a la criada temblorosa. Holmes, pese a la palidez que mostraba, seguía consciente y su herida, una vez al descubierto, no resultó ser más que un corte superficial en la parte superior del brazo.

—Ha tenido usted mucha suerte, Holmes. A pesar de la sangre, la herida apenas reviste gravedad. Una vez que la vendemos como es debido, bastarán unos días de reposo para que empiece usted a recuperarse.

Holmes dedicó una sonrisa forzada al doctor Watson. Sus pálidas mejillas

parecían haberse hundido aún más, lo que confería a su rostro un aspecto más demacrado que nunca.

—¿Reposo, Watson? No creo que sea este el momento más indicado. Ahora mismo estamos llamados a la acción.

Sin embargo, permaneció obedientemente en el sillón mientras la señora Hudson y yo le cubríamos la herida con unos vendajes que nos proporcionó la cocinera, permitiendo al doctor Watson y al inspector Gregory examinar el cuerpo abatido de Neale.

—Tal como pensaba —afirmó Watson asintiendo con la cabeza—. El primer disparo lo ha matado en el acto. Quienquiera que haya disparado tiene buena puntería.

En pocas palabras relató a Gregory la escena que habíamos presenciado.

—El asesino abrió fuego desde detrás de la criada —concluyó—. Pero ¿por qué diantre querría dispararle su abogado?

—Si recuerda usted, señor —susurró la voz de la señora Hudson—, a nuestra llegada el señor Neale nos ha comentado que había hecho llamar a su abogado. Pero, si mal no recuerdo, había recibido un mensaje en que se le informaba de que el caballero en cuestión se hallaba fuera de la ciudad y que acudiría otra persona en su lugar. ¿Es posible que el mensaje original fuera interceptado por alguien que quería hacer daño al señor Neale?

—¡Dios bendito, señora Hudson! ¿Sería eso posible?

—Se ajusta a los hechos, Watson —atajó el señor Holmes—. Le advierto que no debe subestimar a la señora Hudson.

El inspector Gregory se dirigió a la sala contigua y volvió con la tarjeta de visita que aún reposaba sobre la bandeja de plata.

—Escrita a mano —comentó—. Y a toda prisa, al parecer. «Lewis Monk, abogado» —leyó—. ¿Un alias, tal vez?

—Sin duda —respondieron la señora Hudson y el señor Holmes al unísono, para intercambiar luego una mirada de mutuo reconocimiento.

—La intención no era que el señor Neale viera la tarjeta, señor —tercié yo con timidez—. Se trataba más bien de un modo de asegurarse de que la criada abriera la puerta.

La señora Hudson me miró arqueando una ceja en un gesto de aprobación, pero el doctor Watson no parecía muy convencido.

—Un plan arriesgado —opinó con tono reflexivo—. ¿Cómo sabía que tendría la ocasión de dispararle? Podría haber fallado cualquier cosa.

La señora Hudson asintió con discreción.

—Creo que nos enfrentamos a una persona que no teme correr riesgos, señor.

Dicho esto, acabó de hacer el último nudo del vendaje para que el doctor Watson examinara nuestro trabajo y diera su aprobación.

—Vamos, Watson. Basta ya de tanto revuelo. —Holmes trató de adoptar una

posición vertical. Estaba más pálido que nunca, pero un destello de determinación encendía sus ojos—. Neale está muerto, y la implicación de Moran en todo este asunto es incuestionable. Debemos actuar con celeridad.

—¿Cree usted que esto es obra de Moran, Holmes?

—Vengo de ver a Moran, señor —señaló el inspector Gregory—. Cuando le he dejado estaba repitiendo el relato que les contó sobre Sumatra a uno de mis hombres. He venido aquí directamente. Es inconcebible que haya podido tomarme la delantera.

—Pues ese siniestro criado suyo. ¿Podría ser él el culpable?

—¿Se refiere a Penge, señor? Me temo que Penge se marchó de Londres con destino a Cornualles en el expreso de anoche. Mis hombres lo siguieron hasta la estación y esta mañana he recibido un telegrama de la policía local para confirmar su llegada a Truro. Su pueblo natal, por lo visto.

—¿Y quién diantre puede ser entonces?

Ante aquella pregunta el policía no tuvo más respuesta que un encogimiento de hombros como expresión de su desconcierto. Holmes, que observaba la escena con semblante irónico desde el sillón donde reposaba, se volvió hacia su compañero.

—Watson, me temo que ha surgido un elemento desconocido para desbaratar todos nuestros cálculos. Puede que el asesino sea otro instrumento más de Moran. Neale ha vivido lo suficiente para revelarnos la verdadera naturaleza del caballero. Confiamos al menos en que la criada se haya fijado bien en el hombre. Cuando esté más calmada tal vez pueda facilitarnos una descripción.

Gregory se sonrojó visiblemente ante la alusión al asesino, y para no herir sus sentimientos tratamos todos de apartar la mirada de él, con lo que nuestros ojos fueron a parar al cadáver lívido de Neale.

—Tal vez haría usted bien en trasladarse a la sala contigua, Holmes... —apuntó Watson.

Entretanto la señora Hudson, que se había puesto en pie, miraba con el ceño fruncido una mota de polvo sobre la repisa de la chimenea.

—Puede que esté usted en lo cierto al afirmar que esto es obra de Moran, señor, pero me da la impresión de que quien corre peligro ahora es el propio señor Moran.

El señor Holmes sonrió.

—Vaya, ¿intuición femenina, señora Hudson? ¡Ahora que pensaba que la habíamos encarrilado hacia formas de pensar más científicas!

El detective hizo amago de levantarse del sillón con gesto inseguro y Watson le ayudó a ponerse en pie.

—Olvida usted, señora Hudson, que el señor Moran se encuentra bajo estrecha vigilancia. No hay forma de acceder a su apartamento salvo desde la calle, y la entrada está muy bien custodiada. No creo que Moran corra peligro alguno.

—Por lo que me ha dicho usted, señor, ¿no debería arrestarlo por el otro asesinato? —Gregory parecía ansioso por reparar el error cometido momentos antes.

—Antes preferiría hablar con él, Gregory, si logro convencerle de que se

contenga usted unas horas. Nos consta que Moran es un malhechor, pero en este momento no tenemos más que la palabra de Neale contra la suya. Y me temo que el señor Neale no se encuentra precisamente en situación de poder exponer su punto de vista.

Para entonces nos habíamos trasladado a la sala contigua y Gregory cerró la puerta a la macabra escena ocurrida en el reservado.

—Ahora no está usted en condiciones de ver a Moran, Holmes —advirtió Watson con firmeza—. Hay que poner ese brazo en cabestrillo e insisto en que repose usted siquiera unas horas.

—Está bien, Watson. Iré a verle esta noche. Moran tendrá que esperar hasta entonces.

Por la forma en que la señora Hudson apretaba la mandíbula comprendí que no compartía la misma visión de las cosas.

—Se lo ruego, señor —intervino—. Tal vez me equivoque al pensar que Moran corre peligro, pero ¿no podríamos tomar precauciones? Al menos hasta que esté usted en condiciones de visitarle, señor.

Holmes consideró su propuesta detenidamente. Tal vez se debiera a la pérdida de sangre o a una reacción ante la impresión causada por la herida, pero de repente pareció tratar a su ama de llaves con suma amabilidad.

—Está bien, señora Hudson —dijo por fin—. No puede haber nada malo en ello.

Dicho esto, se volvió hacia el doctor Watson.

—Ya le he comentado a Moran que pasaría usted por su casa de vez en cuando para que vea que velamos por su seguridad. ¿Sería usted tan amable de ir a verlo ahora? En vista de lo que sabemos de él, me imagino que su visita no será muy bien recibida. No obstante, si pudiera usted quedarse hasta que yo haya descansado un poco y pueda reunirme con ustedes, le estaría eternamente agradecido.

Watson se ruborizó halagado.

—No faltaría más, Holmes. Encantado de ayudar.

—No creo que se pueda estar en manos más seguras que en las de Watson, Gregory —aseguró Holmes—, y su presencia no alertará a Moran como lo haría uno de sus hombres. —Holmes se volvió de nuevo hacia Watson—. Los hombres de Gregory estarán en guardia por si Moran intenta algo pero, dado que no hay forma de que esté al corriente de la confesión de Neale, no veo razón alguna para que lo haga.

—En ese caso —anunció la señora Hudson—, no tendré inconveniente en que Flotsam le acompañe, doctor Watson, en caso de que desee usted mandar algún mensaje a Baker Street.

El doctor Watson sonrió afectuosamente.

—¡Excelente! Me complacerá muchísimo disfrutar de su compañía, señora Hudson. Nos iremos de inmediato.

Sin embargo, antes de marcharnos ocurrió otro pequeño incidente. Llamaron a la puerta principal y abrió el lacayo, quien condujo a un niño pequeño hasta nuestra

presencia.

—Mensaje para el señor Holmes —anunció el chiquillo con firmeza, como si se tratara de un hecho existencial indiscutible.

—Me temo que el caballero se encuentra un tanto indispuerto —repuso la señora Hudson con delicadeza, señalando el brazo vendado—. Puedes entregársela al inspector Gregory.

Así pues, mientras Watson hurgaba en sus bolsillos en busca de una propina, Gregory abrió la nota y empezó a leer.

—«Estimado señor Holmes» —leyó antes de interrumpirse—. ¿Está seguro de que no desea leerla usted mismo, señor?

—En absoluto, Gregory. No recibo correspondencia de carácter personal y el hecho de que esta nota haya sido remitida a esta dirección entraña un gran interés en sí mismo.

Gregory asintió y siguió leyendo.

Estimado señor Holmes:

Debe usted perdonarme por la forma tan descortés en que me he visto obligado a conocerle esta tarde. Habría preferido que nuestro primer encuentro se hubiera producido en circunstancias más agradables. Sin embargo, somos todos servidores del azar y lamento que haya sido preciso causarle una herida insignificante. Tenga la seguridad de que si mi intención hubiera sido la de ocasionarle un daño irreparable, no estaría usted leyendo la presente nota en estos instantes. Considere mi contención como un homenaje a su reputación y a la esperanza de que podamos volver a vernos en circunstancias más propicias.

Necessitas non habet legem.

MELMOTH

—¡Melmoth! —exclamó Watson—. ¡Menuda impertinencia!

—Sin embargo, el limpio orificio en la frente de Neale indica que no se jacta en vano de su buena puntería, amigo.

Gregory estaba desconcertado.

—¿*Necessitas non* qué? —preguntó en voz alta.

—«La necesidad carece de ley», señor —le informé, recordando las palabras de mi profesor de latín, con su chirriar de cubiertos, cuando solía dar rienda suelta a su apetito y regalarse con los pasteles de la señora Siskin.

—Melmoth era el nombre empleado por el misterioso colaborador de Neale —explicó Holmes a Gregory—. Al parecer, este individuo es responsable de más crímenes que el que acabamos de presenciar. Neale estaba a punto de revelar su identidad cuando cayó.

A continuación se volvió hacia el niño, que seguía plantado con determinación frente a él, mirando con descaro los bolsillos del doctor Watson.

—¿Quién te ha dado esta carta? Te ganarás una moneda si contestas con claridad.

—El caballero, señor.

—¿Y quién era ese caballero, jovencito?

—El caballero que me ha dado la carta, señor.

—Una lógica impecable. Bien, empezaré de nuevo. ¿Conocías de antes a ese caballero?

—No lo había visto en mi vida. Entró en el Red Lion y le preguntó al dueño si había algún chico que pudiera llevar un mensaje.

—¿Y cómo era el caballero?

El testigo se mostró un tanto desconcertado, como si nunca se hubiera parado a pensar que los caballeros no tenían todos el mismo aspecto. Sin embargo, no se dio por vencido y tras reflexionar unos instantes expresó su opinión.

—Era un caballero moreno, señor. Nada gordo. Y llevaba puesto un abrigo negro.

El señor Holmes sopesó la información por un momento.

—Gracias —concluyó—. Una descripción admirable, ciertamente. He conocido a miembros del gremio que no llegan ni con mucho a ofrecer tal lujo de detalles. Gregory, en vista de que Watson no parece tener suelto, tal vez pueda usted recompensar a este pequeño por su labor. Mientras tanto, dispongámonos ya a marchar.

La señora Hudson aguardó a que hubiera un coche esperando en la puerta y el señor Holmes se dispusiera a salir a la calle para detenerlo con discreción y llevarlo a un lado.

—Me preguntaba qué opinión le merecería esto, señor.

Vi que le pasaba un cenicero de mármol que Holmes tomó con la mano sana para someterlo a una minuciosa observación.

—¿Cenizas de tabaco, señora Hudson? Precisamente he escrito una monografía acerca de este tema. —Volvió a mirar el cenicero, ajeno de repente a los caballos que relinchaban frente a la puerta principal—. Cenizas de cigarrillo —concluyó finalmente—. Y de una marca cara. Fíjese en la fina textura de la ceniza. ¿Egipcio, tal vez?

La señora Hudson dejó escapar una lenta y larga bocanada de aire.

—¿Egipcio, señor? Ya me parecía —murmuró.

Holmes le lanzó una mirada elocuente.

—¿Cree usted que esto puede ser útil, señora Hudson?

La señora Hudson se volvió ligeramente y sus ojos se cruzaron con los míos.

—Ya lo creo, señor —respondió—. Creo que podría ser decisivo.

13. El centinela errante

La tarde de noviembre había empezado a caer mucho antes de nuestra marcha de Cavendish Street, y anoecía ya cuando el doctor Watson y yo llegamos a la residencia de Moran. El drama ocurrido horas antes nos había dejado exhaustos y taciturnos, y nuestro viaje transcurrió en medio de un silencio absoluto. Portman Street es una vía muy concurrida que desemboca en Oxford Street y la arrolladora muchedumbre londinense invadía las calles. Los vendedores ambulantes conducían trabajosamente las carretillas a través del fango, dirigiéndose hacia el sur y luego hacia el oeste, donde la actividad no había hecho más que empezar; y riadas de dependientas y vendedores vestidos con chaleco avanzaban en dirección opuesta, hacia al norte y de vuelta a casa por calles menos iluminadas. Al apearnos del coche, recibimos el saludo de un policía uniformado que nos miró con un brillo en los ojos.

—Buenas noches, señor. Buenas noches, señorita. El inspector Gregory ha mandado avisarnos de su llegada. Por esa puerta se va a casa del señor Moran, señor. Le mostraré el camino.

—Gracias, agente, pero no hace falta que me acompañe. ¿Algo de lo que informar?

El brillo en los ojos del policía se intensificó de forma notoria.

—Bueno, se ha perdido usted toda la diversión, señor. Hace tan solo unos minutos hemos tenido un poco de jaleo. Lo más gracioso que he visto en todo el año. Mire, ¿ve a ese de ahí, señor? —preguntó el agente señalando hacia un hombre vestido con un abrigo insulso y un sombrero informe apostado en un portal—. Ese es O'Donnell. Se encargaba de hacer esta ronda antes que yo, pero ahora lo han ascendido a un puesto mejor. Por eso va de paisano. La única diferencia que veo entre nosotros, la verdad, es que él tiene que estar ahí parado custodiando esa puerta, mientras que yo tengo que vigilar patrullando arriba y abajo. Pero eso es lo que significa un ascenso, ¿no? En fin, el caso es que hace unos diez minutos un grupo de chicas bien alegres venía calle abajo por ahí. Todas muy pintadas, menudos pimpollos, y perdone usted la expresión. —Miró un tanto avergonzado en mi dirección.

»Debían de ir borrachas de ginebra antes de empezar su ronda nocturna, porque estaban armando un follón tremendo, cantando, gritando y todo eso. Yo me disponía a hacerlas circular cuando se acercaron en masa a O'Donnell. No sé qué verían en él, pero de repente las tenía a todas alrededor, dándole palmaditas en las mejillas y actuando con ese descaro que ya imagina usted. Vi que O'Donnell no sabía qué hacer y que me miraba reclamando mi ayuda, y estaba pensando que por lo que cobraba de más bien podía librarse él solito de aquel lío cuando vi que las chicas llegaban a las manos.

El recuerdo de lo sucedido le provocaba aún la risa.

—Menuda pelea de gatas, con O'Donnell en medio tratando de salir del barullo y dos chicas arañándose y tirándose de los pelos mientras las demás les gritaban.

Vamos, que llegaron a parar el tráfico, no le digo más. Cinco minutos me costó separarlas y hacer circular a la muchedumbre. Cuando se acabó todo, me volví hacia O'Donnell y le dije: «No pasa nada, hombre. Tú quédate ahí quieto y no dejes que te vean, como te ha dicho el sargento». ¡Tendría que haber visto su cara, señor!

Pero estaba claro que al doctor Watson no le hacía ninguna gracia.

—Me temo que la comicidad de la situación se me escapa, agente. Al margen del comportamiento de esas... eh... damas —se atrancó el doctor Watson, mirándome avergonzado—, es obvio que el incidente desvió su atención del objetivo que se le había encomendado vigilar.

El policía recompuso su rostro con una máscara de formalidad profesional.

—Sí, señor. Quiero decir, que no fue más que un minuto, señor. Ahora mismo subo a comprobar que esté todo bien.

—No es necesario que suba, agente. Iré yo mismo. Por favor, manténgase cerca de aquí y no permita entrar a nadie hasta que lleguen el inspector Gregory y el señor Holmes dentro de unas horas.

El doctor Watson aún farfullaba airado para sí mientras subía por las escaleras.

—No me gusta, Flottie —mascullaba una y otra vez—. Todo esto me huele muy mal.

Y si el doctor Watson no estaba de humor, menos lo estaba nuestro anfitrión, como no tardaríamos en comprobar. La expresión del rostro del señor Moran al abrimos la puerta revelaba una mezcla de enfado y desconfianza.

—Ah, Moran —dijo el doctor Watson—. El señor Holmes me ha pedido que me pase por aquí para ver si va todo bien. Espero que no haya tenido usted ninguna visita inesperada en los últimos minutos.

—¿Visitas? —Moran parecía nervioso—. Absolutamente ninguna... salvo la suya.

Moran no hizo amago alguno de invitarnos a pasar.

—Entenderá usted, señor, que es el deseo expreso del señor Holmes que me quede con usted unas horas cuando considera que su seguridad puede correr peligro.

—Doctor Watson, me pilla usted en el momento más inoportuno. Tengo varias reuniones de negocios que atender aquí esta noche. Su presencia no serviría de mucho.

—Entonces ¿espera usted recibir visita más tarde, señor Moran? Muy bien, no veo inconveniente alguno en que nos quedemos hasta que lleguen.

Moran me miró con recelo. La puerta seguía entreabierta no más de un palmo. El doctor Watson empezó a perder la paciencia.

—Diantre, señor, estas no son formas de recibir a nadie. Flotsam, aquí presente, me acompaña por si tengo que enviar un mensaje al señor Holmes. ¡Ya hemos tenido bastantes complicaciones en lo que va de día y no pienso pasarme el resto negociando en su puerta como un maldito comerciante! —Watson hizo una pausa para lanzar a Moran una mirada de franca antipatía—. Tal vez le interese saber que Neale está

muerto.

—¿Muerto? —La noticia pareció caerle de forma tan imprevista como un porrazo en medio de un callejón. Moran retrocedió para abrir la puerta del todo—. Le ruego que me perdone por mi falta de hospitalidad, doctor Watson. Mi criado se ha marchado fuera unos días y, como usted sabe, vivo en un estado de preocupación constante.

Nos condujo hasta un oscuro salón alumbrado por dos lámparas de pantalla verde y un fuego llameante. El hogar se veía flanqueado por sendos sillones verdes, entre los cuales había un sofá a juego. Sobre una mesa situada a un extremo reposaba una licorera y dos vasos.

—Por favor, tomen asiento, se lo ruego. Doctor, permítame servirle una copa. ¿Le va bien un *whisky*? —Moran nos indicó con insistencia que nos sentáramos en los sillones, pero el doctor Watson no tenía visos de calmarse.

—Veo que su preocupación es tal que se complace en permitir que su criado se marche dejándolo solo.

—Penge es más que un criado para mí, doctor Watson. No me veo capaz de negarle que vaya a visitar a su familia cuando la pérdida de un ser querido así lo impone.

El doctor Watson pareció avergonzarse al oír aquello, pero vi que su aversión hacia Moran, generada por el relato de Neale, no le resultaría fácil de dominar.

—¿Y ahora mismo está usted solo, Moran? —Miró alrededor con recelo—. ¿Ha visto u oído algo extraño en los últimos minutos?

—Nada excepto un pequeño alboroto en la calle. En estos momentos estoy solo, doctor. Un estado que esperaba se prolongara un rato más.

—¿Qué hay tras esa puerta? —preguntó Watson señalando una segunda puerta del salón que daba al resto de la casa.

—Un comedor, los dormitorios. Tal vez le interese inspeccionarlos.

Watson emitió un leve carraspeo y apartó la mirada, pero Moran tenía sus propios motivos para proseguir con la conversación. Comenzó a hacernos preguntas acerca de la muerte de Neale, preguntas que el doctor Watson eludía en su mayor parte con un aire de estupidez y perplejidad que no transmitía sino una información de lo más exigua. Moran pareció quedarse un tanto atónito ante lo poco que averiguó, como si no acabara de entenderlo. A los pocos minutos, frente a la reticencia del doctor Watson a ampliar la noticia, la conversación derivó hacia un silencio insatisfecho, roto únicamente por los ocasionales chasquidos del carbón en el fuego.

Moran parecía no encontrar la manera de tranquilizarse.

—De veras, doctor Watson, su presencia aquí se me antoja un tanto absurda. Me consta que ya hay un agente de policía frente a mi puerta. Debo preguntarle cuánto tiempo piensan quedarse. Entenderá usted que tengo unos asuntos de negocios confidenciales que atender.

El doctor Watson miró alrededor de forma significativa.

—No veo en qué podemos molestarle Flottie y yo.

—Tengo que preparar unos documentos.

—Haga usted lo que deba, señor. —Señaló con un gesto de la mano la mesa que tenía enfrente—. Me he comprado un periódico vespertino de camino aquí, así que estaré entretenido.

—Está bien —repuso Moran fríamente—. Les ruego que me disculpen un instante. —Salió de la habitación para regresar un par de minutos más tarde con un periódico suyo, y envueltos en un silencio violento nos acomodamos los tres a la espera de que llegara el señor Holmes. A falta del consuelo de la lectura, me quedé mirando el fuego y traté de buscar explicación a lo que había visto y oído aquel día.

En la descripción de Melmoth resultaba difícil no ver la sombra maquinadora de Fogarty, con sus cigarrillos egipcios y su pasión por ejercer poder sobre los demás. Si eso era así, podía llegar a entender que Fogarty se hubiera visto en la necesidad de matar al señor Neale para protegerse. Pero ¿por qué razón temía ahora la señora Hudson por el señor Moran? ¿Qué conexión existiría entre los dos? Desde luego, la noticia de la muerte de Neale no parecía haber amedrentado a Moran. No cabía duda de que había reaccionado con verdadera sorpresa —con perplejidad, incluso—, pero en ningún momento pareció preocupado por su propia seguridad. ¿Estaría actuando? Desvié la mirada hacia donde estaba sentado, absorto por lo visto en la lectura. Saltaba a la vista que estaba enojado e impaciente ante nuestra intrusión, pero costaba creer que bajo aquella apariencia de dureza hubiera un solo atisbo de sospecha de peligro. En todo caso, irradiaba una sensación apenas perceptible de triunfo, un indicio en sus ojos de que el desarrollo de los acontecimientos le venía realmente bien.

Tal vez la señora Hudson estuviera equivocada. Quizá Fogarty no supusiera en absoluto un peligro para Moran. En tal caso, no deberíamos estar sentados junto al fuego, permitiendo que la búsqueda de Fogarty languidciera. Por el contrario, deberíamos estar siguiéndole la pista, buscando testigos, cerciorándonos de que no tuviera forma de escapar. Mientras contemplaba las llamas, se me empezó a ocurrir un plan. Tal vez hubiera un modo de descubrir lo que tramaba Fogarty aquella noche, averiguando quizá dónde había pasado la tarde. Puede que Fogarty fuera un hombre perspicaz, pero me constaba que alguno de sus socios se distinguía por lo contrario. Si yo lograba averiguar algo, un hecho revelador siquiera, las cosas podrían cambiar. Pensé en el muchacho rubio. ¿Estaría condenado realmente a morir en la miseria? Tal vez bastara cierta información para salvarlo.

Observé de nuevo la escena en que me hallaba. El doctor Watson y el señor Moran seguían entregados, con semblante serio, a la silenciosa contemplación de su aversión mutua. Fuera se encontraban los hombres de Gregory y el señor Holmes, que acudiría más tarde. Poco podía hacer yo metida allí dentro; sin embargo fuera...

Una vez tomada la decisión, tosí con suavidad y me incliné hacia el doctor Watson.

—Señor, creo que será mejor que me vaya. Estoy un poco mareada y tal vez me venga bien tomar el aire.

El doctor Watson se deshizo en disculpas.

—Por supuesto, Flotsam. Aquí no hay mucha diversión para ti. Debería haber caído...

El señor Moran se puso en pie cuando me levanté para irme y le hice una reverencia formal.

—No es preciso que se moleste en acompañarme hasta la puerta, señor.

Y, dicho esto, salí con sigilo a la escalera y me marché.

De nuevo en la calle, me detuve un instante para mirar alrededor. El volumen de gente apenas había menguado, a pesar de que ya estaba más oscuro y el frío dejaba ver sus intenciones. Al otro lado de la calle, el agente de patrulla me saludó tocándose el sombrero. En alguno de aquellos portales, su rival estaría anotando a toda prisa mi reaparición en un cuaderno. Volví a mirar alrededor con impaciencia y entonces percibí el sonido bajo del silbato que estaba esperando oír. Scraggs emergió de la sombra de un arco y empezó a hacerme señas con movimientos frenéticos.

—Ven aquí, Flot —susurró mientras me acercaba—. La señora Hudson me ha dicho que no me deje ver, lo cual no es nada fácil con la calle llena de gente que vigila la misma puerta. Ya puestos, podríamos juntarnos todos y hacer turnos. —Hizo una pausa para mirarme de arriba abajo—. Vestida así pareces una dama de verdad, Flot. Últimamente hay veces que casi no te reconozco. ¿Vas de vuelta a Baker Street?

Negué con la cabeza.

—Escúchame, Scraggs, ¿sabes que el señor Neale está muerto?

Se apresuró a asentir.

—Sí. Me acabo de enterar por ese poli. ¿Quién lo ha matado?

—No se puede decir con seguridad, pero creo que puedo averiguar algo que ayudará a descubrirlo. Como por aquí parece que está todo tranquilo, he pensado en probar suerte.

Scraggs parecía indeciso.

—No sé... —dijo frotándose el mentón con el dorso de la mano—. Ese follón de antes. Parecía demasiado bien hecho. Me ha hecho pensar si no estaría pasando algo de verdad.

—¿Ha entrado alguien en el edificio de Moran?

Negó con la cabeza en un gesto de impotencia.

—No lo creo, pero ha habido un momento que la gente se ha puesto en medio y no me dejaban ver la puerta.

—Bueno, ahora mismo no hay nadie allí arriba. Mira, estoy segura de que la señora Hudson se dejará caer por aquí esta noche. Si la ves, dile que volveré pronto.

Scraggs torció el gesto.

—No me gusta cómo suena eso, Flot. Vas a andar por ahí metiéndote en líos y ya tenemos bastantes con lo que hay ahora. —Miró alrededor con impaciencia, como si

advirtiera de repente que tenía las manos atadas—. Le he prometido a la señora Hudson que estaría alerta, y eso es lo que mejor se me da. Pero sabes que si no te acompañaría, ¿verdad, Flot?

—Sí, ya lo sé. —Y por un instante nos miramos con seriedad.

—Pues entonces ten cuidado —gruñó, y sin darme tiempo a decir nada volvió la mirada hacia el portal de Moran y dejó que me alejara hasta que me confundí con la multitud sin despedirse de mí.

Sin despegarme de las calles bien iluminadas, caminé en dirección este tan rápido como pude entre la muchedumbre arrolladora. Aunque estaba oscuro, la niebla aún no había hecho acto de presencia y durante una breve hora Londres adoptaba la apariencia de un inmenso decorado, con riadas de gentes pasando por delante de teatros y salas de espectáculo en una y otra dirección, arracimándose en corrillos alrededor de los artistas callejeros o saliendo de una vía principal para adentrarse en los callejones, donde se cernían cual oscura promesa infinidad de posibilidades. Alrededor de las nueve de la noche, la niebla de noviembre se apoderaba de la ciudad y convertía hasta al jaranero más bullicioso en poco más que transeúntes apagados tratando de avanzar medio a ciegas de lámpara a lámpara. Pero de momento yo no tenía problemas para avanzar en la oscuridad y no tardé mucho en llegar a la gran plaza de Bloomsbury, donde vivía el señor Spencer. Las luces encendidas en todas las ventanas de la casa ofrecían una calurosa acogida, pero esta vez pasé por alto la puerta principal y seguí adelante en busca de la siguiente esquina a la derecha, la cual conducía a la parte trasera del edificio a través de un angosto pasaje. Allí di con la puerta de servicio, a la que procedí a llamar con toda la fuerza de la que fui capaz.

Me abrió una criada con cofia y delantal que miró mi elegante vestido y abrigo negros sin saber qué pensar. Desde detrás de ella me llegaba el calor de la casa.

—Necesito hablar con el señor Reynolds, por favor —anuncié con firmeza, y en aquel preciso instante el propio mayordomo apareció a su espalda. Aunque despojado de chaqueta y corbata, seguía teniendo un aspecto más aristocrático que la mayoría de los condes.

—¡Caramba! —exclamó—. Pero si es la joven amiga de la señora Hudson. ¿Qué le trae por aquí a estas horas, señorita?

—Tengo que encontrar a la señorita Peters —expliqué—. Es importante, pero ni siquiera sé dónde vive. Pensé que quizá usted podría ayudarme.

Si, como me dio la impresión, aquella explicación suscitaba más preguntas de las que contestaba, Reynolds no pareció tener reparo en aceptarla como la más natural de las explicaciones.

—No faltaba más, señorita. Pase usted a resguardarse del frío. —El señor Reynolds me condujo a través de la cocina, donde un lacayo en mangas de camisa me saludó sobresaltado con una reverencia, hasta una acogedora sala trasera llena de ilustraciones de caballos de carrera—. Verá, la señorita Peters es la pupila del conde, así que pasa aquí gran parte del tiempo, pero de hecho reside con su tía, la señora

Gresham, cerca de St. James. Sin embargo, puesto que es una joven dama tan llena de vida, no creo que se encuentre en casa a estas horas.

El mayordomo se volvió hacia la puerta.

—James —llamó—, ¿tendrías la bondad de atendernos un instante?

El lacayo acudió a la llamada a toda prisa y me honró con una leve inclinación de la cabeza.

—James, ¿sabes por casualidad qué planes tenía la señorita Peters para esta noche?

—Creo que dijo que esta noche iría a casa de los Fitzroy, señor Reynolds, pero, a juzgar por sus hábitos, no creo que acuda a la cita muy temprano. Probablemente la encontrará en casa de su tía hasta dentro de una hora o así.

—Muy bien, James. ¿Sabe si Carrington pensaba sacar el carruaje del conde esta noche?

—Creo que se ha comentado algo sobre la posibilidad de que el señor Spencer saliera esta noche, pero al final ha decidido quedarse a estudiar. Y en vista de que el conde no se moverá del club, supongo que Carrington estará quitando ahora mismo los arreos a los caballos, señor Reynolds.

—Gracias. ¿Puedes ir a avisarle antes de que lo haga y decirle que vaya a buscar a la señorita Peters a casa de su tía con un mensaje de la señorita Flotsam? Ya le darán las damas más instrucciones después.

—Muy bien, señor Reynolds. —Y, acompañando una respetuosa inclinación de la cabeza en mi dirección con un atisbo de guiño apenas perceptible, James partió presto a cumplir con su recado.

Una vez asumido el control, el señor Reynolds reanudó la conversación como si semejante situación formara parte de la rutina diaria.

—Probablemente deseará ir a recoger a la señorita Peters usted misma, pero creo que resultaría apropiado remitirle una nota a su llegada. ¿Se le ocurre cuál podría ser el contenido de dicha nota?

Yo nunca había hecho nada semejante, pero mi plan improvisado estaba saliendo mucho mejor de lo que me esperaba y me sentía movida por un estado de alerta palpitante.

—¿Podría decirle simplemente que me gustaría mucho hablar con ella en caso de que le viniera bien?

Reynolds pareció sopesar mis palabras con detenimiento.

—Si me permite un consejo, señorita, conociendo como conozco a la señorita Peters desde hace ya tantos años, creo que un mensaje más contundente obtendría mejores resultados. Lejos de querer redactar el mensaje en su nombre, sospecho, no obstante, que algo del estilo «Importante suceso. Acuda de inmediato» prestaría un mejor servicio a su propósito.

Así pues, siguiendo el espíritu de la propuesta de Reynolds, redacté la nota empleando un gran número de signos de exclamación. El mayordomo se arrellanó

cómodamente en su asiento y me observó mientras escribía.

—Otra de las aventuras de la señora Hudson, imagino. ¡Ah, qué excelente mujer! Aunque han pasado ya algunos años desde entonces, ninguno de nosotros ha olvidado la gran ayuda que supuso para el conde cuando surgió aquel problema con el pastelero y el testamento de Dowager. Ya lo creo, en aquellos tiempos el conde era un tanto alocado, aunque hoy día nadie lo diría. Ahora es un verdadero ogro. El señor Rupert confía en que el conde financie un laboratorio en toda regla donde poder desempeñar su trabajo, pero le han hecho saber bien claro que a la primera que ande de jarana el dinero tomará otro rumbo. Así que ahora el joven caballero apenas osa salir por miedo a meterse en uno de sus líos.

Y así transcurrió un pacífico cuarto de hora durante el cual pude organizar mis ideas con cierta apariencia de orden. Así pues, cuando me vi de camino a St. James traqueteando dentro del mismísimo carruaje del conde, ya tenía un plan, por decirlo así, y demasiadas ideas en la cabeza para dar cabida a la preocupación. La señorita Peters reaccionó ante mi nota tal y como había predicho Reynolds; saltó al interior del carruaje con un grito de entusiasmo apenas dos minutos después de haberla yo entregado.

—¡Flottie! —exclamó estrechándome en un calurosísimo abrazo—. ¡Eres un ángel! ¡Llevo toda la vida oyendo hablar de las andanzas de la señora Hudson, pero nunca imaginé que se dignarían hacerme partícipe! Siempre he creído que era demasiado tonta para algo así. Pero ¡aquí estoy! Tenía preparado el más espléndido de los vestidos para ir a casa de los Fitzroy, pero esto va a ser sin duda mucho más divertido. Al final me habría tocado bailar con el chico de los Walter, que es soberanamente aburrido, aunque guapísimo, por supuesto, además de un magnífico bailarín, así como un héroe de guerra y todo lo demás, lo que en mi opinión viene a demostrar que ganar medallas está muy bien, pero eso no convierte a nadie en la mejor de las compañías, ¿verdad? Incluso Rupert tiene más conversación, y eso que a veces puede resultar de lo más aburrido, con todas esas fórmulas y cosas suyas.

La joven pegó un pequeño bote en el asiento y se asomó por la ventanilla.

—¡Vaya, pero si aún seguimos aquí! ¿No deberíamos estar de camino a alguna parte a toda prisa? ¿Y adónde vamos? No podemos dejar que Carrington se quede ahí fuera sentado toda la noche, con el frío que hace.

Le pasé la dirección de la casa de Fogarty, y tras unas palabras entrecortadas dirigidas a nuestro cochero, el carruaje reanudó la marcha en la oscuridad.

—¿No es esa la dirección de los Fotheringay? —preguntó la señorita Peters con el ceño un tanto fruncido cuando se reclinó de nuevo en su asiento—. Oh, Flottie, no puedo ir a verlos, imposible. Los Fotheringay son una familia importantísima cuyo linaje se remonta casi a los tiempos de Adán, a mí no me conocen de nada y ni siquiera voy vestida para la ocasión. ¿O se dice a los tiempos de Eva? Ay, nunca estoy segura. Por favor, Flottie, dime que no se trata de los Fotheringay.

Con mucha calma, hablando sin pausas para no dar pie a posibles interrupciones,

traté de explicarle mi plan. Al cabo de unos instantes empezó a escucharme con seriedad y hasta que concluí no despegó los labios. Cuando lo hizo, adoptó un tono de verdadera preocupación.

—Oh, Flottie, de veras que no puedo. No puedo presentarme así como así en casa de los Fotheringay. Estaría totalmente fuera de lugar. Haría el ridículo más espantoso. ¡Al conde le daría un ataque!

Me detuve a considerar aquel contratiempo. Había dado por sentado que alguien como la señorita Peters conocía a todo el mundo y tendría el mismo trato con los Fotheringay que tenía con el señor Spencer. En ningún momento se me había pasado por la cabeza que pudiera suponerle una dificultad colarse hasta el salón de los Fotheringay y sacar al cabeza de familia toda la información que yo buscaba. Me la había imaginado sellando el destino de Fogarty mientras los dueños de la casa se ofrecían agradecidos a testificar en su contra. Ahora debía reconsiderar mi plan y, para acabar de empeorar las cosas, el carruaje se detuvo a tan solo unas puertas de nuestro destino.

—¿De veras no los conoces de nada? —pregunté con desesperación.

—Bueno, he coincidido con ellos en fiestas, pero los Fotheringay son gente muy seria, Flottie. Al señor Fotheringay siempre lo reclaman para que asesore al primer ministro sobre la política que debemos adoptar con relación al Turquestán, a Trichinopoly y todos esos sitios. No tendrían ni la más mínima idea de quién soy yo ni siquiera aunque me plantara en su puerta y les pusiera mi tarjeta de visita delante de las narices.

De repente, se me ocurrió una idea.

—Entonces ¿podrías hacerte pasar por otra persona?

Abrió la boca para descartar de plano aquella sugerencia pero no llegó a articular palabra. Durante cinco segundos enteros permaneció sin habla, algo sin precedentes, y cuando rompió el silencio lo hizo con apenas un hilo de voz.

—Pues supongo que sí, ahora que lo dices. —Le vino una idea a la mente y de repente el rostro se le iluminó de nuevo—. ¿Sabes qué? ¡Podría hacerme pasar por alguien inventado! ¡Un personaje interesante y estrafalario! Es evidente que si están en casa se negarán a recibirme pero veré si ese ser repulsivo de Fogarty responde a la puerta. Y si no lo hace, pues... pues ¡interrogaré a la criada! ¡Será divertido! La verdad es que siempre me he preguntado qué se sentiría al ser una de esas mujeres tan serias que se presentan en casa de alguien en el momento más inoportuno para hablar horas y horas sobre una buena causa. Nadie parece ver en ello un comportamiento extraño, aunque más de una vez me he preguntado por qué no las echan mucho más a menudo de lo que parece. Y si a ellas no les pasa nada, ¿por qué me va a pasar a mí?

Se abalanzó con ímpetu hacia la puerta del carruaje, donde Carrington aguardaba cortésmente para ayudarla a bajar.

—¡Deséame suerte! —exclamó de manera histriónica y, cuando parecía a punto de desaparecer, se detuvo de golpe y se volvió hacia mí con una expresión de suma

seriedad en el rostro—. Flottie, tú no crees que yo pueda ser una «sufragista» de esas, ¿verdad? —Antes de terminar la pregunta, su rostro había empezado a iluminarse de nuevo—. No, claro que no. ¡Pero si no tendría la menor idea de lo que estaría hablando!

Aguardé con inquietud mientras la veía avanzar calle abajo, temiendo en parte que le impidieran el paso al llegar a la puerta principal. Sin embargo, esta se abrió de inmediato en respuesta a su llamada y la señorita Peters desapareció por el resquicio de luz.

Resultaba difícil calcular el tiempo transcurrido en el silencio acolchado del carruaje. Carrington había vuelto a subir al pescante y los arreos de los caballos tintineaban de tanto en tanto. La niebla se arremolinaba en torno a las ventanas de las grandes mansiones como si esperara traspasar los cristales para apagar las luces brillantes que alumbraban el interior. Justo cuando empezaba a impacientarme, la puerta roja se abrió y reapareció la señorita Peters, que dio media vuelta con un elegante saltito para regresar de nuevo al carruaje pisando el pavimento con paso firme.

—Flottie —empezó con entusiasmo al subir de un brinco y sentarse a mi lado—. ¡Me he hecho pasar por una despistada filántropa de Battersea! ¿No te parece fantástico? ¿Crees que me va el papel? Nunca en mi vida he sido más convincente. No sé dónde habré aprendido tanto de obras benéficas y todo eso. De papá seguro que no. Y desde luego no tengo del todo claro por dónde cae exactamente Battersea. Pero te puedo asegurar que la he engañado de todas todas.

—¿A quién? ¿A la señora Fotheringay?

—No, tonta. A la criada. La señora Fotheringay no estaba. Ni el señor Fotheringay. Ni el mayordomo tampoco, por lo visto. No había nadie en casa.

—Entonces ¿qué has averiguado? —Silabeé las tres últimas palabras para que se entendieran con claridad. Era una forma de hablar que había observado en más de una ocasión en el señor Spencer y hasta entonces siempre me había parecido un tanto desagradable, pero en aquel momento se me antojó de absoluta necesidad. La señorita Peters sonrió con dulzura y adoptó una expresión totalmente impasible.

—Bueno, primero le he preguntado por la señora Fotheringay y luego por el señor Fotheringay, y la criada, que parecía más bien de rango inferior, me ha contestado que no estaban en casa, pero lo ha dicho de esa manera que significa que de verdad no están en casa, no de esa otra que da a entender que sí están. Entonces le he explicado que había venido la semana pasada en nombre de la Sociedad para la Propagación de las Causas Sagradas y que creía que me había dejado las gafas, y me ha dicho que no le constaba que se hubieran dejado nada allí, y entonces le he preguntado si podía hablar con el amable mayordomo que me había atendido en mi visita anterior. Al oír eso se ha sorprendido un poco, como si se hiciera cruces de que alguien lo calificara de amable, y me ha dicho que hoy el señor Fogarty estaba fuera cumpliendo con otras obligaciones y que si quería hablar con el ama de llaves en su lugar. Y, claro, con eso

ya me había dicho una de las cosas que querías saber, así que ya no necesitaba hablar con el ama de llaves, pero he pensado que debía hacerlo, para guardar las apariencias, así que hemos mantenido una larga charla acerca de las causas sagradas, sobre las que parecía saber menos incluso que yo, que ya es decir, pues para ser sincera no sé absolutamente nada al respecto. Y luego me he ido.

La señorita Peters se reclinó en el respaldo con un suspiro de satisfacción.

—Creo que no he podido hacerlo mejor, ¿no crees, Flottie? Bueno, ya sé que esperabas que los Fotheringay me dijeran exactamente dónde había estado su mayordomo todo el día, pero mi representación no ha sido del todo inútil, ¿verdad?

Le apreté ligeramente el brazo. Ahora que sabía que Fogarty se había ausentado de casa de los Fotheringay aquel día, era el momento de pasar a la siguiente fase de mi plan. Dedicué a la señorita Peters otra sonrisa.

—Gracias. Lo has hecho de maravilla. Ahora debo irme. Cuando salga, dile a Carrington que te lleve de vuelta a casa. Yo podré arreglármelas sola y luego he de volver con el doctor Watson. La noche se le debe de estar haciendo eterna.

—Flottie, querida, no creerás ni por un instante que Carrington y yo vamos a dejarte sola vagando con esta niebla. Carrington se escandalizaría si hiciéramos una cosa así. Te esperaremos aquí. Me gusta esperar, de veras, y a Carrington siempre se le ha dado muy bien. Me entretendré imaginando la cara que pondrá Rupert cuando le cuente que me he pasado la noche hablando de obras benéficas.

Me pareció inútil llevarle la contraria y era innegable que ante la tranquilidad de saber que tendría el carruaje del conde esperándome me sentía un poco más valiente. Sin embargo, cuando Carrington me ayudó a apearme y me vi en medio de la noche, noté que la sangre me latía con una fuerza inusitada en las sienes. Con aquel ritmo de acompañamiento, respiré hondo y me dispuse a dejar atrás la gran plaza para adentrarme en la oscuridad de la parte trasera del edificio.

La luz azul que incidía sobre la zona de las escaleras hacía que la noche pareciera más fría y la niebla más espesa. El callejón ofrecía el mismo aspecto húmedo e inhóspito que la última vez que me había aventurado a entrar en él, y en esta ocasión me cuidé de pasar por delante del arco donde se había escondido Smale. En las dependencias de la servidumbre se veían luces encendidas, que proyectaban cuadrados de luz sobre las escaleras de hierro. Al principio no me oyeron llamar, pero tras dos o tres intentos más oí la voz de Smale al otro lado de la puerta.

—¿Quién diablos será? Ve a ver, vamos.

Apareció ante mí una muchacha pálida un año más o menos menor que yo, que abrió la puerta con una mirada de terror, como si toda tarea comportara inevitablemente una mala ejecución de la misma o un castigo. Yo podría haber sido aquella chica, pensé, si el destino y un repollo robado no hubieran intervenido.

La joven abrió los ojos de sorpresa al verse ante una señorita con un abrigo y sombrero decentes, como si nunca hubiera tenido la ocasión de atender a semejante

visita.

—Me gustaría hablar con Smale —le dije con mi tono más amable.

—Es una dama para usted, señor Smale —anunció con timidez, y profiriendo una maldición Smale salió a la luz desde la sala trasera. Llevaba una camisa sucia remangada de cualquier manera y todo él tenía el aspecto de bruto que yo sabía que era. Al verme en la puerta también él me miró con asombro.

—Pero si es Flotsam. Conque has decidido volver a buscar trabajo, ¿eh? ¿Qué pasa, que los señorones finos no pagan?

—Necesito hablar con el señor Fogarty, Smale. Tengo noticias urgentes para él.

—¿En serio? —Su expresión de sorpresa dio paso a aquella mirada lasciva más normal en él—. ¿Y de qué se trata?

—De algo que solo nos incumbe a mí y al señor Fogarty. ¿Puedo hablar con él?

Se enderezó y apoyó una mano en el marco de la puerta, unos centímetros por encima de mi cabeza.

—¿Y qué me impide sacártelo ahora mismo? —Me miró de arriba abajo—. Otra vez vas de punta en blanco. Me encantaría sacudir a alguien que va de señoritinga, aunque en el fondo sé que viene del arroyo.

Le miré con un rostro frío e inexpresivo como el que jamás había mostrado.

—Puede que el señor Fogarty piense que obtendrá más de mí si no se me fuerza. ¿Dónde está?

—Fuera. —Smale se mostraba ahora un tanto inseguro de sí mismo, al verse su instinto intimidatorio refrenado por el miedo a la ira de Fogarty.

—¿Dónde?

Esbozó una sonrisa taimada.

—Hay que ver, cuánto misterio. ¿A qué viene tanto interés por verle de repente?

—Quería información sobre el caso de Moran y la he conseguido. Una información muy importante.

—Ah, es eso. —Smale pareció pensar que se movía en terreno más seguro—. Me da la sensación de que el señor Fogarty está un poco decepcionado contigo a ese respecto, Flotsam. Me ha comentado que ya ha solucionado ese problema por su cuenta. Al final no has servido para nada. —Me recorrió de nuevo con la mirada—. No sería de extrañar que no tardara en llamarte para decírtelo en persona. O puede que me envíe a mí para que te dé unas cuantas lecciones sobre colaboración amistosa.

—¿A qué te refieres con eso de que «ya ha solucionado el problema»? Tengo cierta información que debe saber. Se ha cometido un asesinato.

Smale puso cara de sorpresa fingida.

—¿No me digas? Tendrás que hacerlo mucho mejor para salir del atolladero. Ah, y ya puedes ir olvidándote de ese niño que tenemos ahí abajo. Como mucho le doy dos días más. Fogarty quiere deshacerse de él.

—¿Acaso sabes que el señor Neale está muerto?

Smale vaciló, consciente de repente de que tal vez estuviera hablando más de la

cuenta, pero la tendencia a la fanfarronería le podía.

—Algo he oído, eso sí puedo decírtelo. Vaya aprieto para Sherlock Holmes, ¿eh? El tipo que se suponía debía proteger acaba con un balazo delante de sus narices.

Un leve estremecimiento de triunfo me cosquilleó el cuello. ¿Qué más sabría Smale?

—El señor Holmes ha sacado ciertas conclusiones en torno a dicho asesinato. Por eso debo encontrar al señor Fogarty esta misma noche. ¿Dónde está?

Smale, que no era tan tonto como yo esperaba y deseaba, negó con la cabeza.

—Lo siento, Flotsam. No cuela. Fogarty no tiene nada que temer de gente como el señor Holmes. Como te he dicho, ya ha solucionado el problema por su cuenta. Esta noche iba a atar los cabos sueltos. Lo que tengas que decirle podrá esperar a mañana, cuando haya zanjado el asunto. —Se acercó a mí y me pasó la mano por la nuca—. Claro que puedes pasar y esperar aquí dentro...

Me zafé de él y retrocedí. Mi moral se hundía de nuevo y ante el contacto con Smale me invadió una sensación de asco. Me repugnaba la idea de darle pie a regodearse, pero confiaba en que con el regodeo se fuera aún más de la lengua. De momento había averiguado que Fogarty había estado fuera todo el día y que Smale sabía cómo había muerto Neale, lo que constituía una prueba de algo. Sin embargo, no era nada que la señora Hudson no sospechara ya. Tal vez tuviera razón con respecto a la amenaza que se cernía sobre Moran. ¿Y qué cabos sueltos tendría que atar Fogarty? Era hora de volver con el doctor Watson.

Al verme dispuesta a partir, Smale no pudo contener un último comentario. Sus palabras llegaron a corresponderse tanto con los temores que cruzaban mi mente que al principio me costó comprender su significado.

—Venga, Flotsam. Vuelve al lado de ese detective tuyo de postín... con lo ocupado que estará, explicando a los periódicos cómo puede ser que sus tres clientes hayan acabado muertos.

Sus tres clientes. Los tres. Un reloj tocó las nueve. El carruaje me esperaba al final del callejón. ¿Aún habría tiempo? Di media vuelta y eché a correr.

—¡Hetty! —grité, y salté al interior del carruaje antes de que Carrington tuviera tiempo de bajar del pescante—. Tenemos que regresar a Portman Street lo más rápido que podamos. He cometido un espantoso error.

En el transcurso de la noche había descubierto ya que el irascible conde de Brabham tenía la suerte de contar con una servidumbre de lo más solícita, y Carrington procedió a corroborarlo. El cochero respondió animoso a mis exhortaciones y se afanó en que los caballos corrieran con todas sus fuerzas. Sin embargo, el pesado carruaje del conde no estaba concebido para circular a gran velocidad y las calles abarrotadas se confabularon para que sus esfuerzos fracasaran. En más de una ocasión tuvimos que esperar en medio de un atasco mientras obstáculos que no alcanzábamos a identificar paralizaban el tráfico. Frustrados en su intento por

avanzar, los innumerables cocheros descargaban su ira entre sí, gritándose a voz en cuello en un intercambio de epítetos francos y poco lisonjeros. Al final, en algún punto de Oxford Street, Carrington se dio por vencido y nos indicó a gritos que bajáramos del carruaje.

—No hay manera, señorita. Algún zoquete ha intentado torcer por esta calle más arriba y ahora no podemos avanzar en ninguna dirección. Son estas calles. No las pensaron para todo este tráfico. Por aquí solo deberían dejar circular coches pasadas las cinco. Eso sería un comienzo.

—¿Cuánto queda para Portman Street? —pregunté.

—Veinte minutos en coche, señorita, cinco a pie. Desde aquí llegaría antes andando, si le digo la verdad.

Me volví a toda prisa hacia la señorita Peters.

—Tengo que dejarte, Hetty. He de volver con el doctor Watson cuanto antes. Gracias por ser tan amable conmigo esta noche. —Y antes de bajar de un salto del carruaje me sorprendí abalanzándome sobre ella para plantarle un beso apresurado en la mejilla.

Una vez en la calle avancé a buen ritmo, tanto que llegué a Portman Street sin resuello. Cuando me quedaban todavía treinta metros para alcanzar el portal de Moran, distinguí entre la muchedumbre la figura robusta de la señora Hudson, que se aproximaba en dirección contraria con una cesta enorme en un brazo. Caminaba con brío y la gente parecía apartarse a su paso como las aguas abiertas por un acorazado. Aunque me aterrorizaba pensar en su reacción cuando se enterara de que había abandonado mi puesto, al verla el corazón me dio un brinco. Seguro que Moran se encontraba sano y salvo. Tal vez el miedo que siempre me inspiraba Smale me hubiera alterado el juicio e inducido a dar importancia a un comentario burlón que no la merecía.

La señora Hudson arqueó una ceja con gesto inquisitivo al advertir mi presencia.

—¿Flottie? —preguntó cuando me acerqué a ella—. ¿No se suponía que debías estar arriba cuidando del doctor Watson? ¿Qué ha ocurrido?

Aún sin aliento, le referí toda la historia, cómo había abandonado mi puesto en busca de pistas acerca de Fogarty y cómo las últimas palabras de Smale me habían hecho volver a toda prisa. Mientras hablaba vi que su frente se poblaba de nubes de preocupación hasta conferir a su rostro aquella expresión adusta que la caracterizaba.

—Entra, Flotsam. No ganaremos nada con quedarnos heladas mientras pensamos.

Una vez dentro del edificio, al pie de las escaleras que conducían al apartamento de Moran, se detuvo a evaluar la situación.

—Esto no me gusta, Flotsam. Esta noche tengo un mal presentimiento que no hace sino empeorar a medida que pasan las horas. Scraggs me acaba de contar lo de la refriega de antes en la calle. Cree que era pura comedia. Pero, por lo que dices, Moran se encontraba bien cuando te marchaste. Espero que no le haya ocurrido nada al doctor Watson. Ojalá te hubieras quedado con él, Flottie.

Nuestra conversación se vio interrumpida por un pequeño alboroto en la calle provocado por la llegada del señor Holmes y el inspector Gregory. Antes de entrar en el edificio, O'Donnell y su compañero uniformado procedieron a informarles de la situación, y tras el cristal de la puerta vimos a Holmes menear la cabeza con semblante muy serio. Cuando por fin accedieron al vestíbulo, el señor Holmes no pareció sorprenderse al encontrarnos esperándole.

—¡Ah, señora Hudson! —exclamó—. Deduzco por esa cesta que ha entregado la cena a nuestros dos centinelas.

—Aún no, señor. Acabo de llegar. Estábamos a punto de subir.

—No hay necesidad de que se moleste. Ya la llevo yo. Así podrán volver las dos a Baker Street para disfrutar de un descanso bien merecido. —Eché un vistazo bajo la tela de cuadros y asintió en señal de aprobación—. Estoy convencido de que Watson lo agradecerá enormemente. A buen seguro estará pensando en la cena en estos mismos instantes.

Una predicción desafortunada, pues antes de que acabara de hablar oyó el sonido de un disparo desde alguna de las plantas superiores. La señora Hudson fue la primera en reaccionar; dejó caer la cesta y corrió escaleras arriba con una agilidad sorprendente. Holmes, que salió tras ella al instante, la adelantó al llegar al rellano del primer piso, con una mueca de angustia. Gregory los siguió subiendo los escalones de tres en tres y yo, la última en reaccionar, me lancé tras él. Pese a mis esfuerzos, aún iba por el último rellano cuando oí a Holmes llegar al piso superior. La puerta principal se abrió con un fuerte golpe y lo oí llamar a gritos a su amigo con voz temblorosa, presa del miedo.

Cuando Gregory y yo llegamos a la puerta Holmes habló de nuevo, pero esta vez su voz sonó distinta, con un tono suave lleno de desconcierto.

—¡Santo cielo! —exclamó, y vi que se había parado en el marco de la puerta que separaba el salón de Moran del resto del apartamento. Tras avanzar hasta allí, donde también se encontraba la señora Hudson, miré hacia el interior de la habitación que tenían enfrente y me quedé paralizada por el asombro ante la visión que me ofreció.

Y es que tendido en la alfombra, con los ojos abiertos y la cabeza reventada manando sangre, yacía el cuerpo de Nathaniel Moran. Y junto a él, de pie y con un revólver en la mano, se hallaba la figura aturdida y tambaleante del doctor Watson.

14. La habitación cerrada

Durante una fracción de segundo se produjo un silencio absoluto. Las cuatro figuras nos quedamos boquiabiertas y enmudecidas contemplando la escena que teníamos enfrente desde el umbral de la puerta, mientras el doctor nos miraba con una expresión de desconcierto total. De repente, dejó caer el arma sobre la alfombra y retrocedió, apartándose del cuerpo.

—Holmes —gritó desesperado—. ¿Holmes, qué ha ocurrido?

Al ver caer el revólver, Gregory se adelantó presuroso y lo recogió del suelo al tiempo que Holmes se lanzaba detrás de la señora Hudson a asistir al acongojado doctor. Mientras Gregory buscaba el pulso a Moran, la señora Hudson acercó una silla al doctor y con ayuda del señor Holmes le hizo sentarse.

—¡Watson, amigo mío! —susurró Holmes—. Háblenos. Díganos qué ha ocurrido.

Mientras Watson negaba con la cabeza en silencio, se sumaron a nosotros las fuerzas uniformadas representadas por el agente de policía con el que habíamos conversado antes. A poca distancia, procedente de su posición estratégica al otro lado de la calle y respirando aún con dificultad, le seguía O'Donnell, su sufrido compañero de paisano.

Gregory, agachado aún junto al cuerpo, se apresuró a hacerse cargo de la situación.

—¡Agentes, registren esas habitaciones! Quiero saber si hay alguien escondido en esta casa.

Los hombres se apresuraron a cumplir con la tarea encomendada, y Watson, al verlos en movimiento, siguió meneando la cabeza.

—Es inútil, Gregory. Aquí no hay nadie más. Solo estábamos Moran y yo.

—No hable, señor —le aconsejó la señora Hudson con voz tranquilizadora—. Ha sufrido usted una conmoción y debería darse unos instantes para recuperarse.

—Cierto —asintió Holmes, que seguía agachado con preocupación junto a su amigo, con la mano sobre el brazo del doctor, mientras los agentes procedían a registrar el lugar.

La experiencia vivida en el hotel St. James la noche que murió Carruthers debió de calar hondo en mí, pues mientras los demás permanecían pendientes del señor Moran o del doctor Watson me vi realizando un detallado inventario de la estancia donde yacía el cuerpo. Estaba amueblada a modo de comedor y la mitad de la sala la ocupaban una mesa y varias sillas a juego. Sobre la mesa reposaban los restos de una comida para dos, platos sucios y bandejas en el mismo sitio donde los habían abandonado. En el centro había una botella de burdeos medio llena, con una copa vacía a cada lado. Sobre la otra mitad de la estancia se extendía una alfombra oscura, donde Moran yacía muerto. En la sala se abrían dos puertas más; una debía de dar a los dormitorios que en aquel momento estaban registrando ambos policías. La otra, que estaba abierta, revelaba una cocina rudimentaria y pequeña y una ventana

orientada a la parte trasera del edificio. Por la posición de la cocina se deducía que el comedor no contaba con ventana alguna, dependiendo para su iluminación de un mugriento tragaluz que se alzaba sobre nuestras cabezas. El calor que manaba del fogón de la cocina llenaba la estancia y hacía la atmósfera doblemente opresiva.

Mi estudio del entorno se vio interrumpido por el regreso de los dos agentes de policía.

—Aquí no hay nadie aparte de nosotros, señor —informó O'Donnell—. Hemos registrado hasta el último rincón de la casa. No hay muchos lugares donde esconderse. Ni desvanes ni trampillas, nada.

—Está bien. —Gregory volvía a mostrar la energía que le había visto desplegar en el lugar del asesinato de Carruthers—. O'Donnell, quiero que registre los pisos de abajo. Las entradas deberían haber estado protegidas. Vaya a echar un vistazo y fíjese en si las han forzado.

Mientras O'Donnell partía con un saludo, Gregory se levantó y se dirigió a la pequeña cocina que daba al callejón sin salida situado en la parte trasera del edificio. Una vez allí, se asomó al exterior por la ventana abierta e inspeccionó el callejón. Acto seguido, se reunió de nuevo con nosotros y se dirigió al policía aún presente con un tono seco y firme.

—Jenkins, esta tarde he mandado apostar un hombre en la entrada del callejón, detrás de este edificio. Vaya a buscarle y dígame que suba cuanto antes.

Mientras Gregory hablaba, la señora Hudson dejó al doctor Watson al cuidado de Holmes y recorrió la sala con una mirada sagaz de evaluación. La vi repetir la visita de Gregory a la cocina, donde también procedió a asomarse por la ventana. Satisfecha su curiosidad, regresó al comedor, pero no antes de haber inspeccionado a conciencia la cocina y olfateado con interés un montón de ollas apiladas junto al fregadero minúsculo. Mientras Gregory reanudaba el reconocimiento del cadáver en el punto donde lo había dejado y Holmes y Watson conversaban en voz baja, la señora Hudson atravesó la habitación y se reunió conmigo.

—Este pequeño apartamento es un alojamiento fuera de lo corriente —comentó—. No es ni una cosa ni otra. Se trata de un hospedaje para caballeros y nunca se pensó que diera cabida a una cocina. En un momento dado habrán creído apropiado modernizar el lugar y han creado ese habitáculo estrecho y poco práctico gastándose una importante suma de dinero. La distribución resulta del todo atípica e imagino que se concibió con la idea de que el ayuda de cámara de un caballero pudiera preparar platos muy sencillos.

Antes de que tuviera tiempo de asentir con perspicacia ante sus observaciones domésticas, los dos policías regresaron juntos, acompañados de otro miembro uniformado de las fuerzas del orden.

—Este es Flynn, señor. Lleva de guardia en el callejón desde las cuatro de la tarde —informó Jenkins con brío.

—Gracias, Jenkins. Bien, Flynn, quiero que piense bien sus respuestas antes de

contestar. ¿Ha entrado o salido alguien del callejón en esta última hora?

—Nadie, señor. Me jugaría la vida.

—¿Y durante ese tiempo podría haberse ocultado alguien en el callejón en algún momento?

—No, señor. No hay donde esconderse, señor.

—¿Ha oído el disparo desde donde se encontraba?

—No, señor. Debía de estar cerca de la calle principal, señor, donde hay un poco de ruido.

—¿Y no se ha producido en ningún momento algún disturbio que distrajera su atención? Prefiero saber la verdad, agente, aunque eso signifique revelar que ha cometido algún error.

—Le juro por mi vida que no, señor.

—¿Existe algún modo de que alguien pudiera haber entrado o salido del callejón sin cruzarse con usted?

—No, señor. El muro de delante corresponde a la parte trasera de las antiguas caballerizas. El año pasado hubo un incendio terrible, señor, y ahora todas las puertas están cerradas con tablas. Yo mismo las revisé cuando vine a ocupar mi puesto. No hay más ventanas o puertas que den al callejón, señor, salvo las de estos tres pisos.

—¿Y no es posible que alguien pudiera descolgarse hasta el callejón desde una de esas ventanas sin que usted se diera cuenta?

—No, señor.

—Gracias, Flynn. Quiero que usted y Jenkins regresen a ese callejón y lo inspeccionen de nuevo. Quiero que me informen de todo aquello que les resulte sospechoso.

Mientras los policías salían de la habitación arrastrando los pies, la señora Hudson los observó con aire pensativo.

—Naturalmente, Flottie, todo cocinero que se precie sabe que no sirve de nada hervir el agua una vez preparado el té.

Mientras la señora Hudson seguía cavilando sobre aquella idea desconcertante con cierto aire de preocupación, Gregory retomó la palabra con tono enérgico.

—Y bien, O'Donnell, ¿cómo están esas puertas?

—Cerradas a cal y canto, señor. Cerradas con candado desde fuera. Con cerrojos de la policía. No hay signos de que hayan intentado forzarlas.

—Hum... —Gregory, que empezaba a parecer preocupado, lanzó una mirada nerviosa hacia el doctor Watson—. O'Donnell, dígame qué ocurrió exactamente cuando oyó usted el disparo.

El policía contrajo el rostro en un gesto reflexivo.

—Bueno, señor, desde mi posición no se podía saber con seguridad que se trataba de un disparo. He oído una explosión procedente de alguna parte y justo cuando me preguntaba qué sería he visto a Jenkins abalanzarse hacia la puerta. Es que él se hallaba mucho más cerca del origen de la detonación que yo, señor.

—Está bien. Continúe.

—A partir de ahí no he perdido un solo segundo, señor. He cruzado la calle a toda prisa, he ido directo al portal y subido por las escaleras. He alcanzado a Jenkins justo aquí arriba, señor.

—¿Y ha visto salir a alguien del portal después del disparo?

—No, señor.

—¿Existe la posibilidad de que le haya pasado inadvertida la presencia de alguien en la entrada o en las escaleras mientras subía hasta aquí?

—En absoluto, señor. Usted mismo lo ha visto, señor. No hay donde esconderse.

—Gracias, O'Donnell. —Gregory hizo una pausa, sin saber qué más preguntar—. De momento me gustaría que se quedara usted abajo. No deje salir o entrar a nadie.

Mientras el policía se retiraba, un tenso silencio cayó sobre la sala. Watson, cuyo rostro había recobrado un poco el color, observaba a Holmes, que había empezado a caminar por el borde de la alfombra en paralelo al cuerpo abatido de Moran. La señora Hudson, sentada a mi lado cerca de la mesa de comedor, parecía estar examinando el dibujo de los platos sucios.

—Bien, caballeros —dijo Gregory—, parece que al final el problema es bien simple. Dado que nos consta que no había nadie más en el edificio en el momento del suceso y que no ha salido nadie desde que se ha producido el disparo, es evidente que Moran se ha quitado la vida. Debía de tener un gran cargo de conciencia, después de todo. Supongo, doctor Watson, que usted entraría en la habitación al oír el disparo yogería el arma del lugar donde se le había caído a Moran, ¿no es así?

El doctor Watson, aún con cara de desconcierto y preocupación, negó con la cabeza.

—Lamento decirlo, mi buen amigo, pero hay algo que no encaja. Como dice usted, yo estaba sentado en la habitación contigua junto al fuego. Moran había preparado un poco de cena para los dos y acababa de volver aquí. Dijo algo de que tenía que recoger unas cosas. Yo estaba pensando que otro trago de *whisky* no me entraría mal cuando, de repente, oigo un disparo al otro lado de la puerta. Ni que decir tiene que me he levantado al punto del asiento y he venido aquí a toda prisa, y al entrar me encuentro con Moran tumbado como está ahora y pienso: el muy cobarde se ha matado. Así que me he agachado para ver si podía hacer algo por salvarle, pero estaba claro que ya no había remedio. No ha sido hasta entonces cuando me he dado cuenta de que el arma no estaba allí. No había ni rastro de ella.

Gregory se lo quedó mirando con una cara de perplejidad digna de ver. A mi lado, la señora Hudson, tras pasar el dedo índice por encima de uno de los platos de la cena, asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—Continúe, Watson —le animó Holmes.

—Bueno, Holmes, todo ha ocurrido mucho más rápido de lo que se tarda en contarlo. Al principio he pensado que se le podía haber caído de la mano, pero al echar un vistazo he comprobado que no estaba cerca. Me he puesto en pie y he

mirado alrededor, y entonces la he visto, depositada con cuidado en el borde de la mesa de comedor a tres metros como mínimo de Moran. La acababa de coger cuando han irrumpido ustedes en la sala.

—Doctor Watson —exclamó Gregory—, ¿cómo se explica eso?

—Me temo que no tengo la menor idea. Puede que a veces tarde un poco en reaccionar, pero en cuanto he visto el arma he sabido que aquello era imposible. Moran no podría haber dejado el revólver allí después de dispararse. Entonces ¿quién lo ha hecho? Me temo que necesitaremos una mente más brillante que la mía para encontrar una explicación. Aunque yo lo veo todo muy negro.

—¡Ánimo, Watson! —dijo Holmes dándole una palmada enérgica en el hombro—. Basta de palabras derrotistas. Este suceso ha supuesto una gran conmoción para todos, pero desde este mismo instante centraré todas mis facultades en el problema y estoy convencido de que no tardaremos en dar con una respuesta.

A aquel momento le siguió media hora de una extraña irrealidad. El señor Holmes sacó dos lupas de distintos tamaños y procedió a someter todas las piezas del apartamento a un minucioso análisis. Valiéndose únicamente del brazo sano, examinó cada pared desde el zócalo hasta la moldura, se encaramó a una silla para revisar el tragaluz y llegó incluso a bajar por las escaleras para inspeccionar las puertas de los pisos inferiores. Asimismo, se asomó a la ventana de la cocina para estudiar la vista del callejón. Mientras realizaba tan exhaustivo registro, el doctor Watson rondaba la botella de *whisky* y de vez en cuando se servía otra copa. La señora Hudson, tras oler con detenimiento el contenido de la botella, decidió unirse a él y, tras deambular con desgana por los dormitorios, regresó a su puesto junto a los platos de la cena. Gregory, totalmente abatido a estas alturas, se dispuso a cumplir con las formalidades de la investigación durante un rato antes de unirse al resto de nosotros en el comedor, donde se quedó mirando los vasos de *whisky* con aire taciturno. Todo aquello fue presenciado por los ojos sin vida de Moran desde su posición privilegiada en el centro de la sala. El fuego de la cocina se había apagado y la estancia empezaba a enfriarse.

El señor Holmes se reunió finalmente con nosotros, con la mirada aún nublada por la concentración. Sorteó el cuerpo de Moran sin advertir por lo visto su presencia y retiró una silla de la mesa. El resto de los presentes observamos cómo tomaba asiento y aguardamos en silencio.

—Este caso presenta ciertas dificultades —anunció al fin.

—¿Y bien, Holmes? —inquirió Watson con ansiedad—. ¿Puede arrojar alguna luz?

Holmes había sacado su pipa y la contemplaba con tal detenimiento que parecía no haber oído la pregunta.

—Supongo, Gregory, que todos sus hombres son de fiar.

—No veo razón para pensar lo contrario, señor Holmes. De la honradez de O'Donnell y Jenkins no me cabe la menor duda y, aunque a Flynn no lo conozco muy

bien, todos sus hermanos están en el cuerpo y suelen hablar bien de todos ellos.

—Hum... me lo temía. —Holmes sacó una petaca y, sujetando la pipa entre las rodillas, se sirvió de la mano sana para rellenarla con un puñado de tabaco oscuro de olor acre—. Como digo, el caso presenta ciertas dificultades. Gregory, cuando entró usted en la cocina para asomarse al callejón, ¿se fijó en si la ventana ya estaba abierta?

—Sí, señor Holmes, así es. Al principio me pareció un hecho relevante. Pero, pensándolo bien, el habitáculo se notaba demasiado cargado por el calor del fogón, así que era de esperar que estuviera abierta.

—Hum... Podrán comprobar ustedes que el resto de las ventanas que dan a la parte trasera de la casa, las de los dormitorios, están cerradas desde dentro. Resultaría descabellado considerar las ventanas de la parte delantera de la casa como una posible vía de salida, dada la altura a la que se encuentran sobre una calle concurrida y teniendo en cuenta, además, que el doctor Watson se hallaba en el salón desde el momento en que se produjo el disparo hasta que entró en el comedor y descubrió que el agresor había desaparecido. Asimismo, tras examinar el tragaluz he podido confirmar que lleva años sin abrirse ni tocarse siquiera. Por otro lado, nosotros mismos estábamos al pie de las escaleras en el momento del disparo, así que podemos atestiguar que por ahí no salió nadie. Así pues, solo nos queda la ventana de la cocina como única vía de escape posible.

Gregory asintió con gesto cansino.

—Sí, señor. Y desde esa ventana se puede llegar a la cañería que baja por la parte trasera del edificio. Es un descenso peligroso, pero un hombre osado podría hacerlo. Aun así, Flynn estuvo de guardia en el callejón hasta unos minutos después del disparo y allí no hay ningún rincón donde esconderse. No veo de qué nos puede servir la ventana, señor.

Una vez más se produjo un silencio. Todos mirábamos al señor Holmes con expectación, a excepción de la señora Hudson, que estaba lamiéndose la punta del dedo con aire pensativo.

—¿Tiene usted otra teoría, Gregory? —preguntó Holmes.

—Bueno, señor, si no hay ninguna forma de entrar ni salir de aquí, tal vez hayan disparado desde el exterior. El tejado de las antiguas caballerizas situadas al otro lado del callejón da a este piso, y si la ventana estaba abierta...

Holmes y Watson se pusieron en pie de un salto. Holmes se colocó en el centro de la sala, con un pie a cada lado del cuerpo de Moran. Extendiendo el brazo con el que sujetaba la pipa y señalando con ella la ventana abierta, cerró un ojo y siguió la línea de su brazo entornando el otro. Watson, pegado a su espalda, se encorvó un poco para poder seguir la dirección hacia la que apuntaba Holmes.

—¡Caramba, Gregory! —exclamó Holmes tras un momento de reflexión—. Es posible que se haya lucido usted. Sus colegas de Scotland Yard no destacan precisamente por su imaginación, pero la escena que plantea usted, aunque

improbable, es perfectamente posible. Si Moran tenía más o menos mi altura y se encontraba de pie aquí mismo, un tirador oculto junto a esas chimeneas podría tener una buena línea de tiro. Y, por pura casualidad, la bala atravesaría la ventana abierta.

—Menuda puntería habría que tener, Holmes —comentó Watson mirando con ojos escrutadores hacia la oscuridad—, pero he conocido a afganos que podían darle al anverso de un penique desde una distancia no mucho más corta que esta.

Por un instante los tres hombres parecieron henchirse de una satisfacción compartida, hasta que una tosecilla de la señora Hudson los devolvió al lugar del crimen.

—Disculpe, señor, pero ¿cómo explica dicha teoría la presencia del revólver encima de la mesa? —La señora Hudson se había levantado de la silla y, en un gesto cortés de curiosidad, estaba analizando la línea a través de la ventana abierta que tanto había entusiasmado al señor Holmes.

—Bueno, señora Hudson —contestó él—, no hay nada que nos permita asegurar con certeza que la bala homicida provenía de esa arma.

—Por supuesto que no, Holmes —añadió Watson—. Si Moran temía por su seguridad es sumamente probable que se hubiera armado con un revólver. Puede que lo llevara encima y se le ocurriera dejarlo en la mesa instantes antes de que le dispararan.

—¿Tiene una idea mejor, señora Hudson?

—Bueno, señor, si se me permite el atrevimiento me gustaría saber un poco más sobre cómo ha pasado la noche el señor Watson.

—¿Con Moran, se refiere? Hay muy poco que contar. Me he limitado a esperar sentado la llegada de Holmes, ya lo sabe usted.

—¿Podría describirme la velada con un poco más de detalle, señor, si es usted tan amable?

—Ciertamente. Veamos. Cuando Flotsam se marchó, Moran trató una vez más de persuadirme de que me fuera. Parecía tener un interés extraordinario en quedarse solo, pero enseguida comprendió que yo no daría mi brazo a torcer y pasó a adoptar una actitud de frialdad. «¿Debo entender que me encuentro bajo arresto domiciliario?», preguntó. Le dije que no fuera tan rematadamente tonto. Le hice ver que había sido él quien nos había pedido ayuda y eso era lo que le ofrecíamos. Acto seguido, le di la espalda y seguí leyendo el periódico tranquilamente. Un artículo fascinante sobre un interfecto llamado Phelps que afirmaba haber matado de un tiro al último cuaga en El Cabo. Pensé que podría tratarse del padre de un antiguo compañero de escuela. Debí de estar leyendo media hora más antes de recordar que el individuo con el que había estudiado se llamaba Phillips, no Phelps.

—¿Y estuvo Moran con usted todo ese tiempo, señor?

—Por supuesto, señora Hudson. Aunque no muy contento que digamos. Se le notaba nervioso y no dejaba de mirar alrededor al menor ruido. Supongo que se seguía preocupando por esos individuos de Sumatra.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Sobre las ocho supongo que ambos empezamos a tener un poco de hambre y Moran se ofreció a ir a por algo de cena. Al principio pensé que se refería a salir a comprar comida, pero me aseguró que si le daba media hora o así vería si había algo en la casa con lo que pudiera preparar algo sencillo. Fue un alivio verlo fuera del salón, para ser sincero. Una vez descubierta la verdadera naturaleza del hombre, me resultaba muy incómodo compartir un espacio con él.

La señora Hudson lo escuchaba atentamente, con un brazo cruzado sobre el pecho y el otro apoyado encima para sostenerse el mentón.

—Como imaginarán, no me apetecía demasiado compartir la mesa con un individuo como él, pero da la casualidad de que sirvió una cena modesta pero increíblemente sabrosa. Patatas, verdura y el mejor suflé de queso que recuerde haber probado nunca. Además de una buena botella de burdeos.

—¿Y sacó todo eso de la cocina? —preguntó la señora Hudson, señalando el habitáculo.

—Bueno, no veo de dónde más podría haber salido, señora Hudson. Lógicamente, no estaba a su lado mientras preparaba la cena.

—¿Le sirvió la comida mientras estaba usted sentado a la mesa?

—¡Caramba, señora Hudson! —intervino Holmes—. Entiendo su interés por estas cuestiones, pero ¿qué importancia puede tener en este asunto cómo sirviera la cena el fallecido?

La señora Hudson no desvió la mirada del doctor Watson.

—¿Fue así?

—No, señora Hudson. Ya estaba todo servido en la mesa cuando me llamó.

—Claro —dijo la señora Hudson sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Y la puerta de la cocina, doctor Watson, permaneció en todo momento bien cerrada mientras cenaban?

El doctor Watson puso cara de preocupación, como si temiera que todas aquellas preguntas estuvieran pensadas para minar la teoría que parecía exonerarle.

—Sí, señora Hudson, así es —admitió tras una pausa.

Gregory se apresuró a intervenir.

—No creo que la posición de la puerta mientras los dos caballeros cenaban tenga relación alguna con mi teoría de lo ocurrido aquí esta noche, señora Hudson. De acuerdo, si la puerta estaba cerrada el tirador habría tenido menos oportunidad de que Moran se le pusiera a tiro, pero cuando este abrió la puerta para empezar a recoger el obstáculo quedó eliminado.

—Ah, sí. «Recoger»... Creo que eso fue lo que dijo el señor Moran cuando le dejó en el salón poco antes de que le dispararan, ¿no es así, doctor Watson?

—Algo así, señora Hudson. «Le ruego que me disculpe mientras voy a recoger unas cosas». Creo que esas fueron sus palabras textuales.

—Desde luego el señor Moran era en cierto modo un ironista. Gracias, doctor

Watson, eso era todo lo que deseaba saber. —Y para sorpresa de todos los presentes la señora Hudson volvió a tomar asiento con aire de haber llegado a alguna conclusión.

Holmes y Gregory intercambiaron una mirada.

—¿Y adónde nos conduce eso exactamente, señora Hudson? —preguntó Holmes levantando la pipa al tiempo que arqueaba una ceja.

—El asesino, señor, es un hombre que sobrepasa la altura media. Se trata del mismo individuo que mató al señor Neale hace tan solo unas horas. Esta noche ha permanecido oculto en la cocina mientras el doctor Watson cenaba. Durante la espera se ha dedicado a fumar tabaco de una marca poco corriente. Si desea confirmar este hecho, propongo que el inspector Gregory envíe a sus hombres a inspeccionar la zona del callejón situada justo debajo de la ventana de la cocina. Probablemente hallarán los restos de al menos un cigarrillo egipcio idéntico al encontrado en casa de Neale.

Se produjo un silencio más profundo que cualquiera de los que le habían precedido. Watson y Holmes miraron a la señora Hudson con asombro. El inspector Gregory se quedó literalmente boquiabierto. Yo, pese a la fe que le profesaba, me vi temblando ante la audacia de su aseveración. Finalmente, el doctor Watson se arrellanó en su silla exhalando una profunda bocanada de aire.

—No veo cómo ha podido usted averiguar todo eso, señora Hudson, pero me complace mucho oír lo que dice.

Holmes bajó la pipa y mostró una sonrisa burlona.

—Señora Hudson, confieso que me deja usted estupefacto. ¿Podríamos pedirle que comparta con nosotros el razonamiento que se esconde detrás de tan asombrosa teoría?

—En efecto, señora —añadió Gregory—. Hasta que haya explicado usted ciertos detalles del todo desconcertantes de su hipótesis, perdone que muestre cierto escepticismo al respecto.

—No faltaría más, señor. ¿Por qué no toman asiento, caballeros? Resulta difícil ponerse cómodo en presencia del desdichado señor Moran, sobre todo en estas sillas, pero no se pierde nada con probarlo.

Se produjo una pausa mientras los caballeros se sentaban con discreción, Gregory sin mudar su semblante incrédulo y Holmes, que había conseguido por fin encender la pipa con la mano sana, insinuando a través de su sonrisa que el desconcierto del policía le divertía. Watson se sentó con el torso inclinado hacia delante, en una posición que revelaba interés, y su rostro de persona honrada vuelto hacia la señora Hudson, impasible ante la atención que imponía de repente. Ella misma se movió un poco de lado a lado como para acomodarse mejor en la estrecha silla en la que estaba sentada y, tras carraspear levemente para aclararse la voz, se dirigió al señor Holmes.

—Ha habido dos cosas en particular que me han llevado a deducir que había una tercera persona presente en este apartamento en el momento de la muerte del señor Moran. En calidad de ama de llaves, no puedo sino maravillarme ante el modo en que

busca usted sistemáticamente pistas científicas que no significan nada para mí. Sin embargo, en cuestiones domésticas acumulo años de experiencia que ustedes los caballeros no poseen, por lo que no es de extrañar que vea cosas en una cocina que escapen a la atención de sus investigaciones.

Holmes asentía lentamente, sin prestar atención a la pipa que sostenía en la mano.

—¿Y cuáles son esos detalles en particular en los que desea que nos fijemos, señora Hudson?

—Con su permiso, señor, les sugiero que revisen detenidamente el estado del horno.

—¿El horno dice usted, señora Hudson?

—Así es, señor. Como comentaba antes a Flotsam, la cocina es una pieza del todo inusual en una casa de estas características. En un alojamiento de soltero como este nadie esperaría encontrar una. Pero en un momento dado del pasado alguien la consideró necesaria y creó esa diminuta cocina que vemos ahora, privando con ello a este comedor de la única ventana con la que contaba. Una medida del todo insatisfactoria, si se me permite decirlo. El fogón, pequeño y poco práctico, parece estar de más en un sitio como este. De hecho, es evidente que el horno no se ha utilizado casi nunca. Echando una ojeada a su interior salta a la vista que, a diferencia de la parte superior del horno, los rastros de óxido y viejas manchas existentes indican que lleva sin usarse, o sin limpiarse como es debido, varios años. Puede que Penge lo haya empleado para preparar el desayuno, pero es evidente que entre sus ambiciones culinarias no ha llegado a plantearse la elaboración de un pastel o un asado.

—Señora Hudson, me temo que no logro captar la trascendencia de todo lo que dice, pero continúe. ¿Cuál es el segundo detalle que desearía hacer notar?

—La peculiaridad del suflé de queso con el que se ha deleitado el doctor Watson esta noche.

—Señora Hudson —exclamó Watson—, no había nada de peculiar con respecto al suflé de queso. Estaba riquísimo.

—Esa es precisamente la peculiaridad a la que me refiero, doctor Watson.

Un breve silencio siguió a tan extraordinaria afirmación. El doctor parecía totalmente desconcertado y Gregory chasqueó la lengua de repente en señal de impaciencia. Holmes, por su parte, tenía una ceja arqueada y observaba a la señora Hudson con suma atención, como si sus palabras estuvieran abriendo importantes líneas de pensamiento en su mente.

—Un razonamiento fascinante, señora Hudson. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

—¿Eh... Holmes? —La perplejidad de Watson no mostraba visos de remitir—. Lo siento. Tendrá que explicármelo con mayor claridad, me temo.

—Les ruego que me disculpen, caballeros. —La señora Hudson estaba reclinada en su asiento y sus cejas revelaban un ligero temblor, como si disfrutara sobremanera

con la situación—. Me temo que estoy siendo innecesariamente crítica. Una costumbre de lo más desagradable, no lo dudo. Menciono estos detalles solo porque, a mi juicio, confirman lo que ya sospechaba: la presencia en la casa de una tercera persona. En vista de que el doctor Watson no ha matado a Moran y de que queda descartada sin duda la idea del suicidio, el asesinato debe de haberlo cometido alguien desde fuera del edificio, como ustedes proponen, o alguien que ya estaba dentro. Les ruego que me perdonen si encuentro sus varoniles conocimientos sobre los ángulos y las líneas de tiro magníficos pero un tanto inverosímiles. Su teoría es posible, por supuesto, pero resulta mucho más fácil pensar simplemente que el asesino se hallaba escondido en la cocina.

—¡Pero, señora Hudson...!

—Ya lo sé, inspector. Soy consciente de las dificultades que ello entraña, pero yo lo veo de la siguiente manera. Esta noche solo se ha dado una ocasión para que alguien entrara en este edificio sin que ninguno de nosotros lo advirtiera, y ha sido durante el artificioso alboroto que se ha armado en la calle. Este hecho tuvo lugar justo antes de la visita del doctor Watson y Flottie. Así que ambos habrían visto en las escaleras a cualquiera que hubiera entrado entonces... a menos que hubiera conseguido entrar en el apartamento antes de que ellos llegaran.

El doctor Watson alzó la mano.

—¿Cómo podría haber entrado sin que Moran se diera cuenta? Simplemente es imposible. Además, al llegar nosotros, me aseguró con firmeza que se hallaba solo.

—Sí, señor. Cometió usted la equivocación de dar por sentado que Moran temía la presencia de un intruso tanto como aparentaba. En realidad, no tenía sensación de peligro. Se trataba de una visita bienvenida, de alguien a quien quería ver. Por las ansias que tenía de deshacerse de usted, es evidente que estaba impaciente por atender a su invitado.

El doctor Watson bajó la mano con aire pensativo mientras la señora Hudson proseguía con su exposición.

—Veamos, caballeros, imaginemos los hechos. Mientras los encargados de vigilar la puerta de entrada están distraídos, un misterioso visitante (llamémosle Melmoth) se cuela en el edificio. Moran le da la bienvenida y lo hace pasar a su casa, ansioso de hablar con él. Sin embargo, el dúo se ve interrumpido casi de inmediato por la llegada de Flottie y el doctor Watson. Por razones evidentes, delictivas casi con toda seguridad, Moran y Melmoth no tienen ningún deseo de que los encuentren reunidos. Así pues, Melmoth se mete con sigilo en el comedor y aguarda a que Moran se libere de usted. Imagine la consternación de ambos al comprobar que no hay forma de convencerle a usted de que se marche. Moran se ve en un aprieto y, con el pretexto de ir a buscar el periódico, consigue explicarle la situación a Melmoth. Y acuerdan esperar a que los obstinados invitados se marchen.

Todos los presentes asentían con la cabeza. La exposición de cómo habían sucedido los hechos parecía tener sentido incluso para Gregory.

—Ahora bien, si Melmoth se había presentado aquí con la idea de matar a Moran, y creo que así fue, ¿por qué no lo hizo en aquel momento, durante el breve intervalo que estuvo a solas con él? ¿A qué venía aquella espera tan tediosa? Tal vez no tuviera claro aún que Moran debía morir. O quizá estuviera ideando un astuto plan. Cuando se enteró de que el visitante inoportuno no era otro que el renombrado doctor Watson, ¿qué mejor que llevar a cabo una desconcertante huida de modo que las sospechas recayeran en el doctor? Así pues, se limitó a esperar. Y cuanto más se prolongó su espera, más se convenció usted, señor, de que usted y Moran se encontraban solos.

A estas alturas la escuchábamos todos con una intensa concentración. Un leve estremecimiento me recorrió el cuerpo al pensar en un asesinato calculado con tanta frialdad. La señora Hudson se removió de nuevo en su asiento.

—Cuando Moran se retiró con el pretexto de ir a ver si encontraba algo para cenar, es probable que no buscara más que una excusa para consultar de nuevo con su cómplice. Para entonces debía de preocuparle, y con razón, que la presencia ininterrumpida del doctor Watson fuera el prelude de la visita del señor Holmes y seguramente de la policía. Así pues, se fue del salón para explicarle sus temores a Melmoth.

»Llegado este punto considero justo admitir que creo conocer la verdadera identidad de Melmoth. El hombre que tengo en mente es muy capaz de aprovecharse de la oportunidad que se le presenta. La idea de la cena le atrajo, pues brindaba a Moran una excusa para ausentarse del salón y les permitía hablar a solas sin despertar las sospechas del doctor Watson. Además, al hacer tiempo en el comedor, Moran consolidó en la mente del doctor la idea de que el resto de las estancias de la casa se hallaban desocupadas. Así pues, mientras Moran y Melmoth reanudaban la conversación interrumpida por el doctor Watson, Melmoth se dedicó a preparar la cena.

Gregory abrió la boca para tomar la palabra, pero la señora Hudson lo acalló con una mirada severa.

—Soy consciente, inspector, de que todo esto son conjeturas, razón por la cual tienen tanta importancia los detalles domésticos. Sabemos que el horno apenas se utilizaba. Esta noche alguien lo ha empleado. Cabe la posibilidad de que Moran, liberado ante la ausencia de Penge, decidiera experimentar con su creatividad culinaria, pero es muy poco probable. El doctor Watson ha atestiguado además las excelencias del suflé. La elaboración de semejante plato en una cocina tan poco práctica da fe de las extraordinarias aptitudes del cocinero. Ya sé que estos detalles no demuestran nada por sí solos, pero a mí me bastan para convencerme de la presencia aquí, esta noche, de un tal Maurice Orlando Fogarty.

La declaración de la señora Hudson causó un efecto espectacular, sobresaltando a quienes la escuchaban cual fogonazo de luz. Yo sentí que me invadía un leve sentimiento de orgullo ante el asombro de los presentes.

—¿Maurice Orlando qué? —balbuceó Watson.

—¡Nunca he oído hablar de ese hombre! —exclamó Gregory.

El señor Holmes dejó la pipa encima de la mesa de comedor.

—Aclaremos este punto, señora Hudson. ¿Está diciéndonos que, además de saber cómo se ha cometido este asesinato, conoce también la identidad del asesino?

—Ya lo creo, señor. —La señora Hudson se mostró un tanto sorprendida por la pregunta—. Lo he sabido desde el principio. La dificultad estribaba en encontrar la forma de demostrarlo. Incluso ahora me temo que no cuento con una prueba propiamente dicha. Una prueba que sirva para condenar al culpable. Pero para mi satisfacción personal ya me basta, y eso al menos es algo.

—¿Quién es ese Fogarty?

—Ya habrá tiempo de hablar largo y tendido de Fogarty más tarde, señor. Por ahora, basta con decir que sus suflés han sido elogiados desde Madrid hasta San Petersburgo. En una ocasión su suflé de pescado llamó la atención de una princesa Borbón de segunda fila, aunque de cierto peso. Antes de que siga, dígame, señor, ¿no cree que habría que hacer algo por el señor Moran? No me parece bien dejarlo ahí mucho más tiempo.

—Enseguida, señora Hudson. Cuando acabe usted su exposición. —Holmes desestimó su petición agitando la pipa—. Ahora supongamos que ese tal Fogarty ha estado aquí esta noche. Convengamos en dar por válida su singular teoría de que la cena de Watson testimonia por sí sola su presencia. Dejemos incluso a un lado de momento la cuestión del móvil que le llevó a cometer este extraordinario crimen. ¿Cómo explicaría usted que dicho individuo lograra esfumarse?

—La explicación es muy sencilla, señor. Sabemos que tiene que haber salido por la ventana de la cocina. No hay otra opción. Mientras el doctor Watson se hallaba sentado cómodamente en la sala contigua, Fogarty disparó a Moran y se aseguró de dejar el arma encima de la mesa para que quedara descartada la posibilidad del suicidio. Salió por la ventana mientras el doctor Watson todavía estaba levantándose del sillón. Naturalmente, se había preocupado de planear su escapada mucho antes de visitar a Moran. El señor Fogarty es la clase de hombre al que le gusta conocer la parte trasera de una casa antes de llamar a la puerta principal.

El inspector Gregory puso cara de estar a punto de explotar.

—Pero, señora Hudson, ya ha oído usted a uno de mis hombres jurar que no ha visto a nadie en el callejón en ningún momento. ¿Cómo puede haber escapado?

—Saliendo del callejón sin más, señor. Tranquilamente, para no suscitar sospechas, supongo.

—Entonces ¿cree usted que Flynn miente?

—Oh, no, inspector. —La señora Hudson pareció horrorizarse ante aquella idea—. Flynn no estaba en el callejón.

—Sin embargo, él afirma no haberse movido de allí en toda la tarde ni la noche.

—No, señor. Poco después del asesinato le pidió usted que subiera aquí. Me figuro que Fogarty esperaba algo así. Para esas cosas suele tener mucho ojo. Sabía

que tarde o temprano surgiría la ocasión.

La voz de Gregory empezaba a adquirir un tono de desesperación.

—Pero el asesino había salido por esa ventana antes de que al doctor Watson le diera tiempo a atravesar el salón. En aquel momento Flynn seguía allí. No creo que dejara de advertir la presencia de un hombre bajando hasta el callejón.

—Por supuesto que no, señor, pero ¿por qué da por sentado que bajó directamente hasta el callejón? ¿Qué le hace suponer que la única vía de salida de la ventana lleva hacia abajo?

El rostro de Gregory empezó a revelar un atisbo de palidez fantasmal.

—Quiere decir que...

—Sí, señor. La tubería conduce tanto hacia arriba como hacia abajo. Si echa otro vistazo observará que un hombre podría trepar al tejado desde la ventana si se estirara lo suficiente. Por eso he señalado que el asesino debía de sobrepasar la altura media, pues la maniobra resultaría complicada para un individuo de menor estatura como usted mismo. Desde el tejado tendría una buena visión del callejón. Cuando ha visto que su hombre se retiraba, ha aprovechado para escapar. Desde luego estaba dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta, pues supondría, y con razón, que la policía tardaría en proceder al registro de los tejados.

—Pero si sabía usted... —Gregory parecía no encontrar las palabras—. Su huida seguramente podría haberse impedido.

—Esa idea me pasó por la cabeza, inspector, pero Fogarty es un hombre despiadado, que no teme tomar medidas desesperadas. Yo tenía miedo de que si daba la alarma antes de tiempo sus hombres emprenderían una búsqueda heroica del presunto asesino, y este no habría dudado en matar de un tiro a alguno de ellos. Esta manera de proceder, muy masculina, no habría supuesto sino una pérdida de vidas innecesaria. Fogarty no logrará escapar siempre, señor. Por ahora creo que es mejor esperar.

—¡Bravo, señora Hudson! —El señor Holmes se levantó sonriente de su silla y dio una firme palmada a Gregory en el hombro, ante el mutismo absoluto de este—. Inspector, ¿ve hasta dónde puede llegar el estudio de mis métodos? Yo también me había planteado lo del tejado. Pero ¿es posible que retirara usted al único vigilante del callejón?

El rostro de Gregory se tornó gris, y sus ojos, vidriosos.

—Me temo que sí, señor Holmes.

—Nunca se me ocurrió que pudiera ser usted tan obtuso. Gracias a Dios que la señora Hudson confía menos en Scotland Yard que yo. —Dio otra palmada a Gregory en el hombro—. ¡Anímese! La inocencia de Watson ha quedado demostrada y usted podrá mostrar a Lestrangle y sus demás colegas los mecanismos de un asesinato de singular audacia. Lo único que nos queda es oír por boca de la señora Hudson la razón por la que el tal Fogarty estaba tan decidido a matar a Moran.

—¡Eso es! —Gregory empezó a recuperar el ánimo y miró ansioso a la señora

Hudson—. ¡Puede que no sea demasiado tarde para arrestar a alguien!

Una llamada a la puerta impidió a la señora Hudson tomar la palabra, y la figura robusta de Jenkins apareció en el comedor.

—Disculpe, señor, solo quería informarle de que Flynn y yo hemos recorrido el callejón palmo a palmo y no hemos encontrado a nadie escondido ahí.

—No, Jenkins, me temo que hemos llegado demasiado tarde para eso.

—Solo una cosa, señor. Hay una tubería que baja por la pared desde aquí. Flynn se ha dado cuenta de que el tramo inferior se ha desprendido de la pared ligeramente. No está seguro del todo, pero no cree que estuviera así antes. Hemos pensado que debíamos comentárselo, señor.

Gregory pareció un tanto indispuerto.

—Buen trabajo, Jenkins —masculló—. ¿Algo más?

—Solo esto, señor. —Tendió la mano para mostrar tres o cuatro objetos oscuros en su palma grande y rosada—. Las hemos encontrado cerca de la tubería, señor. Parece que alguien ha estado fumando.

Nos arremolinamos alrededor del agente para mirar más de cerca. Las colillas, aunque húmedas del empedrado, me resultaban sorprendentemente familiares.

La señora Hudson cogió una y la sostuvo entre sus dedos con aire pensativo.

—Muchos caballeros fuman cigarrillos egipcios y no hay nada que pruebe que estos se fumaron en esta cocina. Me temo que no tenemos nada que justifique un arresto, inspector. El hombre al que busca se habrá ocupado ya de que así sea —dijo volviéndose hacia el grupo reunido.

»Si me disculpan, caballeros, veo que ya pasa de la medianoche. No tengo nada más que añadir acerca de lo visto aquí esta noche por todos nosotros ni nada más que hacer. Flotsam lleva dos semanas sin dormir como es debido y al señor Holmes aún se le ve pálido por la herida. Estaré encantada de explicar todas mis ideas sobre los hechos recientes mañana, pero ahora creo que es hora de que volvamos a casa. Ha sido una dura jornada.

—La señora Hudson tiene razón una vez más, caballeros. Pero antes de irnos, señora Hudson, quiero que nos prometa que mañana por la noche nos reuniremos todos en Baker Street para oír lo que tiene que decir. ¿De acuerdo? ¡Estupendo! Muy bien. Hasta mañana, pues.

15. La venganza de los Hititas

Al día siguiente era domingo y la perseverancia de las campanas de las iglesias que resonaban en toda la ciudad no dejaba lugar a dudas. La señora Hudson, que se definía como una practicante de una irregularidad sorprendente, pensaba a todas luces que después de haberme visto expuesta a una transgresión tan impúdica del sexto mandamiento era esencial por el bien de mi alma que aquella mañana asistiera a misa. Así pues, salimos de casa sin molestar a los señores y nos encaminamos a paso rápido en la mañana cubierta de niebla hacia la iglesia, donde el cumplimiento de aquel ritual tan organizado que transcurría entre permanecer de pie, arrodillarse y tomar asiento nos acabó de despertar por completo, además de abrirnos el apetito. Regresamos a casa al tiempo que un sol pálido trataba de abrirse paso hasta las calles a través de la niebla. La señora Hudson mostraba una extraña timidez en relación con su actuación del día anterior, cambiando de tema cada vez que yo la sacaba a colación, cosa que traté de hacer con insistencia.

—Flotsam —me dijo finalmente—, ojalá pudiera compartir tu entusiasmo, pero hay un hombre muerto que debería seguir vivo si yo hubiera pensado con un poco más de rapidez y un poco menos de engreimiento. Y Fogarty estará recorriendo las calles esta mañana tan libre como siempre, sin que pueda hacerse nada al respecto. —Ante aquella idea pareció sumirse en un profundo pesimismo y apretó los labios en una mueca de preocupación.

A pesar de sus palabras y de los esfuerzos de la Iglesia, me costaba lamentar la muerte de Moran, ya que la mañana era radiante, la gente sonreía en las calles y yo me sentía orgullosa de caminar junto a aquella figura maciza. Me parecía un día para sentirse feliz.

—Y olvidas algo más, Flotsam. —Fue como si hubiera adivinado la frivolidad de mis pensamientos—. Ya han pasado cuatro días desde tu último encuentro con Fogarty. Cuatro días desde que amenazó con dejar morir a ese muchacho. Ahora que ha solucionado las pequeñas desavenencias que tenía con Moran, Fogarty tiene menos necesidad que nunca de recurrir a tu ayuda y menos motivos aún de mantener con vida al chico.

—Pero, señora, si Fogarty cree que ya está todo resuelto, ¿no lo echará sin más a la calle? ¿Qué puede ganar ahora cumpliendo su amenaza?

—Fogarty se alimenta del poder que ejerce, Flottie. Tú le has defraudado y para él es importante darte un escarmiento. Vio que sentías lástima por el muchacho y se deleitará haciéndote sentir culpable de su muerte.

De repente el día se me antojó mucho menos radiante y los rincones tocados por el sol solo parecían acentuar la frialdad de las sombras.

—¿Y qué se puede hacer, señora?

—Como ya le dije al señor Rumbelow, debemos pasar a la acción. Fogarty no esperará eso de gente como nosotros, y no estoy dispuesta a permitir que se siga

saliendo con la suya. Dime, Flottie, ¿crees que podrías dar con el muchacho si volvieras de nuevo a aquella casa?

Vacilé mientras trataba de recordar los recodos y las vueltas que había dado mientras seguía a Fogarty por el sótano en mi anterior visita.

—Creo que sí, señora. Ahora mismo lo veo un poco confuso en mi cabeza, pero creo que si estuviera allí...

—Bien. Eso nos brinda una oportunidad. Aunque necesitaríamos conseguir ayuda. Me pregunto...

Y se sumió en un profundo silencio meditabundo que se prolongó hasta que llegamos a Baker Street.

Para asegurarse quizá de que no pensara demasiado en los triunfos de la noche anterior, la señora Hudson se ocupó de que hubiera mucho que hacer aquella mañana, y no fue hasta primera hora de la tarde, con la aparición de Scraggs, cuando tuve ocasión de parar un momento y alzar la vista.

—Hola, Flot —dijo afectuosamente al tiempo que se encaramaba a la mesa de la cocina—. Se me ocurrió pasar a ver qué tal andabais por aquí.

—Pues hasta el cuello de faena, así andamos. ¿Te has enterado de lo de anoche? Scraggs asintió.

—Un amigo mío tiene un hermano en la policía. Ya he oído que la vieja señora Hudson les enseñó un par de cosas.

—¿Qué es eso de la vieja señora Hudson, Scraggs? —inquirió una voz severa desde el fondo del pasillo, seguida por la aparición de su propietaria—. Muestra un poco más de respeto mientras estés en esta casa, pilluelo. A pesar de tu descarado, me alegro de verte. Necesito que alguien lleve un mensaje al señor Spencer.

—Yo soy el hombre que busca, señora Hudson —dijo alegremente Scraggs bajándose de la mesa de un bote—. Es un placer servir a los ancianos y las personas con cabeza.

La señora Hudson frunció el ceño.

—Eres un rufián insufrible, Scraggs. Una sola impertinencia más y me buscaré a otro. Lo que no quiere decir que no hicieras un buen trabajo anoche. Sin moverte de tu puesto como si te hubieran pegado con cola. A diferencia de otros.

Sentí que me ruborizaba pero, en el momento crítico, vi que el ceño fruncido con el que me miraba la señora Hudson mostraba un leve temblor que lo desposeía de toda intención seria de intimidación.

—Anda, Flottie, ve a llevar las cosas del té al señor Holmes mientras yo entrego el mensaje a Scraggs.

Si yo me hubiera preguntado qué tramaba la señora Hudson con el señor Spencer, podría haber llegado a una perspicaz suposición aquella misma tarde, pues cuando a las siete en punto el señor Holmes reclamó nuestra presencia en el estudio, no tardó en quedar claro que la señora Hudson no tenía intención de satisfacer su curiosidad en aquel preciso instante. Plantada frente a los dos caballeros, su rostro daba muestras

de una profunda perturbación.

—¿Qué ocurre, señora Hudson? —preguntó el doctor Watson—. Nunca la he visto tan apesadumbrada.

—Watson tiene razón —añadió Holmes—. Si hay algo que le preocupa, no dude en compartirlo con nosotros. Sería un honor serle de ayuda.

—Bueno, señor Holmes —empezó la señora Hudson con cierta vacilación, como si no estuviera segura de si debía seguir hablando—. Tiene que ver con el caballero del que les hablé anoche.

—¿Ese tal Fogarty?

—Sí, señor.

—Razón de más para que nos lo cuente todo. Si ese hombre es tan malvado como usted dice, hay que hacer algo.

Así pues, la señora Hudson permitió que le sonsacaran la historia de mis encuentros con Fogarty y la peligrosa situación del muchacho que había tratado de hacer pasar por mi hermano. A medida que se desarrollaba el relato, las reacciones de horror de Watson me bastaban como garantía de que la ayuda ofrecida a la señora Hudson no se haría esperar. En todo caso, el semblante frío e imperturbable del señor Holmes mientras la escuchaba, con el brazo herido todavía en cabestrillo, revelaba una determinación aún mayor si cabe de actuar en aras de la justicia. Cuando la señora Hudson concluyó su relato, fue el señor Holmes quien tomó la palabra.

—Tiene usted toda la razón, señora Hudson. Hay que hacer algo y no hay tiempo que perder. Pese a las ganas que tengo de oír todo cuanto tiene usted que decir sobre dicho individuo, accedo con agrado a aplazar su explicación completa hasta mañana.

—Pero ¿qué se puede hacer, señor? —preguntó la señora Hudson en una muestra insólita de incertidumbre—. El señor Rumbelow dice que la ley no puede ayudarnos, y desde luego no cabe contemplar el uso de la fuerza...

—¡Bobadas, señora Hudson! —El doctor Watson se había puesto en pie y su determinación era tal que parecía temblar—. Da la impresión de que es el único idioma que entiende ese demonio. ¡Debemos arrancar a ese chico de sus garras! Entre nosotros, estoy convencido de que Holmes y yo...

Su voz se fue apagando a medida que tomaba conciencia del brazo en cabestrillo del señor Holmes.

—Exacto, amigo mío. Me temo que no soy el más indicado para echar una mano. Sin embargo, su instinto no se equivoca. Con todo, antes de recurrir a los músculos quizá deberíamos usar un poco el cerebro. ¿Qué habría que hacer para llevar a cabo tan audaz ataque?

La señora Hudson se aclaró la voz con discreción.

—Bueno, señor, se me había ocurrido una cosa...

Percibí que su mirada se desviaba hacia el reloj situado encima de la repisa de la chimenea, como si estuviera pendiente de una cita.

—¿Y de qué se trata, señora Hudson?

—El muchacho se encuentra recluido bajo las habitaciones de la servidumbre, en la parte trasera de la casa. He pensado que valiéndonos de una maniobra de distracción en la parte delantera de la mansión podríamos tener la oportunidad de entrar por detrás.

—Hum... sí. —Holmes se acarició el mentón con la mano—. Me pregunto cómo podríamos conseguir eso...

En aquel instante el reloj tocó la media y casi al mismo tiempo llamaron a la puerta principal. La señora Hudson se puso en pie al instante y regresó un minuto después, con el semblante impasible y una tarjeta de visita en una bandeja.

—Un caballero desea verle, señor.

—El muy honorable Rupert Spencer —leyó Holmes—. Me pregunto qué querrá. Haga pasar al caballero, señora Hudson.

El señor Spencer entró en la sala con su habitual aire de energía incontenible. Pasó por delante de la señora Hudson como si no la hubiera visto nunca, y si advirtió mi presencia al filo de la luz de la lámpara no dio muestras de ello en ningún momento.

—Señor Holmes, le agradezco que haya accedido a verme. Tenía intención de anunciarle mi visita antes de presentarme en su casa, pero daba la casualidad de que esta noche pasaba por aquí...

—Me temo, señor, que nos ha encontrado usted debatiendo un tema importante que incumbe a todos los ocupantes de esta casa. Tal vez si fuera usted tan amable de regresar en otro momento...

—No faltaría más, señor Holmes. Cuando le venga a usted bien. Verá, me dedico a la ciencia y albergo la esperanza de convencer a mi tío de que financie un laboratorio de investigación. He pensado que si hablara usted...

—¡Vaya, señor! —le interrumpió Watson—. Se llama usted Spencer. ¿Es posible que su tío sea el conde de Brabham?

—Ciertamente, señor. ¿Conoce usted a mi tío?

—¿Al conde Irascible? No, lamento decir que no, pero la presencia aquí esta noche del sobrino del conde no deja de ser extraordinariamente oportuna, ¿no le parece, Holmes?

—¡Watson, se supera usted! Pase, señor, tome asiento. Permítame que les presente. El doctor Watson. La señora Hudson, mi ama de llaves, y Flotsam, la ayudante. —El señor Spencer me miró inclinando la cabeza con suma seriedad—. Disculpe la informalidad —continuó Holmes—, pero ha surgido un asunto de gran importancia que nos concierne a los cuatro. Hay una vida inocente en juego y necesitamos ayuda. Como sobrino del conde, supongo que conocerá usted a los Fotheringay, ¿no es así?

—¿A los Fotheringay? ¡Ya lo creo! Mi tío solía moler a palos al viejo Fotheringay cuando eran niños. Esa clase de cosas forjan lazos.

Holmes arqueó la ceja en un gesto de satisfacción.

—Señor, me consta que abusamos de su confianza dado lo poco que nos conocemos, pero en su mano está prestarnos una ayuda inestimable.

En cuatro frases Holmes esbozó la situación con respecto a Fogarty y el muchacho.

—¡Despreciable! —exclamó el señor Spencer al término de la exposición de Holmes—. ¡Ese hombre es un monstruo! ¿Cómo no se han dado cuenta los Fotheringay de que tienen a un monstruo como mayordomo?

—Entenderá usted que necesitamos que alguien provoque un alboroto en casa de los Fotheringay. ¿Cree usted que sería capaz de hacernos ese favor, señor?

—¡Por supuesto que sí! ¡Qué extraordinaria coincidencia que haya venido a visitarles en este preciso instante! —El señor Spencer miró alrededor de la estancia con inocencia—. Me encantará poder ayudarles. Da la casualidad de que esta noche voy acompañado de la pupila del conde, la señorita Peters. Me está esperando en el carruaje. Algo me dice que podría ser la persona indicada para esa situación.

—¿Y cuál es el plan, Holmes? —inquirió Watson impaciente.

—Muy sencillo, Watson. El excelente señor Spencer provocará semejante tumulto en la puerta principal de la casa que se requerirá la presencia de todos los hombres del servicio doméstico para tratar de poner fin al alboroto. En su ausencia, usted y yo, guiados por Flotsam, rescataremos al muchacho y huiremos.

—¿Y qué me dice de su brazo, Holmes? En su estado no puede usted correr riesgos. Todavía está débil y si surgen dificultades será usted más un lastre que una ayuda.

—¡Bobadas, Watson!

La señora Hudson se puso de parte del doctor, y lo cierto es que el señor Holmes parecía aún una sombra de sí mismo. Ya me había dado cuenta de que se quedaba sentado más tiempo que de costumbre y de que no tardaba en perder el color en cuanto permanecía de pie más de unos minutos. Al final, cuando quedó claro que la oposición era implacable, Holmes se volvió hacia el señor Spencer y dijo:

—Ya ve cómo me miman, señor. Parece que el número no contará con mi presencia.

—Señor Holmes, si la señorita Peters y yo representamos bien nuestro papel, el doctor Watson no tendrá más que sacar al paciente de la casa. Esperemos que así sea. El carruaje del conde está a su disposición, doctor Watson. ¿Les parece bien que partamos de inmediato?

Así es como el extraño grupo formado por la señora Hudson, el doctor Watson, el señor Spencer y una servidora subió al carruaje del conde a las ocho en punto de una oscura noche de invierno, rumbo a la guarida de un maestro del crimen. La señorita Peters soltó un grito de entusiasmo al ver cómo nos apretujábamos en el interior del vehículo, mientras Carrington observaba la escena desde el pescante con evidente desconcierto. El señor Spencer le gritó la dirección al tiempo que se hacía un hueco junto a la señorita Peters, y antes de que me diera tiempo a pensar en lo que ocurriría

a continuación nos pusimos en camino.

El trayecto no fue precisamente cómodo.

—Rupert, querido... —dijo la señorita Peters con tono lastimero una vez realizadas las presentaciones pertinentes—. Sé que fui yo quien insistió en venir y que tendré que ser la mar de intrépida y todo eso, pero ¿es necesario que te sientes encima de mi vestido? No es que me importe por el vestido, entiéndeme, pero es que aún no sé qué quieres que haga, y si se trata de algo que requiere mi mejor presencia te aseguro que llevar un vestido sobre el que parece que ha estado sentado un camello echará por tierra el plan.

El señor Spencer se movió de sitio con torpeza para pasar a aplastar el sombrero del doctor Watson.

—Verás, Hetty, creo que con esto te lucirás. ¿Recuerdas cómo te presentaste en casa de los Fotheringay el otro día? Pues vamos a volver allí. Voy a decirle al viejo Fotheringay que eres paciente de un amigo mío y que tienes ideas delirantes, como en estos momentos que crees estar casada con él o algo así. Entonces, antes de que nos veamos obligados a explicar exactamente el motivo de nuestra visita, debes fingir que te da un ataque tremendo y ponerte a gritar como si quisieras echar abajo la casa. ¿Qué te parece?

La señorita Peters pareció horrorizada.

—¡Pero, Rupert, harán que me encierren! El señor Fotheringay se asegurará de que me internen en un manicomio para siempre. Y aunque no sea así, me convertiré en una marginada de la sociedad. Ni siquiera el chico de los Walter se dignará bailar con alguien tachado de loco. No podré volver a salir nunca más. Rupert, ¿no se te habrá ocurrido esto para deshacerte de mí, verdad?

El señor Spencer pareció considerar aquella suposición.

—Excelente idea para el futuro, Hetty, pero en esta ocasión me aseguraré de que nadie te encierre. En cuanto tengas a todos los criados encima tratando de contenerte, te sacaré rápidamente de allí mencionando entre dientes lo de llevarte a un sanatorio.

—¡Eso es terrible, Rupert! Me veré manoseada por lacayos y, por muy emocionante que eso pueda parecer, no deja de ser impropio de una dama e incluso indecoroso, y cuando me hayas visto en semejantes circunstancias ya nunca querrás casarte conmigo. ¿Y qué diría entonces el conde?

—El conde nunca llegará a enterarse.

—Se enterará cuando el señor Fotheringay se lo encuentre en una velada y le comente que su pupila predilecta ha tratado de seducirle en el vestíbulo de su propia casa.

—Hetty, querida, te prometo que el viejo Fotheringay está demasiado ocupado con la cuestión de los Balcanes para reconocerte si te viera de nuevo. Mientras no digas nada contra Serbia, te aseguro que habrá olvidado el incidente antes de irse a la cama. No tiene la menor idea de lo que acontece en el mundo real.

Aquellas palabras parecieron reconfortar a la señorita Peters, cuyo rostro empezó

a iluminarse.

—La verdad es que podría resultar divertido fingir un ataque. Pero ¿cómo puedo asegurarme de que llamará a los criados? ¿Qué razón habría para que un hombretón como tú no pudiera sacarme de allí sin ayuda?

El señor Spencer se quedó pensativo.

—Me hago cargo. Tendrás que pegarme.

Los ojos de la señorita Peters se abrieron de par en par con una expresión de júbilo.

—No, Rupert, ¿no lo dirás en serio? Bueno, si ese es mi deber... —Se volvió hacia mí, rebosante de entusiasmo—. Ya ves, Flottie, le dije a Rupert que se me daban bien las aventuras, ¡y ahora tendré la oportunidad de demostrárselo!

Mientras tanto, la señora Hudson conversaba, muy seria, con el doctor Watson y el carruaje hacía rato que había salido de Baker Street. Ninguno de nosotros había reparado en lo que sucedía a nuestra espalda, donde una figura lívida enfundada en una capa trataba de parar un coche con la mano sana de la que podía servirse. Mientras el carruaje del conde avanzaba traqueteando en la noche, un cabriolé con un caballero menudo y bien trajeado a bordo se detuvo con un estrépito de cascos y arreos.

—¿Señor Holmes? —preguntó el caballero del cabriolé.

—¡Vaya, señor Rumbelow! —contestó Holmes—. Veo que va usted camino de casa de los Fotheringay.

—Bueno, señor Holmes, en realidad venía en busca de la señora Hudson.

—¡Exacto! Y ella va camino de casa de los Fotheringay. Muévase a un lado, señor, o no cabremos. Tenemos tiempo de sobra de alcanzarlos.

La noche se cerró en torno a la ciudad cual guante negro y, cuando Carrington se detuvo, el callejón que conducía a la guarida de Fogarty se hallaba en calma. Sin pensarlo, nuestras voces se redujeron a susurros mientras ultimábamos el plan. El señor Spencer pasó a dirigirse a nosotros con tono muy serio y apremiante.

—Doctor Watson, pongamos nuestros relojes a la misma hora. Dentro de tres minutos, la señorita Peters y yo llamaremos a la puerta principal. Déjennos tres minutos más para efectuar la maniobra de distracción y entonces usted y Flottie podrán entrar. Si la puerta está cerrada, rompan una ventana. Intentaremos entretener a los criados todo el tiempo que podamos. Si todo va bien, volveremos a encontrarnos todos aquí.

En aquel momento un cabriolé se detuvo a nuestro lado y los señores Holmes y Rumbelow se apearon de él.

—Buenas noches, amigos míos —saludó Holmes con una sonrisa triunfal—. He creído que era mi deber acompañar hasta aquí a Rumbelow, quien parece haber tomado una enorme antipatía al tal Fogarty. ¿En qué podríamos servirles?

La señora Hudson le dirigió una mirada de reproche.

—Lamento que haya venido, señor, pero ya que está usted aquí, tal vez podría quedarse cerca del coche y vigilar nuestra línea de retirada. Señor Rumbelow, usted puede acompañarme. Nos quedaremos esperando fuera mientras Flottie y el doctor Watson van en busca del muchacho, por si necesitan más ayuda.

El señor Rumbelow se puso en posición de firme, luciendo su cabeza lustrosa a la luz de la lámpara de gas.

—A su servicio, señora Hudson —confirmó.

—En ese caso, en marcha. Buena suerte a todos.

Y sintiendo de repente un nudo en la garganta, dejé que el doctor Watson me ayudara a bajar del carruaje y nos adentramos en la noche expectante.

El doctor Watson y yo nos plantamos ante la puerta de servicio en menos de dos minutos. A través de una rendija en los postigos alcancé a ver la sala principal de la servidumbre, donde holgazaneaban tres lacayos fortachones. Mientras miraba, vi que se les sumaba la señora Flegg, la cocinera, que había conspirado en su día con Smale para hacer de mi estancia en aquella casa un martirio sin alivio. La habitación que ocupaban se contaba entre las que debíamos atravesar para cumplir con nuestra misión. Si la señorita Peters y el señor Spencer no conseguían atraer la atención de los cuatro, no podríamos llevar a cabo nuestro cometido. El doctor Watson y yo contábamos los segundos mientras observábamos la escena con impaciencia.

De repente los cuatro ocupantes de la sala se volvieron y alzaron la vista. Un lacayo se disponía a hablar cuando de nuevo algo debió de alarmarles, pues todos ellos intercambiaron una mirada de desconcierto y se pusieron en pie. Con una prisa poco decorosa abandonaron la pieza y nuestro camino quedó despejado.

Casi al instante crucé el umbral de la puerta y enfilé el corto pasillo para atravesar después la sala principal de la servidumbre de camino a la puerta que se abría al otro lado. El doctor Watson me siguió animoso. Percibimos a lo lejos gritos histéricos intercalados con la risa alocada de la señorita Peters, metida de lleno en su papel. Atravesamos la puerta y bajamos por unos escalones de piedra que conducían al sótano. Una vez abajo, vacilé. Al pie de la escalera se abrían tres puertas y, si bien estaba convencida de que Fogarty me había llevado hacia la derecha, dos de ellas parecían conducir en la dirección que debíamos tomar según mi intuición.

—¡Por esta! —murmuré antes de embestir contra ella para encontrar una resistencia que me frenó en seco y me dejó dolorida, intento fallido tras el cual me lancé a la búsqueda desesperada del picaporte—. ¡Está cerrada con llave! —grité.

Me invadió la duda. Probé suerte con la otra puerta y se abrió con suavidad a un pasillo que me resultaba familiar, con la pintura de las paredes descascarillada y llena de manchas. Solo se veía algo de luz a nuestras espaldas, lo que sumía el extremo opuesto del pasillo en una oscuridad absoluta.

—Por aquí —indiqué de nuevo adentrándome en la penumbra—. Es una de las habitaciones a la derecha. ¡Miremos en todas!

Mientras yo lo intentaba con la primera, el doctor Watson me adelantó para probar suerte con la segunda.

Encontré la primera puerta cerrada con llave y después de tirar de ella un par de veces me di por vencida y seguí avanzando. El doctor Watson había abierto la segunda de golpe y estaba escudriñando el interior.

—El cuarto de la limpieza —gruñó antes de seguirme hasta la tercera puerta. Esta se abrió también con solo girar el pomo y reveló un manto de oscuridad. El doctor Watson se palpó el bolsillo del chaleco en busca de una cerilla y, cuando la sostuvo en alto encendida, vimos una estancia vacía salvo por una cama de hierro con el colchón pelado—. ¿Es esta, Flot? —me preguntó, lacónico, presintiendo mi decepción. Estaba a punto de contestar que sí, que habíamos llegado demasiado tarde y que nuestra misión había fracasado, cuando noté algo distinto. ¿Seguro que la otra tenía aquel desconchado en el enlucido que parecía haber saltado por la humedad de los ladrillos? Busqué en mi memoria, presa del pánico.

—¡No, señor! Es igual, pero no creo que sea esta.

Vi que el doctor me miraba con recelo.

—Esta es la última puerta, Flottie. El pasillo no tiene salida.

—Volvamos a la escalera, señor. Nos habremos equivocado de pasillo. Vamos a ver si podemos abrir la puerta cerrada.

El doctor Watson llegó antes que yo a la escalera, donde se quedó mirando la puerta cerrada con frialdad antes de arremeter con firmeza contra ella con el hombro, pero la puerta se mantuvo en sus trece con actitud desafiante. Retrocedió unos pasos para intentarlo de nuevo con mayor determinación y, para mi sorpresa, la puerta se abrió de golpe y el doctor cayó de bruces al suelo.

—Como cuando jugaba a *rugby* —gruñó al tiempo que se ponía en pie, pero para entonces yo ya le había rebasado para aventurarme en la oscuridad. Me encontré de nuevo ante tres puertas que tampoco me decían nada. Las dos primeras habitaciones se hallaban vacías, sin muebles ni indicio alguno de haber sido ocupadas recientemente. La tercera daba a una angosta escalera de madera que conducía a una bodega.

—Ya está, Flotsam. Hemos probado con todas —dijo el doctor Watson mirándose el reloj en la penumbra—. No debemos dejar que nos encuentren aquí abajo. Es hora de irnos.

—Una más, señor. ¡Por favor! —Quedaba la puerta cerrada del otro pasillo, la que había tratado de abrir al principio—. ¿Podemos volver a intentarlo?

El doctor Watson pasó por delante de mí en silencio de vuelta al primer pasillo. Percibí su respiración pesada e irregular mientras hacía una pausa para estudiar la puerta.

—¡A por ella! —bramó antes de cargar con el hombro contra la puerta, que se abrió de golpe haciendo saltar astillas de madera.

Esta vez no hizo falta ninguna cerilla. Una vela sencilla ardía débilmente en un

rincón e iluminaba la escena que tenía grabada en mi memoria. Un muchacho, apenas un crío, yacía, demacrado e inmóvil, sobre el colchón pelado, y un brazo le caía hacia el suelo.

—¡Está muerto! —gemí, y por un momento me sentí desfallecer, pero el doctor Watson ya tenía sus dedos sobre el cuello del niño para buscarle el pulso.

—No, Flottie. Hemos llegado a tiempo. —Levantó al crío en sus brazos con un gruñido—. ¿Puedes buscar la salida?

De repente, por primera vez, me asaltó el miedo a que nos atraparan. Me lancé escaleras arriba a toda velocidad y hasta que llegué a la sala bien iluminada de los criados no me detuve a esperar al doctor Watson. Justo cuando me volvía hacia él la puerta situada al otro extremo de la estancia se abrió de golpe. El doctor Watson salió a la luz en el preciso instante en que entraba el primero de los lacayos de Fogarty. Antes de que la estupefacción se dejara notar en ambos bandos, los tres hombres y la señora Flegg se habían puesto en fila frente a nosotros para bloquearnos el paso.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo la cocinera, al tiempo que uno de los fortachones procedía a remangarse la camisa con un gesto cargado de amenaza. El doctor Watson me miró impotente, y en aquel instante se oyó un crujido en la puerta detrás de la barrera de lacayos.

—¡Por ahí, señor! —resonó la voz autoritaria de la señora Hudson. Al oírla los cuatro criados se volvieron en perfecta sincronización para ver quién había hecho acto de presencia a sus espaldas. Nunca la sorpresa ha sido más eficaz. Mientras el más alto de los tres hombres se giraba, una figura menuda y bien vestida irrumpió en la estancia con la cabeza gacha y embistió contra su estómago a toda velocidad.

—¡Señor Rumbelow! —grité, y de inmediato vi que el doctor Watson aprovechaba su oportunidad. Protegiendo al niño entre sus brazos, repitió la maniobra que había puesto en práctica con tanto éxito abajo, con las puertas del sótano, arremetiendo esta vez contra la espalda de un lacayo. El impacto de su hombro lo lanzó de bruces contra la jamba de la puerta. Tras el golpe certero, el hombre cayó lentamente al suelo mientras el doctor Watson seguía avanzando del propio impulso, atravesando el frente adversario en dirección al pasillo que conducía a la salida. Yo me apresuré a ponerme al lado de la señora Hudson aprovechando el hueco que había dejado el criado.

El tercer lacayo se quedó parado, presa del desconcierto, mirando con cara de pasmado a su compañero abatido, hasta que el señor Rumbelow, en un intento de zafarse de su primer oponente, cayó con torpeza contra sus corvas y lo derribó.

—¡Ay! —exclamó la señora Flegg saliendo de repente de su mutismo. Hizo amago de moverse, pero en ese instante sus ojos se posaron en la señora Hudson, que se recogía hacia arriba las mangas con una lentitud que daba pavor. Ante la visión de aquellos antebrazos, la señora Flegg tuvo la inteligencia de retroceder.

Tan rápido nos habíamos alzado con la victoria que por un momento no supimos qué hacer. Entonces, al ver el paso expedito, Watson profirió un rugido de ánimo y

los cuatro nos apresuramos a salir dando tumbos, mientras los criados vencidos trataban aún de ponerse en pie.

La noche nos acogió en sus brazos pero los escalones de hierro eran estrechos y difíciles de subir en la oscuridad. Fui la última en llegar a la calle y por el ruido que percibíamos al fondo quedaba claro que nuestros contrincantes estaban rehaciendo la formación para salir en nuestra persecución. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, una voz masculina y serena sonó a mi lado.

—Corre al coche, Flotsam. Esto les entretendrá.

Tenía junto a mí a Sherlock Holmes, que blandía una barra de hierro con la mano izquierda.

—No esperes —añadió antes de aventurarse escaleras abajo, y no dudé en tomarle la palabra. El pánico de la huida se había apoderado de mí y me escabullí rápidamente hacia el carruaje sin mirar atrás ni una sola vez.

El señor Spencer y la señorita Peters nos aguardaban enfrente y Carrington, animoso como nunca, estaba preparado con las puertas abiertas. Dentro del vehículo, donde reinaba un silencio tenso y exasperante, el doctor Watson examinaba al muchacho. Durante unos minutos nadie osó hablar. Al cabo el doctor levantó la cabeza y anunció con los ojos brillantes:

—¡Hemos llegado a tiempo! ¡Vivirá!

La señorita Peters dejó escapar una exclamación de alegría, y de repente nos abalanzamos todos al interior del coche en medio de un griterío y nos apiñamos como pudimos en torno al paciente.

—¡Rápido! —gritó el doctor Watson al cochero—. ¡A Baker Street como si le fuera la vida en ello!

Carrington no necesitó que le apremiaran dos veces, y con una exclamación de júbilo sacudió las riendas y nos sumió traqueteando en la oscuridad.

Una huida precipitada genera pánico y el pánico es una enfermedad contagiosa. Al echar la vista atrás recuerdo que solo la señora Hudson permaneció inmune. Mientras ella trataba de restablecer cierto orden, los demás parecíamos convencidos de que nuestros perseguidores nos pisaban los talones y nos darían caza de un momento a otro. El doctor Watson no hacía sino empeorar las cosas insistiendo en gritar «¡Más rápido!» a voz en cuello cada vez que levantaba la vista de su paciente.

—¡Basta, señor! —exclamó la señora Hudson, sin que el doctor la oyera—. Ya estamos lejos de ellos y fuera de peligro.

Antes de que el mensaje llegara a Carrington, oímos un juramento desde el pescante y el carruaje se detuvo con una sacudida alarmante. Al asomarnos por la ventanilla, entendimos la razón. En nuestra precipitada huida avanzábamos hacia un cabriolé que venía a toda velocidad en dirección contraria, y solo el manejo magistral de los caballos por parte de ambos conductores nos salvó de la colisión. Al detenernos para que Carrington se recuperara y tranquilizara a los caballos, oímos un grito airado proveniente del exterior. Vimos a un caballero septuagenario de aspecto

distinguido bajar por los escalones de su club gesticulando enérgicamente.

Algo en su voz surtió un efecto electrizante en los ocupantes del carruaje. La señora Hudson, el señor Spencer y la señorita Peters pegaron la cara a la ventanilla, y Carrington, ya de vuelta en el pescante, dejó escapar un gruñido de nerviosismo.

—¡Mi carruaje! —exclamó el caballero distinguido.

—¡Mi tío! —gritó el señor Spencer con voz entrecortada.

—El conde Irascible —aclaró la señora Hudson para los presentes que albergaran alguna duda. Antes de que pudiera añadir algo más, el conde ya había reconocido su voz desde detrás de la ventanilla.

—¡Señora Hudson! —bramó.

—En efecto, su señoría —repuso la señora Hudson con calma bajando la ventanilla—. Le tranquilizará saber que está todo bien. Ya se lo explicaremos más tarde. ¿Carrington? ¡Siga!

Fue un grupo conversador y exultante el que acabó apeándose en la acera de Baker Street. Durante el trayecto el doctor Watson había encontrado un momento para asegurarnos de nuevo que el niño inconsciente, aunque desnutrido, se hallaba fuera de peligro. Dicha noticia, sumada a la huida por los pelos de la casa de Fogarty y el encontronazo con el conde, generó un sentimiento de euforia que nos contagió a todos. El señor Rumbelow, apretujado entre la señora Hudson y la señorita Peters, sonrió complacido cuando le llovieron las aclamaciones por valerse con tal maestría de su cerebro de abogado como arma pesada, mientras yo, metida a presión entre la señora Hudson y la ventanilla, relataba la destreza del doctor Watson con los hombros. A unos palmos de distancia oía a la señorita Peters hablar con tono dicharachero con el doctor Watson y el señor Spencer sobre su dominio del ataque de histeria.

—... Y pegar a Rupert surtió un efecto tan espectacular que parecía lógico probar otra vez. Así que miré al señor Fotheringay a los ojos y le aticé a él también. ¿Y sabe una cosa?, creo que por un momento perdió de vista la cuestión de los Balcanes.

—Mi querida señorita Peters...

—Oh, no pasa nada, doctor Watson, no le pegué ni mucho menos tan fuerte como a Rupert, ¿verdad que no, querido?

El señor Spencer hizo una mueca.

—Dime, Hetty, ¿dónde has aprendido tanto sobre las actividades de las mujeres de mala nota? Tus desvaríos al respecto resultaban muy convincentes.

—Bueno, Rupert, creo que me viene todo de mi padre...

No fue hasta que llegamos cuando el doctor Watson miró alrededor e hizo una pregunta que a mí hacía rato que me parecía evidente.

—Señora Hudson, ¿dónde está Holmes, si se puede saber?

Se produjo un breve silencio mientras todo el mundo miraba alrededor, reparando en su ausencia.

—Pues sí, doctor Watson, yo también he estado un poco preocupada por él. Imagino que el señor Holmes tenía la intención de bloquear la puerta cuando salimos. Dio órdenes muy claras de que escapáramos y no parecía muy sensato llevarle la contraria. El señor Holmes puede llegar a ser un hombre muy testarudo.

Me apresuré a contarles la última escena que había visto del señor Holmes en acción y manifesté mi convicción de que habría logrado su objetivo.

—En cuyo caso, doctor Watson, seguro que estará ya de camino a casa —añadió la señora Hudson con tono tranquilizador. Sin embargo, yo percibía el desasosiego del doctor Watson, y mientras la ausencia del señor Holmes se prolongaba, el sentimiento de triunfo del bueno del doctor permaneció un tanto empañado.

A pesar de todo formábamos un grupo de lo más alegre. Al niño lo acostaron en mi cuarto ropero y el doctor Watson se quedó un rato haciéndole compañía antes de reunirse de nuevo con nosotros. Mientras tanto, se envió a Carrington a casa con una nota para el conde redactada por la señora Hudson.

—Con eso valdrá —comentó al tiempo que sellaba la carta—. Le he recordado al conde aquel día del año sesenta y tres cuando Macaroni ganó el Derby. Diré a Carrington que su señoría recobrará la calma cuando lea esa nota.

Los demás estábamos reunidos en torno a los fuegos recién encendidos, y la señorita Peters y el señor Rumbelow discutían sobre la conveniencia de abrir una botella de champán o mejor una de *brandy*, cuando oímos un golpe seco en la puerta principal.

—¡Holmes, por fin! —exclamó Watson con alegría antes de mandarme a abrir la puerta al detective errante.

Sin embargo, al hacerlo me encontré el umbral vacío. Un coche negro aparcado al otro lado de la calle, con el conductor bien abrigado para protegerse del frío, era el único rastro de vida. Ante la preocupación de que pudiera albergar al debilitado señor Holmes, procedí a acercarme al carruaje cuando, de repente, una mano áspera me tapó la boca con firmeza.

—Nos volvemos a ver, Flotsam —siseó a mi oído la voz de Smale—. Y esta vez te vienes conmigo. Es hora de que aprendas un par de cosas.

Mientras intentaba desasirme de él entre forcejeos furiosos, gruñidos y gritos proferidos con todas mis fuerzas, me vi arrastrada hacia el carruaje, del que se apeó el conductor mostrando una sonrisa cruel. Entre los dos me pusieron una mordaza en la boca a la fuerza y me arrojaron con violencia al suelo del vehículo. Smale subió detrás de mí y empezó a atarme las manos por la espalda. Creí oír un grito calle abajo al tiempo que la puerta de la casa se cerraba con estrépito y el carruaje se ponía en marcha de una sacudida para alejarme del calor del estudio y sumirme en lo más profundo de la noche.

Yo no lo vi, pero fue Scraggs quien dio la voz de alarma. Tras entrar en nuestra casa por la puerta abierta y cerrarla de un portazo, irrumpió en la jovial reunión con un

grito.

—¡Señora Hudson! ¡Se han llevado a Flottie! ¡Se la han llevado en un carruaje!
¡Venga enseguida!

Los primeros en bajar por las escaleras fueron la señora Hudson y el señor Spencer, que llegaron a la calle unos segundos antes que el doctor Watson y la señorita Peters, justo cuando pasaban por delante de la puerta dos cabriolés vacíos.

—¡Cochero! —bramó la señora Hudson, haciendo que pararan los dos—. ¿Ha visto pasar un carruaje?

—Sí, señora. E iba a toda mecha, ya lo creo. Como si le persiguiera el diablo.

—¡Vaya tras él! —ordenó la señora Hudson, que señaló así el comienzo de una persecución de la que aún se habla entre los círculos de cocheros de la ciudad.

Si el espíritu de algún auriga romano hubiera vagado todavía por las calles de la antigua Londinium, a buen seguro que habría disfrutado con el espectáculo de aquella noche. Los dos conductores, movidos por el sentimiento de justicia y la posibilidad de ganar sendas guineas, se disputaban la primera posición mientras circulaban a toda velocidad por las calles empedradas, preguntando a voces a los colegas con los que se cruzaban cuando parecían perder la pista del carruaje al que perseguían. De esa forma lograron irle a la zaga en todo momento, siguiendo, gracias a la información recibida, el rastro de Smale en su avance hacia el sur, en dirección al río y las calles oscuras situadas más allá. Al llegar a Piccadilly un policía asustado les indicó que continuaran hacia el sur hasta Regent Street y la persecución se mantuvo incluso en medio del caos circulatorio de Trafalgar Square, antes de enfilarse con un grito hacia el Strand entre un tumulto de silbatos de policía y puños coléricos de caballeros sobresaltados.

Pasada Waterloo, donde empezó a disminuir el volumen de gente, el rastro se perdió entre el hedor a basura y una infinidad de calles oscuras. Los dos coches se detuvieron mientras los conductores buscaban a alguien a quien consultar. Un niño de corta edad se volvió hacia ellos sin comprender cuando vio que le preguntaban y no había nadie más que pudiera responder.

Fue la señora Hudson quien mantuvo el ímpetu de la persecución.

—¡Por ahí, cochero! —ordenó—. Baje por ahí y vuelva hacia el río. Seguro que andan por allí.

El señor Spencer la miró con cara de asombro.

—¿Cómo puede saberlo, señora Hudson? ¡Podrían estar en cualquier parte!

—Así es, señor Spencer, pero quedándonos aquí no ayudaremos a Flottie. Además, tengo un presentimiento. ¡Siga! —Y la señora Hudson, con los labios apretados, asomó la cara hacia la embestida de la noche.

Mientras mis posibles salvadores se aventuraban por el laberinto de muelles y almacenes oscuros que se extendían a lo largo del río cual infección, yo empezaba a verme en una situación desesperada. Al principio Smale estaba demasiado

preocupado por la persecución para prestarme atención. En un momento dado, después de que cambiáramos de dirección una docena de veces por lo que pude percibir, nos paramos de golpe y le vi sacar medio cuerpo por la ventanilla y maldecir.

—¡Malditos coches! ¡Justo en medio de nuestro camino! ¡Tú, ve y ocúpate de él!

Smale regresó a su asiento y por la ventanilla frontal vi a nuestro conductor bajar del pescante a toda prisa. Al cabo de unos instantes su espalda encorvada había vuelto a su sitio y proseguimos la marcha. Entonces noté que Smale empezaba a relajarse. Yo seguía tendida en el suelo del vehículo, maniatada y amordazada de tal forma que lo primero que temía era morir de asfixia. Sin embargo, aquel temor no tardaría en verse reemplazado por uno peor cuando Smale volvió su atención hacia mí por primera vez. Se agachó y empezó a acariciarme la mejilla con sus dedos gordos y sudorosos.

—Pues es verdad, Flotsam. Ya eres mía.

Smale siguió acariciándome, lentamente, sin ternura. La gélida amenaza que se percibía en su voz era inconfundible. La recordaba de años atrás, de aquellos instantes que precedían a sus actos de crueldad del todo premeditados. De repente me agarró del pelo y tiró de mí tan fuerte que me levantó hasta sentarme a su lado, mientras yo profería un grito ahogado de dolor.

—Voy a llevarte a un lugar tranquilo, donde ni siquiera tu señor Holmes podrá encontrarnos. Y nos quedaremos allí hasta que aprendas a ser agradable.

Con una carcajada que me salpicó el rostro de saliva, me empujó al suelo de nuevo y empezó a dar una serie de indicaciones al conductor. Yo había visto lo suficiente para darme cuenta de que habíamos salido de las vías principales y nos adentrábamos en un mundo de calles tenebrosas. Creí llegar a ver el río.

Al final Smale ordenó al cochero que parara.

—Aquí está bien —dijo a gritos—. Quiero quedarme un rato a solas con mi amiga, así que lárgate y no vuelvas a aparecer por aquí hasta el amanecer. Ven a recogerme a Cable Wharf, el almacén que hay junto al río. Ya sabes dónde es. Estaré esperándote.

Me sacó del carruaje de un empujón sin dignarse mirar al conductor, y a partir de allí seguimos a pie. Avanzamos poco a poco. Smale me indicaba a empellones la dirección, por lo que en más de una ocasión llegué a tropezar y caer. Pero el dolor de sus golpes y patadas no era nada comparado con el que me provocaba la impotencia. Seguía con las manos atadas con fuerza. No tenía escapatoria.

Después de más vueltas y giros de los que podría recordar, Smale me metió a empujones en una calle estrecha, poco más en realidad que un hueco entre dos viejos almacenes que acababa de golpe en el río. Vi una pequeña entrada a oscuras en la pared de uno de ellos, justo por encima del nivel del agua, y hacia allí me indicó Smale que avanzara con un codazo. Nos quedaban aún unos metros por cubrir cuando percibimos el sonido de caballos que venían hacia nosotros, a toda velocidad y cada

vez más cerca.

La señora Hudson, pensé al tiempo que me invadía una ráfaga de esperanza. Sin embargo, el sonido se oía aún a varias calles de distancia y con un sentimiento repentino de abatimiento me di cuenta de que no llegarían a tiempo.

Smale también reparó en ello y su voz sonó triunfal.

—Este es el lugar. Nadie nos encontrará aquí, ya verás.

Me empujó para que avanzara y cuando estaba a unos palmos de la puerta se puso delante de mí hurgándose los bolsillos en busca de una llave.

—¡Cuánta razón tiene! —exclamó una voz desde la entrada.

Antes de que me diera tiempo a fijar bien la vista, una silueta alta con un brazo en cabestrillo emergió de la sombra y, con un izquierdazo directo a la mandíbula, derribó a Smale, que fue a parar rodando al río.

El señor Holmes y yo aún mirábamos detenidamente las aguas turbias cuando los dos cabriolés se detuvieron a nuestras espaldas y sus ocupantes empezaron a apearse en el callejón. Los conductores, solidarizados por completo con mi causa, se apresuraron a bajar de los pescantes y avanzaron con aire amenazador hacia el señor Holmes, hasta que las palabras de calma del doctor Watson y la rápida explicación de los hechos por parte del señor Spencer les convencieron de que regresaran a sus puestos. Mientras tanto, la señora Hudson se encaminó hacia nosotros y nos miró a los dos con gesto pensativo.

—Señor Holmes —empezó.

—Oh, no ha sido nada, señora Hudson —repuso él con altivez, examinándose los nudillos.

—Señor Holmes —prosiguió la señora Hudson—, está usted castigado. Le sangra la herida, parece usted un espantajo y si tiene suerte de sobrevivir a esta noche será solo porque nos lo llevamos a casa ahora mismo.

En respuesta a sus palabras el insigne detective se balanceó un poco, esbozó una sonrisa avergonzado y se desmayó en el empedrado.

16. La clara luz del día

Aquella mañana, mientras el carruaje nos devolvía traqueteando a casa, la niebla se levantó y por primera vez en días una ciudad parpadeante miró el amanecer directamente a la cara. Antes de que eso ocurriera, mientras la noche persistía aún en focos de sombra, habíamos llegado ya a nuestra residencia de Baker Street. El efecto del esfuerzo realizado, sumado a la pérdida de sangre, había dejado inconsciente al señor Holmes durante la mayor parte del trayecto pero, una vez que le administraron una copa de *brandy* y lo acomodaron en el sillón de la señora Hudson junto al fuego, no tardó en verse que no presentaba daño alguno que no tuviera curación con un estricto régimen de reposo.

—No es más que un rasguño, de veras —murmuró Holmes mientras Watson le vendaba los nudillos de la mano izquierda—. La gracia estuvo en el don de la oportunidad. Ojalá lo hubiera visto caer, Watson. Suave como un mazazo certero, ¿eh, Flottie?

—Así es, señor —contesté.

Yo estaba apoyada en la señora Hudson al otro lado del fuego, temblando de frío y alivio. La señora Hudson, habiéndome negado una copa de *brandy*, estaba enfrascada en calentar mantas para luego arroparme con ellas apilándolas una sobre la otra hasta hacer desaparecer mi forma y conferirme la redondez de un gorrión. Scraggs, sentado en un taburete bajo entre el señor Holmes y yo, se ocupaba de la lumbre, que vigilaba atentamente mientras las brasas crepitaban y las llamas brincaban en la chimenea. A nuestra espalda, sentados en sillas traídas del estudio, se deleitaban con el calor el señor Rumbelow y la señorita Peters, esta última muda de agotamiento y bostezando sin reparo cuando nadie la miraba. Detrás de ellos se encontraba el señor Spencer, que, encaramado en la mesa de la cocina, balanceaba las piernas como un colegial.

—Dígame, Holmes, ¿cómo diablos es que estaba usted allí esta noche? ¡Es increíble! —El doctor Watson hinchó los carrillos en un gesto de desconcierto ante la incomprensible aparición de su amigo.

—Es mucho más sencillo de lo que imagina, amigo mío.

—¿Sencillo? Eso es típico de su modestia, Holmes. ¡Sencillo! ¡Si es que no me cabe en la cabeza!

—Quizá si pudiera explicarme... —Alcanzó la pipa con la mano vendada y Watson le ayudó a encenderla—. Gracias a la oportuna llegada del señor Rumbelow pude unirme a ustedes en su pequeño asalto a las dependencias de Fogarty. Tuve la suerte de poderles allanar el terreno para la retirada con una barra de hierro de una vieja verja. A continuación, me dispuse a regresar aquí lo más rápido que pude a pie.

Hizo una pausa para dar una larga calada a la pipa.

—Estaba a punto de girar hacia Baker Street cuando advertí la presencia del carruaje. Aquellos de ustedes que conozcan mis métodos sabrán que he afinado mis

poderes de observación hasta la sublimación, y casi de forma inconsciente reparé en que el conductor tenía tatuada un ancla en una mejilla y una sirena en el dorso de la mano izquierda. Agucé la atención cuando vi que el vehículo se detenía en nuestra puerta y una silueta se apeaba de él. Imaginen mi alarma cuando, a unos setenta metros aún de casa, presencié el brutal secuestro de Flottie. Todo ocurrió demasiado rápido para que pudiera impedirlo, pero mientras se alejaban a toda velocidad pasaron lo bastante cerca de mí para que llegara a oír al raptor dar indicaciones al conductor. Lo único que capté con claridad fue la palabra «muelle», pero ese dato, junto con la temática náutica de los tatuajes, me sirvieron para formarme una idea bastante acertada de su destino.

—Increíble, Holmes. ¡Y su razonamiento dio en el clavo!

—Por desgracia no, mi querido Watson. Me equivoqué por completo en mis suposiciones.

—¡Pero, Holmes...! —exclamó Watson sin saber cómo reaccionar.

—Pensé que un hombre desesperado con contactos en los círculos marítimos se dirigiría al este, a los muelles de Londres, donde aún prevalece el mundo del hampa. En cuanto pude parar un coche, me puse en camino con la vaga esperanza de que dirigiéndome al sur, hacia el Embankment, podría acortar distancias y adelantarme a ellos, pues un cabriolé es mucho más veloz que un carruaje, sobre todo por estas calles tan concurridas. Sin embargo, el hecho de que nos cruzáramos casi literalmente a la altura de Haymarket fue algo totalmente fortuito. Desde luego, de ahí en adelante fue un juego de niños.

—¿Les siguió?

—¿Cómo se le ocurre algo así, Watson? Esa habría sido una reacción del todo ilógica. Si, como yo suponía, aquellos individuos se dirigían a un lugar donde la ley no se hace valer, poca ayuda podría haber prestado a Flottie acompañándola hasta allí, solo y con un solo brazo. No, me pareció más prudente indicarle al cochero que se interpusiera en su camino.

—¿En su camino? ¡Dios bendito, Holmes! ¿Y qué sucedió?

El detective examinó su mano izquierda vendada con un aire de satisfacción.

—Pues se produjo una situación de cierta confusión, lo que provocó (tal como esperaba) que ese canalla de conductor se apeara del pescante. Desde luego, de púgil tenía bien poco. Bastó un simple gancho para dejarlo fuera de juego. Ante su cobardía para seguir recibiendo más palos, no tardé ni un segundo en despojarle de la capa y ocupar su puesto en el pescante. La sustitución pasó inadvertida, como sabía que ocurriría, y a falta de un plan mejor me dirigí a Trafalgar Square. Confieso que se trató de un trayecto de locos, pues con una sola mano mi control sobre las riendas no fue todo lo que podría haber sido. Ese policía del Strand tuvo suerte de no salir peor parado.

Holmes esbozó una sonrisa jovial y se quedó mirando la pipa antes de proseguir.

—De haber tenido más control, habría intentado parar en una zona bien iluminada

sin causar ningún percance, pero hasta que cruzamos el río no fui capaz de hacerme con las riendas, y para entonces el rufián que llevaba debajo empezó a darme instrucciones a gritos. Teniendo en cuenta que en aquellas calles oscuras la sorpresa era mi mejor baza, seguí sus órdenes. La verdad es que me lo puso fácil al especificarme exactamente dónde quería que lo recogiera. Con Flottie maniatada y avanzando a paso lento, adelantarme a él para darle una sorpresita fue pan comido.

La mirada de Watson se iluminó llena de admiración.

—Caramba, Holmes, me deja usted maravillado. Es usted un portento de inteligencia.

—Vaya, Watson, me hace usted sentir incómodo. —Holmes agitó la mano en un gesto de modestia y sonrió de oreja a oreja.

A Watson pareció asaltarle entonces una idea.

—Se me olvidaba, Holmes. Aún no tengo la menor noción de quién era ese individuo al que envió usted al río, o de por qué iba tras Flottie. De hecho —añadió al tiempo que recorría con la mirada el grupo reunido buscando el acuerdo implícito de los demás—, debo decir que aún hay muchas cosas sobre nuestras últimas aventuras que no logro entender del todo.

El señor Holmes se volvió hacia la señora Hudson agitando el brazo en cabestrillo a modo de disculpa.

—Sé que todos los aquí reunidos esperan una explicación, pero todavía me encuentro un tanto débil. Señora Hudson, ¿sería usted tan amable de sacar a nuestros amigos de su desazón y exponerle su versión de lo sucedido en las últimas horas? —Holmes se volvió hacia el resto de nosotros—. Estoy convencido de que la señora Hudson tiene una visión de los hechos tan completa casi como la mía. Les recomiendo que confíen en su relato como si se tratara del mío propio.

—¡Perfecto! —dijo Watson—. Le agradecería enormemente que descubriera usted el pastel, señora Hudson. No me sorprendería nada que estuviera usted al corriente de todo.

Un murmullo de conformidad creció en torno al fuego y todas las miradas se centraron en la adusta figura del ama de llaves.

—Está bien, señor —dijo la señora Hudson con un lento gesto de asentimiento con la cabeza—. Tendré mucho gusto en contarles la historia desde el principio, si eso es lo que desean.

—¡Viva, viva! —exclamó la señorita Peters, ya despierta del todo—. ¡Me encantan las historias! Espero entenderla, Rupert. Ya sabes cuán inteligente es la señora Hudson.

—Creo que esto requiere una copita del oporto añejo que usted sabe, señor Rumbelow —observó la señora Hudson, pasando por alto el comentario de la señorita Peters con destreza—. Lo encontrará junto al armario del lavadero. Me tomé la libertad de decantarlo antes, previendo lo que sucedería. Señor Spencer, encontrará las copas indicadas en el aparador... Ya puestos, coja una también para Flottie, si es

tan amable.

Un cosquilleo de emoción me recorrió los hombros cuando, provista ya con mi copa de oporto, nos acomodamos de nuevo en nuestros asientos y la señora Hudson comenzó a explicar lo que yo llevaba tanto tiempo esperando oír.

—Creo que todos ustedes ya conocen por encima los hechos que nos han traído aquí esta noche —empezó con cautela, con una voz un tanto ronca y el ceño fruncido como si buscara un punto de partida—. En realidad, todo empezó la primera noche que pasamos en esta casa, cuando Flottie se asustó tanto al entregarle una carta un criado con un solo ojo que desapareció en la oscuridad.

»Mis primeras sospechas acerca del señor Moran surgieron en el momento en que Flottie nos contó cómo le habían hecho entrega de la carta. Toda aquella pantomima con la capa y la daga... ¡qué ocurrencias! Con una simple visita por la mañana habría bastado. Y si hay algo que no soporto es que se dramatice una situación sin ton ni son. Así pues, aunque no encontré razón alguna para contradecir las conclusiones a las que llegó el señor Holmes la primera noche, el instinto me decía que el señor Moran no era un hombre de fiar.

—Sin embargo, señora Hudson —interrumpió el doctor Watson—, todas las observaciones que realizó Holmes en torno a la carta parecieron dar en el clavo.

—Ciertamente, señor. Unas observaciones, además, de gran perspicacia. No obstante, me daba la impresión de que todas ellas se prestaban a más de una interpretación. Verá, señor, el señor Holmes es un detective y ve las cosas desde un punto de vista determinado. Un detective reúne primero todas las piezas para ver luego lo que tiene entre manos. En cambio, cuando una cocinera va a comprar ya tiene una idea de lo que va a preparar para comer. Como el instinto me decía que desconfiara de Moran, me dediqué desde un principio a buscar hechos que respaldaran mis teorías en vez de lo contrario. Para mi sorpresa, los había a espuestas.

»Lo que suscitó mi interés aquella primera noche fue el curioso sello que había empleado Moran. El resto (la cera, el papel, la caligrafía) tenía mil y una explicaciones. El sello, en cambio, era mucho más significativo. Podía ser que nos ofreciera una pista auténtica sobre el remitente... o, más interesante aún, que hubieran decidido utilizarlo con la intención deliberada de indicarnos un rumbo falso. En cualquier caso, tenía que averiguar más cosas al respecto. Así pues, a la mañana siguiente decidí recurrir a la ayuda de *sir* George Farnborough, del Museo Británico. *Sir* George es una autoridad en fauna tropical. Desde que le puse sobre aviso acerca de la desaparición de su guardabosque y el pavo real robado me ha expresado siempre su deseo de devolverme el favor.

—¿*Sir* George Farnborough? ¿El hombre de las pieles y las plumas?

—En efecto, señor. Pese a su edad, *sir* George es un hombre de una gran energía y tuvo la amabilidad de enviarme un libro voluminoso, de reciente publicación, dedicado exclusivamente a las especies de roedores que pueblan las Indias Orientales. La palmera representada en el sello de Moran lo hacía parecer un animal de

dimensiones inusitadamente grandes, así que decidí centrarme en los roedores de mayor tamaño. Al cabo tan solo de unos minutos di con una entrada titulada «La rata gigante de Sumatra» que me llamó la atención, pues junto a ella figuraba en blanco y negro exactamente la misma ilustración que aparecía en el sello.

La señorita Peters dejó escapar un suspiro ahogado de sorpresa y Holmes se inclinó, sujetando la pipa con los labios apretados. La señora Hudson volvió su atención hacia la copa de oporto y tomó un traguito con gesto aprobatorio antes de reanudar su exposición.

—El autor del libro se afanaba en poner de relieve que solo había rumores de la existencia de dicha criatura, rumores además no fundamentados. Para ilustrar el carácter mítico del animal, se citaban muchas de las supersticiones que aquella misma noche nos relataría Moran. Además, el autor señalaba que la ilustración se basaba en las descripciones de los lugareños y que su inclusión en aquel libro se debía a un encargo que le habían hecho expresamente. Una información que me pareció de sumo interés.

Se produjo un momento de silencio mientras los presentes trataban de captar el alcance de aquella revelación. El señor Rumbelow fue el primero en hablar.

—Señora Hudson, ¿no podría haber salido el sello de Moran de la misma fuente que la ilustración del libro?

—Es posible, señor. Es posible, si Moran hubiera sido un hombre honrado. El caso es que el sello y la ilustración eran idénticos, por lo que resultaba mucho más probable que uno fuera una copia directa del otro. En definitiva, aquel hecho me llevó a sospechar que Moran había inventado (por motivos que yo aún ignoraba) aquel sello para dar credibilidad a su relato. Aguardé la llegada del caballero convencida de que la historia que contaría, al igual que el sello, resultaría ser una invención improvisada sobre la marcha.

—¡Asombroso, señora Hudson! —Watson era todo admiración—. ¿Qué más averiguó?

La señora Hudson tomó otro traguito y arqueando una ceja indicó a Scraggs que era hora de rellenar las copas.

—Durante la mañana que precedió a la visita de Moran, además de ponerme en contacto con *sir* George, tomé otras medidas para averiguar más cosas sobre el paradero de Moran. A partir del papel de carta que este había empleado supe que quería hacernos pensar que atravesaba apuros económicos, así que por instinto centré mi búsqueda en las mejores zonas de la ciudad. Encargué a Scraggs y a algunos de sus compañeros que investigaran por mí. Scraggs y sus amigos son los ojos y los oídos de esta ciudad. Si para entonces no estaban al corriente de la llegada reciente de un criado alto, con un solo ojo y cicatrices en la cara hospedado en una buena residencia de Londres, no me cabía la menor duda de que no les costaría mucho obtener dicha información. Uno de los amigos de Scraggs se presentó aquella misma tarde para comunicarme que un caballero, acompañado de un criado que concordaba

con aquella descripción, acababa de alojarse en un apartamento de New Buildings, en Portman Street. Tomé la precaución de que Moran me confirmara este dato cuando acudió aquí aquella noche y fue incapaz de negarlo.

»De modo que cuando Moran se presentó en esta casa yo ya sabía que era, si no un mentiroso, sí al menos alguien con la intención deliberada de engañarnos. Lo que no sabía aún era la razón que le movía a ello. ¿A qué venía aquella farsa con el papel barato cuando podría haberse permitido el lujo de utilizar el mejor? ¿Por qué había inventado un sello sacado de un libro del Museo Británico? ¿Qué motivo tenía para endilgarnos aquella mentira? Estaba convencida de que la respuesta se escondía en la historia que venía a contarnos. Así pues, aguardé su aparición con considerable interés.

Recordé la llegada de Moran, su aire de nerviosismo, su actitud alerta, su mirada vigilante, como si estudiara los movimientos de quienes tenía enfrente. La señora Hudson se aclaró la voz y prosiguió con su relato.

—¿Y qué sacamos en claro después de oír su historia? Gracias a lord Ponsonby, no tardé en confirmar que Moran había estado en Sumatra, que su compañía había fracasado, que los fatídicos casos de ceguera que había referido ocurrieron de verdad y que los nativos de la isla sentían una enorme hostilidad hacia la empresa de Moran en el momento de su quiebra. Todo esto quedaba reflejado en el informe oficial de las autoridades holandesas. Además, me constaba (fuera cual fuera la verdadera razón que explicaba todos esos hechos) que Moran quería hacernos creer una historia descabellada sobre una maldición maligna y unos espíritus vengativos.

—¿Y por qué diantre querría hacernos creer eso, señora Hudson? —inquirió Watson con el ceño fruncido.

—Esa pregunta no tardó en convertirse en el quid de la cuestión, señor. Solo encontraba una respuesta posible: que su relato era una cortina de humo intencionada para distraer nuestra atención de los hechos reales. Pero, una vez más, la cuestión era por qué. Nadie parecía plantearse ninguna pregunta en torno a esos hechos. De haberse cometido algún crimen, habría tenido lugar bajo jurisdicción holandesa, no nuestra. Y si alguien desde aquí se había interesado por las desdichadas muertes ocurridas en Sumatra, seguramente ya se habría olvidado del tema. Moran había eludido la bancarrota y no tenía mácula en su reputación más perjudicial que una empresa fallida. Sin embargo, por alguna razón, le parecía esencial que el señor Holmes creyera que él y sus socios se hallaban amenazados de muerte por un grupo de miembros de una tribu remota y primitiva.

—¡Absurdo! —gruñó Watson.

—Ciertamente —añadió Holmes, concentrado en rellenar la pipa.

—Me tomé mi tiempo para meditar sobre el asunto. Si Moran, por alguna razón que aún no llegaba a comprender, quería hacernos creer que unos indígenas de Sumatra le acechaban con la intención de asesinarle en cualquier momento en una acera de Oxford Street, debía proporcionarnos un motivo que explicara la obsesión de

sus perseguidores. El motivo que nos dio fue el de haber ofendido a los espíritus sagrados, una historia poco convincente que trató de reforzar mediante ese artificioso sello con la rata. En ningún momento sonó veraz. Y, sin embargo, según los informes del servicio de inteligencia holandés quedaba claro que en aquellas tierras existía realmente un odio violento hacia Moran y su empresa. Siendo ese el caso, ¿qué necesidad tenía Moran de inventar una razón falsa? ¿Por qué no contarnos directamente la verdad? Estaba claro que haría todo lo posible para ocultar la verdadera razón.

La señora Hudson hizo una pausa para brindarnos la oportunidad de ofrecer una respuesta. El doctor Watson, que acababa de llevarse la copa a los labios, la bajó de nuevo y abrió la boca como si fuera a hablar. Pero, acto seguido, la volvió a cerrar.

—No me lo explico, señora Hudson —concluyó apesadumbrado.

—Bueno, señor, es evidente que la verdadera razón no debía de implicar nada bueno respecto a él o a su empresa y había que mantenerla en secreto. Me daba la impresión de que si llegaba a descubrir de qué se trataba, iría bien encaminada, si no a resolver el misterio, sí al menos a entender qué misterio pretendía resolver. ¿En qué estaría metida la empresa de Moran para que superara con creces las actividades fraudulentas del centenar de compañías que comerciaban en aquellas costas? Lamento decirlo, pero en aquellas tierras abundan los comerciantes sin escrúpulos, muchos de los cuales se valen de la estafa y la intimidación para hacer negocio en nombre del comercio. Pero por muchas contrariedades, e incluso amenazas, que deban soportar, rara vez se ven obligados a huir, dejando atrás su fortuna, por temor a perder la vida.

»Entonces las cosas empezaron a precipitarse. Reconocí el nombre de *Matilda Briggs*, un navío que cubre las rutas con destino a las Indias Orientales y sobre el que volvería a llamarse nuestra atención. Una amiga mía de toda la vida había perdido a su hijo en el mar cuando iba este a bordo de aquel mismo barco. Recordaba vagamente que se había sentido mal antes de morir. Al revisar la historia comprobé que en el momento de su desaparición el joven sufría todos los síntomas de las dolencias mortales que al parecer se habían dado en Sumatra. Cuando volví a oír el relato por boca de su madre, vi la relación entre una cosa y otra. Su hijo había ingerido una bebida fuerte. Esa era la conexión que buscaba.

»El propio Moran nos había proporcionado todas las claves, tal vez por descuido, acaso por un deseo de reforzar su farsa con hechos reales o quizá por ese tedioso exceso de confianza en sí mismos que suelen tener los hombres cuando no dicen la verdad. Nos mencionó exactamente las posesiones que fueron halladas junto a la primera víctima: ni comida ni ropa, solo sus armas, unos amuletos de la suerte y unas botellas de alcohol de Port Mary. En otro momento, cuando nos relató el caso del colono blanco que murió poco después, Moran nos contó que había ido a Port Mary a cambiar pieles por ginebra. La ceguera solo afectaba a los desdichados y a los solitarios. ¿Qué podía ser más probable que el hecho de que estas personas buscaran

aliviar su soledad con bebidas fuertes?

»Aquí, en Londres, ocurre lo mismo. Muchos son los ingleses que al ver a esos desdichados cuyos cuerpos sortean en la calle dicen que el alcohol los está matando. La diferencia en Sumatra parecía ser que, durante un corto período de tiempo, la expresión adquirió un significado literal. ¿Por qué? ¿Quién proporcionaba la ginebra que parecía tener efectos mortales tan horripilantes? Me resultaba imposible asegurarlo, pero estaba convencida de que Moran sabía la respuesta y de que había concebido aquella farsa para ocultar su papel en aquella trama horrible.

—¿En eso es en lo único que se basaba usted para sacar sus conclusiones, señora Hudson? No puedo evitar considerar todo ello un tanto carente de fundamento...

—Oh, no, señor Spencer, hubo otras formas en que Moran se delató. Por ejemplo, en un complicado intento por respaldar la ilusión de una maldición maléfica, nos contó que le habían hecho llegar una segunda daga envenenada. ¡Pero bueno, señor! ¿Qué razón tendrían para llevar a cabo la maldición dos veces? Me daba cuenta de que una segunda daga, entregada de forma siniestra, aumentaba el dramatismo de la historia de Moran, pero ¿no bastaría, por lo general, con una sola maldición mortal? Echar una maldición dos veces a una misma persona es como emplear dos huevos cuando la receta solo precisa uno.

»Moran mencionó además que la segunda daga había llegado en el barco *Matilda Briggs*. Coincidiendo más o menos con el momento en que Moran nos contó eso, un tal señor Norman fue a ver al propietario del navío y le explicó una historia inquietante sobre un caso de malevolencia sobrenatural en una reciente travesía procedente de las Indias. Me pareció ver ahí otro intento de introducir temas de carácter exótico y sobrenatural donde no existía nada de eso. Nathaniel Moran... el señor Norman... el señor N. Moran... —La señora Hudson me sonrió—. No hace falta tener la facilidad para los juegos de palabras que posee Flotsam para ver la conexión. De hecho, cuando convencí al propietario del barco, el señor Winterton, de que me acompañara a Portman Street, pudo observar a Moran desde cierta distancia y confirmó que Norman y Moran eran, en efecto, la misma persona. A un hombre como Moran no debió de costarle mucho sobornar a una tripulación formada en su mayoría por indios orientales para que respaldaran su historia; mucho más difícil le resultaría contener el exceso de ingenio en sus invenciones.

»Pero en este punto una vez más me pareció estar perdiendo fuelle. En mi fuero interno, estaba convencida de que la codicia de Moran se escondía detrás de más de una docena de muertes. Muertes horribles, llenas de dolor. Sin embargo, demostrar su culpabilidad no sería tarea fácil. El episodio estaba cerrado y así permanecería seguramente. ¿Qué motivo podría tener Moran para llamar nuestra atención sobre él de nuevo?

»Si hubiera tardado menos en contestar a esa pregunta, tal vez podría haber salvado a Carruthers de una muerte atroz. Mi único consuelo es que Carruthers, Neale y Moran eran todos igualmente responsables del experimento de Sumatra, y hasta

cierto punto merecían su suerte. La primera pista se presentó cuando el doctor Watson nos habló del pavor de Carruthers. Empecé a sospechar que quizá lo inspirara algo más tangible que la maldición de una remota tribu de Sumatra. ¿Qué podía ser lo que daba tanto miedo a Carruthers y a Neale?

El doctor Watson apuñaló el aire con su pipa.

—¡Ese diablo de Moran!

El ama de llaves asintió con una expresión de inteligencia.

—Exacto. Sabían que habían traicionado a Moran y les constaba que era un hombre de venganzas violentas. Desde luego, con la muerte de Carruthers se vio todo claro. Dado el modo ridículamente melodramático en que se ocasionó, me pareció evidente que el autor del crimen trataba de incitarnos a buscar al asesino fuera de nuestras fronteras. ¿Y qué sujeto intentaba ya en aquel momento dirigir nuestra atención hacia el extranjero? El señor N. Moran. En cuanto se produjo un asesinato, quedó claro que Moran había concebido aquella historia a fin de distraernos de la verdad. Moran llegó a estas costas con la intención explícita de matar a sus antiguos socios. El problema radicaba en cómo liquidar a ambos sin suscitar sospechas inevitables, lo que le llevó a inventar una historia falsa. Si podía hacer creer a todo el mundo que unos indígenas asesinos habían lanzado una maldición espantosa de la que había acabado siendo una pobre víctima, y si, posteriormente, decidía desaparecer por completo de la faz de la tierra, nadie lo consideraría más que una precaución muy sensata. Todas esas patrañas (incluyendo el hecho de pedirles ayuda a ustedes) no eran más que cortinas de humo encaminadas a ocultar sus intenciones criminales.

—¡Nos embaucó! —murmuró Watson para sí, frunciendo el ceño con furia.

—Siga, señora Hudson —le indicó el señor Holmes—. Tengo la seguridad de que ha captado usted todos los puntos importantes de este asunto.

—Al principio, señor, pensé que con dichos asesinatos Moran pretendía eliminar a los únicos testigos de los crímenes de Sumatra. Sin embargo, aquellos hechos habían tenido lugar en tierras lejanas y era muy improbable que llegaran a salir a la luz. Moran tenía un comportamiento tan frío y calculador que deduje que había algo más. Llegué a sospechar que lo que le movía era el odio, un odio patológico. Veo que su criado Penge ha confirmado dicha sospecha. Como resultado de un telegrama que sugerí al inspector Gregory que enviara, Penge ha sido arrestado esta mañana en Truro. El sirviente culpa de todos los crímenes a Moran, y será difícil demostrar lo contrario. Asegura que era el odio provocado por la conducta de sus compañeros en Sumatra lo que movía a Moran. No olviden que habían hecho un voto solemne de permanecer juntos hasta hacer fortuna. Sin embargo, Neale y Carruthers perdieron el valor y abandonaron a Moran a una muerte casi segura en Sumatra. Moran no era un hombre que pudiera olvidar eso. Así que viajó hasta Londres con la intención de vengarse.

»A estas alturas, el reto consistía en reunir las pruebas necesarias para llevar a

Moran a la horca por la muerte de Carruthers y a la vez impedir que consumara el asesinato de Neale, que sin duda planeaba perpetrar en cualquier momento. La intervención de Flottie y una servidora consiguió prolongar un tiempo la desdichada existencia de Neale, atormentada por el remordimiento. Pensé que habíamos logrado nuestro objetivo, pero no tuve en cuenta la entrada en escena de otro personaje, una mente criminal mucho más brillante, sutil y compleja que la de Moran...

»Señor, cuando entré a servir en esta casa ya sabía, para mi desgracia, no poco de Maurice Fogarty. Les contaré con mucho gusto todo cuanto sé acerca de su pasado cuando llegue el inspector Gregory, aunque me temo que no se le podrá culpar de ninguno de los crímenes cometidos esta semana. Por ahora basta con decir que, por mucho que se trate de un ser corrupto hasta la médula al que mueve el deseo de controlar y manipular a los demás, no destaca sino por su audacia. De hecho, hay facetas en las que cabría reconocer su genialidad. A Flottie la conocía de hacía años, pero no mostró interés alguno por reanudar el contacto con ella hasta poco después de que Moran viniera a visitarnos. Fogarty trató entonces de hacer creer a Flottie que tenía a su hermano en su poder, si bien las indagaciones que él mismo había realizado le habían llevado a descubrir que el muchacho estaba muerto. Flottie tuvo la intuición de ver más allá de semejante embuste y el gran acierto de averiguar el motivo que se escondía detrás. Se hizo patente que a Fogarty le interesaban los asuntos de Moran y el juicio que el señor Holmes se formara de ellos.

El doctor Watson puso cara de desconcierto.

—¿Cómo? Me temo que no veo la relación, señora Hudson.

»Yo tampoco la veía, señor, pero de repente las piezas empezaron a encajar. El hecho de que Carruthers y Neale optaran por alojarse en un hotel indicaba que contaban con fondos. Pero ¿de dónde los habían sacado? ¿Habían hecho fortuna en Sumatra o habían encontrado la manera de hacerse ricos a su regreso? De ser este el caso, tengan por seguro que no lo habrían conseguido por medios legítimos. A través de un viejo conocido tuve acceso a ciertos documentos que arrojaban una luz reveladora sobre el asunto; se trataba de unos planos para una destilería y una carta conciliadora de Carruthers dirigida a Moran en la que aludía al éxito de sus empresas y mencionaba un misterioso garante que se mostraba muy complacido con el resultado de su inversión. Me consta que Fogarty tiene una mano metida en toda clase de actividades ilegales. La relación entre Fogarty y Moran empezaba a verse cada vez más clara.

—¡Claro! —musitó Watson—. ¡La ginebra barata! —Sus ojos se abrieron de par en par como si se le hubiera ocurrido algo—. Supongo que podría decirse que a fin de cuentas había malos «espíritus» metidos en todo esto, ¿no le parece, señora Hudson?

—En efecto, señor. Los documentos hallados en el piso de Moran confirmaban que los tres socios se habían dedicado a destilar alcohol sin autorización, un fraude que no se da únicamente en tierras extranjeras. Todos los documentos están guardados en el cajón del aparador, señor, detrás de los moldes de gelatina, por si

desea examinarlos.

—Estoy seguro de que eso puede esperar, señora Hudson —señaló el señor Holmes asintiendo con un gesto majestuoso.

—Ya empiezo a entender, señora Hudson. Ese Melmoth-Fogarty llegó a un acuerdo con Carruthers y Neale y se valió de sus conocimientos y contactos para eludir el servicio de aduanas. Pero ¿qué motivo tenía para preocuparse por Moran? ¿Por qué no pasar por alto su presencia y seguir como estaba?

—Ahí está la clave, doctor. Neale y Carruthers dejaron bien claro a Fogarty que su acomodada situación se vería probablemente muy afectada por la llegada de Moran, y eso no le convenía a Fogarty. Los respetables contactos de Carruthers le resultaban muy valiosos. No quería que Neale o Carruthers se dejaran llevar por el pánico y cometieran alguna indiscreción. Advirtió a Moran, pero este estaba decidido a cumplir sus planes de venganza. En circunstancias normales Fogarty no habría dudado en librarse de un incordio como Moran, pero antes de poder hacerlo descubrió que este había acudido a esta casa para hablar con el señor Holmes.

—¡Y eso echó por tierra sus planes, señora Hudson! —dijo Watson con una carcajada de satisfacción.

—Desde luego le hizo dudar, señor. No tenía forma de saber lo que había ocurrido aquí. ¿Moran le habría explicado todo al señor Holmes movido por el deseo de venganza? ¿Cuánto sabía Moran y cuánto había compartido con el detective? Fogarty quería saberlo. Así que se acercó a Flotsam con la esperanza de averiguar si su nombre había salido a relucir de algún modo. Una vez enterado de cómo andaban aquí las cosas, estaría más preparado para planear su siguiente movimiento.

»La situación cambió de forma drástica cuando Moran mató a Carruthers, pues dicho suceso dejó a Neale en una situación sumamente comprometida. Moran ya estaba decidido a matarle a él también y, de repente, sin Carruthers ni sus contactos, Neale no tenía ningún valor para Fogarty. Si me hubiera percatado de lo accesorio que resultaba Neale para los planes de Fogarty, podría haber advertido el peligro. Pero supuse que Neale, en tanto que aliado de Fogarty, solo corría peligro ante Moran. Mientras este permaneciera vigilado, pensé que Neale se mantendría a salvo. Cuando quise darme cuenta de lo contrario ya era demasiado tarde.

»El asesinato de Neale fue un ejemplo típico de la audacia de Fogarty. Neale había pasado a convertirse en un peligro para él, un hombre débil que sabía demasiado. El proceder de Fogarty estaba claro. La interceptación del mensajero y la forma en que sacó provecho de dicha circunstancia... esas cosas son típicas de él. Debería haber previsto un ataque como aquel, pero en lugar de ello permití que Neale saliera al descubierto y volviera a su casa por última vez. Me temo que le hice un flaco favor.

El señor Holmes meneó la cabeza con aire pensativo.

—No se atormente, señora Hudson. No podía esperar ver la escena completa en todo momento como lo habría hecho alguien con un intelecto formado con mucho

más rigor.

—Gracias, señor. Sus palabras me son de gran consuelo. —La señora Hudson se volvió hacia el resto de nosotros—. Poco más queda por contar. Justo después del atentado contra Neale, Fogarty fue a visitar a Moran para ajustar las cuentas con él. A fin de ser bien recibido, me imagino que antes escribió a Moran para ofrecerle una parte de los beneficios de la operación. Desde luego Moran parecía impaciente por hablar con él anoche, cuando la llegada del doctor Watson los interrumpió. Sin embargo, había hecho oídos sordos a las advertencias de Fogarty, acabado con una lucrativa empresa y, lo peor de todo, sabía más de los negocios de Fogarty de lo que a este le convenía. Fogarty ya había urdido una maniobra de distracción en la calle para poder visitar a Moran sin que nadie se diera cuenta, pero en ningún momento contempló la idea de hablar de negocios. Estoy convencida de que tenía en mente desde el principio matar a Moran aquella misma noche.

—¡Ese hombre es un ogro! —exclamó el señor Rumbelow, incapaz de contenerse por más tiempo—. ¿Debo entender que ese individuo es responsable de dos asesinatos, de la reclusión de un menor y de otras muchas atrocidades y, aun así, no puede hacerse absolutamente nada al respecto?

—Me temo que es como dice la señora Hudson, señor —contestó el señor Holmes—. Por lo que han oído todos ustedes esta noche no les puede quedar duda alguna sobre cuáles son los hechos reales; sin embargo, ¿de qué pruebas disponemos? Unas colillas, una identificación por parte de una criada presa de los nervios... Un hombre como Fogarty habrá tomado medidas para asegurarse en todo momento una coartada de cada uno de sus movimientos.

—¡Pero podemos echarlo de la ciudad, Holmes! —exclamó Watson muy exaltado—. ¡Diantre, aunque tenga que presentarme yo mismo en casa de Fotheringay para hacerlo salir de su guarida!

—No será necesario, señor —repuso la señora Hudson con calma—. Ahora que Sherlock Holmes y la policía están interesados por sus asuntos, sospecho que el señor Fogarty probablemente desaparecerá *motu proprio*. Es su proceder habitual. Pero me temo que volverá, señor. —Se quedó contemplando la copa de oporto, absorta al parecer en sus pensamientos—. Volverá, ya lo creo.

Supe que la señora Hudson pensaba en aquel momento en el futuro y que se prometía a sí misma que seguiría allí, esperándole.

—¿Y qué hay del secuestro de Flottie? —preguntó vivaracha la señorita Peters—. ¿A nadie le importa ese asunto?

—Fue un tipo llamado Smale —le expliqué—, un hombre que solía acosarme. Pero ya ha desaparecido. En el río. Ya no tengo nada que temer de él.

—¡Así se habla! —dijo Watson—. Flottie, te juro que nunca habríamos permitido que te hicieran daño, palabra de honor. —Una declaración que me avergüenza decir que todos los presentes acogieron con un caluroso brindis.

Y así pasó la noche y la conversación derivó hacia temas más generales. La

señora Hudson prometió al señor Spencer que la furia del conde Irascible se vería aplacada con su mensaje pero, pese a los efectos del oporto, rehusó desvelar ninguno de los pormenores del día del Derby de 1863. Desilusionada, la señorita Peters empezó a bostezar de nuevo.

—Creo que es hora de que me lleves a casa, Rupert —anunció alegre—. Es tan tarde que a los ojos de la sociedad ya he empañado por completo mi reputación. Así pues, considero que llevarme a casa es lo mínimo que puedes hacer por mí.

Por una vez, el señor Spencer no hizo amago de protestar, sino que se dirigió a la calle para parar un coche.

—No puedo evitar reparar en que aquí todo el mundo consigue un coche al momento —comentó el señor Rumbelow con tristeza cuando vio regresar al señor Spencer al cabo de un instante—. Eso nunca me ocurre a mí. —En compensación se sirvió otra copa de oporto—. Ciertamente —concluyó.

La partida de la señorita Peters y el señor Spencer recordó al doctor Watson que la noche había pasado y que el alba ya había despuntado. Con una muestra de determinación admirable, ayudó a Holmes, quien apenas se tenía en pie, a levantarse de la silla y llegar hasta su cama. Al cabo de unos instantes volvió a asomar la cabeza por la puerta para hacer un comentario final.

—Señora Hudson, ha sido un gran placer. ¡Magnífico!

—Gracias, señor —se limitó a decir la señora Hudson.

Con su marcha, solo quedaron Scraggs y el señor Rumbelow. Durante un rato permanecimos los cuatro sentados en silencio contemplando el fuego. Al cabo apuramos las copas y la señora Hudson se puso en pie.

—Gracias a todos —nos dijo con voz suave—. Y ahora deberíamos irnos todos a dormir un par de horas, pues, como solía decir el señor Hudson, nunca se sabe lo que ocurrirá mañana.

Mientras el señor Rumbelow buscaba su abrigo, acompañé a Scraggs hasta la puerta.

—Esta noche no he bajado la guardia, Flot. Ya había visto a ese canalla vigilándote en otras ocasiones, por eso intentaba no perderlo de vista en ningún momento. Pensé que si me mantenía alerta no te ocurriría nada. Pero estaba demasiado lejos para pararle los pies.

—Gracias, Scraggs. Por velar por mí.

—¿Y eso está bien, Flot?, ¿que yo vele por ti?

Medité la pregunta.

—Quizá debería velar yo misma por mí.

Scraggs me miró.

—Sí, creo que se te daría bien —dijo despacio—. Buenas noches, Flot. —Y encaminándose hacia la calle se adentró en un nuevo día.

Lo observé hasta perderle de vista y al dar media vuelta me encontré al señor Rumbelow subiendo por las escaleras.

—¡Ah, Flotsam! —balbució—. Ya me voy. —Se detuvo en el umbral—. Te aconsejo que no te separes de la señora Hudson, jovencita. Es una mujer excepcional. Una mujer excepcional, ciertamente. Lo cual no quiere decir, no obstante, que no sea independiente por naturaleza. Ya lo creo, independiente hasta la médula. —El señor Rumbelow suspiró con tristeza—. Que no me olvide de reponer la botella que nos hemos bebido esta noche. Tengo un madeira excelente que podría reunir las condiciones indicadas.

Y, dicho esto, se puso en camino hablando entre dientes de bodegas y cosechas, y yo procedí a echar el pestillo a la puerta para dirigirme luego hacia la cocina. Había olvidado que mi cama estaba ocupada por el muchacho cuyo nombre desconocía, y no me acordé hasta que vi a la señora Hudson preparar un catre para mí junto al fuego. Al oírme entrar alzó la vista y sonreímos. No dijimos nada. No hacía falta.

Los días siguientes transcurrieron con calma y el torrente de acontecimientos disminuyó hasta convertirse en un mero goteo: el inspector Gregory vino a vernos para comunicarnos que Fogarty había desaparecido sin dejar rastro; el señor Spencer remitió un mensaje para confirmar que el conde se había suavizado mucho desde la recepción de la nota de la señora Hudson; Scraggs nos informó de que el señor Fotheringay había contratado como mayordomo a un eslavo llamado Volshin; la señorita Peters prometió enseñarme a bailar; la señora Hudson recibió un montón de botellas polvorientas; el señor Holmes seguía confinado a su pesar en su dormitorio, presa de la debilidad. Una noche, el doctor Watson llamó a la puerta de la cocina.

Parecía avergonzado.

—Señora Hudson, me preguntaba si tendría usted... eh... la amabilidad de concederme unos minutos.

—No faltaría más, señor. Pase y póngase cómodo. Flotsam y yo acabamos de poner a hornear un pastel.

El doctor tomó asiento junto a la lumbre, pero daba la impresión de que seguía sin sentirse del todo a gusto. En una mano llevaba una voluminosa pila de cuartillas que no dejaba de hojear nervioso por el canto.

—Puede que me haya oído usted comentar alguna vez que desde hace tiempo contemplo la idea de llevar al papel el relato de alguno de los misterios que he tenido la suerte de observar.

—En efecto, señor. El señor Holmes se ha referido a ello en más de una ocasión.

—Ya lo he intentado antes, vive Dios, pero siempre acabo desanimándome. Una mezcla de falta de seguridad en mí mismo con la pluma y modestia por parte de Holmes al hablar de sus casos ha hecho siempre que la cosa sea complicada. —Su desasosiego saltaba a la vista—. En fin, que esta vez me he propuesto hacerlo, qué diantre, y perdone usted mi lenguaje. He puesto por escrito todo lo que recuerdo acerca de los hechos recientes y lo único que puedo decir es que espero haberle hecho a usted justicia.

La señora Hudson levantó la mirada con un leve parpadeo y se acercó a él, limpiándose las manos manchadas de harina en el delantal, para sentarse enfrente.

—Ya veo, doctor Watson. Una idea muy interesante. Si me permitiera ver...

—No faltaría más, señora Hudson. Confiaba en que pudiera usted echarle un vistazo. Le agradeceré enormemente cualquier sugerencia que desee hacerme.

La señora Hudson leyó en silencio durante un par de minutos mientras el doctor Watson aguardaba inquieto frente al fuego.

—Veo que menciona usted a Flotsam.

—Así es, señora Hudson. Flottie ha desempeñado un papel crucial en todo lo sucedido.

—Y empieza su relato explicando cómo llegaron usted y el señor Holmes a la decisión de abandonar su antigua residencia en Baker Street para alojarse en el apartamento más espacioso que hoy ocupamos.

—Por supuesto, señora Hudson. Dicha decisión nos llevó a conocerlas a ustedes dos. Un feliz acontecimiento.

La señora Hudson siguió leyendo un rato durante el cual el silencio se instaló en la cocina iluminada por la lumbre. Después de pasar quince o dieciséis páginas y colocarlas debajo de la pila de cuartillas, procedió a apartarlas a un lado y se quedó pensativa un instante.

—¿Y bien, señora Hudson?

—¿Puedo hablarle con franqueza, señor?

—Cómo no, señora Hudson. No esperaré menos de usted.

—No se puede negar que la historia está muy bien contada. Pero ¿tiene usted la intención de que dicho relato se publique?

El doctor Watson se ruborizó con pudor.

—Pues no me lo había planteado, la verdad. Desde luego, si llegara a considerarse lo bastante bueno para ser publicado...

—Verá, doctor Watson. No me importa tanto por mí como por Flottie, una joven con un futuro por delante. Tengo muchas esperanzas puestas en ella. ¿Cómo se supone que va a entrar en contacto con el mundo si una historia como esta la expone a la mirada de la opinión pública?

Watson pareció un tanto abochornado.

—Caramba, señora Hudson, no había caído en eso. Qué falta de sensibilidad por mi parte. Pensé que le haría a usted ilusión. Y sin Flottie habría un gran vacío en el relato.

—Claro, señor, me hago cargo. Desde luego habrá veces, como cuando se hace pasar a un visitante o se manda hacer un recado, en que resultará difícil que no haya nadie en el puesto de Flottie. ¿Ha pensado usted simplemente en sustituirla? Cambiarla tal vez por un paje podría funcionar, pienso yo.

—¿Un paje, señora Hudson?

—Podría llamarle Billy. Hoy día todos los pajes parecen llamarse así.

—Bueno, si cree realmente que...

—Así lo creo, doctor Watson —le interrumpió la señora Hudson con firmeza.

El doctor Watson me dedicó una mirada de disculpa.

—Bueno, si es por el bien del futuro de Flottie, supongo que...

—Y luego está el tema de la dirección, señor.

—¿La dirección?

—Verá, doctor Watson, creo que este tipo de historias son muy populares hoy día. Y el señor Holmes ya tiene todos los números para convertirse en un hombre sumamente famoso. ¿De verdad queremos que los lectores de la revista *Strand* se planten en la puerta de nuestra casa cada vez que les apetezca? Acabarán ahuyentando a los clientes del señor Holmes. Y Dios sabe que no gozamos de mucha paz tal como estamos ahora.

—Entonces ¿qué propone usted, señora Hudson?

—Bueno, no veo qué necesidad hay de mencionar la dirección real. Hay un montón de direcciones que suenan bien y que, en realidad, no existen. Algo así como el trescientos veintiuno A de Baker Street podría quedar bien. Los que busquen nuestra ayuda seguro que acabarán encontrándonos igualmente, pero los meros curiosos pasarán de largo fijándose en un lugar equivocado.

El doctor Watson asintió con gesto de inteligencia.

—Sí, lo que dice tiene sentido. ¿Trescientos veintiuno A propone usted? Hum, bueno, quizá... ¿Algo más, señora Hudson?

—No puedo evitar pensar que quizá magnifica usted mi papel en este caso, señor.

—¡Pero si ha sido usted clave para su resolución!

—Oh, exagera usted, doctor. Puede que en esta ocasión haya tenido la suerte de poder reunir en mis manos algunas piezas del rompecabezas, pero no sería disparatado que algún lector de su relato llegara a pensar que soy yo, y no el señor Holmes, el insigne detective. Por otro lado, es poco probable que mis conocimientos domésticos puedan suscitar el interés del público, mientras que los principios científicos del señor Holmes resultarán, sin duda, mucho más estimulantes. Debe mostrar usted cómo nos guio él a través de los hechos con la maestría de un gran general.

—¿Así lo ve usted de veras, señora Hudson? Confieso que en su momento pensé que sus acciones seguían una senda independiente de la del señor Holmes, pero si eso es lo que cree realmente... Puede que Holmes tenga un papel menor en mi relato.

—¿Y favorece eso al negocio, doctor Watson?

—La verdad es que no se me había ocurrido, señora Hudson.

—Lo que el público necesita son casos que pongan de manifiesto la genialidad del señor Holmes. Y seguro que un hombre con las dotes que tiene usted para la narración es capaz de complacer las necesidades del público.

—Hum... pues sí. Hay multitud de casos que podrían ilustrar su talento mejor que este. Aquel extraño caso sobre la sangre, quizá... Pero es que este era tan

espectacular, señora Hudson. Lo he titulado *El caso de la rata gigante*. Estoy seguro de que no habría editor que se le pudiera resistir.

—Aún me queda Scraggs, señor. Seguramente sería injusto que su nombre apareciera en esta historia hasta que tenga unos años más. Y luego está el señor Rumbelow. Tiene que velar por su bufete. Por no hablar de la reputación de la señorita Peters. Y el señor Spencer confía en que el conde financie su nuevo laboratorio. No creo que el conde aprobara la intervención que han tenido ambos en todo este asunto.

—Hum... Tal vez tenga usted razón, señora Hudson. Quizá este sea un relato para el que el conde aún no está preparado. ¿Mejor otro caso, entonces?

—Ciertamente, señor. Otro caso presentaría muchos menos problemas. Desde luego, no tengo objeción en aparecer de refilón, por así decirlo, señor. Y en cuanto a Flotsam... bueno, Flotsam tendrá que adquirir fama por su cuenta, ¿no es cierto, Flottie?

Pero yo estaba lejos de ellos, arropada por una sensación de calor y alegría lo bastante intensa para no prestarles atención. En lugar de ello, miraba absorta el fuego, soñando con un futuro que parecía arder con la viveza de las llamas y refulgir con el calor de las brasas que crepitaban en el hogar de la señora Hudson.